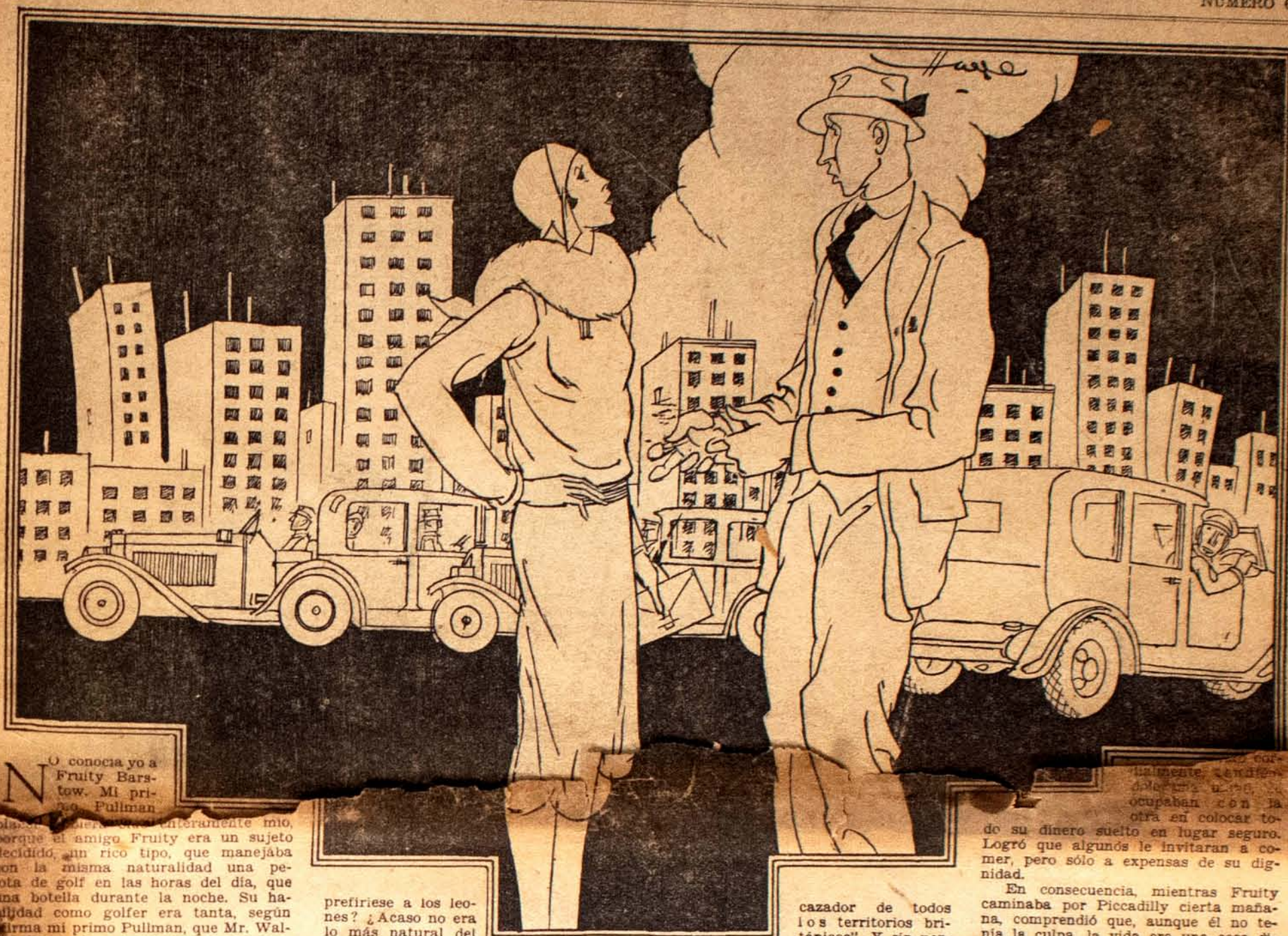




Nunca conocía yo a Fruity Barstow. Mi primo Pullman me lo presentó enteramente mío, porque el amigo Fruity era un sujeto decidido, un rico tipo, que manejaba con la misma naturalidad una pelota de golf en las horas del día, que una botella durante la noche. Su habilidad como golfer era tanta, según afirma mi primo Pullman, que Mr. Walter Hagen le permitía que le llamara "Wully", aunque debe tenerse bien entendido que él, Mr. Walter Hagen, continuaba tratándolo como Mr. Barstow.

A pesar de todo, la vida no presentaba perspectivas muy risueñas para el amigo Fruity. Aunque nació rodeado de comodidades, sufrió un rudo golpe a causa de que el diablo interviniera en sus asuntos, y desde muy temprana edad se convirtió en un mártir del sistema de los créditos. En pocas palabras, Fruity Barstow había apenas calentado su cuna cuando todos los negociantes de Londres le gritaron: "¡Banco!"

De esta forma, el viejo Fruity, según asegura con cierta indignación mi primo Pullman, al encontrarse en el umbral de su destino se convirtió en una presa fácil de los lobos del comercio, y adonde quiera que fuese tropezaba con giros en descubierto.

¿Qué había de hacer? A cambio de miserables camisas, trajes, vinos y automóviles, la vida se le hizo un infierno. La ruina lo contemplaba de frente. La deshonra le daba palmaditas en la espalda. La quiebra flirteaba con él. De modo que Fruity, que siempre se había conducido como un muchacho prudente en los casos de emergencia, resolvió trasladarse al Africa Oriental Británica.

Fué en Kenya—dijo mi primo Pullman—que Fruity, rebelándose contra su profesión, decidió regresar a...

—Sí, ya lo sabía—le contesté—. ¿Cuál era su profesión?

—La de rebelarse—aseguró mi primo Pullman—y, en consecuencia, regresó a Londres y recibió una trompada en un ojo de...

—Ya lo sabía—le contesté—, pero saquémoslo primeramente de Kenya. ¿Por qué se ocupaba en rebelarse?

—¿Por qué—repitió mi primo Pullman—. Me parece que no me has estado escuchando con atención. ¿No te he dicho que Fruity era un rico tipo?

—¿Y bien?

—No era, entonces, natural que

prefiriese a los leones? ¿Acaso no era lo más natural del mundo?

—Perfectamente! —le contesté—. Ahora lo comprendo todo.

—Y bien—continuó mi primo Pullman—, de modo que trasladó su humanidad a Londres, y recibió una...

—Un momento—le contesté, amoscado—. ¿A quién, o a qué cosa prefería los leones?

—¡Hombre, a los acreedores!—contestó mi primo Pullman—. ¿No sabes que en Kenya hay tanto lujo como en el Ciro en una noche de Derby, y que desde noviembre a marzo de cada año se registra una irrupción violenta de Hispano-Suizas y de correspondientes? De modo que resultaba un negocio fácil, como comprenderás.

—¿Qué cosa resultaba un negocio fácil?—le pregunté.

—Vivir a costa de los demás—contestó mi primo Pullman—. Mas, para apreciar la psicología del muchacho, tendrás que escuchar me pacientemente, de cabo a rabo. Encontramos a Fruity en Nairobi, con la gran extensión de tierra abierta delante de él y con una colección repulsiva de deudas a su zaga, que era la causa de que le llovieran reclamaciones en cada correo. ¿Y qué sucede? Un grupo de elegantes llega del Lído, armados con cañones de la casa Cartier, y se ponen a gritar: "¿Dónde están esos leones?" Fruity, que hasta entonces se había mantenido entre bastidores, con cierto recuerdo nostálgico de Martinis y otros "cocktails", se presenta de pronto en escena, y exclama: "¡Seguidme! ¡Adelante! En mi encontraréis al mejor

COSAS DE MUCHACHOS

POR

MICHAEL ARLEN

ILUSTRACIONES DE JUAN CARLOS HUERGO

cazador de todos los territorios británicos". Y sin perder tiempo, los elegantes recogen sus cajones de champaña y sus ropas, y sin licencias de caza se ponen en camino hacia el corazón del Africa. ¿Y cuál era el oficio de Fruity? ¿Cómo ganaba su dinero? Pues tenía que pilotarlos, vivir con ellos, hablarles, salvar sus vidas increíblemente inferiores y matar leones y búfalos auténticos para ellos. Fruity asegura que en el corazón del Africa existen las más inferiores formas de la vida anglo-sajona, que ejercitan el sport de la caza a expensas de los mamíferos de sangre azul. Aquello no estaba de acuerdo con el carácter de Fruity. Se sentía avergonzado de sus amigos ante los leones y los rinocerontes. Y, en consecuencia, asqueado de su profesión, regresó a Londres, y recibió de miss Dulcie Beet, la actriz, un puñetazo en un ojo. Ello sucedió en pleno día.

Di un golpe en la mesa con la mano cerrada y le pregunté a gritos:

—¿Por qué motivo recibí de ella ese borrico un puñetazo en el ojo?

—Era su destino—contestó mi primo Pullman tristemente.

Llamé al mozo, pagué el gasto y nos separamos. Por las informaciones que pude recoger después, la historia de nuestro héroe era la siguiente:

Fruity estaba desconsolado. Hacía una semana de su regreso de Kenya y su familia no se había tomado ningún interés por él, a excepción de un pariente que se limitó a preguntarle por qué no estaba quemado del sol. No pudo encontrar siquiera ni vestigios de una ocupación. Y sus amigos, mien-

En consecuencia, mientras Fruity caminaba por Piccadilly cierta mañana, comprendió que, aunque él no tenía la culpa, la vida era una cosa difícil de soportar. Por ejemplo, ¿cómo podía una persona honorable y bien educada ingeniárselas para conseguir un almuerzo?

Y en seguida ocurrió algo que tuvo la virtud de conmover hasta las propias bases de su carácter. En un instante, Fruity se convirtió, de un fracasado de aspecto decente que era, en un lobo sediento de sangre. Precisamente delante de él marchaba un joven que parecía caído de un planeta totalmente inferior. Iba vestido con un mal gusto impecable: el pantalón demasiado ancho, el saco excesivamente entallado... Mostraba integramente los puños de la camisa, y la inclinación de su sombrero produjo a Fruity una impresión profundamente desagradable.

Pasaban frente al hotel y restaurante Berkeley, y daba la coincidencia de que al restaurante está agregado un foyer de proporciones elegantes, en el que se hace un verdadero placer comprobar el valor medicinal de la práctica de tomar alcohol dos veces por día, antes de las comidas. En otros tiempos, Fruity hubiera entrado sin vacilación a apurar una copa. Pero ahora tenía que contentarse con sonreír a su viejo amigo, el comisionista del hotel, que estaba parado en la puerta de entrada.

Mientras irradiaba buen humor, quedó estupefacto al ver a su viejo amigo, el comisionista, que se colocaba en posición de firme para saludar al joven ridículo que iba delante de él, mientras que a Fruity le reservó únicamente un leve adiós con la mano.

Al despertar de su estupor, cuando se encontraba en la esquina de la calle Bond, Fruity comprendió que era necesario hacer algo por la vida. ¿No se hacía evidente que en estos tiempos Inglaterra no resultaba lugar habitable para un caballero? ¿La misma Inglaterra por la cual él, Fruity, había derramado su sangre? ¿No estaba patente que, cuanto más inmerecida era la renta de un hombre, aun cuando su aspecto fuera lastimoso, tantos más

saludos recibía en una bandeja de plata?

Una ola de sentimientos antisociales pasó por la mente de Fruity. Se rebelaba contra la estupidez del destino, y, olvidándose de que había sido educado en Eton, decidió vivir de su ingenio.

Aquella misma tarde, mientras atravesaba la plaza de Grosvenor (no había almorzado, y estaba furioso), se animó un tanto al contemplar la actividad y oír el bullicio que reinaban frente a cierta casa de noble aspecto. El ingenio de Fruity, aguzado por el hambre, le permitió adivinar que allí se daba una recepción. Imaginó mesas repletas de sandwiches y otras cosas comestibles. Cruzó apresuradamente la plaza en dirección a la casa donde se daba la recepción. Pero aquel apresuramiento no pudo ser más inoportuno ni peor calculado de lo que fue. Mientras sentía la mordedura del hambre y se encontraba apenas en la mitad de la calzada, el guardabarras de un automóvil, dirigido con toda mala fe, lo golpeó a la altura de un bolsillo del pantalón y le hizo rodar por el pavimento.

—¿A qué se mete usted debajo?— le preguntó el conductor enfurecido.

El ánimo de Fruity se encontraba más decaído que nunca. Tendido en el suelo, recordó toda su vida pasada, y llegó a la conclusión de que era necesario enmendarla. ¿Qué habían hecho sus padres por él? ¿De qué le sirvió su educación en Eton? ¿De qué le había servido pelear en la guerra?

—¿Qué se ha muerto usted—preguntó el motorista?, o son infundadas mis esperanzas?

Levantándose, Fruity contempló apenado su último traje decente, hecho una miseria.

—Es indudable que hoy estoy de malas—murmuró con voz ronca, y agregó:—No tiene, amigo, por casualidad una aguja y un hilo?

Pero apenas había dirigido esta pregunta a su victimario, comprendió que se había producido un cambio sutil en el ambiente. El conductor mal educado asumió, al parecer, una actitud más amable, el aspecto de la plaza de Grosvenor se tornó hermoso y toda el alma del joven Barstow pareció asomarse, brillante a sus ojos.

Una dama había descendido, y él, pero hizo algo más que desahogarse destilando juventud, gracia, candor y magia, interpuso directamente a Fruity. Era indudablemente la joven más bella que había visto hasta entonces nuestro héroe.

—¡Oh!—exclamó la dama—. Espero que no se habrá lastimado usted.

—¿Lastimarse él?—replicó el conductor—. ¿Cómo cree que podría tener tanta suerte?

—¡Silencio!—ordenó la joven—. Bien sabe usted que marchaba a demasiada velocidad.

—¿Quién?—preguntó el chofer.

—¡Usted!—contestó la dama.

—¡Ah! ¿Yo?

De haberse encontrado Fruity en su estado normal, no hubiera vacilado en golpear en la cabeza a aquel sujeto ruin. Pero se contentó con mirar fijamente a la dama.

—No estoy lastimado—balbuceó—. Absolutamente nada. Todo lo contrario, se lo aseguro a usted.

—¿Qué tipo!—exclamó el conductor.

—¿Quién?—preguntó Fruity con voz débil.

—¡Usted, pues!—contestó el hombre—. ¿Qué sujeto!

—Pero se siente usted nervioso—dijo la joven a Fruity—. Se ve que está usted muy nervioso.

—¡Bah, muy poquito!—contestó el aludido, sonriéndose.

—¿Y yo tengo la culpa, en gran parte!—exclamó la dama lanzando un suspiro—. Es necesario que se cepille la ropa, ¿sabe usted? ¿Puedo servirle algo? ¿No quisiera acostarse un rato?

Lo cierto es que, en esas circunstancias, Fruity no podía contestar:—¡Ya lo creo! Pero lo que más importa es la posición. Quisiera tenderme a sus pies. Y permítame que le diga otra cosa. Hace un momento, antes de que su automóvil me atropellara tan oportunamente, padecía hambre. Pero en este instante el hambre que siento es espiritual. En pocas palabras, me muero de deseos de besarla. ¿Qué me dice usted, a todo esto?

Incapaz, sin embargo, de pronunciar este discurso galante, Fruity decidió limitarse a Adolfo Menjou.

—No estoy acostumbrado a hablar en público, ni mucho menos—dijo—, pero propongo que quedemos a mano si me invita usted a tomar el té.

—¿A tomar el té!—vociferó el chofer—. ¿Qué rico tipo!

—¡Pues claro que sí!—exclamó la dama, mientras se volvía para pagar el precio del viaje al conductor, quien tuvo el excesivo mal gusto de hacer una guiñada significativa a Fruity.

La belleza y la amabilidad de la joven habían producido ya una alteración radical en los tejidos del carácter del joven Barstow. Le pareció que, por fin, se le presentaba la oportunidad de iniciar un idilio romántico. Tuvo también el convencimiento de que su destino no era del todo injusto. ¿Acaso aquella joven adorable no le había invitado a tomar el té con ella?

Y cuando se encontraron en el lindo departamento de la joven, en la calle de Brook, y ella le preguntó si no preferiría un whisky con soda, Fruity se dijo:—«Es el destino!», y no tardó en apurar el contenido de un vaso. Pero el hombre hubiera debido conducirse con más prudencia, porque el whisky, cayendo como una catarata en su interior desprovisto de vitaminas, provocó una catalepsia de sus funciones mentales. Para abreviar, diremos que Fruity tomó uno más, y se sintió... muy bien, gracias.

Mientras tanto, ¿qué había sido de la joven? Fruity no pudo menos que observar que ella respondía con cierta dificultad a su cháchara inspirada. Con el propósito de animarla, redobló sus esfuerzos oratorios, pero su única recompensa fue ver que se dibujaba en el semblante perfectamente dibujado de la dama una expresión de dolor. Fruity llegó a la conclusión de que todavía no tenía la suficiente confianza para sugerirle que el bicarbonato de soda es lo mejor que hay contra las indigestiones.

El dolor de la joven hizo profunda impresión en el muchacho. Por fin, obedeciendo a un sentimiento generoso, le dijo:

—Salta a la vista que se encuentra usted de momento en mala situación financiera. ¿No podría ayudarla su tío, por ejemplo?

—¿Mi tío?—preguntó la joven sonriente—. ¡Esto, sola en el mundo!

Fruity había notado ya con cierta satisfacción ese detalle; pero, bajo la influencia de la tristeza de la joven, decidió conducirse muy cuidadosamente, y arrojó su silla a la de ella.

—Eso es verdaderamente desesperante—le dijo—. Yo también soy huérfano, en sentido financiero.

—¿Y para qué sirve el dinero?—preguntó la dama.

—Hace tanto tiempo que no lo veo—murmuró Fruity—, que creo que no lo reconocería si me lo pusiera delante de los ojos.

—Es usted una persona amable—dijo la joven, lanzando un suspiro—, y estoy segura de que puedo hablarle confidencialmente.

—¿Desembuche!—exclamó el joven Barstow, mientras acercaba más su silla a la de ella.

La joven rompió a llorar, desconsolada.

—Hace algún tiempo—dijo al cabo de un rato—, mi novio vino a Londres, por cuestiones de negocios relacionadas con la empresa para la cual trabaja. Se comprometió previamente a escribirme todos los días. Imagínese usted el estado de ánimo en que quedé cuando, después de recibir solamente dos cartas, no tuve más noticias de él. Pasaron muchos días, y por fin supe, por boca de una persona amable, lo que había sucedido: mi novio había caído en el lazo que le tendió la infame miss Dulcie Beet. Y su obsesión fue tan grande, que perdió todo el sentido del honor, de la lealtad y de la decencia. No solamente me traicionó a mí, sino que se gastó absolutamente todo el dinero que le confió la casa. ¡Está completamente arruinado! ¡Oh! ¿Qué he de hacer?

—Nada—aconsejó Fruity—. Olvide-lo, hija mía. No vale la pena afligirse por la suerte de un hombre como —

—Pero cometí la tontería de fiarle el rubí—exclamó la joven sonriendo.

—¿Qué cosa le confió?—preguntó Fruity.

—Un broche con un rubí, rodeado de diamantes.

—¿Y miss Dulcie lo despojó de él?

—No, señor! El se lo regaló—dijo la dama, y se echó a llorar de nuevo.

—¿Qué atorrante!—exclamó Fruity. —Sabe usted, señorita, que deberá andar con más cuidado la próxima vez que se le presente un novio? Si se compromete con otro ladrón, quizá se le escape a usted con los muebles de la sala.

—Los muebles están asegurados—explicó la joven sollozando—, pero el rubí no lo estaba.

—¡Perra suerte!—exclamó Fruity, mientras acariciaba el cabello ensortijado de la joven, quien continuaba llorando, tras de apoyar la cabeza en su hombro.

—La verdad es que el rubí—agregó la dama—no tiene ningún valor real. Se trata de una joya anticuada, que conservó la familia de mi madre durante muchos años. Mi madre me la regaló antes de morir, rogándome que la cuidara siempre. ¡Oh, qué tonta he sido! Cuando supe que enviaban a mi novio a Londres, cometí la estupidez de creer que convendría que un buen joyero limpiara el broche, y ahora...

—Y ahora Dulcie se lo ha birlado—dijo Fruity, terminando la frase inconclusa—. Desearía poder ayudarla, hija mía—agregó.

La joven, sintiéndose completamente desconsolada, recostó confortablemente la cabeza sobre el hombro del muchacho.

—¿Si no me encontrara tan sola en Londres!—murmuró—. ¡Si pudiera contar con un amigo!

—¿Con un amigo?—preguntó Fruity con tono de indignación—. ¿Y qué soy yo? Me parece que no me ha mirado usted bien. Toque mis bíceps. ¡Pertenezco a la familia Barstow! ¿Quiere usted que le dé un puñetazo en la nariz a su novio? No tiene más que conducirme adonde está, hija mía.

—¿Por qué le he de guardar rencor?—preguntó la joven con dignidad—. No, señor; lo he borrado de mi recuerdo, y hemos acabado para siempre.

—¡Así me gusta!—exclamó Fruity. —O ese sujeto termina sus días en la cárcel, o no me llamo Fruity Barstow.

—Si pudiera, cuando menos, recuperar mi rubí—dijo la joven—, regresaría contenta a Liverpool.

—¿Pero no puede usted explicar el caso a miss Dulcie Beet?—le preguntó Fruity—. ¿No puede decirle, lisa y llanamente, que el broche es suyo y que ella no tiene ningún derecho a quedarse con él?

La joven lanzó una carcajada forzada.

—Ya lo he hecho—dijo.

—¿Ya lo hizo?

—Sí.

—¿Y no sacó nada en limpio?

—Se rió de mí—contestó la joven.

—¿Se rió de usted?

—Se rió de mí.

—Yo le enseñaré a reírse—exclamó súbitamente el joven Barstow, que empezaba a hervir de indignación—. Y, además, le arrancaré ese rubí, que es un recuerdo de familia de usted. Conduzca-me ante ella, hija mía.

La admiración que se pintó en el semblante de la joven llenó de orgullo a Fruity.

—Y a propósito—preguntó el joven, —¿cuál es su nombre?

—Pamela Smith—contestó la dama.

—Me gusta—comentó el muchacho.

—Pamela es mi nombre favorito. ¿Y cuándo vamos a ver a Dulcie?

—Ahora mismo, porque esta es la hora más apropiada. La sorprendemos mientras se viste para ir al teatro.

—¿Y se puede saber qué ganaremos con eso?

—¿Pero no comprende usted que no tendrá tiempo de ponerse el broche, y que si no lo quiere entregar, usted podrá arrebatárselo?

—¡Ah! Ahora comprendo—dijo Fruity.

Poco después, Fruity Barstow entraba en el departamento de miss Beet, con aire de hombre resuelto. La figura frágil de Pamela Smith se refugiaba detrás de él.

Una mucama muy chiquita trató de impedirles el acceso a las habitaciones. Fruity se figuró que aquella mucama debió pertenecer en una encarnación anterior, al personal subalterno de un museo, porque no había nada que ignorase en lo referente a impedir la entrada.

—Miss Beet ha salido—dijo la mucama.

—No importa—contestó Fruity suavemente—. Soy de la policía.

—¡Ah! ¡De la policía!—exclamó la mucama.

—Y dígame ahora si está o no está en casa la señorita Dulcie—agregó el joven.

—¿Se está vistiendo!

—¿Que se apure, entonces!—dijo Fruity, cruzándose de brazos.

Cuando la mucama se alejó, dejándolos en la sala, Pamela Smith dijo al joven en voz baja:

—¿Es usted un hombre admirable!

—Regular, nada más—contestó Fruity.

—Cuando aparezca miss Beet—agregó la joven—me esconderé detrás de usted. Luego hágala entrar a cualquier habitación donde pueda hablarle a solas. Yo le esperaré aquí.

—¡Perfectamente!—asintió Fruity.

La aparición de miss Beet, que salió de su dormitorio con un batón suelto, constituyó una verdadera sorpresa para el joven Barstow. La había visto antes en escena, pero le pareció entonces demasiado gruesa, y no le llamó la atención. Ahora observaba, sin embargo, que aquella obesidad era sólo aparente y que Dulcie Beet estaba muy bien formada.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó la actriz de mal humor, mientras se sujetaba el batón con una mano.

—Poco a poco—le dijo Fruity—. He venido a hablar con usted.

—¿Ajá? ¿Y acerca de qué?

El joven comprendió que la figura frágil de Pamela Smith se refugiaba detrás de él, llena de miedo, y se convenció de que, si estuviera a solas con miss Beet, podría hablarle en forma más convincente. Súbitamente, con un gesto autoritario que le sorprendió hasta a él mismo, abrió de un empujón una puerta al azar. Correspondía a una habitación muy pequeña.

—¡Ahí dentro hablaremos!—exclamó.

Miss Beet refunfuñó algo ininteligible, pero entró a la habitación. Fruity la siguió, cerrando tras sí la puerta.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa?—preguntó la actriz, asumiendo una actitud amenazadora—. Ha dicho usted que es de la policía. Si es un "detective", ¿que Dios nos asista!

—Lo que he dicho no tiene ninguna importancia, y no blasfemo—dijo Fruity—. Quiero hablarle como si fuera su hermano mayor. ¡Mujer! ¿Dónde tiene usted la conciencia?

—¿Cómo? ¿Qué?—exclamó la actriz—. ¿No he visto nunca insolencia por el estilo!

—¿Por qué motivo—interrogó Fruity—se empeña usted en adornar su figura maquillada con un rubí que pertenece a una pobre chica de Liverpool? ¿Conteste a lo que le pregunto!

Miss Dulcie Beet se dejó caer en una silla.

—¡El pobre está chiflado!—exclamó.

—Todo lo contrario—le contestó Fruity con semblante ceñudo—. Es usted rica, famosa, y hasta cierto punto bella. ¿No le basta con eso? ¿Qué atractivo puede ofrecer un joven tonto de Liverpool a una mujer como usted? Prescinda usted por completo de la pobre chica que estaba loca por él. Y, además, se queda usted con el brochecito con un rubí que le regaló la madre antes de morir. ¡Dulcie, se ha portado usted como una cualquiera! Lo mejor que puede hacer es entregarme inmediatamente ese rubí, y el domingo próximo, cuando vaya a la iglesia...

Miss Dulcie Beet no podía ser, indudablemente, una muchacha buena, porque al oír la palabra "iglesia" saltó de la silla, como si la hubiera picado una víbora.

—¿Quién le ha metido en la cabeza todas esas tonterías?—preguntó llena de indignación.

—¿Tonterías?—balbuceó Fruity, sorprendido por la súbita vehemencia de la actriz.

—¿Todo eso no es más que una sarta de tonterías—clamó, furiosa, miss Dulcie—. ¿De qué rubí y de qué muchacho de Liverpool me está usted hablando?

—No afecte ignorancia sobre el asunto—le advirtió Fruity, pero lo cierto es que ya empezaba a perder el dominio sobre sí mismo—. ¿No sabe usted que la propia interesada se encuentra en la sala en este momento?

—¿Y quién es esa interesada?—preguntó miss Beet.

—La muchacha de Liverpool, a quien le quitó usted no solamente el

(Continúa en la pág. 36)



EL DUQUE DE WELLINGTON Y LOS PLANES DE MIRANDA

(PRIMERA PARTE)

La visión profética del precursor se iba cumpliendo: dos invasiones al Río de la Plata habían fracasado por no seguir sus consejos de proteger la independencia; Napoleón mientras tanto se preparaba a invadir a España con probabilidades de apoderarse de las colonias.

El ánimo irreducible de Miranda se puso de nuevo en evidencia después del contraste sufrido en las costas de Ocumare; no era hombre de renunciar a su ideal por un fracaso, y desde su refugio en Trinidad continuaba correspondencia con los principales políticos británicos, señalándoles las ventajas de apoyarle y los peligros de la inacción.

La situación política de Gran Bretaña había cambiado; a la muerte de Pitt ocurrida a principios de 1806, sucedió Lord Grenville con el ministerio llamado "de todos los talentos", que no fueron suficientes para mantenerse más de trece meses en el poder.

En marzo de 1807 el Duque de Portland constituyó nuevo ministerio, que bien pudo tener el apodo del anterior; Canning ocupó la cartera de Relaciones Exteriores y el Vizconde Castlereagh la de Guerra.

Ambos ministros se avocaron el estudio de la cuestión colonias hispano-americanas, el asunto estaba en el ambiente, las gacetas comentaban la importancia comercial de estas regiones, viajeros imprimían sus memorias y los mercaderes lamentaban el fracaso de la expedición de Popham, a quien la Corte Marcial no se animó a condenar a pesar de haber llevado el ataque sin autorización del Gobierno. Durante el proceso, terminado con un "severo apercibimiento", salieron a relucir cartas comprometedoras, quedó evidenciada la colaboración de Miranda y Popham en los planes de invasión de América del Sur y bien sentado que en Buenos Aires la independencia era un anhelo.

La formidable expedición al mando de Whitelocke no contaba con el entusiasmo de Lord Castlereagh, quien en mayo de 1807 salvó su opinión ante el Gabinete, poniéndole en guardia sobre "la intención, desprovista de toda esperanza de éxito, de conquistar territorios tan extensos sin contar con el apoyo de los habitantes". Temía, sin embargo, que la disolución de los gobiernos establecidos llevara el jacobinismo a las colonias españolas, pero como Napoleón podría producir complicaciones con sus corsarios, se inclinaba a garantizar la separación, sin conquistista ni nuevas democracias.

Conociendo estas ideas del ministro, el Duque de Orleans, futuro rey de Francia emigrado en Inglaterra, se ofreció para ponerse al frente del reino de Méjico o del Río de la Plata; el hijo de Felipe - Igualdad deseaba dar a su nombre ilustre el brillo que su padre había empañado con su jacobinismo, al votar en la Convención por la muerte de Luis XVI y haber pedido a la Comuna de París "que le diera un apellido para hacerse reconocer él y sus hijos".

El precursor estaba informado de todo y no perdía oportunidad para sacar partido de los acontecimientos; en carta a su amigo Popham decía en abril de 1807, que jamás había creído "que se pudiera establecer nada sólido... sin declarar su independencia absoluta". (Publicada en Revista Semanal de La Nación, I, No. 53, pág. 9), y dos meses más tarde escribía a Lord Castlereagh sobre el mismo asunto: "... ¿no he pensado siempre que aquella tentativa sería tan impopular como impracticable?"

Las ideas liberales tuvieron un refuerzo con la publicación de un libro de William Burke, sosteniendo que Gran Bretaña debería proteger la independencia de las colonias y apoyar eficazmente al general Miranda; si alguna duda quedaba, se despejó por las noticias del rechazo de la expedición de Whitelocke, quien, después de su derrota, escribió desde Montevideo en julio 23 de 1807: "... no puedo dudar que un corto período hubiera probado la imposibilidad... de que esta provincia pueda ser

sometida a Gran Bretaña por cualquier fuerza o por cualesquiera medios que El País pudiera suministrar". (War Office 1162 ff. 507-514).

A pesar del convencimiento de la necesidad de abrir nuevos mercados al comercio e industria británicos, había que resignarse a esperar momentos propicios para entablar negociaciones con España; pero los acontecimientos europeos pondrían otra vez sobre el tapete los planes de Miranda.

A principios de julio, Napoleón firmaba con Alejandro de Rusia el tratado de Tilsit, en cuyas cláusulas secretas, conocidas por Canning inmediatamente, se estipulaba dividir Europa entre ambos soberanos, el Oriente para el Zar y el Occidente para el emperador de los franceses.

Gran Bretaña quedaba fuera del reparto, que un mes más tarde tendría principio de ejecución al prepararse un ejército en Bayona, al mando de Junot, con evidente propósito de cruzar los Pirineos.

Data de esa época el llamado hecho a Miranda para conferenciar con los ministros británicos, "uno de los cuales desea mucho ver a Vd. para conversar extensamente sobre estos asuntos, parece estar muy preocupado por la importancia de impedir que caiga Sud América bajo las garras del Francés, lo que podría impedirle obtener, pues en 1797 se incorporó a la expedición en viaje para la India, donde demostraría sus grandes condiciones como militar y gobernante.

Por sus victorias obtuvo ascenso a general y fué condecorado por su tacto y habilidad como político.

El precursor se embarcó inmediatamente para Londres, llegando a fines de 1807 cuando ya las tropas francesas, cruzando por España, autorizadas por el vergonzoso tratado de Fontainebleau, se habían apoderado de Lisboa, obligando a la Corte portuguesa a refugiarse en el Brasil.

Miranda se instaló de nuevo en su casa de Grafton Street, Fitz Roy Square, y en los primeros días de enero de 1808 inició sus conferencias con Castlereagh y Canning, a quienes transmitió los rumores de una cesión secreta de Cuba y Puerto Rico a Napoleón.

Los ministros acogieron con grandes consideraciones a quien antes creían visionario; necesitaban sus informes y le pusieron en contacto con Sir Arthur Wellesley, el futuro Duque de Wellington, para que le suministrara datos indispensables a fin de completar un vasto plan de organización de expediciones a Venezuela y al Río de la Plata, con el propósito definido de promover la independencia.

EL DUQUE DE HIERRO

Sir Arthur Wellesley era en 1808

el teniente general más joven del ejército británico; pertenecía a una familia irlandesa de gran influencia, y a pesar de sus 39 años, tenía ya una importante foja de servicios civiles y militares.

Renunció a su banca de la legislatura natal para tomar parte en la desgraciada campaña de Holanda; era coronel en 1794, cuando recibió su bautismo de fuego en Amberes. Allí seguramente oiría por primera vez el nombre de su futuro amigo Miranda, quien veinte meses antes se cubrió de gloria, al tomar la plaza, como teniente general de los ejércitos franceses.

Fué Sir Arthur uno de los pocos que regresaron con prestigio de esa guerra; faltó disciplina, organización y aptitud en el comando. Años más tarde, al recordar los acontecimientos, decía:

"Era inconcebible ese estado de cosas: si ocurría que estudiáramos comiendo y arrojando el vino, era una falta intempestiva; vi un legajo remitido del cuartel general austriaco arrojarlo a un lado sin abrirlo hasta el día siguiente; siempre me he maravillado de cómo hayamos podido volver con vida".

Quedó desilusionado de la carrera militar; pensó abandonar la pidiendo un empleo civil que su proverbial buena estrella le impediría obtener, pues en 1797 se incorporó a la expedición en viaje para la India, donde demostraría sus grandes condiciones como militar y gobernante.

Por sus victorias obtuvo ascenso a general y fué condecorado por su tacto y habilidad como político.

Inflexible en la disciplina de su ejército, hizo suprimir abusos, fué justo, humano y generoso con los vencidos e influyó sobre su hermano Lord Mornington para que siguiera análogos procedimientos.

Al dejar Seringa-Patam, en 1805, los habitantes le despidieron con un mensaje expresivo: "Merecáis nuestra gratitud por la tranquilidad, seguridad y prosperidad que hemos gozado bajo vuestra benéfica administración. Elevamos nuestras oraciones al Dios de todas las castas y de todas las naciones para que os conceda salud, gloria y buena fortuna". ¡El Dios de todas las castas habría de acceder a tan tierna y fervorosa plegaria!

Al llegar a Londres, después de larga y penosa travesía, se enteró que la envidia e intrigas políticas habían puesto en tela de juicio la reputación de su hermano.

James Paull, diputado novel que había actuado sin acierto en la India, no perdonaba el prestigio adquirido por



Sir Arthur Wellesley, Duque de Wellington. 1769-1852

Lord Mornington, elevado a par de Inglaterra con el título de Marqués. Se murmuraba del origen de la inmensa fortuna que le valió el apodo de "El Nabab" y consiguieron hacerle destituir del cargo de gobernador.

El asunto fué planteado ante la Cámara de los Comunes, acusándole de injusticias, crueldad y opresión para con los naturales; el nombre de los Wellesley estaba en la picota y Sir Arthur consultó con sus amigos sobre la actitud a asumir; nadie como él conocía mejor en todos sus detalles la honorable actuación del ex gobernador.

El primer ministro Lord Grenville le aconsejó presentara su candidatura a una banca por el distrito de Rye, y Lord Castlereagh le escribió: "... la presencia de Vd. en la Cámara sería el mayor servicio que pudiera prestar a su hermano, y Vd. ha de sentir que esta consideración es y deberá ser concluyente". Así lo fué, y no pesó a Sir Arthur el breve paréntesis a su carrera militar, porque tuvo la satisfacción de contribuir con sus informes a que Allan, Lustington y Wallace hicieran elocuentes defensas, después de las cuales se declararon infundados los cargos, dando las gracias al Marqués de Wellesley por los importantes servicios prestados. (Annual Register, 1808, cap. IV).

Al formar gabinete el Duque de Portland, designó al Duque de Richmond Lord lugarteniente de Irlanda y a Sir Arthur Wellesley jefe principal de la secretaría, cargo muy delicado porque no se acertaba en la forma de tratar a los irlandeses; desempeñaba el puesto con grande acierto cuando el gobierno británico tuvo conocimiento confidencial de las cláusulas secretas del tratado de Tilsit, planteóse cuestión de vida o muerte para el país; solamente tres potencias europeas quedaban en buenas relaciones con Gran Bretaña: Dinamarca, Suecia y Portugal, y era indispensable asegurarse sus buques antes que lo hiciera Napoleón.

El Gobierno no podía perder tiempo y envió una escuadra para exigir la entrega de las flotas danesa y sueca, con promesas de devolverlas después de la paz general.

El general Wellesley iba al mando de las tropas de desembarco, cargo que se le pidió aceptara con retención de la secretaría de Irlanda.

Fracasadas las negociaciones por la altivez del príncipe regente de Dinamarca, hubo que convencerle a cañonazos bombardeando Copenhague y librándose después la batalla de Keoge, en la que triunfaron fácilmente las tropas de Wellesley.

Suecia, temiendo análogos argumentos, no opuso dificultad alguna para entregar su flota, y por actos tan opuestos al derecho de gentes siguió siendo realidad aquello de "Britain rules the waves".

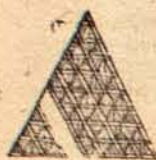
En Francia y sus países aliados causó sensación el golpe audaz de los británicos, se clamaba venganza contra la "pérfida Albion", pero en el fondo todos reconocían que de haberse demorado, Napoleón hubiera hecho lo mismo; su actuación posterior con España y Portugal vendría a justificar hasta cierto punto la violación de la neutralidad de Dinamarca.

La conducta de Wellesley, a pesar de haber sido antipática su misión, mereció respeto aun entre los vencidos y, con una victoria más en su foja de servicios, regresó a Londres para hacerse cargo de la secretaría de Irlanda.

La experiencia política y militar de Sir Arthur decidió al Gobierno a encomendarle estudiar los asuntos de la América española continuando, sin embargo, sus tareas en Irlanda. Dice Gleig, uno de sus biógrafos, que era costumbre de Sir Arthur elaborar memorias minuciosas contemplando las fases militar y política, la geografía y los recursos con que se pudiera contar, y agrega que entre sus papeles figuran no menos que catorce estudios fechados desde noviembre de 1806 a junio de 1808. Es indudable que no podía planearse entonces nada completo referente a las colonias españolas prescindiendo de Miranda que conocía todo al detalle.

CARLOS A.
PUEYRREDON

S O B R E

EL CARACTER ARGENTINO
E HISPANO-AMERICANO

L. aproximarme a esa discusión no lo hago con el ánimo de aquel irlandés, que observando la riña de dos sujetos en la vía pública, les preguntaba si su querrela era estrictamente particular, o si los buenos aficionados podrían también intervenir. Ciento que hay luchas — las del pensar no son menos apasionadas y felinas que las emprendidas con el puño — que invitan al deporte de la pendencia. Mas no es este el caso. Los debates mejores son aquellos que orientan hacia derivaciones no incluidas en sus términos expresos e inmediatos. En Andalucía llaman quimera a la pelea o altercado violento. Y algo lejano y quimérico (y por tanto seductor) puede haber, en efecto, en la oposición de dos pasiones o de dos pareceres. Por una de esas tangenciales salidas pretendo discurrir en la ocasión presente.

Se habla y se escribe cada vez más sobre cómo sean los argentinos, y sobre el porvenir que les esté reservado en un futuro próximo. Los extranjeros, en sus libros, suelen expresarse en tono diplomático y halagüeño cuando llegan a ocuparse de la condición social y colectiva del más próspero de los países sudamericanos. En sus pláticas privadas quizá se muestren menos lisonjeros. La más tremenda frase, peor que cuanto pueda imaginarse, la oí a este respecto, no sé si en los Estados Unidos: "Los sudamericanos aun no están en situación de soportar la verdad acerca de ellos mismos". Para quien así hablaba, la verdad serían nuevas de muy gran pesar.

Hay, sin embargo, una variedad de extranjeros que desde hace algún tiempo vienen ensayando el escribir lealmente sobre Hispano-América, y su exquisita porción, la Argentina. Recuerdo, por ejemplo, que con motivo de la ingenua pretensión en algunos de forjar un "idioma nacional", a base de la jerga lunfarda, traté de extraer la raíz psíquica y moral de aquel movimiento tan extrañamente particularista. Hablando de temas educacionales y de las maneras de la vida argentina e hispano-americana en relación con la estadounidense, expuse siempre lo que juzgué mi verdad, y no hallé que exterior a la fuera inoportuno ni lesivo. Otros españoles — al gran Baroja — formularon apreciaciones de otro orden, con vehemente rudeza, aunque más por además, literario que por radical desdén. El reparo y la objeción — larvada o abiertamente — reflejan a menudo la más íntima simpatía. En fin, un reciente y espléndido ensayo de Ortega y Gasset, flechado certeramente (con casi concretas alusiones) hacia lo que él estima móvil primario en esa peculiaridad argentina observada ya por algunos, ha dado lugar a réplicas y observaciones de vario carácter. No creo que ninguna pluma haya negado la alta intención de aquel escritor y lo exacto de algunos de sus análisis. Ello supone un gran paso. Las conversaciones a este respecto entran, pues, en un terreno de franca y abierta posibilidad. Y no hay que insistir en la importancia que van a adquirir en días cercanos estas pláticas por sobre los mares, tanto más fecundas, cuanto más se retraigan del pequeño y espinoso recinto en que toda vida se halla más o menos incluida. Deberíamos dialogar por encima de los setos.

Mi idea es que lo radicalmente peculiar de la Argentina es inseparable de lo peculiar hispano o latinoamericano (como gustéis). No ignoro que muchos argentinos se sienten en absoluto desligados de las restantes repúblicas, afines por habla y tradición. Me parece que esa posición afectiva — que no idea rigurosa — viene de comparar a Buenos Aires con otras ciudades sudamericanas, ninguna de las cuales es apareable con ese emporio del Plata: movimiento y vitalidad exuberante, ausencia de agitaciones profundas y de matices varios en las epidermis de sus habitantes, porfía en las civilizaciones extranjeras por lograr la sonrisa de sus minorías cultivadas, torrente inmigratorio, contacto frecuente del porteño con la Europa más afanada, libros, diarios, instituciones docentes. Mas no obstante todo ello, a poco que se observe, percibiremos que, en su mayoría, estos bellos aspectos no son proyección orgánica y directa de una potencia creadora, sino que más bien hay que valorarlos como atracción mecánica, como estructuras yuxtapuestas. Si las restáramos, nos enfrentaríamos entonces con las condiciones estables y últimas del habitante del Plata, prescindiendo del formidable "Deux ex machina" de sus fuentes casi espontáneas de riqueza — si imagináramos a la Argentina reclusa en su intimidad, a causa, por ejemplo, de un bloqueo, que para los fines de tal experiencia supusiésemos absoluto y muy prolongado. En dichas condiciones, lo especial e irreductible argentino semejaría, más que a cualquiera otra cosa, a lo chileno, lo bogotano, lo sevillano o lo mejicano. Desde luego no haría falta la coincidencia, para que esa equiparación fuera legítima. En ese sentido decimos que el problema argentino es solidario del problema global de España y de Hispano-América, prescindiendo de las diferencias que por fuerza se derivan de poseer España una estructura más reposada por los siglos.

He ahí la explicación de que los extranjeros, no siendo españoles, encuentren tanta dificultad para entender y sentir en sus más finas derivaciones lo que hoy acontece desde Punta Arenas al Río Bravo. Un observador extraño, a fuerza de noticias y de sagacidad, llegará a describir la situación moral de esas

(CON MOTIVO DE UNA DISCUSION)

agrupaciones humanas o a formular sobre ellas muy inteligentes deducciones; me temo, sin embargo, que quede un último e insalvable paso, inaccesible para las mejores técnicas. Y esto no es mística ni romanticismo. Cuando un español responsable de su pluma y conocedor del sentido de las palabras enuncia un juicio sobre la América hispana, quienes ahí saben que pensar y juzgar no es esparcir voces al azar de los vientos, experimentan una reacción de simpatía particular e inengañable, es decir, de "con-sentimiento", dejando al margen que tal juicio sea o no admitido como objetivamente exacto. Una misma intuición vital nos acerca, lo cual no se dice ahora para desencadenar ingenuos regocijos, ya que las observaciones suscitadas por esa íntima convivencia suelen ser las que más nos encrespan y sublevan.

Así son las cosas, y es lealtad encararse con ellas para no demandarles sino lo que pueden conceder. No ha mucho, el Conde de Keyserling — ilimitado conversador — expuso en un teatro madrileño su creencia de que el mundo de lengua española habrá de predominar sobre el bicéfalo imperio de los sajones (Londres - Nueva York). Confieso que no asistí a ninguna de esas charlas, y que sólo conozco vagamente las ideas del buen conde acerca de nuestras próximas grandezas. Los momentos están para todo, menos para cuentos. Buenos Aires y Madrid tienen a la vista vencimientos de magno volumen, y es hora de pensar con algún reposo en si disponemos o no de la suficiente provisión de fondos.

Por vías distintas, España y América están recogiendo el fruto de su singularísimo pasado; lo que significa que en lo que atañe a la vida social y política seguimos siendo más o menos como éramos. En cierto sentido (perdónese el meditado inoptimismo) la actual coyuntura es para vosotros, hispanoamericanos, más estricta y apremiante que la vivida a comienzos del siglo último. Entonces fué en España la sazón de las melancolías; frente a ella, por el contrario, surgían albas prometedoras al otro lado del Atlántico, soles de libertad que esclarecían el juvenil y retórico entusiasmo de un continente que en Ayacucho creía haber superado todas las sombras que le encadenaban a una ingrata tradición. Los virreinos — pompa y carroza — se tornaban naciones, que pensaban seguir una senda intacta y virginal al fragmentarse en políticas parcelas. Bolívar, la mejor mente de la revolución, sabía que eso era insania, y su vida acabó por extinguirse en el desencanto. El manto en oropel de la España ultramarina veía convertidas sus trizas en chupas y monteras. Por trágica ironía, Bolivia surge como un eco de las letras, no de las ideas de Bolívar. Todo respondió, y cómo no, al especial funcionalismo de nuestro ser colectivo. Así en el cuento de Heine los que se mudaban, en huida del duendecillo, oían su impertinente vocecita: "¿Conque nos mudamos?".

Un buen conocedor del alma argentina, D. Lucas Ayarragaray, escribía no ha mucho en este diario, frases que en lo esencial pudieran aplicarse a España, casi sin mudarles una tilde, lo que sería una contrapueba de la idea antes expresada por mí: "Nuestra actual democracia, sin asiento ni rumbo, muévase en vaivenes y aventuras entre el ambiguo y valetudinario absolutismo presidencial (en España, monárquico) y las incongruencias opositoras... Intereses inconsistentes y finalidades contrapuestas y sin densidad moral el ambiente... "El pueblo argentino conserva por supuesto, residuos de ese temperamento hereditario de la fundación española... El espíritu faccioso no concibe el espíritu del Estado." Desde otro punto de vista, el Sr. Coni analiza en un trabajo reciente la situación social de su país con desnuda y amarga dureza, como puede hacerlo solamente un patriota exquisito en esos difíciles pasos en que la inquietud rebasa las reservas y los miramientos. Otros escritores bonaerenses podrían añadirse si no lo juzgara superfluo.

Existe, por tanto, una inquietud argentina y frente a ella van dibujándose las claras razones de unos cuantos espíritus delicados. Entre la variedad anecdótica de tanto sinsabor destaco una observación precisa del Sr. Ayarragaray: la ausencia del "espíritu de Estado". He ahí el "punctum candens" en este grave asunto, que se agrava aún más si se comprueba que no se trata aquí de una deficiencia peculiar de los argentinos — fruto de estas o las otras condiciones locales, o de su historia en el siglo XIX —, sino de una característica de la civilización hispánica, la cual, si produjo maravillas en otros órdenes, en lo que atañe a la convivencia jurídica no ha sabido rebasar todavía las maneras de un primitivismo rudo y anti-estatal. Habremos adquirido los barnices de la política

européa, pero la conciencia cívica del Estado, el tacto finísimo para los intereses colectivos, eso no ha penetrado en el ánimo de las gentes. El Parlamento es un chirimbolo ineficaz contra la tiranía en Madrid y en Buenos Aires, en Cuba y en Méjico, y en el último confín donde resuene el "no me da la gana". Para el hispano todo depende de que le dé o no le dé la gana, y no de que las cosas deban o no deban ser. Si nos da la gana, hasta entregaremos la vida por el semejante; en cambio, por la noción del deber no iremos espontáneamente a levantar la carga colectiva, por tenue que sea el esfuerzo que se nos demande. El Estado es el nutridor de los ciudadanos, padre común incluso de la holganza y la impericia. Y así no puede haber Estado ni democracia; pero naçen, por el contrario, la oligarquía y el caciquismo (juzgados por Costa un mal adventicio y fácilmente (?) subsanable) con sus parientes el mandonismo, la montonera, el cuartelazo y el pronunciamiento; o las formas tribales y aldeanas de convivencia, cuya expresión más acabada es la limitación casera y regionalista: la minuscultura de Centroamérica o el separatismo catalán.

Lo que concretamente acontezca en la Argentina, vivir a la defensiva (Ortega) o a la defensiva (Coni), no será sino lejana derivación de esa ausencia de plasma moral, de cemento humano, que una religión esencialmente exterior y una educación pobre de ideas se olvidaron de colocar — desde hace siglos — en el alma de nuestros pueblos, en el niño y en el mozo. Tal carencia de base no se compensa con la exaltación de un abstracto patriotismo, brillante corteza que puede dejar en hueco cuanto recubre. Surge así un espíritu de solemnidad oficial, de revista de gala. Quien figura en ellas, cree haberlo hecho todo. (La mujer y el joven, sin papel directo en el espectáculo, producirán impresión de más grata espontaneidad). Una riqueza súbita y como llovida del cielo permitirá subvenir durante decenios a esa organización fastuosa y aparental, hasta que llegue un día en que ni las embajadas reciban sus emolumentos. Y es que mientras el navío discurre por las tensas aguas del estuario, no percibimos que navega falto de quilla; mas si las ondas bravas lo acometen, entonces veréis la angustia y la zozobra.

La Europa culta, fuerte y aburguesada de hace veinte años nos estuvo abasteciendo con las "excesiones" de su técnica, que absorbíamos como parásitos, dándole en trueque los frutos sin color de una naturaleza pródiga. Con sus manufacturas y su ciencia, Europa nos remitía al mismo tiempo sus esencias de orden y buen gobierno social, que algo exteriormente nos apropiábamos. Pero surge la guerra grande y otros complejos imprevistos, que traen el desequilibrio a los nervios europeos; y París, Berlín y Cía., nos deslizan, con sus remesas habituales, ciertos alcaloides de desorden, que nuestra debilidad y la ausencia de propia substancia convierten en tóxicos peligrosísimos. El hombre medio se da entonces cuenta de que vivir a expensas de la cultura extraña (el Japón escapa genialmente a ese peligro) es un pecado que pronto o tarde lleva a los más siniestros resultados. El ciudadano de la calle aprende, a su vez, que el régimen llamado democrático (Parlamento, etc.), en que ha estado viviendo, era una pura fantasmagoría; que las seguridades de la Constitución no son sino palabras, para ser usadas mientras no haga falta traducirlas en acciones energéticas; que la libertad o el decoro público se suprimen cuando así place al látigo de cualquier temperamento audaz. Y las perspectivas abiertas al contemplativo son éstas y no otras: tiranía personal o dictatorial, o demagogia ciega y absurda (ni siquiera Rusia).

Lamentaría que alguien reputara antipatriótico o racialmente pesimista la difusión de estas maneras de ver. Cuando hay una grave dolencia, es obligado el mostrarse sincero y veraz. Habría que callar, sólo si pensáramos que Madrid y Buenos Aires carecían de toda vitalidad defensiva. Por dicha, no es esa la situación. Cabe hablar, discutir y prevenirse. Ciento que una reacción favorable, para ser eficaz, tendría que iniciarse en zonas delicadamente íntimas, aparentemente muy alejadas de la liza donde se ventilan los asuntos públicos, y que no obstante serían su centro. En el hogar, en la escuela, en la profesión de cada uno, en lo más recóndito de cada conciencia es donde la batalla ha de plantearse: Esfuerzo enérgico y veracidad, contra ficción y laxitud. Ya me oigo tildar de ingenuo y utopista: puede ser. Quizá sea más fácil sacrificar la vida que imprimirla nuevos rumbos. Me atrevo, no obstante, a afirmar, que si en los años cercanos las gentes de habla hispana y quienes merezcan ser sus guías, no intentan modificar su potencial humano, para que de espectadores de la cultura se conviertan en actores de ella; si no surgen plumas y lenguas que lleven esta persuasión a los grupos selectos y a las masas, haciéndolas erigirse en una nueva fe de decoro interior, de solidaridad nacional y de posturas efectivas ante sus semejantes, la miseria y la vulgaridad más negras se adueñarán impunemente de una de las razas que, a despecho de sus admirables latencias, es de las más inermes que hoy discurren sobre la haz del planeta. Estimo un deber gritar por la verdad, y me honro pensando que las gentes de mi habla son hermanos en espíritu a quienes, si no convengo, nunca he de herir en su sensibilidad. Los juzgo aptos para oír todas las verdades.

AMÉRICO
CASTRO

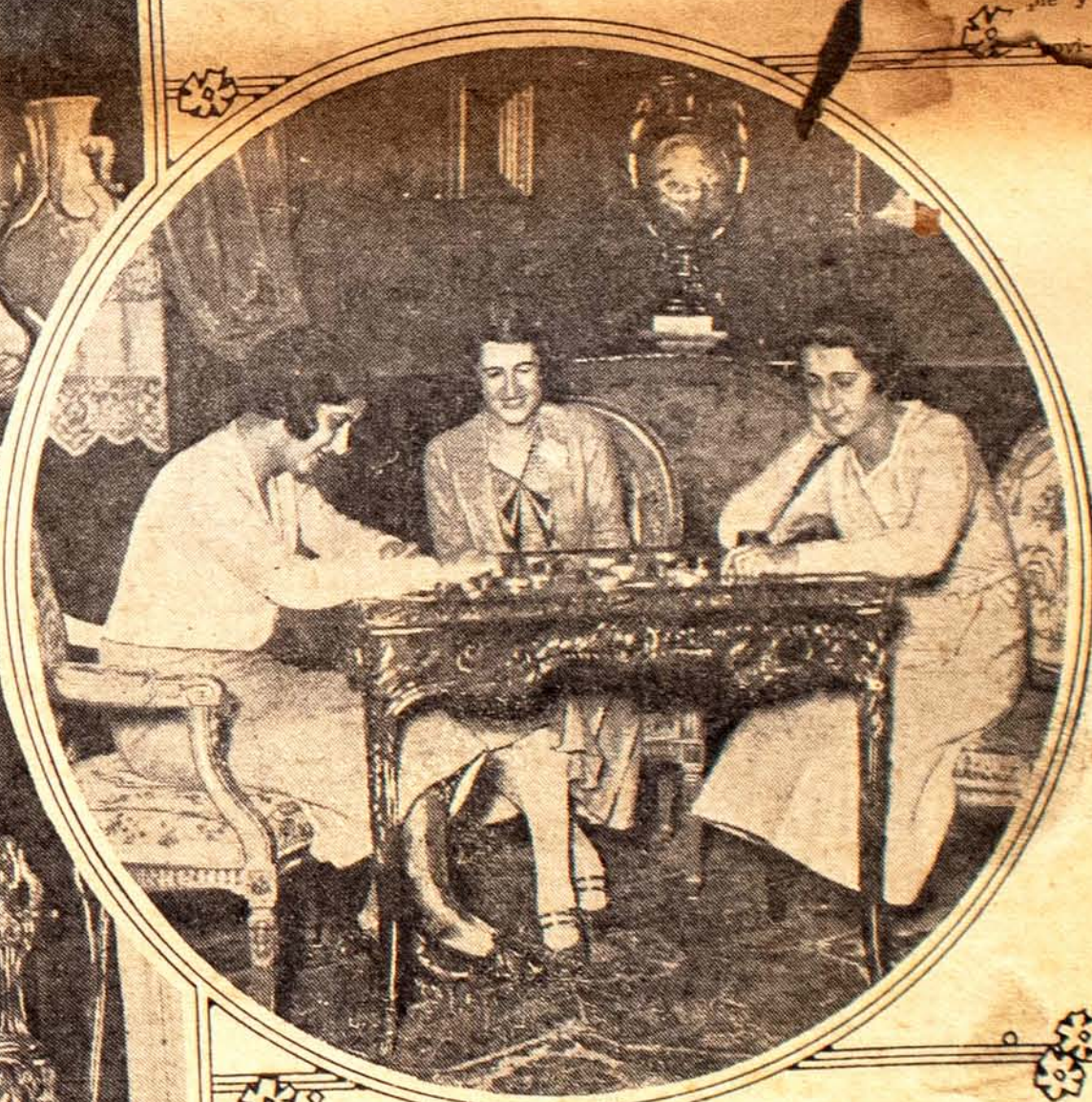
(Para LA NACION)

MADRID, agosto de 1930

Film Social



Los últimos días grises del invierno fueron propicios para momentos de grata intimidad. De izquierda a derecha: Elisa Cabral Hunter, Josefina Molina y Anchorena, María Antonia Cabral Hunter y Mercedes Molina y Anchorena



La señorita María Luisa Lamarca Martínez de Hoz



Este partido de damas, en el que intervienen las Srtas. Carlota Naón y Sara Duhau, presenciado por la señorita Inés Llobet Llavallol, parece demostrar que aquel difundido juego conserva su interés en nuestros salones



O puedo recordar-me cuál fué el escritor inglés, historiador y sociólogo, que tratando de establecer la diferencia entre

nuestro mundo y el mundo antiguo, afirmó que a los antiguos, desde los griegos a los romanos y durante toda la Edad Media hasta los umbrales de la edad moderna, les faltó en absoluto el genio de la mecánica por medio de la cual el hombre moderno ha transformado al mundo. Ahora bien; si la verdad de esta maravillosa transformación, todavía en pleno desenvolvimiento, no admite discusión alguna, la afirmación de que al hombre de otros tiempos le faltase por completo el genio mecánico que, por lo visto, se reveló más tarde de improviso, no se sabe debido a qué milagro en los descendientes de nuestra época, si es en verdad, atrevida. Los antiguos no carecieron del genio de la mecánica, y mientras en nuestra época éste ha sido aplicado con inmenso éxito al trabajo útil y a la producción, en la antigüedad se empleaba más bien como pasatiempo en la fabricación de cosas extrañas y rarísimas que causaron la admiración y el estupor. Los relojes, sobre todo, estas inútiles máquinas basadas sobre el valor abstracto del tiempo: estaciones, meses, horas y minutos, contribuyeron a poner a prueba desde un principio la habilidad mecánica de la humanidad.

Varias alusiones sobre relojes que causaban el asombro de todo el mundo se encuentran esparcidas aquí y allí en la literatura de los pueblos antiguos. Pero el primer recuerdo preciso, con una minuciosa descripción del mecanismo, se remonta tan sólo al siglo VI, cuando el escritor griego, Procopio de Cesarea, describe el reloj de la ciudad de Bizancio. Este escritor, el suntuoso reloj se componía de doce águilas, tantas como horas hay, que estaban encaramadas sobre el mismo, teniendo entre las garras una corona de laurel. Al toque de las horas, el sol, que estaba sentado sobre su trono, daba la señal y una puertecilla se abría, por la que salía Hércules, sobre cuya cabeza las águilas iban colocando, sucesivamente, las coronas, como recompensa a sus doce famosos trabajos. Ingeniosísimos se mostraron en estas invenciones los árabes, y la crónica hace mención del gran reloj que le regaló a Carlomagno el Califa Harun-el-Raschid, el cual marcaba las horas por medio de jinetes que aparecían por tantas puertecillas como número de horas eran. Durante el Renacimiento italiano, la fantasía y la naciente ciencia se unieron en la erección de maravillosos relojes, entre los que se recuerda todavía el reloj de agua que Miguel Ángel inventó para la magnífica Villa de Este, en las proximidades de Roma. Más tarde la pasión por estas creaciones mecánicas y simbólicas se desvió hacia el Norte; y todavía quedan como notables ejemplares de este arte: el reloj de Lundén, en Suecia, construido en el siglo XV, donde las horas se cuentan por los sablazos que se dan dos caballeros; el reloj de Jacquemart, de Dijon, donde dos herreros golpean con el martillo las horas sobre una campana, y tantos otros diseminados entre Flandes, la Normandía y las regiones del Rin; pero entre todos descuella como un gigante el colosal reloj astronómico de la catedral de Estrasburgo, el cual se compone de un calendario, un planetario, las fases de la luna, el tiempo sideral, los equinoccios; todo ello combinado con simbolismos de las diversas edades de la vida.

Pero muy pronto el venerable reloj de Estrasburgo pasará a un segundo plano, tanto por lo que se refiere a sus di-

EL RELOJ MAS GRANDE DEL MUNDO

mensiones como por las complicaciones de su mecanismo y la riqueza y variedad de las representaciones simbólicas. El nuevo reloj será el mayor del mundo y se colocará en Messina sobre el nuevo campanario, por iniciativa del arzobispo monseñor Angel Papno. Su ejecución será obra de un artista alsaciano.

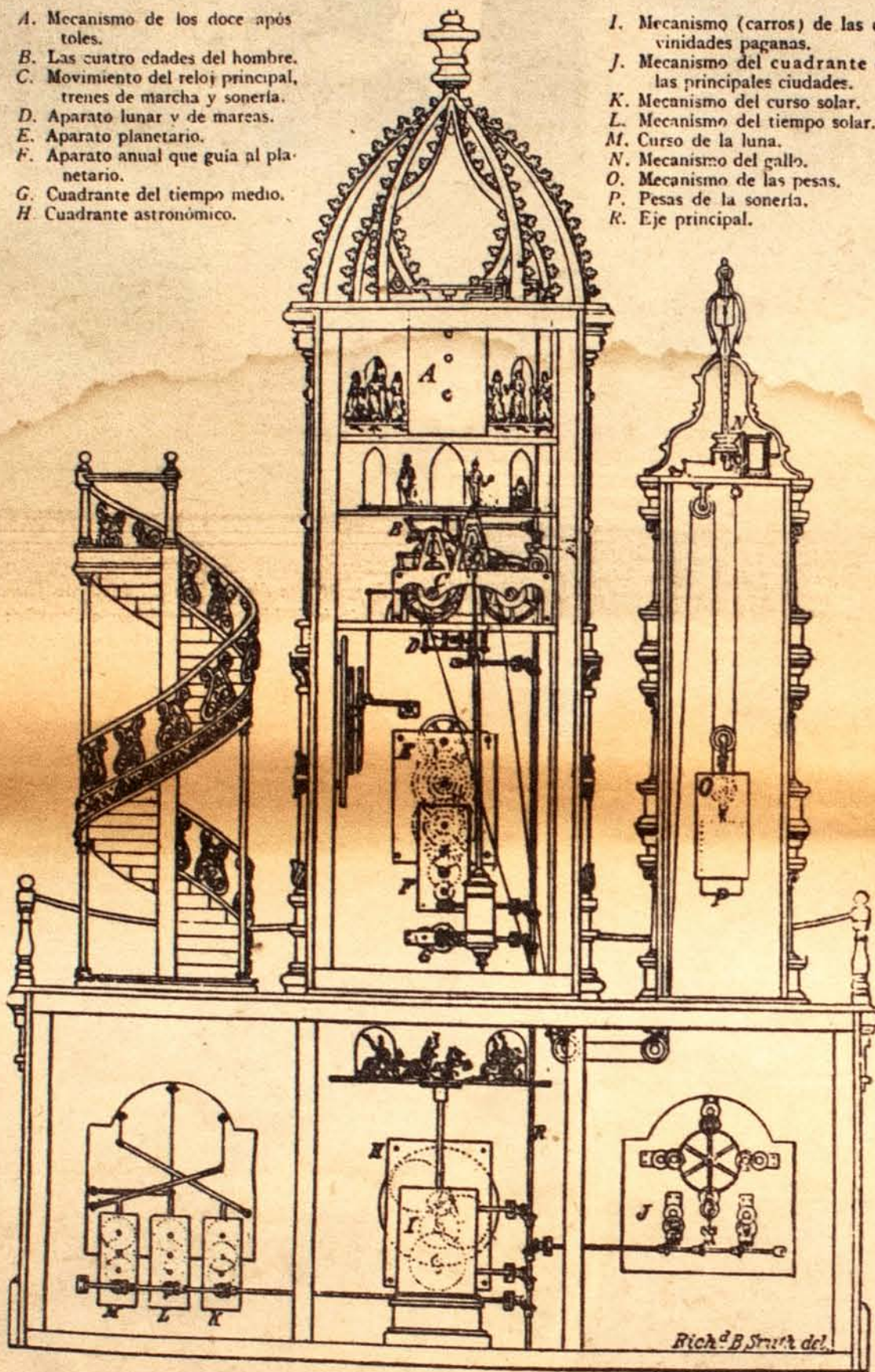
Lo extraordinario de este reloj consistirá no sólo en su

cado en medio de los dos arcos ojivales, donde estarán las campanas, Dina y Clarenza golpearán sobre las campanas cuando suenen las horas, aquellas dos campesinas oriundas de Messina que, según reza la leyenda, en la noche del 8 de agosto de 1282, desde los torreones de la fortaleza donde estaban de guardia dieron la voz de alarma al aproximarse los franceses de Carlos d'An-

que con sus revoluciones indicará las fases lunares. También habrá un planetario con el sol en el centro y alrededor de él, con los movimientos en proporción a los tiempos de las revoluciones que dan, Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y el novísimo planeta Plutón. Un calendario perpetuo indicará, por medio de un anillo de tres metros cincuenta, todos los

- A. Mecanismo de los doce apóstoles.
- B. Las cuatro edades del hombre.
- C. Movimiento del reloj principal, trenes de marcha y sonería.
- D. Aparato lunar y de mareas.
- E. Aparato planetario.
- F. Aparato anual que guía al planetario.
- G. Cuadrante del tiempo medio.
- H. Cuadrante astronómico.

- I. Mecanismo (carros) de las divinidades paganas.
- J. Mecanismo del cuadrante de las principales ciudades.
- K. Mecanismo del curso solar.
- L. Mecanismo del tiempo solar.
- M. Curso de la luna.
- N. Mecanismo del gallo.
- O. Mecanismo de las pesas.
- P. Pesas de la sonería.
- R. Eje principal.



Partes principales del mecanismo del reloj de Estrasburgo, según el modelo de Smith

jou, que llegaron después de las Vísperas Sicilianas a quebrantar el poderío de Messina.

Las diversas señales aparecerán en cuatro cuadrantes iluminados, de dos metros y medio de diámetro, uno en cada fachada; la parte astronómica y la simbólica aparecerán tan sólo en dos de las fachadas.

La parte astronómica se colocará en un globo lunar, mitad dorado y mitad negro, de un metro de diámetro, que realizará una vuelta en un mes, y

días del año. El calendario tendrá también otro segundo dispositivo que servirá para indicar la Pascua y todas las fiestas consiguientes.

El reloj tendrá también una verdadera y genuina parte figurativa, un mecanismo de figuras y escenas que simbolizan los diversos periodos en que el hombre ha subdividido la eterna sucesión de los días. Estas representaciones, al mismo tiempo que otras de argumento bíblico y de historia municipal, se alternarán unas con otras, en cinco aberturas, colocadas en el siguiente modo: 1) los días de la semana representados por siete carros mitológicos de setenta centímetros de altura, y desde uno de los cuales Apolo simboliza el domingo; la Luna, el lunes; Marte, el martes; Mercurio, el miércoles; Júpiter, el jueves; Venus, el viernes; Saturno, el sábado. 2) Las cuatro épocas de la vida

estarán representadas por un niño, un adolescente, un guerrero y un anciano. Al fondo de la abertura la Muerte presidirá esta procesión. Las figuras tendrán un metro y veintidós de altura. 3) La aparición de la Iglesia votiva de Messina que se anuncia por el vuelo de una paloma alrededor de la colina. 4) En la abertura siguiente cuatro escenas bíblicas, que variarán según la época del año eclesiástico y que representan: la adoración de los Reyes Magos; la Resurrección; la venida del Espíritu Santo; la Natividad. 5) La escena aquella de la leyenda en la que la Virgen entrega una carta a los embajadores de la ciudad de Messina a la cabeza de los cuales venia San Pablo, ocupará la abertura más importante.

Y he aquí cómo funcionarán estos diversos elementos. Cada cuarto de hora Dina y Clarenza darán, alternando, un golpe cada vez. Inmediatamente aparece la primera época de la vida, en la parte baja; un niño que entrando por un lado del escenario, atraviesa la escena y desaparece por el lado opuesto. Cada media hora Dina y Clarenza dan dos golpes cada una. En la parte baja aparece un joven que vuelve a desaparecer. Cada tres cuartos de hora se oyen tres golpes y aparece la tercera época, el guerrero. A cada hora dan los cuatro golpes y aparece el anciano. Cuando éste ha desaparecido, las horas suenan en el campanario y la Muerte, levantando la guadaña, va contando los golpes.

El gallo cantará tres veces al día para saludar el alba, el mediodía y puesta del sol.

A mediodía el león mueve la cola y la banderita, alza la cabeza, abre la boca y prorrumpe en rugidos. Cuando el león se ha parado, la escena de la cual ya hemos hablado, se pone en movimiento. En el centro, de pie, se encuentra la Virgen; un ángel se adelanta y le entrega un pergamino. El ángel desaparece y llega San Pablo con cuatro embajadores, los cuales, pasando por delante de la Virgen, se arrodillan y reciben su bendición. El primero de ellos coge de las manos de la Virgen el documento y se lo lleva. Luego se desarrolla la siguiente escena, con la aparición de uno de los cuatro personajes que simbolizan las cuatro estaciones. Desde la Epifanía hasta el Sábado Santo en esta escena se desarrolla la Adoración de los Reyes Magos; en el centro se encuentra el Niño Jesús en el pesebre, rodeado de la Virgen y de San José; aparece una estrella que precede la llegada de los reyes y de su séquito. Todos ellos, al pasar delante de Jesús, se arrodillan. Desde la Pascua hasta Pentecostés se representa la Resurrección, en la que se ve el sepulcro de Jesús custodiado por dos guerreros. Jesús resucita y sale de la tumba, mientras que los guerreros, asustados, levantan los brazos. Pasados algunos minutos, los guerreros dejan caer los brazos y Cristo vuelve a entrar en el sepulcro. Desde Pentecostés hasta el 23 de diciembre se representa la venida del Espíritu Santo.

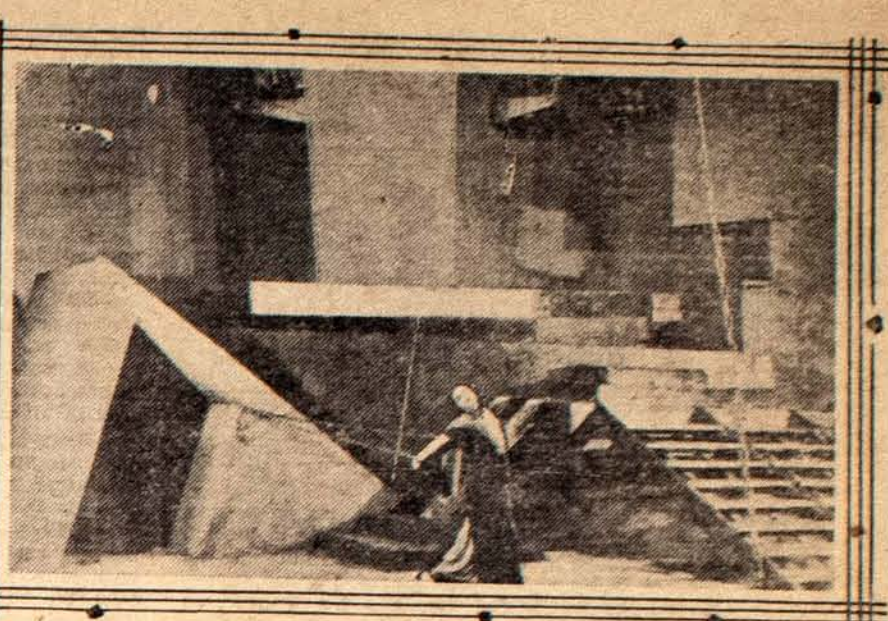
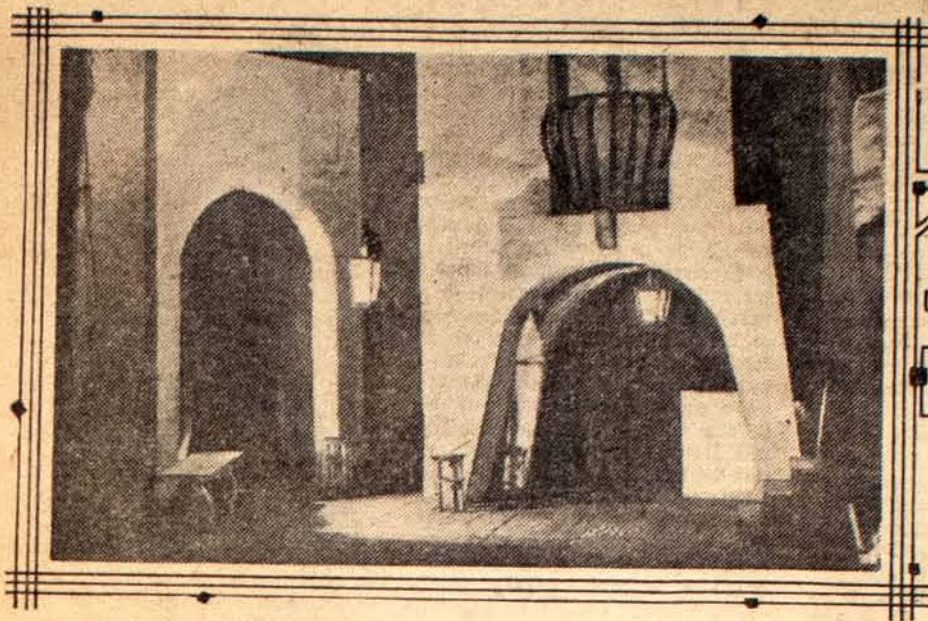
Desde el 24 de diciembre hasta la Epifanía aparece el cuadro de la Natividad. En el centro está el Niño Jesús en el pesebre, con la Virgen y San José. Tres pastores se acercan al grupo, se arrodillan y luego se van.

Cuando estas cuatro escenas han terminado su movimiento vuelve a funcionar el escenario que ahora describo. Aparecimos en el centro un montículo, una paloma aparece volando alrededor de la colina y luego desaparece. De repente surge de la tierra la iglesia votiva, que desaparece más tarde lentamente.

A la media noche, después del toque de las horas, el calendario marca un día más. El 31 de diciembre cambia el año.

OLINDO
MALAGODI

(Para LA NACION)
ROMA, agosto de 1930



A gran sorpresa del espectáculo de Tairóff que acaba de pasar por Buenos Aires como un monumento de color y de fuerza, ha sido su escenografía. El resto mereció todos los elogios; pero no encerraba para nosotros nada nuevo. La intensidad de sus dramas, de los que uno solo fué ruso, y de sus intérpretes, que pusieron el sello acentuado de su escuela y el vigor eslavo de sus pasiones al servicio de la garra de O'Neill y de la plástica escénica de Wilde, como la caricatura espiritualizada de sus operetas, mitad "commedia dell'arte", mitad pantomima de "ballet", significaban más perfección que novedad. Lo nuevo para nosotros, residía en el cuadro grandioso de su escenario. Decorados, escaleras, rampas, luces, macizos y planos, eran todos elementos que aquí no se habían visto, y menos aun al servicio del drama. El espectáculo de Tairóff entraba así por los ojos, impresionaba deslumbrante por sus dimensiones y por su color, y se imponía, visualmente extraordinario, única victoria posible con un idioma del que no comprendíamos palabra. Tairóff sorprendió, deslumbró y convenció por su escenografía.

Ninguna de las compañías venidas anteriormente como —casi es superfluo agregar— ningún espectáculo de teatro nacional, no solamente no han hecho nada parecido, sino que ni siquiera han tentado introducir ningún elemento nuevo en su presentación escénica. Ha habido decorados buenos y malos, éstos en abrumadora mayoría; pero, aun aquellos han podido revelar cuidado, preocupación y gusto, mas nunca ni siquiera propósito de novedad. De los conjuntos franceses, que vienen siempre sin decoraciones, ya se sabe que hay que esperar espiritualidad, ingenio, emoción en el drama o elegancia en la frase, mas nunca escenografía novedosa, que sólo en París les preocupa un poco, aunque mucho menos que en otras grandes capitales. De los italianos que nos han visitado estos últimos años, sólo Nicodemi se preocupaba algo de la presentación escénica, pero con un sentido realista y suntuoso, poniendo la escena como se puede adornar un salón. Los españoles estos últimos tiempos, le han dedicado mayor atención. Martínez Sierra, en sus tres temporadas, y sobre todo en la segunda, con las escenografías de Burmann, vino a demostrar que los decorados no son elementos accesorios, casi insignificantes, como se había creído con ingenuidad o se había sostenido por economía, sino que son la atmósfera precisa, el clima propicio a cada pieza, como la luz es necesaria a la fuerza de un amanecer y la penumbra a la intimidad de un interior. Los de-

Una de las decoraciones proyectadas por Carlo Bragaglia para la obra "Carmen 1930", de Antonio Aniante, representada en el teatro de los Independientes, de Roma, bajo la dirección de Anton Giulio Bragaglia

Una escena de "Antigona", tal como la presenta la compañía del teatro Kamerny, de Moscú, que dirige Alexander Tairóff, y que recientemente ha actuado en el teatro Odeón de esta Capital

ESCENOGRAFIA POR OCTAVIO RAMIREZ

corados de Martínez Sierra han sido casi siempre de buen gusto, bien entonados, alguna vez con cierta originalidad de ángulos y perspectivas, pero sin que ello señale sobre los decorados anteriores, sobre la corriente y ya conocida decoración, una diferencia que vaya más allá de su prolijidad ni implique una conquista más significativa que un matiz. Otro tanto podría decirse de algunos decorados que hace poco exhibió Lola Membrives en su temporada de Maipo, y entre los que se destaca el de "Anna Christie" por su atmósfera sugestiva y el discreto "truco" de su bruma envolvente, mas siempre en un sentido realista y normal. Nada nuevo había visto nuestro público en escenografía hasta que vino Tairóff.

Pero este año la escenografía moderna y novedosa, sobre la que apenas se tenía la difusa noción de las cosas lejanas, ha empezado a ser entre nosotros un tema de interés y hasta de actualidad. Con lo que nos mostró Tairóff y con lo que habló Bragaglia, se han abierto los ojos y se han posado sobre el nuevo y sugerente escenario. Ya se habla, como de cosa relativamente familiar, de la escenografía moderna, de la importancia de los ángulos, los planos y las luces; del corte nuevo de los decorados y de la atmósfera sugerente y expresiva. El espectáculo de Tairóff fué visto como una deslumbrante sorpresa y la aspiración de Bragaglia —único hombre de teatro que se preocupa de escenografía en Italia— tomada en cuenta como un claro rumbo. Y ciertamente que todo esto está muy bien y que ojalá todos los años nos visitaran compañías que, como la del teatro Kamerny, dieran a la vista el luminoso recreo de su presentación escénica. Pero también es el momento de precisar que todo esto, tan nuevo para nosotros, no es nuevo en sí, sino que es el producto aprovechado con inteligencia y aplicado con buen gusto, algunas veces apenas modificado en un hallazgo de detalle, pero en el fondo idéntico en su espíritu y en sus procedimientos, a lo que en Europa se viene haciendo a raíz del movimiento que se inició a fines del siglo pasado y que puso sobre la escena su nuevo sentido de la decoración, iluminando las obras con su espíritu y sus reflectores, como la luz delineó la tierra al proyectarse sobre el mundo.

Todo arranca de Gordon Craig. Comienza en 1896, mon-

tando varias piezas en Inglaterra, según sus personales ideas escénicas y aplicándolas luego, en 1904, en Alemania y un poco después en Rusia. Su teoría, contenida en su libro "El arte del teatro", reposa en estos esenciales elementos:

"El gesto, que es el alma de la interpretación, y las palabras, que son el cuerpo de la pieza; las líneas y los colores, que son la vida del decorado; el ritmo, que es la esencia del baile", y, cuando no lo hay, del movimiento. De estos tres grupos de factores que, reunidos, forman la expresión integral de un espectáculo, claro está que el que interesa desarrollar explicativamente, por ser el que va en forma directa a la total renovación del decorado, es el segundo, o sean las líneas y los colores, incluidas, entre estos últimos, las luces. Como síntesis de sus propósitos, dice:

"Nada de realismo, sino de estilo." Dar a cada decoración un estilo propio, y en armonía con el espíritu de la pieza a cuyo servicio se monta. Pero, como el sentido de las palabras hay que marcarlo con mucha precisión, máxime cuando se barajan de un idioma a otro, la estilización que pregonaba Gordon Craig no tiene otra exigencia que ser la necesaria para dar la atmósfera. Primero: los colores. Si cada pieza tiene su espíritu, cada espíritu tiene sus tonos. ¿Cómo no ha de tener un color cada obra, si las palabras y hasta las letras sugieren colores? Pero, esto que ahora parece evidente, fué Gordon Craig el primero que lo vió con claridad y que lo aplicó a la escena con la firmeza de un postulado. Segundo: las líneas. No sólo la extensión y las medidas, las proporciones espiritualizadas en alto o vigorizadas en ancho, sino hasta las direcciones de las líneas y las perspectivas de los ángulos sirven para que venga a posarse en ellas, como en el cuerpo que la espera, el alma de la pieza.

Y por si esto no resultara suficientemente claro, afirmando la teoría en sus realizaciones prácticas, Gordon Craig explica cómo concibió su escenografía de "Macbeth", una de sus más grandes creaciones. "Macbeth" es para él dos cosas esenciales, que se destacan evidentes sobre todos sus otros elementos: una roca escarpada donde habitan los hombres hirutos y guerreros y una nube húmeda que encierra los espíritus. Por lo tanto, su escenografía, su esquemática y formidable escenografía, se reduce a esto: a un lado de la escena una roca, maciza, enorme, todo lo alta que se quiera,

con su robusta sensación de fuerza bruta, y encima la nube, cada vez más densa y más tupida, envolvente y tentacular, como la victoria alada y final de los espíritus sobre la materia inerte. La más poderosa expresión obtenida con dos elementos, que son dos toques de genio.

Después de Gordon Craig, el camino está ya trazado y abierto. Los que vienen detrás lo transitarán y, si tienen talento, le imprimirán la huella de una ligera variación, pero siempre sobre la materia ya forjada. En realidad, su misión se reduce a dar mayor o menor preponderancia a uno u otro de los elementos ya reunidos en perfecto consorcio por la visión clarividente del precursor. En Alemania, Adolfo Appia toma como eje del espectáculo la luz, inagotablemente variada y expresiva de los reflectores. La luz, que en el concepto anterior, y aun hoy todavía en el concepto corriente, asume un papel secundario y servil, comenzará a adquirir lo que en su libro "La música y la mise en scène" llama "un papel activo". Dos elementos, también esenciales, el intérprete y las decoraciones, deben estar visualmente en armonía con el espíritu de la pieza; pero no adquieren plena personalidad, sino valorizados por los reflectores, que al posarse sobre ellos, con un color y una intensidad distintas para cada obra, les comunican el soplo de su espíritu. Georg Fuchs habla en su libro "La revolución del teatro", y mucho antes de repetirse el término ahora, de "re-teatralizar" la escena. Y Fritz Erler, de acuerdo con el valor esencial y casi excluyente de las líneas y de los planos, llega a la simplificación más extrema en su audaz montaje de "Fausto". Sobre dos únicos telones de fondo, en blanco y en negro, y dos piezas corpóreas, colocadas en medio de la escena, sobre tonos grises, con expresión de piedra, el juego de luces va dando todos los efectos y sugiriendo todas las atmósferas, sin cambiar de decoración en una obra que va recorriendo alternativamente sitios tan distintos. Y Max Reinhardt, hoy el director más conocido en todos los países del mundo, y cuyo nombre es sinónimo de perfecto y majestuoso espectáculo, aprovecha, con un vasto sentido integral y grandioso, todos los elementos proporcionados por sus predecesores, y pasando de la síntesis al conjunto, cambia la simplificación de Fritz Erler y la fuerza expresionista de Gordon Craig, por las líneas gigantescas de

sus armazones y sus multitudes. Según lo expresa Ronché, citado y resumido por León Moussinac en su libro sobre escenografía, llegado recientemente a Buenos Aires, el espectáculo de Max Reinhardt busca las grandes formas, los amplios contornos, las líneas largas y envolventes, las construcciones ornamentales, los contrastes de luces y el movimiento constante de los reflectores, los fondos oscuros, para que resalten, más llamativos, los colores fuertes. Aun con elementos ya batidos por otros obreros de la escenografía, Max Reinhardt es, después de Gordon Craig, el único que se puede decir que crea, tales son las modificaciones que realiza a través de su lente enorme y multicolor, estando tan lejos de la síntesis, condensada en un par de trozos del precursor, como un vasto y minucioso cuadro de un esquema simple y fuertemente expresivo.

En Rusia se inicia el movimiento al mismo tiempo, aunque caminando por distinta senda. También a fines del pasado siglo, donde se gesta toda la renovación escenográfica, como tomando impulso para entrar con más fuerza al presente, Stanislavsky y Meyerhold comienzan a preocuparse de la presentación escénica como de un complemento necesario y principalísimo del espectáculo teatral. Su orientación, al principio muy parecida y en una misma ruta, aunque después se hayan separado en su trabajo y hayan disentido algo en sus fines, tiene poco que ver con el movimiento que halla en Alemania su más propicio campo de experimentación. En teoría, parecen coincidir en gran parte con las ideas de Gordon Craig, y así los principios básicos que expone Meyerhold en nada difieren de la aspiración de captar y reflejar el alma de las piezas, que también enuncia y persigue el gran director ruso. Pero, al ponerse a realizar, no transita por el mismo camino, ni se vale de los mismos elementos, puesto que el propio

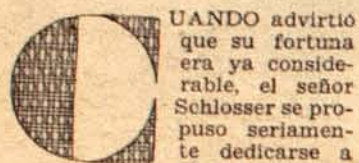
(Continúa en la pág. 31)

A los que sufren del estómago

Vamos a darles para alivio de sus males una valiosa receta, de resultado seguro. Basta tomar después de cada comida 1/2 cucharadita de Bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua para hacer cesar al instante toda molestia o dolor y obtener la digestión normal.

El bicarbonato cálcico es un producto científico, recomendado por los señores médicos y que obra eliminando el exceso de acidez, al par que estimula las secreciones naturales indispensables a la digestión.

Todos los que sufren de molestias gástricas pidan el folleto ilustrado gratis a los señores Laich y Rey, Belgrano 2544, Buenos Aires.



CUANDO advirtió que su fortuna era ya considerable, el señor Schlosser se propuso seriamente dedicarse a algo decente, y después de unos días de profunda meditación, se decidió a coleccionar cosas raras y estudiar filosofía. Consideró que la urbe, turbulenta y ruidosa, no era propia para vivir con espiritualidad y se trasladó a La Plata, ciudad de edificación moderna y costumbres provincianas, donde compró un palacete de estilo encantador. Se hizo socio del club más aristocrático y se relacionó con las familias de apellidos más ruidosos. Como tenía una esposa maravillosamente simpática y una hija peligrosamente bonita, recibía con éxito todos los viernes, y las damas se admiraban en alta voz de las miniaturas artísticas del obeso Herr Schlosser. Por otra parte, sus distracciones —ya proverbiales— daban a su conversación inusitado encanto, y a sus actos, un elegante sello de ingenuidad. Todos lo perdonaban risueños considerando muy justamente que un hombre que se dedica a cosas tan raras como las colecciones y la filosofía, tiene el derecho de confundir los nombres de los invitados u olvidarse el bastón en el club.

Un lunes que por la lectura de un tremendo manual de filosofía alemana había caído en suave desmayo sobre una muflada butaca de cuero rojo, fué sacudido por la voz descompuesta de Francisco, su buen mucamo.

—Señor! ¡El reloj! Ese reloj chino que compró usted hace unos días, ha desaparecido!

Se levantó de un salto y fué al salón de sus colecciones. Desde la puerta ya vió en la vitrina el lugar vacío. Habían robado de su colección el objeto más valioso, desde el doble punto de vista artístico y material.

Entre las tantas ideas románticas que el señor Schlosser conservaba, estaba la creencia de que existían detectives, y lo que es más asombroso, de que esos detectives eran capaces de encontrar a los ladrones. No vaciló, pues, en llamar por teléfono al señor Gamboa.

El señor Gamboa había mostrado desde niño irrevocable vocación por la investigación policial. Como era rico, renunció a todo profesionalismo y

sólo su amor a las aventuras, al orden social y a la deducción científica, lo estimulaban en tan difícil arte. Porque su actitud frente a los "casos" en que intervenía, era exclusivamente deportiva, de aquí que su técnica fuera muy distinta a la usada por los profesionales. En primer lugar, odiaba los interrogatorios, pues éstos le quitaban pureza al deporte, que consistía en observar, asociar las observaciones con un riguroso concepto de causalidad hasta llegar a la causa inicial que, naturalmente, era el delincuente. Como su posición social le impedía ejercer sus aptitudes en medios socialmente inferiores, se consagró a servir a sus amistades. Una noche, al ser presentado al señor Schlosser, le ofreció, según su costumbre, sus habilidades, y éste estrechó su mano sonriéndose suavemente, lejos de pensar que al poco tiempo necesitara de toda la inteligencia y audacia del discípulo de Sherlock Holmes.

Vino Gamboa, y después de saludar gravemente, detuvo con un gesto las explicaciones del señor Schlosser.

—¿Cuál es el lugar del hecho?— preguntó, y mientras le contestaban, él, con un vistazo, recorría los muebles, el piso, el techo y las caras asombradas de los dueños de casa, que desconocían en este señor autoritario y serio al delicioso y fino hombre de mundo que habían tratado en las fiestas del club. Entraron al salón y Gamboa se puso frente a la vitrina. El señor Schlosser, que no podía permanecer callado, le indicó el lugar donde había estado el reloj. Si se veía bien claro la base del reloj estampada en el cristal opacado por una tenue capa de polvo. Gamboa observó que los cuatro cristales de la vitrina estaban cubiertos por objetos de inestimable valor: joyas, antigüedades, piedras preciosas... Y era muy sugestivo que el ladrón sólo se hubiese llevado el reloj, respetando toda la fortuna que lo rodeaba.

—¿Desde cuándo tiene usted el reloj?— preguntó.

—Lo conseguí hace seis días.

—¿Tiene usted algún amigo que se interese por sus colecciones?

—¡Oh! Usted sabe que se usa mucho coleccionar, y hasta podría decirse que es un signo de distinción...

—¿Algún ha tocado esto hoy?

—Nadie, señor, nadie—terció Francisco—. Hoy, a primera hora, al hacer la limpieza, advertí el robo y en seguida se lo comuniqué al señor.

Gamboa se inclinó de pronto sobre el cristal; había visto un montoncito de ceniza y quedó un momento abstraído. Deducía silenciosamente. En su cerebro iba encasillando datos, reservándose preguntas, preparando investigaciones. Después recorrió con su terrible mirada las paredes, hasta encontrar la llave de la luz. Estaba en el extremo opuesto de la habitación y Gamboa hizo un gesto de satisfacción: indudablemente, había encontrado alguna asociación decisiva, y el señor Schlosser, al comprenderlo así, se vió obligado a admirar más al detective particular.

—¿Cuándo fué la última vez que vieron al reloj?—preguntó Gamboa.

—¡Hombre!—respondió Schlosser, después de meditar un instante—. Yo estuve con él anoche... Sí, ahora estoy seguro; anoche mismo lo tuve en mis manos, aunque no recuerdo bien para qué...

—¿Y se olvidó usted de cerrar con llave la vitrina o acostumbró a dejarla así?

—La verdad—contestó, confuso el señor Schlosser—es que anoche estaba un poco pesado por la cena del club y no tomé la precaución debida; olvidé cerrar la vitrina.

—Bien; ahora necesito hablar con usted a solas—. Y cuando se retiraron todos, continuó:—¿Confía usted en Francisco?

—¡Oh! Es un hombre incapaz de robar. En realidad, es un hombre incapaz de cualquier cosa. No tiene el sentido de lo práctico y no sabría qué hacer con el reloj robado. Además, lee versos y no ha estado nunca enamorado.

—¿No tiene más criados?

El señor Schlosser se ruborizó un poco y contestó humildemente:

—Este... por ahora no tenemos más que a Francisco, pero comprenda usted, la casa es tan pequeña y además, como no tenemos niños...

—¿Podría enseñarme ahora todas las entradas que hay en la casa?

A tres pasos de la vitrina violada había una puerta que conducía al pequeño jardín, pero era imposible—se veía muy bien—que se pudiese entrar a él de la calle. El ladrón tenía que haber entrado por otro la-

LAS DEDUCCIONES DEL DETECTIVE GAMBOA

por E. ANDERSON IMBERT

ILUSTRACIONES DE LUIS MACAYA

do. Gamboa visitó el garage y estudió detenidamente las comunicaciones interiores entre las habitaciones. Después se despidió.

—¿Y, señor Gamboa?—le preguntó ansiosamente el señor Schlosser, mientras lo acompañaba hasta la puerta.—¿Ha encontrado usted algo?

—¿Que si he encontrado algo? ¡He encontrado todo!—Y bajando la voz, dijo enigmáticamente:—Vendré pasado mañana; todo está arreglado. Tengo aquí (se golpeó la frente) todos los medios para atrapar al ladrón...

Y desapareció, dejando en los oídos de Schlosser una cargada cristalina y musical.

A los dos días volvió Gamboa con el rostro resplandeciente.

—¿Y, señor Gamboa?—preguntó el señor Schlosser humildemente.—¿Sabe usted algo?

—¡Si sé algo!—contestó un poco ofendido Gamboa; y agregó, abriendo los ojos:

—¡Sé todo!—Y sentándose en el sillón que le ofrecía Schlosser, gozaba con la inquietud y curiosidad del buen alemán. Este quería saber si se había conseguido su reloj y quién era el ladrón. Pero dar bruscamente el resultado de sus investigaciones hubiese sido imperdonable falta en un hombre que, como Gamboa, amaba su arte sobre todas las cosas.

—Vayamos por partes, amigo Schlosser—decía sonriendo.—Es absolutamente necesario

que usted sepa cómo llegué a encontrar al ladrón.

Encendió un cigarrillo, fumó unos segundos y comenzó lentamente, majestuosamente, el relato de sus estupendas deducciones.

—Apenas vi la vitrina, me di cuenta de que se trataba de un robo. No faltaba, pues, nada más que encontrar al ladrón y recuperar el reloj. Lo primero que advertí fué que el ladrón no era un vulgar ladrón. Observe usted que sólo se llevaron el reloj, habiendo tantos objetos valiosos y que fácilmente cabían en dos bolsillos. El ladrón no solamente no era un ladrón vulgar sino que era, como usted, un coleccionista y, por lo tanto, un hombre rico. Bien: indudablemente, él sabía que el reloj estaba en la vitrina; y más: conocía el lugar exacto en que estaba. Cuando entré en la casa venía a robar expresamente ese reloj. ¿Cómo se interesó por él y cómo conoció el lugar preciso donde estaba? Lógicamente, ¿verdad?, lógicamente el ladrón tenía que mantener relaciones con usted, y esas relaciones eran, evidentemente, amistosas, pues que asistía a las reuniones que usted acostumbraba a dar aquí. Pero no nos apresuremos. ¿A qué hora se produjo el robo? Usted me aseguró que en la noche anterior había tenido el reloj en sus manos y que se había olvidado luego de cerrar la vitrina. El robo, pues, se produjo inmediatamente después que usted se retiró del salón. El ladrón cogió el reloj antes de que usted cerrara la puerta de calle; ya sabe usted que es imposible entrar a esta casa por otro lugar. ¿Estamos? Una cosa que usted olvidó decirme—y que yo averigüé en el club—es que usted no vino solo aquí, sino acompañado por...

—Gamboa, supongo que usted no querrá insinuarme que yo estaba... es decir, que yo no estaba... sereno...

—¡Tate, tate, caballero! Sobre el cristal de la vitrina yo encontré un trocito de ceniza desprendido de un cigarrillo. ¿Cómo podía estar allí la ceniza y no en el suelo? Todo es muy sencillo y yo me di cuenta desde el primer instante. El ladrón entró fumando al salón y como la obscuridad no le permitía ver, avivó el fuego de su cigarrillo acercándolo al cristal e iluminando así lo suficiente para coger el reloj. Fué en ese momento cuando del cigarrillo se desprendió la ceniza. Y observe usted esto: ¿qué ladrón profesional no lleva linterna? Cualquiera "Manual del perfecto detective" le dice a usted que un ladrón profesional lleva siempre una "linterna sorda". Ese trocito de ceniza era, pues, otra prueba de que el que robó su reloj no era un profesional, sino—como ya le dije—un hombre tan rico como usted y, en consecuencia, debía ser, forzosamente, socio del club; y me fui allí. Como conozco a todos, me fué fácil ir acercándome al autor del robo, por eliminación de los que no podían haber sido. En nuestro lenguaje técnico este método se llama "exhaustivo". Yo creo que la denominación es un poco discutible, pero de todas maneras...

Al señor Schlosser ya le iba



pareciendo odiosa la verbosidad del detective, e impacientado, le reclamó:

—¿Gamboa, por favor! El reloj ¿dónde está? ¿El ladrón quién es? Me interesan mucho sus deducciones y aprecio justamente su inteligentísima labor, pero ¿no podría usted decirme primero el resultado de sus investigaciones y luego la forma en que lo logró? Yo creo estar algo interesado por el paradero del reloj; me parece que tengo derecho a estar algo interesado por él. Además, desde joven tengo la costumbre de comenzar las novelas por el desenlace, y si leo íntegramente los tratados de gnosología es simplemente porque da lo mismo leerlos en uno u otro sentido...

Gamboa disimuló como pudo su desagrado y levantándose del sillón exclamó con un movimiento de hombros:

—¡Psh! Si usted lo quiere... Pues bien. ¿Sabe usted quién fué el que robó el reloj?

El momento era terriblemente dramático. Gamboa seguía fumando lenta y voluptuosamente, y Schlosser, inclinado hacia adelante, esperaba el nombre con secreta angustia.

—Schlosser; lamento decirlo, pero su amigo mejor, ése es quien usted...

Súbitamente entró la señora de Schlosser que venía hablando ya desde la otra habitación:

—Dime, Guillermo... ¡Ah! ¿Cómo está, señor Gamboa! Pero... póngase cómodo, siéntese. Dime, Guillermo, ¿cuándo dejarás de ser distraído? Eres tan olvidadizo que estoy temiendo que te hayas olvidado que mañana es mi cumpleaños. ¿Sabes lo que he encontrado en el bolsillo de tu sobretodo? Mira.

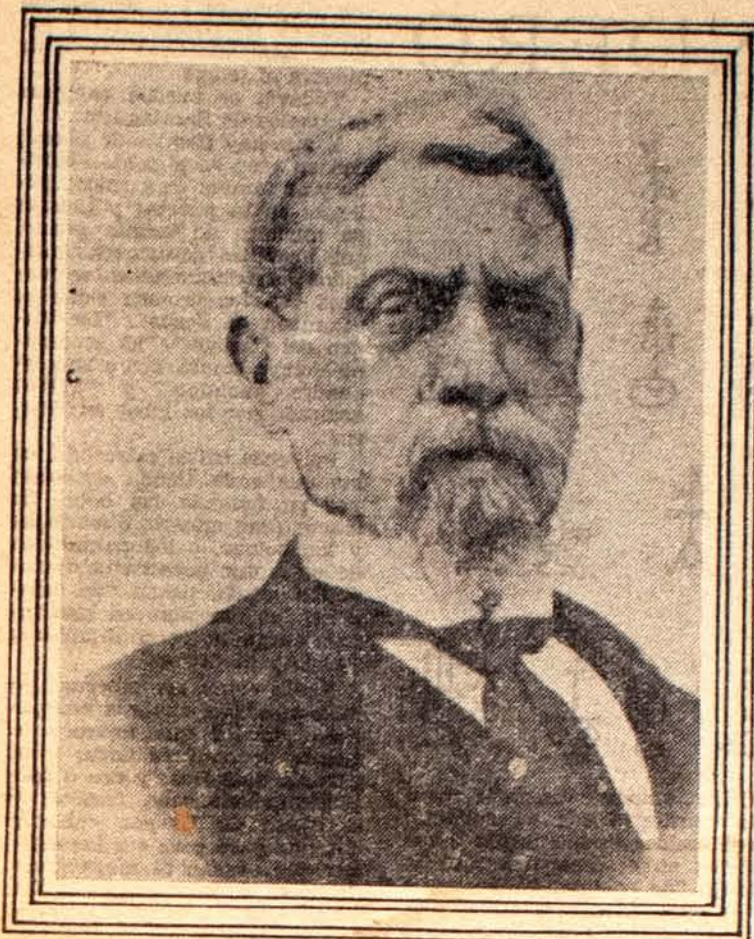
Y tendió la mano. —¡El reloj robado!—exclamaron Schlosser y Gamboa.

—Sí, el reloj "robado"... robado por ti mismo. Usted sabrá disculparlo, señor Gamboa, ¡es tan distraído! Como el reloj estaba descompuesto—este hábito de descomponerse es terriblemente fastidioso en los relojes—probablemente lo echaste al bolsillo con el propósito de mandarlo arreglar, y luego te olvidaste de él. Guillermo: tendrás que dejar por un tiempo de leer esos libros de filosofía. Por otra parte, no te sirven de nada; pues también los olvidas...



LOS SPORTS BRITANICOS EN LA ARGENTINA "FOOTBALL ASSOCIATION" Y "RUGBY"

Por EDUARDO
A. OLIVERA



La primera agrupación que se organizó en nuestro país para jugar al football tuvo lugar en el año 1867, bajo la denominación de Buenos Aires Football Club, cuyas reuniones se efectuaban en la calle del Temple (hoy Viamonte) No. 38. Sus miembros pertenecían, en su mayoría, al Cricket Club, lo que facilitó el permiso necesario para hacer los partidos en su cancha en Palermo, inaugurándose con el "match" del 23 de junio de 1868.

A la hora anunciada para dar comienzo a la justa sucedió un percance. Muchos de los que debían tomar parte en ella no se animaron a hacerlo porque, en vista de la numerosa concurrencia que había acudido para presenciarla, temieron no salir airoso en un juego que por primera vez se iba a desarrollar ante un público extraño. Después de largo tiempo de espera, los dirigentes de la asociación resuelven substituir a los timoratos por otros más audaces, anunciándose el comienzo del partido. Los equipos estaban compuestos, uno, por el capitán Thomas Hogg, James Hogg, T. B. Smith, W. Forrester, J. Bond, E. P. Smith, N. H. Smith y Mr. Ramsbottom, y el otro, por el capitán W. Heald, H. J. Barge, Best,

D. Santiago H. Fitz Simon a quien se debe la adopción del football como ejercicio en los Colegios Nacionales y Escuelas Normales

M. Smith, Wilmont, R. Ramsay, J. Simpson y W. Boschetti. Los primeros llevaban como distintivo gorras coloradas y los segundos blancas.

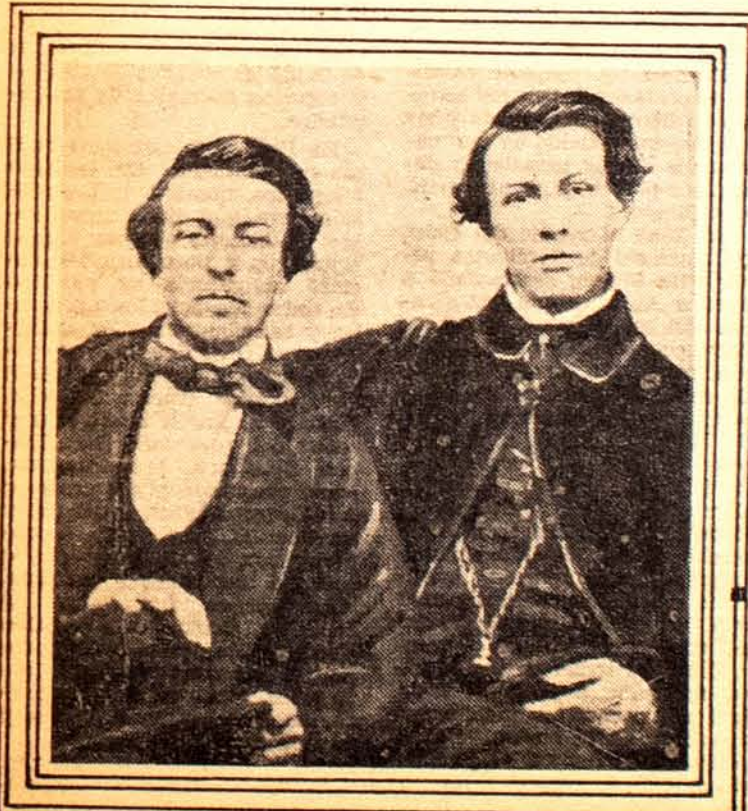
Desde el comienzo del partido la suerte favoreció al equipo de los hermanos Hogg, que llegó a marcar cuatro goles por 0 de sus contrarios. Sobre salió entre todos los que tomaron parte en él, por sus conocimientos y práctica en el juego, el Sr. H. J. Barge, del equipo blanco, mas toda su pericia se estrelló contra la poca de sus compañeros de bando, quienes no tenían la menor idea del juego. Este partido duró dos horas.

La concurrencia quedó muy satisfecha del nuevo juego y manifestó vivos deseos de presenciar un nuevo encuentro.

A los pocos días, el 29 de junio, éste tuvo lugar y resultó muchísimo más interesante, pues todos los que intervinieron en él demostraron tener entrenamiento y era difícil decir quién era el mejor.

El equipo de gorra colorada fué formado por los señores H. S. Barge, W. Heald, Best, W.

Mr. William Heald
y Mr. Thomas Hogg



Roberts, J. Bond, Bennett, R. Newton, M. Smith, Murray y A. Howden, y el blanco, por los señores T. Hogg, F. L. Jacobs, N. Smith, J. B. Smith, W. Rose, R. Ramsay, A. Smith, W. Boschetti, Reynolds y Perry.

La suerte volvió a inclinarse hacia el bando del Sr. Thomas Hogg, que se sostuvo hasta casi el final con tres goals contra cero, cuando Barge, con un certero "shot", marcó un goal, justamente en el momento de terminar, salvando a su equipo de una derrota completa como lo fué la del primer partido. Este duró dos y media horas y había sido presenciado por un gran público criollo que siguió las alternativas del juego con gran interés y curiosidad.

Con esta segunda reunión, puede decirse, arraigó el juego de "football" en el Río de la Plata; y una de las causas principales que influyó más fué la rivalidad creada entre los dos bandos, capitaneados por D. Thomas Hogg y Heald, que contaban con no pocos partidarios, rivalidad que subsistió por muchos años, en los cuales se disputaron partidos reñidísimos que despertaron gran interés.

Estos "matches" iniciados en 1868 siguieron con toda regularidad en los años sucesivos, abriéndose la temporada oficial en los primeros días del invierno. A la hora anunciada para realizarlos, 12.30 p. m., el camino hacia el río, en la prolongación de la avenida Sarmiento, del bosque de Palermo, se encontraba atestada de carruajes, cuyos techos y asientos eran aprovechados por sus ocupantes con el fin de no perder un solo detalle del nuevo y aparentemente peligroso deporte.

El 24 de junio del año siguiente tuvo lugar un partido que hizo época en los anales del "football" del Río de la Plata. Jugaron los mismos equipos.

Al echarse la suerte, el bando de Heald fué favorecido y se acogió a las ventajas de su puesto, pero bien pronto se evidenció la superioridad de los contrarios. Un certero "shot" de Mr. Gibbs lograba el primer goal, no obstante la destreza del goalkeeper Roberts; después de una lucha de más de veinte minutos, R. H. Smith, enviando la pelota por entre los adversarios, marcaba el segundo goal al bando del Sr. Thomas Hogg.

El equipo de Mr. Heald, después de grandes esfuerzos, logra hacer un goal, terminando el juego con un goal a favor del bando del Sr. Thomas Hogg.

El partido de desquite se disputó el 7 de julio, y a pesar de ser un día de intenso frío, se notó entre la concurrencia la presencia de numerosas damas. La cancha estaba húmeda y pesada. Los dos primeros goals se sucedieron con rapidez, en menos de media hora, para el bando de Mr. Hogg, que jugó desde ese momento con demasiada confianza y con menos vigor, cosa que aprovecharon los contrarios para lograr meter dos goals a su favor.

El goal decisivo fué nuevamente ganado por el bando de Mr. Heald, cuyos componentes jugaron muy bien y conquistó un merecido triunfo.

A partir de esta fecha el "football" se difundió de una

manera asombrosa por toda la República.

El Sr. Ernesto Escobar Bario, en una obra llena de interés, nos ha hecho conocer su evolución y los episodios más notables de los últimos años. Todos estos partidos que se acaban de reseñar eran del juego llamado "association".

El juego llamado "rugby" comenzó a jugar en la República Argentina el año 1873, y fué organizado por el mismo club Buenos Aires Football. Al principio el juego que se practicaba era una mezcla de "rugby" y "association". Esto motivó una asamblea del club, en la que el presidente llamó la atención sobre los reglamentos en boga y observó que eran inadecuados para las exigencias del juego, y pedía a los miembros presentes decidieran qué reglamentos se adoptarían para el año siguiente. Después de una larga discusión sobre los méritos de los dos códigos: el Rugby Union Laws y el Association, Mr. Coghlan propuso el primero, lo que, apoyado por Mr. Menzies, consiguió unanimidad de votos (1).

En un "match" jugado entre los equipos llamados "England" y "World", en San José de Flores, en los primeros años de la década del 70, tomaron parte, según las crónicas de entonces, los siguientes jugadores: "England": Thomas Hogg (capitán), F. Gibson, A. Tyndale, W. Tyndale, W. Woodhouse, L. Woodhouse, Barnes, D. Walkinshaw, Alahaster, H. Hallet, Delamayne, Linwood, Tipper, Cotman y Kidd.

"World": R. Walkinshaw (capitán), W. H. Mackern, Tomkinson, C. Tomkinson, Oxenford, T. Menzies, W. E. Ackerley, T. Aitken, Grassick, Bankier, Gowes, Teggert y Marshall.

El juego empezó a la una y media de la tarde y terminó a las cuatro, o sean dos horas y media, que era el tiempo reglamentario, y fué declarado empate.

El año 1874, en mayo 14, tuvo lugar el primer partido del Buenos Aires Football Club de acuerdo con los nuevos reglamentos.

Comenzó a las 11.30 de la mañana entre los siguientes equipos, capitaneados por los Sres. Trench y Thomas Hogg: Trench, R. Methven, Tomkinson, Mackern, W. White, Wood-

house (h.), Carbonell, Marcone, R. Walkinshaw, W. Tyndale, Linwood y Delamayne; el del Sr. Hogg: R. Zimmermann, H. Hallet, Oxenford, W. Woodhouse, Alahaster, Ackerley, C. Menzies, T. Menzies, Cowes, D. Walkinshaw, A. G. H. Tyndale y R. Norton.

El juego se mantuvo muy animado al principio; Tomkinson y Ackerley hicieron grandes esfuerzos para alejar la pelota de su campo y estuvieron muy listos en los "scrums", que fueron muy frecuentes. Más tarde, una buena corrida de W. Tyndale dio por resultado que W. White marcara el primer goal para el equipo del Sr. Trench, suspendiéndose el juego para un ligero descanso.

Al reiniciarse, la parte perdedora jugó con mucho vigor, logrando que la pelota se mantuviese en el campo contrario todo el resto de la tarde, y a pesar de los esfuerzos de Menzies y Ackerley, la victoria quedó a favor del bando de Mr. Trench.

Se continuaron jugando algunos "matches" bajo los reglamentos de la Unión Rugby, pero el club no prosperó y hubo de disolverse.

En 1885 se reunieron varios caballeros con el fin de formar un nuevo club en Buenos Aires, pero sólo se consiguió realizarlo al año siguiente.

El día 10 de mayo de 1886, en una asamblea a la que concurrieron 50 personas, quedaba fundado el nuevo Buenos Aires Football Club, siendo elegido presidente y capitán Mr. W. R. Barkie. Este club organizó su primer partido en el campo del Flores Polo Club, el 24 de junio, contra los em-



El remedio de actualidad
para el cabello canoso es el
COLORANTE ALEMAN
"NEUGEBAUER"

¡Facilísima aplicación! Resultados incomparables! Tonos naturales sin reflejo rojo o verdoso! Inofensividad atestiguada por autoridades. Presupuesto e informes a

CASA WEISS Callao 714
Bs. As. U. T. Plaza 4100



MANU" Sota, hijo de millonario y, "sin embargo", hombre de pluma inquieta y de insaciables curiosidades, ha dedicado al tendero, a nuestro tendero de las Siete Calles, algunos de sus trabajos más felices. Le ha movido una razón sentimental. De la pequeña tienda, honrada y simple, ha nacido el patriciado de la villa. No hay estirpe de bilbaíno más clara, más de aquí, que la que viene del abuelo-tendero que comerciaba en su lonja con el café y la canela, con la bayeta y el percal de fuerte olor a tela nueva. Cree "Manu" Sota que el bilbaíno debe buscar los timbres de gloria familiares en los antepasados establecidos en el nudo de la ciudad; en las tiendas que daban a las Siete Calles su olor a zapato nuevo, a cera, a chocolate y a bacalao.

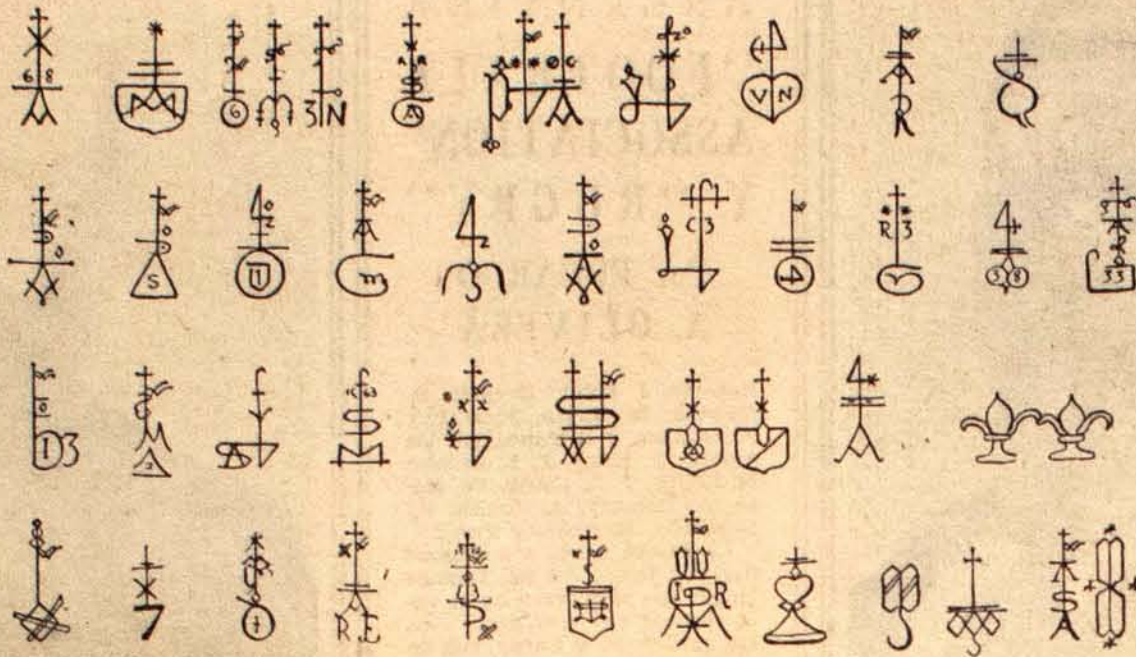
No hace mucho tiempo, un periodista especializado en la mortificación del prójimo publicaba una sección titulada "Bilbao hace cuarenta años", en la que se reproducían noticias de la prensa de la época. Eran informaciones espigadas con un fin determinado. Tal marqués del día, leía, por ejemplo, que los señores X y Z (X era su padre) habían recibido por la goleta Josefa Juana una partida de quesos de Holanda; y esto le producía un hondo disgusto, porque pensaba en la sonrisa de las gentes. Con este sencillo procedimiento se fué demostrando que apenas hay en Bilbao quien no tenga el comercio en la sangre. Sota quiere que esta sangre nos enorgullezca, y tiene razón.

★ ★ ★

Ya Bilbao debe su vida a una encrucijada del comercio.

"Las expediciones de los titulados 'mercadores cursori'—dice Teófilo Guiraud—y la extensión del tráfico desde las colonias comerciales fundadas en los puertos del Norte, establecieron una corriente de tráfico entre aquellos pueblos y los mercados de la Península. Solicitada en ella el Señorío, por su posición geográfica, frecuentadas sus radas por marantes de otros países, o porque utilizaran las naves de sus naturales los traficantes del interior, entró por una pen-

EL ABUELO TENDERO



diente natural en aquella intercarrera de comercio. Bilbao fué fundada cuando se manifestaba pujante esta actividad marítima y mercantil del Señorío".

En 1300, Bilbao interviene ya estrechamente en el comercio de Castilla, controlando sus lanas y sus vinos. Exporta hierro.

Luego se descubre Terranova y Bilbao se lanza a pescar el bacalao y la ballena y a comerciar con sus pesquerías.

América desvía las empresas marítimas de los bilbaínos y éstos abandonan las expediciones al Norte, trocándose en negociantes de lo importado por otros marantes. En el archivo del Consulado de Bilbao se conservan las más bellas marcas mercantiles registradas, que se usaban de una manera especial en las sacas de lana y se reproducían en escrituras y cartas de fletamento y avería. Se diría que pertenecen al arte de la veleta.

Vizcaya tiene su casa de contratación en Brujas, por privilegio de 10. de septiembre de 1493. Un magnífico edificio de estilo italiano, ricamente plantado junto a la casa Ayuntamiento, "Poorterslooge", y al lado del puente de San Juan.

La villa se llena después de

Algunas marcas comerciales registradas en Bilbao, durante su Consulado, y conservadas en su archivo

astilleros ante la mucha ganancia del comercio marítimo y empieza la industria naviera a adquirir el desarrollo que la lleva a ser la más importante de España en nuestros días.

Todo el mundo comercia. Una de las fortunas más considerables de la Nación se amasa en nuestra villa con la importación de bacalao en el siglo XIX, por coincidir la llegada de una partida de "esparto del mar"—diez veces mayor que la que se había ordenado, debido a un error de los expedicionarios—con el cerco de Bilbao por las fuerzas carlistas.

El comerciante arranca hierro por último, arma escuadras mercantiles, levanta altos hornos, fabrica hojalata y se hace poderoso. Pero su nido es la tienda humilde de las Siete

Calles, empavesada de telas; es la confitería con su colineta, sus moldes de membrillo y sus cirios en el escaparate; es la lonja "de coloniales", aromatizada por el café, el cacao y la canela...

Allí negociaba el abuelo-tendero, honradamente, y del piso de arriba salía los domingos con su traje negro y su gran corbata de nudo ancho y aplastado, para pasear por Los Caños.

Uno de ellos, de joven, se va a Madrid, buscando horizontes más amplios a su actividad comercial. Empieza por servir de dependiente en una ferretería de vascos, a la que va recomendado, y acaba escribiendo sobre el mostrador unos cuentos dulces, sanos, honrados como una contabilidad simple de tendero. Se llamaba Antonio Trueba.

★ ★ ★

Quizá el mayor encanto de Bilbao está en sus viejas tiendas de las Siete Calles, muchas de las cuales conservan aún entre sus mostradores y sus paredes el ambiente de un Bilbao de finales de siglo. El gas ya no circula por las tuberías de plomo ni por el perfil de guitarra que dejaba salir un pequeño abanico tembloroso de

luz azulada; pero la instalación queda en las paredes, como varices, bajo sucesivas capas de pintura al temple.

Todavía se pueden comprar caramelos de Santiaguito.

Y aun hay tiendas de portal, con su saco de pimentón-ladriño y su tambor de sardinas gallegas en la puerta; y tiendas de muebles de infimo precio, que aparecen desarmados, aplastados materialmente, entre cuadros con los cromos clásicos: "Corazón de Jesús", "La Virgen del Carmen", "El acorazado Pelayo bombardea a una escuadra enemiga" y "Trineo asaltado por los lobos en Siberia".

Por esas calles estrechas, en las que cada tienda desborda por su fachada las botas de clavos para minero, o las fajas y las boinas, o los pantalones de pana que parecen de tierra recién arada, pasan "de compras" las aldeanas en sus burros cargados de cantimploras vacías y de otanas.

Y allí están las tabernas de más prestigio, con sus escaparates en los que aparece la fuente de merluza frita; y la cazuela de callos; y dos o tres pimientos enormes, frescos; y el queso de Burgos cubierto con una gasa para que las moscas que atacan al maravilloso producto de la industria láctea de Castilla, no puedan abandonar su presa; y una tortilla que en una ocasión se mostró a la admiración de las gentes con este letrero: "Vendida", como si fuera un Rolls Royce o un Rembrandt.

★ ★ ★

Tiene razón "Manu" Sota. Debemos enorgullecernos del abuelo-tendero que importaba quesos de Holanda en la goleta Josefa Juana y casaba a su hija con el tenedor de libros, especializado en la "gótica" y en la "redondilla". Porque él representa lo más honrado y noble de la villa y porque en su comercio se ha sabido conservar, como en una urna, el Bilbao de nuestros padres.

Hasta Don Fernando de la Quadra Salcedo, que no está dispuesto a abandonar sus derechos a la Corona de Navarra y que últimamente discutió ante todo el mundo la razón por la cual su pariente el Barón de Behorlegui debe ser proclamado rey de Albania, hasta él nos cuenta a veces su emoción cuando pasa por la Tendería...

JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)

BILBAO, agosto de 1930

pleados del Ferrocarril del Sud.

Contra lo esperado, la victoria correspondió al equipo del Ferrocarril del Sud por un goal, un "try", tres "touch down", contra un "try".

El nuevo club envió un equipo a Rosario, donde existía desde el año 1882 el Rosario Football Club, para disputar el triunfo en un "match" que tuvo lugar el 29 de junio, en el que fué nuevamente derrotado por un estrecho margen.

El 9 de julio el equipo del Rosario vino a Buenos Aires para devolver la visita, jugándose el partido en Flores, en presencia de 2800 espectadores, y fué ganado por el equipo de Buenos Aires por un "try", hecho por Hutchinks y magníficamente convertido por W. D. Drabble.

Después de este partido se jugaron otros, aunque no despertaron mucho interés.

En la asamblea general del Buenos Aires Football Club realizada el 7 de abril de 1899 fué propuesto el establecimiento del campeonato de Rugby del Río de la Plata.

La asamblea resolvió que los capitanes del Buenos Aires, Flores, Belgrano y Lomas nombraran una subcomisión para estudiar el punto. Fueron designados los Sres. J. E. Eclianay, M. Smith, F. Gilderdale, J. W. Taylor, W. R. S. Balkie y D. J. Stocks. Se organizó el campeonato de Rugby del Río de la Plata y fué nombrado primer presidente el Sr. F. H. Chevallier. Lomas, después de vencer a Rosario en la final, se clasificó campeón. En el año

1900 el campeonato fué ganado por el Buenos Aires, y el partido final produjo la suma de 844 pesos por concepto de entradas, que se destinaron al Hospital Británico.

El Sr. Juan Fitz Simon, en un trabajo suyo publicado el año 1925, ha dicho con toda justicia que los beneficios de la influencia de los británicos en este país, con sus juegos al aire libre, son incalculables en el orden físico y moral.

Además, nos hace saber que el primero que incluyó en la vida estudiantil del Plata los juegos atléticos fué Mr. Alexander Watson Hutton, sabio profesor escocés, fundador en el año 1884 del English High School, situado en la calle Perú 253.

El Sr. Fitz Simon, aquí, olvida a un precursor que había fundado con anterioridad a Mr. Watson Hutton el famoso Flores Collegiate School, sito en San José de Flores, en la década del 70. El reverendo Joseph H. Gibbon Spilsbury, etro sabio y filólogo británico, quien poseía los idiomas quichua, guaraní, el griego, hebreo y latín a la perfección, fué aquel precursor de la inclusión de los juegos atléticos en los programas de estudio de su colegio. El Sr. G. Spilsbury fué quien contrató al Sr. Watson Hutton, en Inglaterra, como profesor del Flores Collegiate School, al que acudía, además de los hijos de muchos británicos altamente colocados en el comercio, banca y ferrocarriles de nuestro país, un buen número de alumnos de tradicionales

apellidos porteños, como los Terrero, Frias, Zemborain, Lebrón, Peña, Fraguero, Gallegos, Rodríguez Pividal, Garzón, Lanús, Rivero Haedo, Vermet, Lavalle, Iturriza Espina, Gayoso, Terry, Montarcé, Goyena, Diana, Davison, etc., y el autor de estas líneas.

En dicho colegio se jugaban el cricket, football (association y rugby), paperchase, polo y otros juegos atléticos. Y todos los años sus mejores jugadores se medían en magníficas justas con los mejores jugadores de otros clubs en la famosa cancha de Palermo, siempre cedida gentilmente para ese propósito por el Cricket Club.

Este colegio ocupaba la antigua quinta de la familia de Terrero, situada en Flores, en la calle Rivadavia esquina Terry, cuyos fondos lindaban con las vías del Ferrocarril del Oeste, y los partidos se llevaban a cabo en unos potreros que quedaban del otro lado de dichas vías del ferrocarril, también propiedad de los Terrero.

En 1884 el Sr. Alexander Watson Hutton se retiró del colegio de Mr. G. Spilsbury, y con la ayuda financiera que le prestara Mr. Thomas Hogg, gerente del Banco de Londres y Río de la Plata, facilitándole el capital necesario, realiza la instalación de su colegio en la calle Perú. En 1886 éste se mudó a Pencliff House, hermosa quinta situada a pocas cuadras al sudeste de la Plaza Constitución, en terrenos que fueron de la antigua chacra de Mr. John Langdon y adquiri-

dos después por el Ferrocarril del Sud, y allí fué más fácil practicar los deportes, porque había amplios terrenos pintorescamente rodeados de frondosas arboledas.

Mr. Watson Hutton hizo venir de Escocia al Sr. Waters, profesor de ejercicios físicos, y desde la llegada de éste se le dió más importancia al juego de football. En 1893, cuando la escuela se trasladó a Palermo, pudo constituirse un equipo de primer orden.

Mientras el football adquiría importancia entre los británicos radicados en el país y los sas, fué introducido en las aulas de las escuelas inglesas por el Sr. Santiago H. Fitz Simon.

En 1888 el rector del Colegio Nacional de Corrientes, señor Fitz Simon, se trasladó a Buenos Aires, y con autorización del ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. Posse, contrató a Mr. Reebe, graduado en la Universidad de Cambridge, y recomendado por el Sr. Watson Hutton, como profesor de ejercicios físicos. El 9 de julio de 1890 se realizó en Corrientes, en la plaza de la Cruz, un "match" entre el equipo del Colegio Nacional y uno formado por empleados británicos del ferrocarril, encuentro que fué ganado por el cuadro del colegio por un goal a cero.

Como en todas partes donde se empezaba a jugar el football se producían incidencias gratuitas, en el pueblo de Empedrado, Corrientes, el comisario de policía arrestó a los jugadores británicos por consi-

derar que se habían vuelto locos. Avisado telegráficamente, el Sr. Fitz Simon obtuvo del gobierno una orden de libertad a favor de dichos jugadores.

El comisario cumplió la orden, pero con la condición de que no volviesen a salir desnudos.

En el año 1898, siendo inspector general de enseñanza secundaria el Sr. Fitz Simon y ministro de Instrucción Pública el Dr. Juan Balestra, se establecieron los juegos atléticos en todos los colegios nacionales y escuelas normales de la República.

En 1900, el ministro del mismo departamento, Dr. Osvaldo Magnasco, nombró una comisión para que dictaminara sobre las bondades de los juegos británicos y poco después declaró obligatoria su práctica en todos los colegios nacionales y escuelas normales, designando al Dr. Romero Brest para la preparación de profesores de ejercicios físicos. Se debe, pues, a la acción inteligente y tenaz del reverendo Mr. Gibbon Spilsbury, primeramente, como precursor, y del profesor A. Watson Hutton y del señor Santiago H. Fitz Simon, la implantación de este juego en los colegios nacionales y escuelas.

Cuando en febrero 21 de 1893 se fundó la Argentine Football League, el Sr. Watson Hutton fué nombrado presidente y Mr. B. Gray vicepresidente, tesorero Mr. F. F. Webby y secretario Mr. A. Lamont.

(1) James McGough. "El juego del Rugby en la Argentina".

EPISTOLA SOBRE VIRGINIA WOOLF



POR
HERMINE
HALLAM
HIPWELL



QUERIDA X:

Hace poco tiempo, en la "Revue des Deux Mondes"—esa publicación concienzuda y satisfactoria de sí misma que de vez en cuando dirige una mirada de soslayo, original y amena, hacia la vida y las letras contemporáneas—descubrí casualmente un largo artículo de Louis Gillet sobre la personalidad y la obra de Virginia Woolf, la escritora británica más notable de la actualidad. M. Gillet comparaba a esta brillante autora con James Joyce, el irlandés cuya última "joya", "Anna Livia Plurabelle", tengo en este preciso instante sobre mi mesa: una obra extraña e incomprensible que está absolutamente lejos de mí y sólo vale por la admirable musicalidad del título. Según el crítico francés, Virginia Woolf trata del espíritu como James Joyce trata del cuerpo material. Ambos consideran que el tiempo no tiene importancia y que sólo son dignos de ser interpretados y registrados el movimiento interior del pensamiento, las ideas fulgurantes, las palabras formadas a medias y las frases que, de brillante plumaje y adorables en el caso de aquella, repugnantes y grotescas en el caso de Joyce, están en acecho detrás de las sentencias convencionales y los pensamientos de la vida cotidiana.

No sé si estoy de acuerdo con M. Gillet—su teoría es, sin duda, ingeniosa, si bien me siento tentado de creer que tiene algo de superficial—, pero no puede haber duda respecto de la importancia de ambos escritores, es decir, que ambos tienen asegurado un lugar—quién el primero, quién el segundo, el tiempo lo dirá—en el mundo de las letras contemporáneas. Inducida por el artículo de M. Gillet y por algunas conversaciones que hechas en una ota reciente que contiene comentarios muy sutiles, no sólo sobre Virginia Woolf, sino sobre la mujer en general y sobre la mujer británica en particular, me apresuro a romper una lanza contigo en honor de los escritores de Virginia Woolf. Ni más ni menos. Me declaro en favor de la autora de "Orlando" y de media docena de otras novelas igualmente brillantes que causan perplejidad a los no iniciados. Por qué he tomado sú-

bitamente las armas en favor de ella, sólo Dios lo sabe, pues hasta este preciso minuto he vacilado, preguntándome si sus primeras obras son dignas de leerse, pues son tan nebulosas a veces dentro del brillo dorado de la prosa, que el espíritu aspira a expresiones más directas, menos afectadas, a un número mayor de realidades serias para reemplazar a las sutilezas y trivialidades que parecen ocupar los días de sus personajes.

Virginia Woolf se complace en las cosas inesperadas y le gusta insistir largamente sobre los diversos efectos causados por un acontecimiento de escasa importancia, como, por ejemplo, el paso de un automóvil misterioso, con las cortinas bajas por entre el tráfico de Gond Street, una mañana de verano; acontecimiento que, como una piedra arrojada en una laguna tranquila, hace vibrar ondas circulares cada vez más amplias, sobre una superficie primitivamente lisa que hasta ese momento reflejaba únicamente el vacío azul del cielo. En verdad, todos sus personajes tienen la particularidad de ser lagunas, o lagos o bahías interiores, tranquilas y serenas, hasta que la autora, llena de malas intenciones, arroja como guijarros sus pensamientos para desbaratar y romper los tranquilos reflejos y dividir el agua en un sinnúmero de formas y dibujos extraños que la fantasía puede considerar cómicos o terribles, según el estado de ánimo del momento. Y eso de arrojar guijarros en la quietud de los días de una inglesa, o en las profundidades del alma de un joven, crea desórdenes cuya observación fascina cuando el espectáculo está organizado por un cerebro tan brillante como el de Mrs. Woolf.

Porque no puede haber duda respecto de la notabilidad de Virginia Woolf. Rebosa de inteligencia y es una mujer de tipo muy definido, aguda y muy femenina, mezcla de "bas-bleu" y de gran dama del siglo XVIII, que a menudo se observa en muchas intelectuales inglesas modernas. La intelectual moderna—y aquí el tema que desarrollo me lleva a una digresión momentánea—tiene poco, estoy a punto de creerlo, de la "bas-bleu" continental, excepto esa estridencia—que tú calificas de histeria—que las mujeres no han aprendido aún a poner de lado, salvo en los casos muy raros en que la vida y la consiguiente experiencia han dulcificado a un espíritu ya inclinado naturalmente a la dignidad y la calma que, desgraciadamente, para los más bellos esfuerzos de la mujer falla precisamente cuando pugna por alcanzar las cimas más elevadas de la distinción, sin prejuicios de sexo, y pone de ma-

VIRGINIA WOOLF, escritora admirable, cuyas novelas "Orlando", "Mrs. Dalloway" y "Jacob's room"—entre otras varias—han difundido su nombre dentro y fuera de Gran Bretaña

nifiesto su lado más vulnerable: su conciencia de la inferioridad femenina. Tampoco tiene la inglesa, salvo en casos excepcionales, la elegancia y el refinamiento que caracterizan a la obra de tantas francesas contemporáneas de destacada actuación, elegancia que es a veces perversa en su suficiencia, pues desdena todas las necesidades y las debilidades humanas y, por lo tanto, reduce a la impotencia su propia utilidad, excepto, quizá, como forma de Arte por el Arte.

Por otra parte, las inglesas poseen una perspicacia aguda como una aguja, que, menos dañina o mortífera que una espada, perfora la superficie de nuestras convenciones actuales, tantea en los rincones oscuros del alma y describe con riqueza de detalles y exquisita selección de palabras y frases—porque su técnica es soberbia, hay que reconocerlo—toda la historia de sus descubrimientos. Depende sólo de la individualidad de la autora que estos descubrimientos sean agradables o desagradables, si bien el espíritu femenino parece tener cierta debilidad por lo desagradable, a causa, quizá, de los siglos de supuesta represión que ha sufrido, según pretenden las iniciadoras de los diversos movimientos feministas. Los descubrimientos de Virginia Woolf son generalmente agradables; en todo caso los describe con una sabiduría tranquila, con una riqueza verbal que suena como oro de ley y si en el fondo de su corazón no tiene una opinión muy elevada de la humanidad en conjunto, logra ocultar su creencia con mucha habilidad.

Arqueas las cejas en señal de asombro y te preguntas con un suspiro hacia dónde quiero llevarte. Debes reconocer, sin embargo, que te metiste tú misma en el atolladero al escribirme que has leído recientemente, durante un largo viaje por mar, algunos volúmenes de Virginia Woolf, y que, aunque te agradaron, hasta cierto punto, su estridencia te fatigó pronto y su estilo, lleno de repeticiones, te recordó el zumbido de un enjambre de abejas de una pesada tarde de verano. Pero, pregunto yo, ¿a quién se le ocurre leer las obras de Virginia Woolf en un viaje por mar? No son, sin duda, libros apropiados para esos días de plenitud en que, suspendidos entre el cielo y el agua, el cuerpo y el espíritu están sumidos a la par en un delicioso letargo, en que el tiempo es tan sólo un silencio entrecortado de murmullos, acentuado a largos intervalos por el fresco tañido de una campana, y la vida misma, la realidad, se convierten en un sueño opalescente y fugaz, como una burbuja que flota sobre una quieta superficie especular. ¿Cómo podría uno tolerar en tal atmósfera, cuando el mar azul refleja al cielo azul y las olas con su cresta de espuma repiten sin fin, monótonas, los temblorosos suspiros del viento, cómo podría tolerar el exquisito despliegue de arte, de técnica delicadamente equilibrada y de sutil relato que caracterizan, por ejemplo, a "Mrs. Dalloway"? Este libro es un milagro. ¿Un milagro de qué?—murmuras.—Pero lee atentamente sus páginas de apretado texto, sus minuciosas descripciones de sensaciones y pensamientos fugaces que atraviesan la mente

de la heroína, los largos soliloquios, que se parecen algo a la manera de Proust, aunque menos neuróticos y febriles, en que la autora describe toda la vida de la heroína, una mujer de cincuenta años, amable aun, con su distinción discreta, su íntima gracia, cautivante y encantadora, y admitirás que hay allí no sólo un brillante estudio de carácter sino un estilo maravillosamente fluido. Toda la novela describe solamente un día de la vida de Clarissa Dalloway, un día en que ofrece una recepción importante, día, por lo tanto, exteriormente tranquilo y sin acontecimientos, pero interiormente rico en experiencias y emociones relativas a las mínimas y acostumbradas acciones y reacciones de los seres civilizados. A pesar de la impresión voluntariamente brumosa, de semi-ausencia, que caracteriza uno de los procedimientos de Virginia Woolf, está firme y claramente trazada la personalidad de la heroína, tan bien descrita en las páginas iniciales del libro, cuando está sentada, remendando un desgarrón en el vestido que debe ponerse esa noche. ¿Recuerdas? He aquí el párrafo:

"La paz descendió sobre ella, la calma, el contento, mientras su aguja, tirando suavemente del hilo de seda con lento compás, juntaba los pliegues verdes y los sujetaba delicadamente a la cintura. Así se juntan en un día de verano las olas, rebasan y caen; se juntan y caen; y el mundo entero parece decir "esto es todo", cada vez más reflexivamente, hasta que el corazón mismo que late en el cuerpo acostado al sol sobre la playa dice también "esto es todo". No temas ya, dice el corazón. No temas ya, dice el corazón entregando su pesar a algún mar que suspira colectivamente por todas las tristezas y repite, comienza, una, deja caer. Y el cuerpo sólo escucha a la abeja que pasa, a la ola que rompe, al perro que ladra lejos, que ladra y ladra".

Aquí tienes. ¿No es soberbia la forma en que la autora aleja vivamente al lector y al personaje de la pieza tranquila, llena de luz matutina, mientras afuera ruge el tráfico de Londres y el sonido de los pasos parece seco crujido de hojas, y los conduce al mundo de las playas de verano, a la indolente estada al sol? ¿Y esos pensamientos y esas interrogaciones semiexpresadas que asaltan al espíritu en esas horas y esos lugares? Todo ello al ritmo de una mujer blanca en canas que cose los pliegues de un traje de seda verde.

Poco importa—murmurarás, sonriendo ante mi entusiasmo, —que remiende o no el desgarrón, que la recepción sea un éxito o un fracaso, ¡es mucho alboroto por doce horas apenas de la vida de una mujer!... Quizá tengas fundamentalmente razón. Cuántas veces, mientras leía el libro, lo he dejado, con el firme propósito de no leer más, para volver luego a él, fascinada por las frases que fluyen dulcemente, por las imágenes tan ricas, por el punto de vista poco común desde el cual considera de pronto Virginia Woolf cualquier acontecimiento trivial, agregándole un extraño y nuevo misterio, tanto más notable cuanto más inesperado. Y volviendo a mis recuerdos de ese libro, se renueva el placer que me causó su consumada habilidad, su delicadeza, que es sólo un manto ligero que oculta los firmes propósitos que están debajo, la terrible sinceridad sin la cual nosotros, pobres escritores, somos apenas menguados folletínistas a tanto la línea que nos engañamos tanto como el público. Así que no estoy muy segura de que hayas comprendido lo importante que es Vir-

ginia Woolf, a pesar de todo lo que a primera vista parece infinitamente trivial.

"Jacob's Room" es otro de los libros que mencionas—un libro que desconcierta al leerlo, exactamente como desconcierta mirar un caleidoscopio durante un tiempo más largo que el fugaz minuto de curiosidad. Empero, compensa abundantemente las rápidas ojeadas con que recorro a menudo los libros, como tú sabes, porque soy un espíritu desatado e indisciplinado. "Jacob's Room" fue escrito unos años antes que "Mrs. Dalloway" y trata extensamente de la mocedad de Jacob Flanders, que ocupa consecutivamente una pieza en Cambridge y en Londres. Su pieza de Cambridge es típica de su época y de su generación: "La pieza de Jacob tenía una mesa redonda y dos sillas bajas. Había banderas amarillas en un florero sobre la chimenea; una fotografía de su madre; tarjetas de sociedades con medallas lunas angostas, escudos de armas e iniciales; papeles y pipas; sobre la mesa había un cuaderno con margen rojo—un ensayo, sin duda alguna—. Consiste la Historia en la biografía de los grandes hombres?" Bastantes libros; muy pocas obras francesas; además, el que vale algo lee lo que se le da la gana, como se le ocurre, con extravagante entusiasmo. La vida del duque de Wellington, por ejemplo; Espinoza; las obras de Dickens; "The Faery Queen"; un diccionario griego con pétalos de amapola prensados como seda entre las páginas; todos los autores de la época isabelina. Sus zapatillas estaban increíblemente gastadas como botas quemadas por el agua. Había además fotografías de mármoles griegos y una reproducción de Sir Joshua—todo muy inglés—. Las obras de Jane Austen también, quizá por deferencia hacia el criterio de otra persona. Carlyle era un libro de premio. Había obras sobre los pintores italianos del Renacimiento, un manual de las enfermedades del caballo y todos los libros de texto usuales". Más tarde, Jacob ocupó una pieza en Londres en una de esas casas señoriales y llenas de encanto de la época de Jorge IV, donde "los aposentos (Continúa en la pág. 36)

TEZ ATERCIOPELADA,
juvenil; cutis suave y
lozano; manos blancas
y tersas. Atributos
de belleza comunes
para quienes usan
Crema Hinds a diario.



¿POR QUE SE VUELVE A LA FILOSOFIA? - III

LA "CIENCIA" ES MERO SIMBOLISMO

Para "LA NACION" — MADRID, agosto de 1930



N lo anterior era mi propósito enunciar las causas inmediatas—aun a sabiendas de que constituyen una insuficiente explicación—de por qué hace un siglo se contrajo y angostó el ánimo de los filósofos y por qué, en cambio, hoy vuelve a dilatarse. Pero sólo pude hablar del primer punto. La filosofía—dije—quedó aplastada, humillada, por el imperialismo de la física y empavorecida por el terrorismo intelectual de los laboratorios. Las ciencias naturales dominaban el ambiente, y el ambiente es uno de los ingredientes de nuestra personalidad, como la presión atmosférica es uno de los factores que componen nuestra forma física. Sino se nos apretase y limitase, tocaríamos con el sincipicio en las estrellas, como Horacio quería; es decir, seríamos informes, indefinidos e impersonales. Cada uno de nosotros es por mitad lo que él es y lo que es el ambiente en que vive. Cuando éste coincide con nuestra peculiaridad y la favorece, nuestra persona se realiza por entero, se siente por el contorno corroborada e incitada a la expansión de su resorte íntimo. Cuando el ambiente nos es hostil, como está también dentro de nosotros, nos obliga a una perpetua disociación y forcejeo, nos deprime y dificulta que nuestra personalidad se desarrolle y plenamente fructifique. Esto aconteció a los filósofos bajo la atmósfera impuesta por la tiranía de los Soviets experimentales. No es necesario decir que ninguna de estas palabras mías, que a veces llevan de sobra acusado su perfil, significa censura ni moral ni intelectual para aquellos hombres de ciencia ni para aquellos filósofos. Fueron como tenían que ser, y ha sido sobre manera fértil que fuera así. No pocas calidades de la nueva filosofía son debidas a aquella etapa de forzada humildad, como el alma hebrea se hizo mucho más sutil e interesante después de la esclavitud de Babilonia. Ya veremos, en concreto, cómo después de haber sufrido con sonrojo los filósofos que los hombres de ciencia los desdenasen, echándoles en cara que la filosofía no es una ciencia, hoy nos complace, al menos a mí, ese desnuesto, y recogiendo en el aire lo devolvemos, diciendo: "La filosofía no es una ciencia porque es mucho más".

Pero ahora conviene preguntarse por qué se ha producido este nuevo entusiasmo de los filósofos por su filosofía, esta confianza en el sentido de su labor y este aire resuelto que nos lleva a ser filósofos sin medrosidad ni timidez, audazmente, jovialmente.

Dos grandes hechos, a mi juicio, han favorecido esta mutación. Hemos visto que la filosofía había quedado reducida o poco menos a la teoría del conocimiento. Así se titulaban la mayor parte de los libros filosóficos publicados entre 1860 y 1920. Y notaba yo el hecho demasiado sorprendente de que en esos libros así titulados no se encontrase jamás planteada en serio esta cuestión: ¿Qué es conocimiento? Como esto es un poco y aun un mucho monstruoso, sorprendemos aquí uno de esos casos de ceguera determinada que produce en el hombre la presión de un ambiente, suponiéndole como evidentes e indiscutibles ciertos supuestos que son precisamente lo que más convendría discutir. Estas cegueras varían de una época a otra; pero nunca faltan, y nosotros tenemos la nuestra. La razón de esto nos ocupará otro día, cuando veamos que el vivir se hace siempre "desde o sobre" ciertos supuestos, que son como el suelo en que para vivir nos apoyamos o de que partimos. Y esto, en todos los órdenes: en ciencia, como en moral o política, como en arte. Toda idea es pensada y todo cuadro es pintado desde ciertas suposiciones o convenciones tan básicas, tan de clavo pasado para el que pensó la idea o pintó el cuadro, que ni siquiera repara en ellas, por lo mismo no las introduce en su idea ni en su cuadro, no las hallamos allí puestas, sino precisamente su-puestas y como dejadas a la espalda. Por eso, a veces, no entendemos una idea o un cuadro: nos falta la palabra del enigma, la clave de la secreta convención. Y como, repito, cada época—voy a precisar más: cada generación—parte de supuestos más o menos distintos, quiere decirse que el sistema de las verdades y el de los valores estéticos, morales, políticos, religiosos, tiene inexorablemente una dimensión histórica, son relativos a una cierta cronología vital humana, valen para ciertos hombres nada más. La verdad es histórica. Cómo, no obstante, puede y tiene que pretender la verdad ser, sobrehistórica, sin relatividades, absoluta, es la gran cuestión. Muchos de mis lectores saben ya que para mí el resolver dentro de lo posible esa cuestión constituye "el tema de nuestro tiempo".

El supuesto indiscutible o indiscutido que el pensador de hace ochenta años llevaba en la masa de la sangre era que no hay más conocimiento del mundo "sensu stricto" que la ciencia física; que no hay más verdad sobre lo real que la "verdad física". Entrevimos vagamente el otro día que acaso existen otros tipos de "verdad", y que la "verdad física", aun mirada desde fuera, tiene, ciertamente, dos admirables cualidades: su exactitud y el ir regida por un doble criterio de certidumbre: la deducción racional y la confirmación por los sentidos.

Pero estas calidades, con ser magníficas, no bastan para asegurar que no hay más perfecto conocimiento del mundo, más alto "tipo de

verdad" que la ciencia física y la verdad física. Para afirmar esto fuera menester desarrollar en toda su amplitud la pregunta: ¿Qué sería lo que llamaríamos conocimiento ejemplar, prototipo de verdad, si llenásemos con precisión el sentido que en sí lleva la palabra conocer? Sólo cuando sepamos qué es, en su significación plenaria, conocimiento, podemos ver si los que el hombre posee llenan o no esa significación o se aproximan a ella meramente. Mientras no se haga esto, no puede hablarse en serio de teoría del conocimiento, y en efecto, con haber pretendido la filosofía de los últimos tiempos no ser sino eso, resulta que no ha sido ni eso.

Pero entretanto, la física crecía, y en los últimos cincuenta años llegaba a una amplitud y perfección tales, a un grado de precisión y a una esfera de observaciones tan gigantescas, que fué preciso reformar sus principios. Sea esto dicho para quien vulgarmente cree que la modificación de un sistema doctrinal indica poca firmeza de una ciencia. La verdad es lo contrario. Porque los principios de Galileo y Newton eran válidos fué posible el portentoso desarrollo de la física, y este desarrollo llegó a un límite que hacía forzoso ampliar—purificándolos—aquellos principios. Esto ha traído la "crisis de principios"—la "grundlagenkrise"—que hoy padece la física y que es una venturosa enfermedad de crecimiento. No sé por qué solemos entender la palabra "crisis" con un significado triste. Crisis no es sino cambio intenso y hondo; puede ser cambio a peor, pero también cambio a mejor, como acontece con la crisis actual de la física. No hay mejor síntoma de la madurez en una ciencia que la crisis de principios. Ella supone que la ciencia se halla tan segura de sí misma que se da el lujo de someter rudamente a revisión sus principios; es decir, que les exige mayor vigor y firmeza. El vigor intelectual de un hombre, como de una ciencia, se mide por la dosis de escepticismo, de duda, que es capaz de digerir, de asimilar. La teoría robusta se nutre de duda y no es la confianza ingenua que no ha experimentado vacilaciones; no es la confianza inocente, sino más bien la seguridad en medio de la tormenta, la confianza en la desconfianza. Ciertamente que es aquélla, la confianza, la que queda triunfando en ésta y sobre ella, quien mide el vigor intelectual. En cambio, la duda no sojuzgada, la desconfianza no digerida, es... "neurastenia".

Los principios físicos son el suelo de esta ciencia. Sobre ellos camina el investigador. Pero cuando hay que reformarlos, no se pueden reformar desde dentro de la física, sino que hay que salirse de ésta. Para reformar el suelo es preciso, evidentemente, apoyarse en el subsuelo. De aquí que los físicos se viesen obligados a filosofar sobre su ciencia, y en este orden el hecho más característico del momento actual es la preocupación filosófica de los físicos. Desde Poincaré, Mach y Duhem hasta Einstein y Weyl, con sus discípulos y seguidores, se ha ido constituyendo una teoría del conocimiento físico debida a los físicos mismos. Claro es que han recibido todos ellos grandes influencias del pasado filosófico; pero lo curioso del caso es que, mientras la filosofía misma exageraba su culto a la física como tipo de conocimiento, la teoría de los físicos concluía descubriendo que la física es una forma inferior de conocimiento; a saber: que es un conocimiento simbólico.

El director del "Kursaal" que cuenta las perchas del guardarropa averigua así el número de tapados y sobretodos que colgaron de las perchas, y merced a ello, conoce aproximadamente el número de personas que asistieron a la fiesta. Sin embargo, ni ha visto las prendas de vestir ni el público.

La física es no más que correspondencia simbólica.

Si se compara el contenido de la física con lo que es el mundo corpóreo, no se hallaría apenas similitud. Son como dos idiomas diferentes que permiten únicamente la traducción.

¿Por qué sabemos que es eso la física? Porque son muchas igualmente posibles, como la ordenación de cosas.

En cierta ocasión solemne resumía Einstein la situación de la física, en cuanto modo de conocimiento, con estas palabras (1918, discurso a Planck en sus sesenta años): "La evolución de nuestra ciencia ha mostrado que entre las construcciones teóricas imaginables siempre hay una en cada caso que demuestra decididamente su superioridad sobre las demás. Nadie que se haya penetrado bien del asunto negará que el mundo de nuestras percepciones determina prácticamente sin equívocos qué sistema teórico hay que elegir. "Sin embargo", no hay ningún camino lógico que conduzca a los principios de la teoría".

Es decir, que muchas teorías son igualmente adecuadas, hablando con rigor, y que la superioridad de una se funda en motivos prácticos. Los hechos la recomiendan, pero no la imponen.

Sólo en ciertos puntos toca el cuerpo doctrinal de la física con el real de la Naturaleza: son los experimentos.

Y el experimento es una manipulación nuestra mediante la cual intervenimos en la Naturaleza, obligándola a responder. No es, pues, la Naturaleza, sin más y según ella es, lo que el experimento nos revela, sino sólo su reacción determinada frente a nuestra determinada intervención. Por consiguiente, y esto me importa dejarlo subrayado en expresión formal, la llamada realidad física es una realidad dependiente y no absoluta, una cuasi realidad, porque es condicional y relativa al hombre. En definitiva, llama realidad el físico a lo que pasa si él ejecuta una manipulación. Sólo en función de ésta existe esa realidad.

Ahora bien: la filosofía busca, precisamente, como realidad lo que es con independencia de nuestras acciones, lo que no depende de ellas; antes bien, éstas dependen de la realidad plenaria aquella.

JOSE ORTEGA Y GASSET



ADIE tema encontrar en estos renglones una glosa — ese diez por ciento de plagio — ni un plagio — esa glosa excesiva — del drama granguifolesco.

Mi condición de hombre gordo me libera de toda tendencia a lo truculento y a lo trágico. La gordura predispone el espíritu de tal manera a la tranquilidad, a los gozcos pacíficos y a la calma, que llevo a creer que hasta el problema del desarme universal, y la tranquilidad de las naciones, es en el fondo un problema de asimilación y de aumento de peso, que se puede enunciar matemáticamente en estos términos:

"Aumentando el porcentaje de ciudadanos que sobrepasen los 100 kilos netos, se disminuyen en progresión geométrica las probabilidades de conflictos armados".

Pero noto que, llevado por mis inclinaciones filosóficas, me aparto de mi tema, hasta el punto de no haber anunciado siquiera cuál es él.

Me disculparán mis lectores si, procediendo con mi calma de siempre, me permito hacer otra pequeña digresión, que espero sea la última, para señalar la estrecha dependencia que existe entre la gordura y la filosofía. Todos los gordos son filósofos, y si bien no todos los filósofos son gordos, ello no es debido a su condición de filósofos, sino a que no son gordos "a pesar" de su filosofía.

Como veo que a fuerza de divagaciones no logro entrar en mi tema, me subí en él, como lo hice en aquel tren; es decir, con el vehículo en movimiento, sofocado, sudoroso, con mi voluminoso paquete deajo del brazo, y lanzando esos furibundos resoplidos con los que los hombres gruesos tratamos en vano de desinflarnos.

Cuando entré en el compartimiento — ya esté el cuento en marcha — me derrumbé en el primer asiento convirtiéndome en el punto de convergencia de las miradas irónicas de los demás pasajeros.

Pero aquellas miradas mal intencionadas, se hundían en mi indiferencia como lanzas en un colchón. Inmediatamente noté algo más incómodo e inquietante que la curiosidad de mis compañeros de viaje, y era un tremendo filón de aire frío que se colaba por la puerta atornillada.

Con el codo, y mientras miraba hacia otro lado, le pegué un empujón para cerrarla.

No sólo no lo logré, sino que encima tuve que soportar las miradas entre irónicas e indignadas de un caballero flaco y avinagrado. — ¡Esos pobres flacos que a mí me parecen el esqueleto de un gordo! — que se encotraba en un asiento frontero al mío.

Después, meditando, comprendí que sus miradas me decían más o menos lo siguiente:

— ¡Infeliz! Te imaginas que en la vida todo es blando y acomodaticio como la grasa que te rodea. Que las cosas más difíciles se consiguen así, con un codazo distraído dado sin meditarlo y casi sin sentirlo. Pero la vida es algo anguloso y áspero, y afortunadamente desagradable.

Ahora comprendo que aquel señor me reconocía con las poderosas razones que tendría un matemático enloquecido en su empeño por resolver la cuadratura del círculo, si un advenedizo confanzudo le asegurara que él la había encontrado de buenas a primeras.

En vista de ese mi primer fracaso, deposité cuidadosamente mi paquete en el asiento de al lado, y no en esas redes para cazar mariposas que para eterna inseguridad de nuestras cabezas usan los ferrocarriles; moví los pasadores y los pestillos, volviéndolos de un lado y otro, metí el dedo por el agujero en busca de la causa oculta del desperfecto, golpeé suavemente a la puerta como quien palmea en el hombro a un amigo para animarlo a realizar una empresa difícil, y por último, empujé a la puerta, esta vez con alguna energía, pero ¡ay! con idéntico resultado negativo.

Por encima de muchos periódicos, empezaron a surgir ojos escrutadores a los que mi aventura les resultaba más entretenida que las crónicas policiales y las cotizaciones de la Bolsa de Valores. La presencia de un público, es una cosa que siempre anima; así pues, me decidí a realizar una segunda investigación más prolija y detenida en busca de la falla que hubiera podido pasar por alto.



Casi me levanté de mi asiento para mirar al enemigo también por retaguardia. Saqué un lápiz y me puse a hurgar por el agujero en procura de la uña, pestillo o como demonios se llame esa pieza metálica que traba las puertas, pero no se dignó aparecer por ningún lado.

Allá en el último asiento, dos señoritas cambiaban sonrisas entre ellas y después me miraban enternecidas. No de otro modo debían hacerlo en la Edad Media las damas para animar a sus caballeros en las justas y torneos. Pero el señor flaco me miraba como diciendo:

— ¡Aprende! ¡Aprende lo que es sufrir! ¡Suda un poco esa grasa que te rebosa y mira de qué te sirve esa necia confianza en las cosas! Y en sus pupilas brillaba como una gota de infernal alegría.

Pero lo que más me preocupaba era la actitud del resto de los pasajeros, para los que yo y la puerta estábamos ya a punto de convertirnos en un notable número de circo. Por poco que aquella situación se prolongara hubieran empezado las apuestas sobre el resultado final de la lucha.

Como nunca he sentido mayor vocación por la carrera de domador de puertas y, en cambio, ya he confesado que tengo debilidad por la filosofía, en seguida me hice esto que un escolástico hubiera llamado una composición de lugar:

- Hay cosas superiores a las fuerzas humanas.
- Una de ellas es una puerta de vagón que no quiere cerrarse.
- Yo, aunque gordo, no soy más que un hombre, y por lo tanto mis fuerzas, nada más que humanas.
- Ergo: yo no puedo cerrar esta puerta.

Como corolario práctico, decidí abandonar de inmediato mi empresa y dejé que la puerta se balanceara sobre sus goznes triunfal y agresiva, pues a través del hueco que su abertura producía, seguía colándose el filón, traídor puñal que acostumbraba a esgrimir la pulmonía.

Entonces tuve una actitud de filósofo pragmático. No pudiendo amoldar la realidad a mis conveniencias, resolví acomodarme a la realidad, lo que desde un punto de vista absoluto y desinteresado, no dejaba de ser una misma cosa, dado que así se lograba una perfecta coincidencia de ambos términos.

Para ello me valí de una pequeña maniobra que consistió en cambiar de

asiento eligiendo uno fuera de la corriente de aire.

Dirigí una mirada a mis compañeros de viaje buscando en las de ellos una aprobación, no por tácita menos elocuente, de mi cauta y sabia política. Pero mi desengaño fué completo; los ojos habían vuelto a eclipsarse tras los diarios, absorbidos otra vez por los complacientes señores que todos los días se prestan a ser atropellados por los automóviles o liquidados por los asaltantes.

Las dos señoritas apartaron de mí sus miradas como estimando que era yo un ser de una vulgaridad completa, e indigno de la atención que me dispensaran, y el señor flaco me anonadó, o al menos intentó anonadarme con una de esas miradas de desprecio con las que se lapida a los desertores de los más sagrados deberes.

Habíamos llegado en esto a una estación, y un incauto viajero se sentó en el lugar que yo había abandonado.

Puesto de nuevo el tren en marcha, la puerta empezó a oscilar con sus lentos bamboleos de borracho decidido a ser molesto. Mi reemplazante en el puesto de peligro, repitió mi primera maniobra del golpecito con el codo, obteniendo idénticos resultados.

Yo meditaba melancólicamente que de esa manera las generaciones suceden a las generaciones repitiendo siempre los mismos esfuerzos para obtener iguales fracasos, etc., etc., una meditación que bien valía mis anteriores incomodidades, y así me remontaba por las cumbres de la Crítica de la Historia y me sentía identificado en todo con las culturas asirias y pasabas, viéndolo como mi reemplazante pasaba al segundo acto haciendo girar las manijas, y metiendo curiosamente el dedo en procura de la causa oculta del fenómeno.

La puerta, por su lado, se dejaba manosear con ese inconfundible aire de indiferencia de los enfermos que tienen una dolencia rara, que se sienten en los hospitales y en las clínicas como en sus casas, y que permiten que los ausculten y se los pasen de mano en mano todos los médicos y estudiantes.

En todo parecía hallarse, pues, cierta conformidad con el destino.

En todo menos en el magro y bilioso señor que seguía con impaciente y dura mirada los experimentos de la nueva víctima.

Esta, tras de convencerse, como yo, de la inutilidad de sus esfuerzos, demostró pertenecer a la escuela de los estoicos, pues abandonó sus tentativas, y sin cambiar de asiento se limitó a le-

vantar el cuello de su sobrio todo para defenderse del frío.

Esa encomiable actitud, que yo, aun perteneciendo a otra escuela filosófica, no pude menos de premiar con una benévola sonrisa, pareció colmar la medida de la paciencia del hombre flaco, el cual, lanzándonos miradas furibundas como anatemas, tomó una hoja de su diario, la separó de un tirón del mismo, la dobló febrilmente en dos, cuatro, ocho, diez y seis pliegues y levantándose con violencia de huracán, colocó aquella especie de almohadilla contra el quicio de la puerta, y pegó un formidable y certero puntapié a la misma, con tanto éxito, que quedó perfectamente encajada, y quietecita, como avergonzada de sus anteriores andanzas.

El hombre flaco, al sentarse de nuevo, volvió a obsequiarnos con sus amables miradas, como regocijándose al vernos confundidos ante la evidencia de nuestra total inutilidad.

Tanta precisión de técnica, tan rápida, tan sencilla, y ¿por qué no decirlo?, tan elegante solución al conflicto, no dejaron de impresionarme, y no pude menos que hacer unas cuantas deducciones acerca del espíritu estratégico que alienta en algunos individuos sin que se manifieste en las grandes cosas por falta de ambiente, o por culpa del medio adverso.

Así, aquel señor que con tan certero golpe de vista y de pie encontraba en un momento la solución salvadora para una situación peligrosa, bien pudiera ser un Napoleón en potencia, un Alejandro el Grande, que, no pudiendo conquistar el Asia, se dedicaba a cerrar puertas incerrables en los vagones de tren, empresas ambas tan llenas de dificultades.

Pero vino a sacarme de mis fecundos devaneos intelectuales, un pequeño incidente: la puerta se abrió de nuevo, y no por un fracaso de la técnica genial, sino simplemente por haberla empujado el guarda que venía a revisar los billetes.

El papel providencial se cayó sin que el empleado se apercibiera de ello y, por lo tanto, éste empezó una nueva serie de esfuerzos para someter a la rebelde puerta. Trató inútilmente de hacer funcionar sus misteriosos mecanismos; luego, encogiéndose de hombros, apoyó en ella sus espaldas para mantenerla cerrada al menos mientras él permanecía allí marcando nuestros billetes.

El bilioso Anibal de las portezuelas, le increpó furioso:

— Es una vergüenza abominable el estado en que está esa maldita puerta! El odio vibraba en su voz haciendo tremolar sus palabras como banderas de combate.

— ¡Si! No cierra del todo bien, contestó el guarda como si sólo estuviera convencido a medias.

— ¡Es un abuso incalificable de la compañía! — tronó el caballero esquelético —. ¡No tienen consideración con los pasajeros!

— Daré aviso, señor. Le aseguro que se arreglará hoy mismo — contestó el guarda queriendo terminar el asunto; pero no hizo más que empeorarlo.

— ¡Hoy mismo — saltó con diabólica carcajada el otro. Y repitió:

— ¡Hoy mismo! ¡Cómo se nota que es usted nuevo en este tren! Hoy mismo ¿eh? Pues sepa que hace más de tres meses, oiga bien, tres meses, que yo viajé en este mismo vagón, en este mismo compartimiento, y siempre viéndolo esa maldita puerta que no puede cerrarse.

El guarda por toda respuesta, volvió a encogerse de hombros y se alejó derrotado.

El señor flaco, paseó sobre todos nosotros la más orgullosa, triunfal y despiadada sonrisa de su repertorio.

Yo, por mi parte, me hundí en más hondas meditaciones sobre lo engañoso de las apariencias, y como en aquella ocasión, la supuesta estrategia genial de aquel señor, no era sino un caso de adaptación al medio, y aquella su perfección técnica, el resultado de tres largos meses de desesperados esfuerzos que seguramente habían empezado por el imponente empujón con el codo.

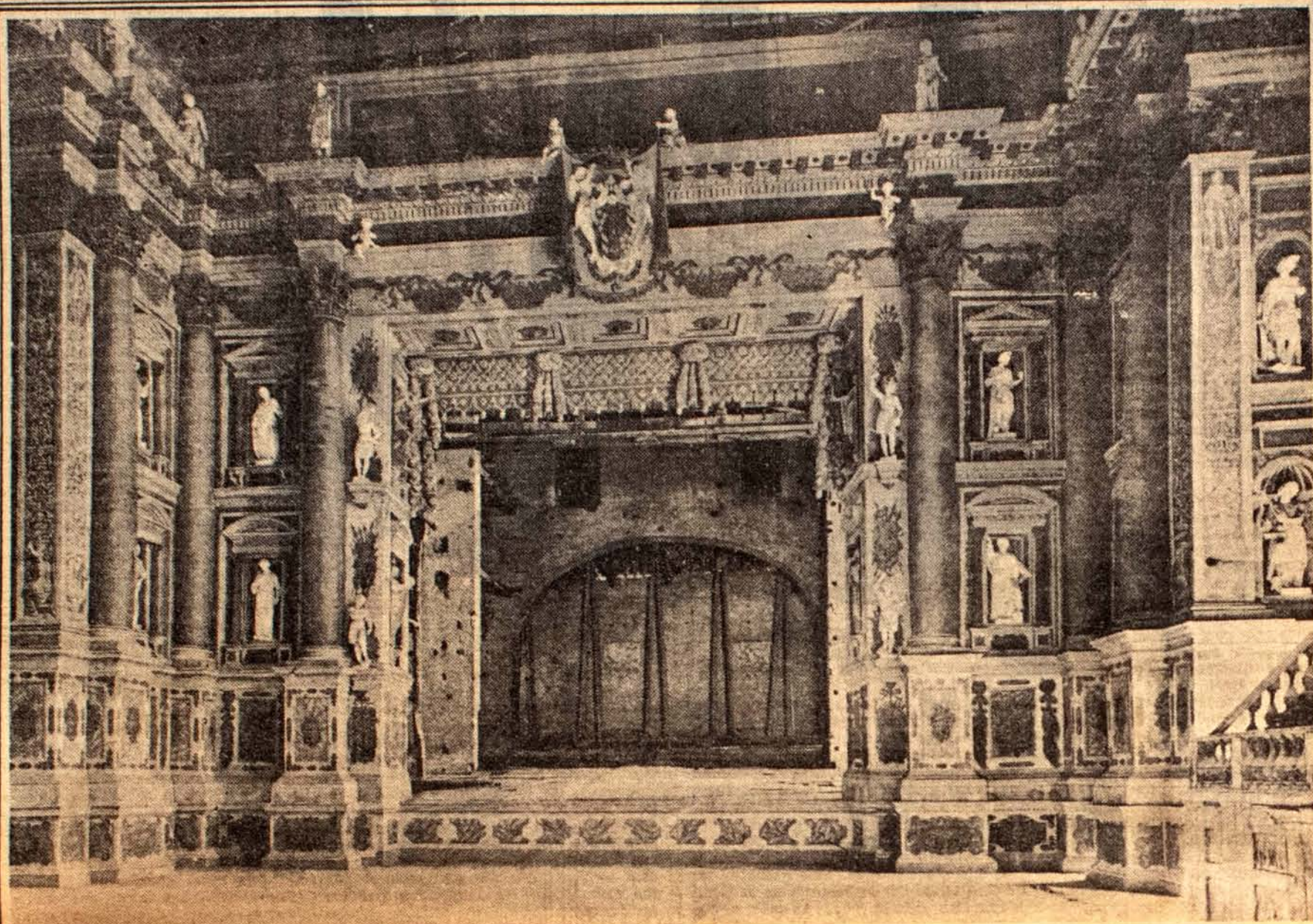
Muchas otras cosas meditaba, cuando vi cómo la puerta volvía a balancearse burlona y escéptica, y como el señor flaco se lanzaba contra ella furibundo, le aplicaba su mordaza de papel, y le administraba la sabia y calculada patada.

La puerta se abre

Por

Eduardo
González
Lanuzza

Ilustración de
Ernesto M. Scotti



Parma. Teatro Farnesio. Vista del proscenio. (Gianbattista Aleotti. 1618)

TEATROS Y ESCENARIOS DESDE EL SIGLO XVII HASTA NUESTROS DIAS

POR
ALBERTO
DE ANGELIS

(PARA LA NACION)

ROMA, agosto de 1939.

canto, como si se los hubiese llevado el viento. A continuación se desarrolló en la piscina un combate naval con la participación de espíritus infernales que tan pronto ayudaban a uno o a otro de los grupos de combatientes. Después volvió como por encanto a aparecer un nuevo palacio y un teatro; poco después otra vez el mar y se vieron bailarines desembarcar en la orilla y bailar. Para terminar hubo un desfile de carros triunfales por las victorias obtenidas por Austria sobre los turcos.

A su hermano Francisco se debe la construcción del Teatro Filarmonico de Verona (1713), maravilloso por su concepción suntuosa y moderna. La orquesta quedaba en el separador del auditorio, y fue esto el primer paso hacia el hundimiento de la orquesta wagneriana en el llamado "golfo místico".

"Soñador romántico", como él mismo se definió, esto fue efectivamente el pintor, grabador, arquitecto y poeta ve-

neiano Juan Bautista Piranesi (1720-1778). Admirable sobre todo por la colocación de los puntos de vista, por la grandiosidad de los planos, por la fuerza de los claroscuros y por la "titánica fantasía que lo llevó a transformar la apariencia de las cosas en monstruosas e inolvidables composiciones en las cuales la arquitectura parecía animada de vida propia y las diminutas figuras humanas aparecían como espantadas ante el temor de que pudiesen de repente moverse con pasos de gigantes las inmensas formas arquitectónicas". Como puede verse en los numerosos grabados que todavía existen de Piranesi, dominan en ellos los violentos contrastes de blanco

y negro al estilo veneciano y tienen algo de la manera de Veronese, de Tintoretto y de los caprichos de Tiepolo que verán más tarde un continuador en Goya. Misterioso y hasta lúgubre a veces en su arquitectura, Piranesi, es el primero que emplea el gótico.

En sus "Cárceles", que se inspiran en el recuerdo de las ruinas romanas, la clásica solidez de la construcción se vuelve romántica al contacto de la fantástica vegetación que la invade. Las "Cárceles" nos aparecen como un sueño que no podemos pensar en traducir a la realidad—ni siquiera en el teatro—ni con el auxilio del color. Otro artista al que le gustaron las ruinas fue el piacentino Juan Pablo Panini (1691-1774), que trabajó en Roma a mediados del 1700. Su estilo de pintura oscila entre el paisaje y la escenografía, y vió las ruinas desde el punto de vista colorístico, mientras que sus perspectivas son esencialmente precisas. Más tarde, en cambio, en el perio-

do neo-clásico, la representación de las antigüedades se consigue "arqueológicamente", esto es, como una consecuencia directa de las investigaciones de los arqueólogos, de las excavaciones y de los viajes que se realizan en aquel tiempo. Este período lo inaugura el genovés Mauro Tesi (1730-1766), llamado "Maurino", el cual se inspira a menudo en los monumentos egipcios y orientales. Si el neo-clasicismo marca un retroceso con relación a la época de Bibiena, en cuanto a solidez y a lógica constructiva, en cambio señala un gran adelanto en el campo colorístico y en el de la iluminación.

Entre los primeros bajo este aspecto está Pedro Gonzaga de Venecia (1765-1831), que en Rusia a donde se trasladó en el 1794, hizo resplandecer, por decirlo así, el sol y la luz en el colorido de las decoraciones de teatro que hasta entonces se habían resentido de una cierta opacidad. Desde aquella época la decoración teatral presenta en Rusia una vivacidad colorística más acentuada que en otros sitios y una riqueza de fantasía que tendía a una más íntima colaboración psicológica con la acción que se representaba. Data probablemente de los tiempos de Gonzaga la tendencia cromática de la escena rusa que persiste aún hoy día en la escenografía moscovita de Stanislavski, de Meyerholdt y en la de los "bailes rusos" de León Bakst.

Sigue a la escuela neo-clásica la romántica, que en sus principios se tomaba únicamente en el sentido de inspiración directa de la naturaleza con el consiguiente abandono de la imitación de los cánones de los antiguos. Se pierden efectos escenográficos, fantásticos o de color a cambio de la exacta reproducción de todas las cosas. Ya no existen los anacronismos históricos, en la escena y en los trajes, de la esceno-

CANCION QUE DORMIRA EN TU PECHO

Dime, alejada voz, ¿no te has sentido
menesterosa de rezar mi nombre?
Puñales llevo en mi dulzura de hombre
cuya queja es tu nombre repetido.
Iluminada de dolida ausencia
en el recuerdo me haces compañía,
pero es desasosiego esta presencia
creciendo en el silencio de la mía.
Quiérote, en cautiverio, a mi costado,
para darme alegría o amargura,

para que no me duela esta dulzura
de andar con tu recuerdo conturbado.
Besada rosa, amanecer de fiesta,
quisiste ser y en realidad lo eres;
pero empiezas a ser lo que no quieres,
pues tu recuerdo lágrimas me cuesta.
Esta canción que dormirá en tu pecho,
lleve mi voz a tu pesar sombrío:
—Eres para tenerte al lado mío,
por el mundo, en la mesa y en el lecho.

GONZALEZ CARVALHO

ahora nuestra exposición siguiendo siempre las huellas de los dos volúmenes de Corrado Ricci y de Valerio Mariani.

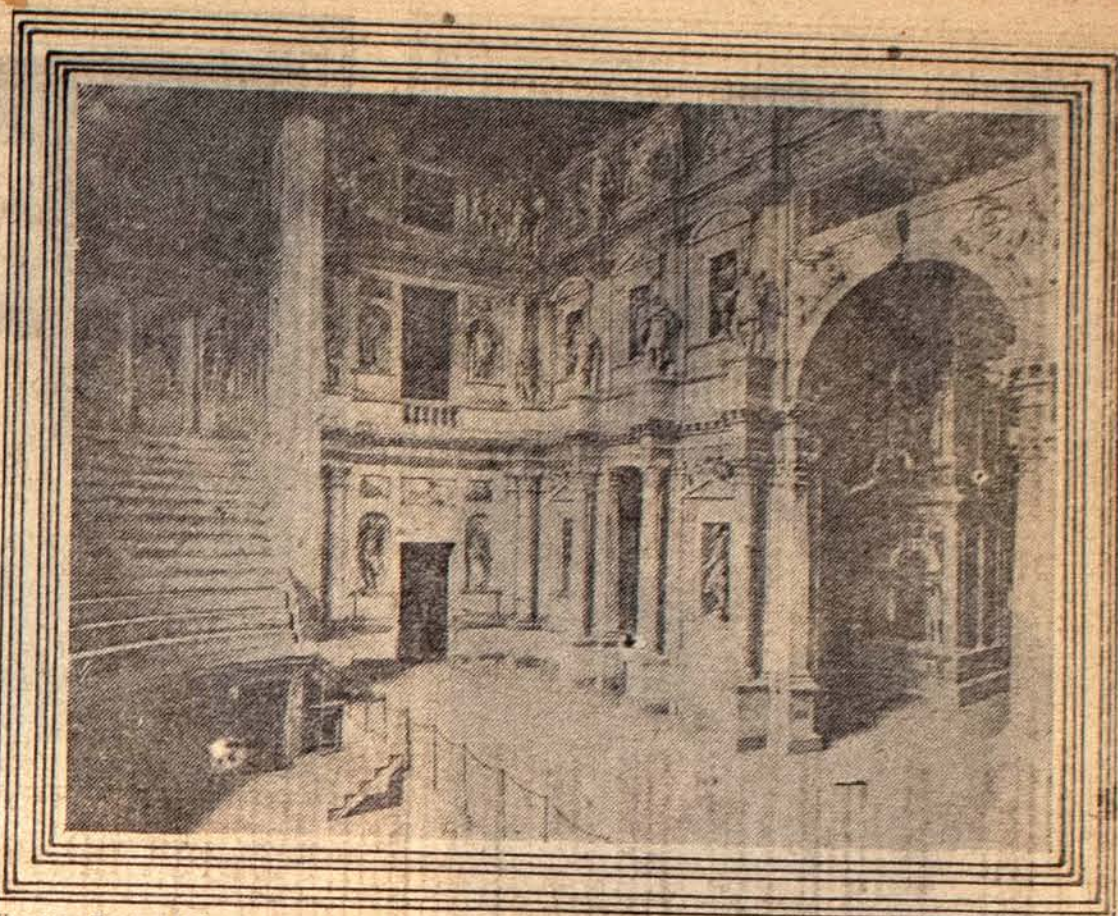
Hacia fines del 1600 la escenografía más estimable es la boloñesa. Durante tres siglos Bolonia produce más de cien escenógrafos y Corrado Ricci cree que contribuyó también a la creación de la escenografía boloñesa, el aspecto arquitectónico de la ciudad con sus calles de típicos soportales.

De los diez pintores Galli-Bibiena, ocho fueron arquitectos de teatros y escenógrafos que durante un siglo construyeron teatros y pintaron decoraciones para numerosas ciudades de Italia y para varias Cortes de Europa. Decíase entonces que los Bibiena habían nacido para tratar con soberanos, ya que eran capaces de ejecutar verdaderas maravillas, pero necesitaban también para sus obras verdaderos ríos de oro. Fernando Bibiena (1657-1743), el más ilustre arquitecto de teatros y escenógrafos de la época barroca, tuvo predilección por las perspectivas vistas de abajo hacia el alto y por los escorzos violentos, continuando de este modo el gusto fantasioso de su época, pero restableciendo al mismo tiempo en todo su rigor las leyes de la perspectiva, sobre las cuales publicó un importante tratado. Con motivo de la boda de Carlos y de Isabel de Austria, organizó en Viena una fiesta nocturna, para la cual construyó sobre una gran piscina un suntuoso teatro en cuyo fondo se veía un palacio real de óptima arquitectura. Se representó un drama en música; y terminado el primer acto, palacio y teatro desaparecieron como por en-

grafía de los siglos precedentes. La técnica pictórica reemplaza a la técnica arquitectónica; se inauguran los efectos a distancia del divisionismo. El escenógrafo y tratadista Balassarre Orsini aconseja el romper las tintas acercando unos a otros los colores complementarios. De este modo, resulta la decoración de tono más caliente y, en cambio, adquiere predominio de color y de importancia el traje y la función del actor. El abandono de los preceptos del arte antiguo, al cual faltaba sentimiento, produjo el exceso opuesto, esto es, el crear un arte sentimental en demasía y a base de melancolía. Relegados los estilos griego y romano se recurrió al bizantino, al gótico, al longobardo, al anglo-sajón; todos ellos estilos de importación que mal se adaptaban con los descendientes del clasicismo de los Bibiena. Elementos extranjeros como los de la influencia estilizada de la época napoleónica, la influencia de las artes figurativas extranjeras que tanto se difundieron por medio de la litografía, la influencia de las teorías de los literatos, de los poetas, de los arqueólogos y de los ensayistas, la afición por el baile de teatro que se volvió a poner de moda, todo esto hicieron que los escenógrafos se desviasen de nuevo de la consideración directa del argumento y de los motivos directos del arte figurativo. Los escenógrafos del romanticismo fueron con preferencia paisajistas y amaban lo pintoresco hasta el punto

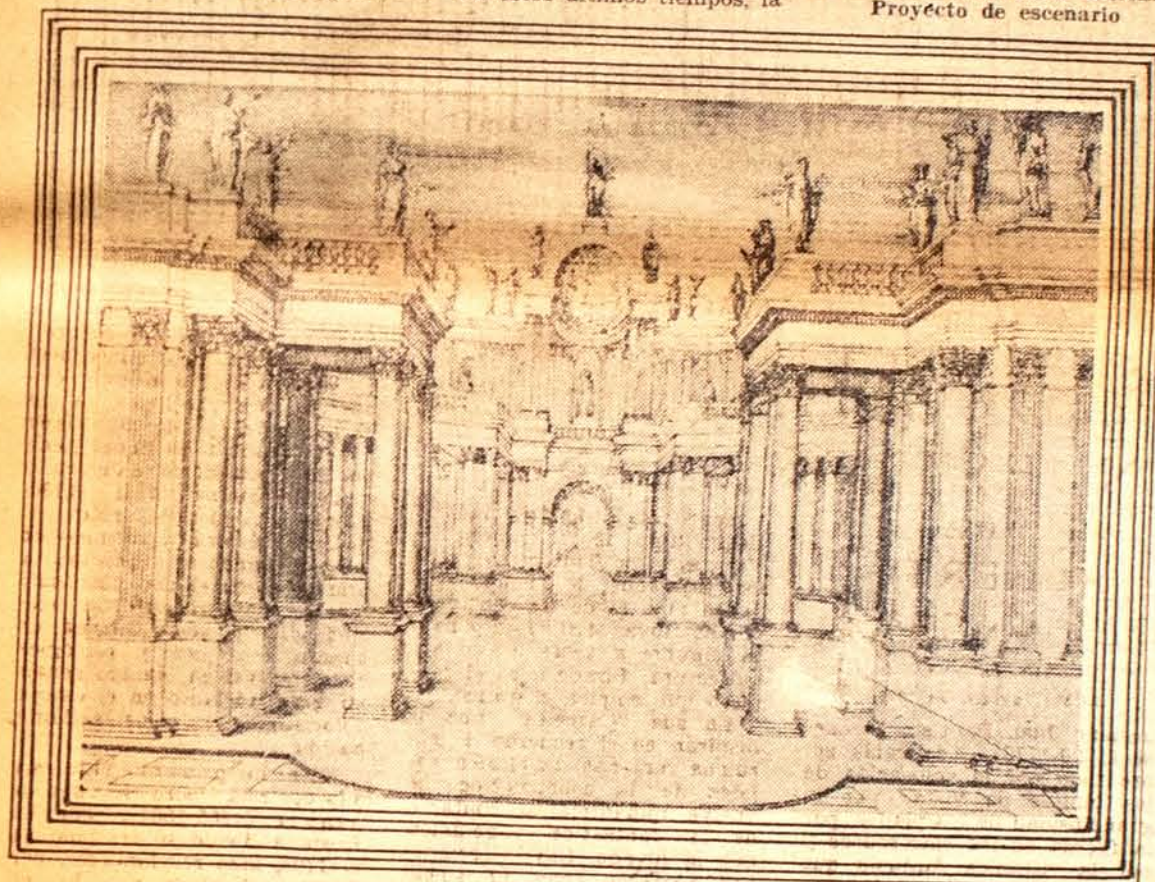
de escenografía se cerraron y varios de los mejores artistas abandonaron a la escenografía para dedicarse a la enseñanza o a la arquitectura. El último de los grandes escenógrafos del pasado fué Carlos Ferrario (1833-1907), que durante cuarenta años permaneció fiel al escenario de la Scala. Nos quedan de él cinco volúmenes de decoraciones y "mise en scène", casi todas ellas dedicadas a obras de Bellini, Donizetti, Verdi y a la música romántica francesa. Se atribuye a Ferrario el mérito de haber iniciado una renovación histórica con el fin de dar a cada escena unidad y precisión en cuanto al estilo: dos cosas no muy definidas en la escenografía de aquellos tiempos. Pero el melodrama en sí mismo tan convencional y arbitrario, mal toleraba una estricta fidelidad a la realidad. Y por esto procuró valerse de toda una polí-cromía sentimental, y utilizando los más recientes modos de iluminación y otros expedientes obtuvo efectos originales de luz, de coloración y de poesía. De Ferrario tuvo también la idea de interponer entre los "practicables" y los "principales" velos sucesivos iluminados de manera diversa que producen encantadoras graduaciones de colores. Continuator de Ferrario es Antonio Rovescalli, actual escenógrafo de la Scala, y como escenógrafo histórico tenemos a Ludovico Pogliaghi, cuyos bocetos sirvieron a Biotto para las decoraciones del "Nerón".

En estos últimos tiempos, la



Vicenza. Teatro Olimpico. (Dibujo de Palladio, ejecución de V. Scamozzi)

Giovanni Maria Galli Bibiena. Proyecto de escenario



colocado la escenografía en un plano superior, incluso el valor intrínseco de la obra que ha de representarse. Del mismo modo ha pasado a segundo plano hasta el virtuosismo de los cantantes que fueron durante el siglo pasado los des-póticos dueños de los compositores y de los teatros de Italia. Si el espacio de que dispongo lo permitiese, debería citar también la verdadera escenografía cinematográfica, como, por ejemplo, la de "Cabiria" ideada por Gabriel d'Annunzio, la de "Quo Vadis?" y la de los "Últimos días de Pompeya". También es interesante hacer notar cómo la escenografía que antes estaba al servicio casi exclusivo del teatro lírico, ocupa en cambio hoy en día una parte preponderante en el teatro de prosa. Y esto fué motivado primero por la influencia literaria y estética de d'Annunzio y por la puesta en escena de sus obras teatrales y después por las influencias extranjeras conocidas bajo los nombres de sintetismo, intimismo, etc.

Interés y ningún plagio han suscitado entre nosotros las creaciones de Gordon Craig, de Adolfo Appia, de Max Reinhardt. Entre las manifestaciones más típicas y extremistas de nuestra escenotécnica y de nuestra escenografía, debemos recordar el "Teatrito" de Martini — un teatro construido sobre un lago —, el "Teatro sintético futurista" de Enrique Prampolini, de Fortunato Depero (autor del escenario mó-

vil), de Virgilio Marchi, el "Teatro del color", ideado por Aquiles Ricciardi, como una correspondencia cromática-psicológica entre la escena, el carácter del drama y las pasiones de los personajes; y las varias manifestaciones de Antón Giulio Bragaglia, el más dinámico y el más complejo de nuestros estudiosos y realizadores de escenotécnica y de escenografía, partidario del teatro múltiple y de la puesta en escena esquemática, de la que ha dado pruebas en su teatro experimental llamado de los Independientes. Estilizada y perteneciente a la vanguardia es el joven Mario Pompet, que empezó trabajando para el Teatro del Piccoli de Victor Podrecca y se dedica ahora a los teatros de prosa. Original por la vivacidad de los colores y por el empleo de las luces y de los colores proyectados sobre el escenario (lo demostró últimamente en las decoraciones de "Conchita" para el Teatro Real de la Opera), es el pintor veneciano Pieretto Bianco. Estilizado es Cito de Filomarino, italiano por residencia y porque trabaja de un modo permanente para el Teatro Real de la Opera, pero ruso y asiático por temperamento y gran colorista, es el joven pintor ruso Nicola Benois. Para terminar debemos citar a Duilio Gambellotti, Camilo Parravicini, Alejandro Magnoni, Alberto Scaoli, que son los que prosiguen hoy día la gran tradición escenográfica clásica italiana.

de representar un castillo sofocado por la vegetación más salvaje o ya medio destruido, aun cuando la acción correspondía a la época en la que el castillo fué edificado, debiendo por lo tanto encontrarse en perfecto estado de conservación. También en este período Bologna ejerció el primado, y sus representantes más notables fueron Domingo Ferri, Luis Bazzani (autor de numerosas decoraciones para Verdi, Bellini, Meyerbeer), y Luis Ricci de Ravenna. El hijo de este último, Conrado, dice que el ferrocarril también influyó en la decadencia de la escenografía, porque los empresarios al poder transportar con facilidad y rapidez decoraciones de papel de una población a otra, empleaban éstas de cualquier manera y las adaptaban a todas las bocas de escenario por muy distintas que éstas fuesen. También la iluminación por gas al imponer la colocación de las luces en sitios fijos en vez de la movilidad que permitían las lámparas de aceite, influyó mucho en la decadencia de la escenografía. A este punto las cosas, las escuelas

escenografía italiana ha perdido mucho de su carácter nacional por haber sufrido influencias extranjeras; pero, sin embargo, pocas veces ha caído en aberraciones. La luz eléctrica con sus infinitos recursos en cuanto a graduaciones de luces y de colores y en cuanto a la colocación de las fuentes luminosas, ha constituido un auxilio de primer orden para la escenografía. También ha sido de enorme interés la participación llevada a efecto por los técnicos de la escena como Fortuné, inventor de la cúpula de su nombre instalada en la Scala de Milán, y Pericle Ansaldo, inventor del panorama semirígido que da la sensación de un horizonte ilimitado y del escenario seccionado para el Teatro Real de la Opera de Roma, del que hace algún tiempo me ocupé.

Influyeron notablemente sobre la escenografía italiana las teorías estético-literario-musicales de Wagner y de d'Annunzio, el colorismo de los "ballets" rusos de Bakst, y sobre todo el cinematógrafo, que con la competencia que ha hecho y sigue haciendo al teatro, ha

La PASTA DENS
es el resplandor de los dientes,
la frescura de la boca
y el perfume del aliento.

Tubo, \$ 1,25 en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

PERFUMERIA GAL. - MADRID
Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14 - Buenos Aires.
Proveedores de S.S. M.M. los Reyes de España.



MAX Reinhardt, el célebre director de escena alemán, ha adquirido una parte de las acciones de la Terra y preside los destinos de esa productora. Hace algunas semanas la noticia de su ingreso al directorio de la misma llamó grandemente la atención, y por lo pronto tuvo la virtud de infundirle nuevo aliento a la compañía, en cuyo programa de películas sonoras a impresionarse próximamente figura "Vida parisiense", que es la opereta de Offenbach adaptada a la pantalla por Alfred Savoir. Desde luego, Reinhardt dirigirá la producción, y dado el mérito que siempre tuvieron sus ideas en materia escénica, es grande la expectativa y, sobre todo, la curiosidad por ver los resultados de su actividad artística en el campo de la cinematografía sonora.

La Terra está terminando dos películas parlantes. "El gabinete del Dr. Calegari" es una película cómica y las escenas que hemos visto impresionar son promisoras. Se destacan en la producción mencionada tres valores apreciables de las tablas alemanas: Max Hansen, Carl Joecken y

Katha von Nagy, bella actriz que tiene a su cargo el primer papel femenino en la película "El otro"

Paul Morgan. Si por su índole humorística esa película tendrá éxito, sobre todo en Alemania, la segunda producción a que hemos aludido y cuyo título es "El otro", está llamada a recorrer los cinematógrafos del Continente y los americanos, tanto por el mérito propio de la obra como, asimismo, por el acierto que es la versión cinematográfica y la forma notable en que Fritz Kortner caracteriza la figura central.

"El otro" no es realmente una novedad teatral ni cinematográfica. Trátase de la obra de Paul Lindau: "Der Andere", que con el título "El fiscal Hallers" también en Francia se dió centenares de veces. Hace diez y siete años se impresionó en Berlín la primera versión para la pantalla, en la época en que la cinematografía comenzaba a atraer a los elementos jóvenes del teatro alemán. Hasta entonces ningún actor que cuidase de su fama, si la tenía, se hubiera atrevido

Fritz Kortner, el magnífico actor de carácter, que tiene a su cargo en "El otro" uno de los papeles de mayor responsabilidad

PELICULAS ALEMANAS "EL OTRO"

POR

JULIO
HELLER

(Para LA NACION)

BERLIN, agosto de 1930.

do a prestar su nombre a una producción del cinematógrafo, arte con el cual no comulgaba la gente intelectual. Recordamos que aun en los Estados Unidos, durante los años de la gran guerra, la pantalla merecía, si no desprecio, por lo menos el calificativo de espectáculo inferior por parte de cuantos se preciaban o presumían de poseer cierta cultura. Se comentaba que el senador Johnson concurría al cinematógrafo a menudo, y el prejuicio fué vencido sólo cuando actores de la talla de John Barrymore no vieron ya desmedro de su arte al consagrarse también a la cámara.

Los actores jóvenes que empezaron a destacarse en Alemania antes de la guerra, tales como Liedtke, Krauss y Kortner, solían trabajar en los estudios, pero el público no se enteraba. Los papeles permitían el anonimato, gracias a la caracterización, y la barba postiza era un recurso magnífico para que la identidad no se revelase.

Asta Nielsen fué la primera actriz que se atrevió a romper con ese anonimato forzado y conferir valor personal a la película. Entre los directores de escena que entonces se esforzaban por abrirle camino a la película artística hallábase Max Mack; logró persuadir a Paul Lindau de que su obra "El otro" debía ser adaptada a la pantalla. El notable actor Albert Bassermann consintió en desempeñar el papel de protagonista y se inició así la producción de la serie de "películas de autores", como se las llamaba en Berlín.

Pero por mucho que en el teatro y en la pantalla la obra de Lindau fué vista tantas veces, la fábula no deja de ser interesante siempre y el tema susceptible de considerable intensificación dramática, como lo ha probado Robert Wiene al crear una versión nueva para la película sonora y dirigir su impresión. Prueba, por otra parte, del interés que ha despertado esa producción, es el hecho de que en París se pidió la versión francesa de la misma, y una vez terminada la im-

Katha von Nagy y el Dr. Robert Wiene, durante la filmación de la nueva película sonora alemana "El otro"

presión en alemán, Wiene comenzará la francesa en los estudios de la Terra. Así, pues, el drama que con Gemier figuró tantas veces en el cartel volverá a ser visto y oído en Francia veinte años después.

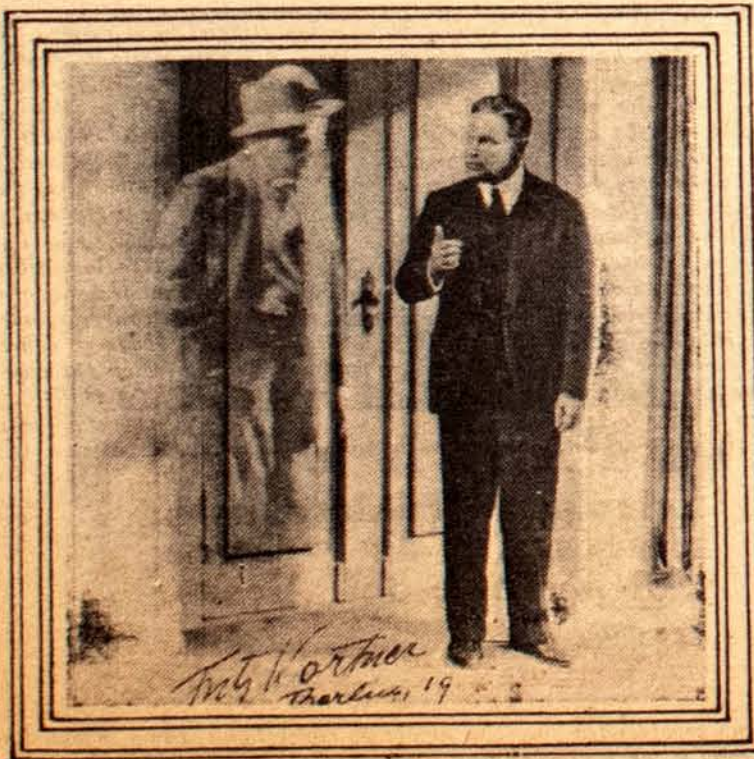
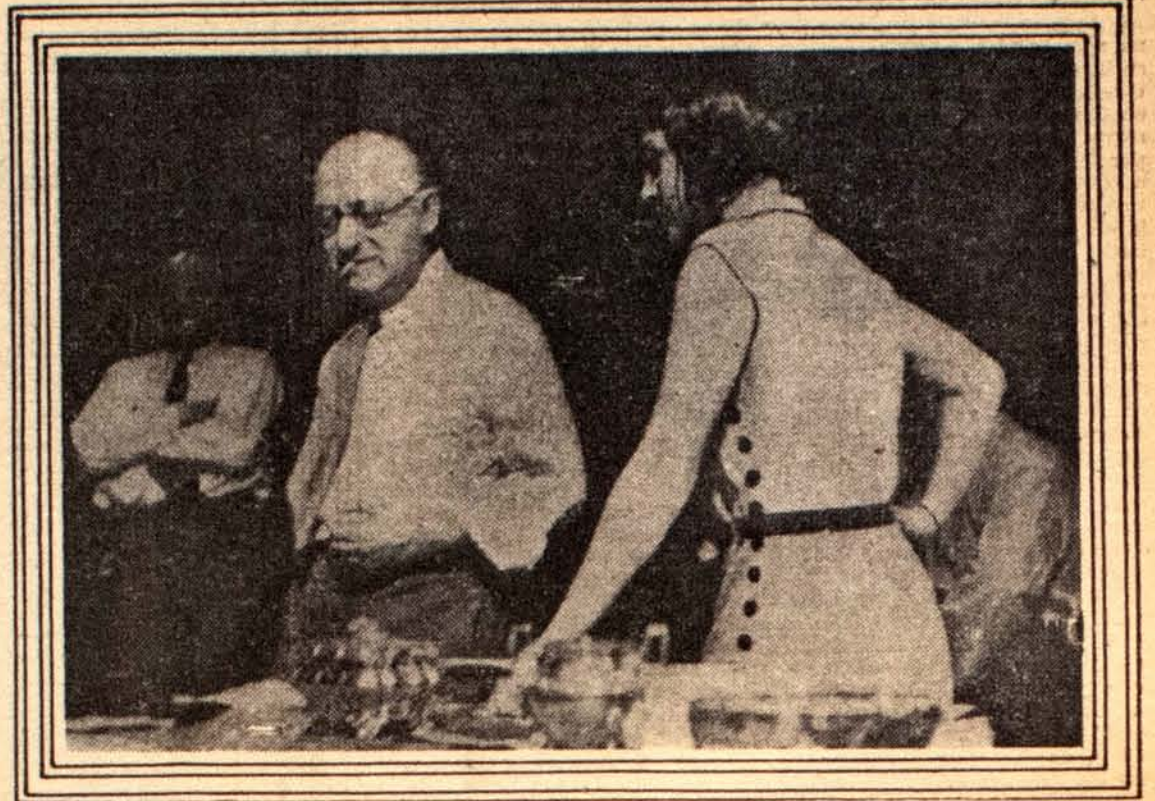
Fritz Kortner, sucesor de Bassermann, es una de las figuras más vigorosas y productivas del teatro alemán, y por los fragmentos cuya impresión tuvimos oportunidad de presenciar, puede aseverarse que desempeña el papel de Hallers de una manera impresionante. El argumento del drama es conocido, pero Robert Wiene, autor y director de "El gabinete del Dr. Calegari", ha puesto loable empeño en desarrollar el conflicto psíquico que presenta la doble personalidad de Hallers, fiscal y asaltante a la vez, sin darse cuenta de ello. De manera que muchas escenas son nuevas. Wiene explota el tema muy bien y de él deriva incidencias dramáticas que realzan la trágica figura del protagonista. He aquí un extraño desdoblamiento de la persona del representante del Ministerio Público. De día Hallers es el fiscal integérrimo y despiadado para la gente del hampa. Todo en él es clamor de justicia, rigor destemplado, defensa de la sociedad a carta cabal; y llegada la noche, la fatalidad lo sume en un extra-

Una escena de la nueva película de la Terra "El gabinete del doctor Larifari"

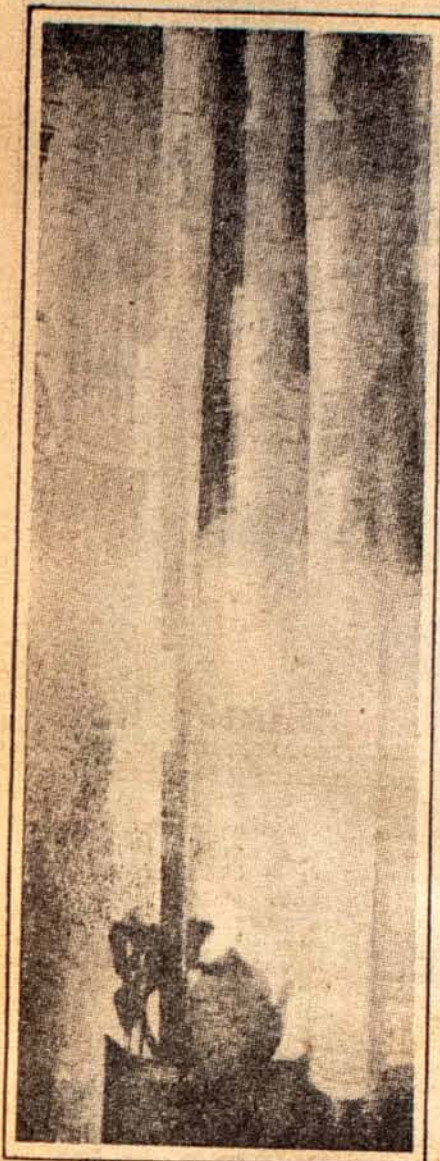
ño sonambulismo, tornándolo en asaltante. Hallers deja de ser el fiscal temido, y bajo el apodo "el barón" frecuenta las tabernas del hampa, alterna sobre un pie de igualdad con aquellos que tan encarnizadamente persigue y, más aun, trata de venderles el botín obtenido en sus excursiones criminales.

Claro está que a la larga el elemento del bajo fondo con que alterna nota el parecido entre "el barón" y el fiscal. Se le prueba la identidad, y el representante del Ministerio Público adquiere conciencia del desdoblamiento psíquico fatal de que el destino lo ha hecho víctima. Otro es entonces su concepto de la vida, otro el de la justicia; y su rigor por fuerza cede a la conmiseración humana ante la inconsciencia o el instinto criminal irrefrenable del delincuente. Hallers ya no es el fiscal de la requisitoria severa y altisonante; es el hombre que en lugar de pedir el máximo de pena busca la circunstancia atenuante.

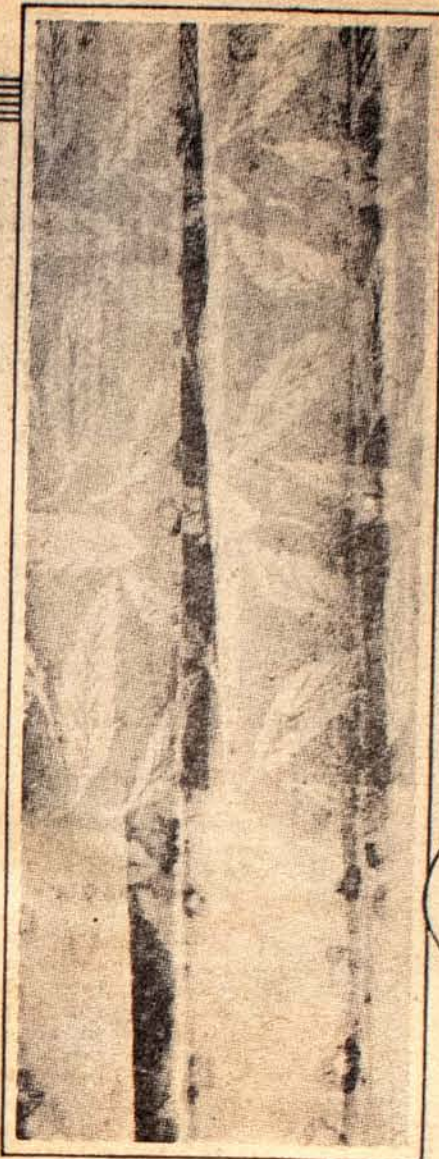
Kaethe de Nagy secunda meritoriamente la labor de Kortner y Wiene ha sabido realizar escenas interesantes, entre ellas una en que "el barón" acompaña a un compañero de fechorías a la casa de Hallers, es decir, a su propia casa, con el objeto de dar muerte al temido funcionario. Es la escena culminante de la película. Huelga añadir que en ella se produce la metamorfosis. Hallers sale de su trance, vuelve a ser el fiscal y agredido por "el camarada" está a punto de sucumbir en la lucha en que ambos se traban



Muestras de papeles pintados sumamente decorativos



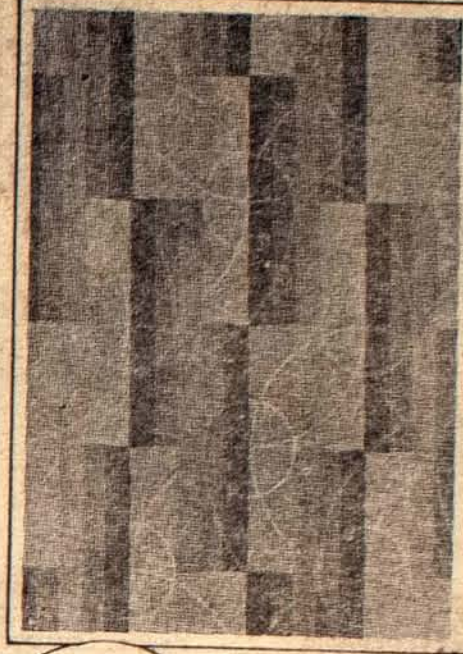
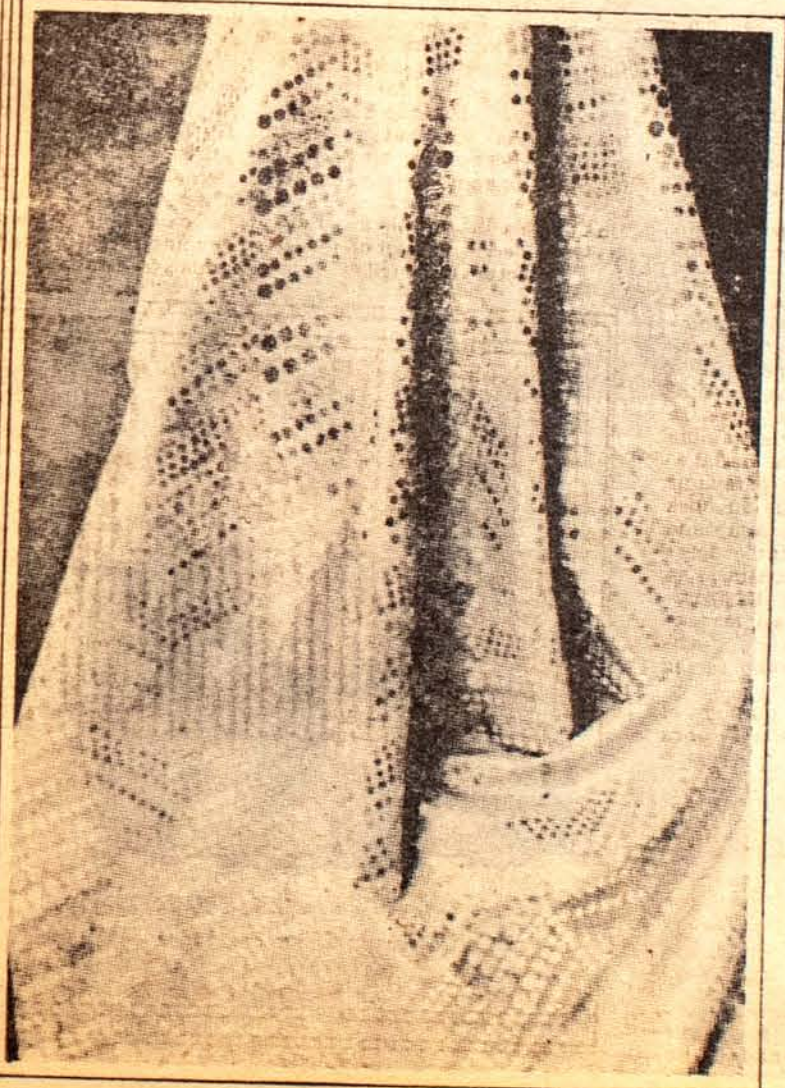
Tejido a mano. Flores de seda vegetal que se destacan sobre un fondo de velo de algodón denominado "velo de Ceylán"



Tejido en broderie sobre fondo "velo de Ceylán" en seda artificial y algodón

LA TAPICERIA MURAL

Tejido de seda estampado, en algodón y seda artificial



A tapicería mural ha pasado, en los últimos veinte años, por variaciones de moda más frecuentes quizá que en cincuenta años del siglo anterior. Esta inestabilidad del gusto es desconcertante, sobre todo en las sedenas, cuya fondos son imposibles de renovar frecuentemente. Tiene también sus partes fastidiosas en las tinturas menos costosas de telas o papeles.

El público que vio las composiciones naturalistas de 1900, la orgía de flores y de colorido de los ballets rusos, la flora estilizada y las anécdotas pictoriales de 1913, se asombra y no sabe ya cómo hacer su elección.

Lo más curioso — y lo más lamentable — es que esas tres industrias, seda, tela y papel, con materias y técnicas diferentes, obedecen a las mismas corrientes decorativas, quizá porque pertenecen a los mismos libujantes. Un tejido tornasolado y flexible como la seda, verdadera meina para la mano, no demandará, sin embargo, otro tratamiento que una tela de algodón o un simple rollo de papel. En estos momentos impera el elemento geométrico. Ha destronado a las flores, los arabescos, las figuras. Prescindir del sujeto es lo más novedoso de la composición. Esta fórmula, que ha tenido sobre la pintura moderna una influencia innegable, aunque aparezca en notable regresión, se perpetúa en los tejidos, y se legitima por más de un lado. Es verdad que el papel pintado, "según se cuenta", ha tenido su época. Los adornos vacíos, feliz combinación de líneas y de planos, parecen, a primera vista, convenir maravillosamente a la decoración lisa. No se tiene en cuenta. No impone al ocupante de la pieza la obsesión continua de sus dibujos más o menos artísticos. Pero el grafismo geométrico, desde hace cinco años, lo ha invadido todo, aunque empieza ya a cansar. Se piden ahora líneas menos rígidas, más sensibles.

Otra anomalía — que cuesta disculpar — es la tendencia de los decoradores a exagerar la escala de los motivos. ¿Cinéma? Tal vez. Las superficies gruesas falsean la visión de más de uno de nuestros contemporáneos. Los exponen al efecto brutal, al choque. ¿Pero qué falta de sentido! A medida que la crisis del alojamiento nos obliga a refugiarnos en apartamentos de más en más reducidos, las pinturas destinadas a los paredes, exageran sus motivos, como si hubieran sido concebidos para un palacio.

Aunque hagamos esta salvedad, nada nos impide reconocer que las pinturas murales están en un período de prosperidad innegable. La seda tejida, así también como la imprimida, han llegado a una originalidad de dibujo y a una variedad de colorido que la vuelven eminentemente útil al amueblado. La introducción de la seda artificial, y el empleo de tejidos mezclados, ha permitido rebajar en gran parte su precio de venta.

Se presentan ahora telas de aspectos tan nuevos, de un rejuvenecimiento y esplendor que hacen la admiración del mundo entero. Y esta supremacía se debe a los dibujos de los artistas, a su fertilidad de invención, y al gusto así también como a la libertad que dan a su fantasía.

Las conquistas de la tela imprimida se han producido sobre todo en el terreno de la fabricación. Gracias a las nuevas técnicas del grabado sobre rodillos de madera, con la ayuda de láminas de cobre, cuyos intersticios se llenan con trozos de feltro, gracias sobre todo a los útiles mecánicos de una rara perfección, los productos pueden venderse a precios inferiores a los de antes de la guerra. Pero hay que convenir, que este progreso se alcanza a costa del mérito artístico. El grabado en cobre como hoy se hace, y la impresión mecánica al rodillo, no valen por cierto lo que el grabado en block y la impresión de la plancha a mano.

Otro tanto puede decirse del papel pintado, que usa de los mismos procedimientos, con esta circunstancia agravante, que esa hermosa industria se ha concentrado en un pequeño número de grandes manufacturas cuyo poder de producción basta al comercio exterior como al de importación. Las usinas son menos propicias al arte que la producción en pequeños talleres. Y los industriales se dan perfecta cuenta de esto, y desde hace algunos años realizan loables esfuerzos para darles un cachet artístico a sus colecciones, aunque por ellos mismos no pueden remontar la corriente. Es preciso que se les secunde, y que se haga a la vez la educación del dibujante en escuelas profesionales, así como también la de los detallistas que son en su gran mayoría los que deciden como oráculos lo que conviene a la decoración de los hogares. Este resultado no se obtendrá sino con esfuerzos concertados, como se han llevado a cabo y con tanto éxito en otras corporaciones como la de los paños, entre otros.

Quatro preguntas a Elvira de Amaya



Falda larga o falda corta?

Para actuar en el escenario y para fiestas prefiero la falda larga. En eso estoy de acuerdo con la moda actual; en cambio considero que la pollera corta es la más adecuada para el traje de calle; esto sin dejar de reconocer cuán elegante es la falda ancha, la falda antigua, la del miriñaque...

Qué música prefiere?

La música sentimental es la de mi predilección. Oyéndola paso instantes deliciosos. Ahora, cuando debo usar la música para mi trabajo escénico, me gusta tanto la alegre, bulliciosa y vivaz como la triste o quejumbrosa...

Cuál es su sport predilecto?

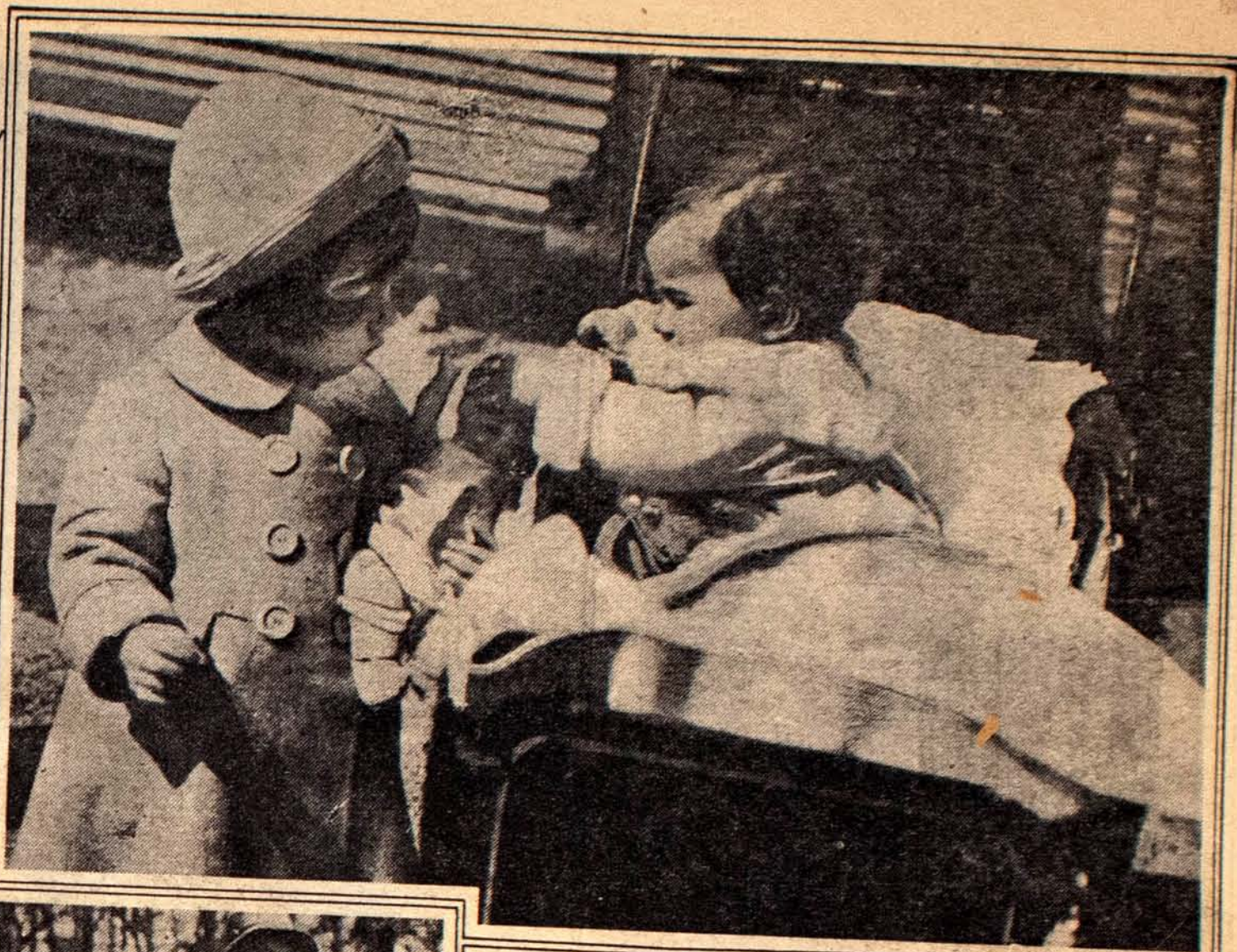
El "yachting" me deleita. ¡Cómo me atraen los grandes cruceros, en pleno río, en la soledad de la embarcación que resiste a todas las tormentas y a todos los oleajes! Un yate es, en mi concepto, el mejor aliado, el mejor amigo...

Cómo estudia sus canciones?

Estudio los cuplés y canciones de "primera intención", al piano. El maestro los ejecuta, y después de tres o cuatro "pasadas" he aprendido bien la música, que no olvidaré jamás. Luego "pongo en escena" el cantable, combinando los gestos, pasos y movimientos de acuerdo con el contenido de la letra.

Instantánea

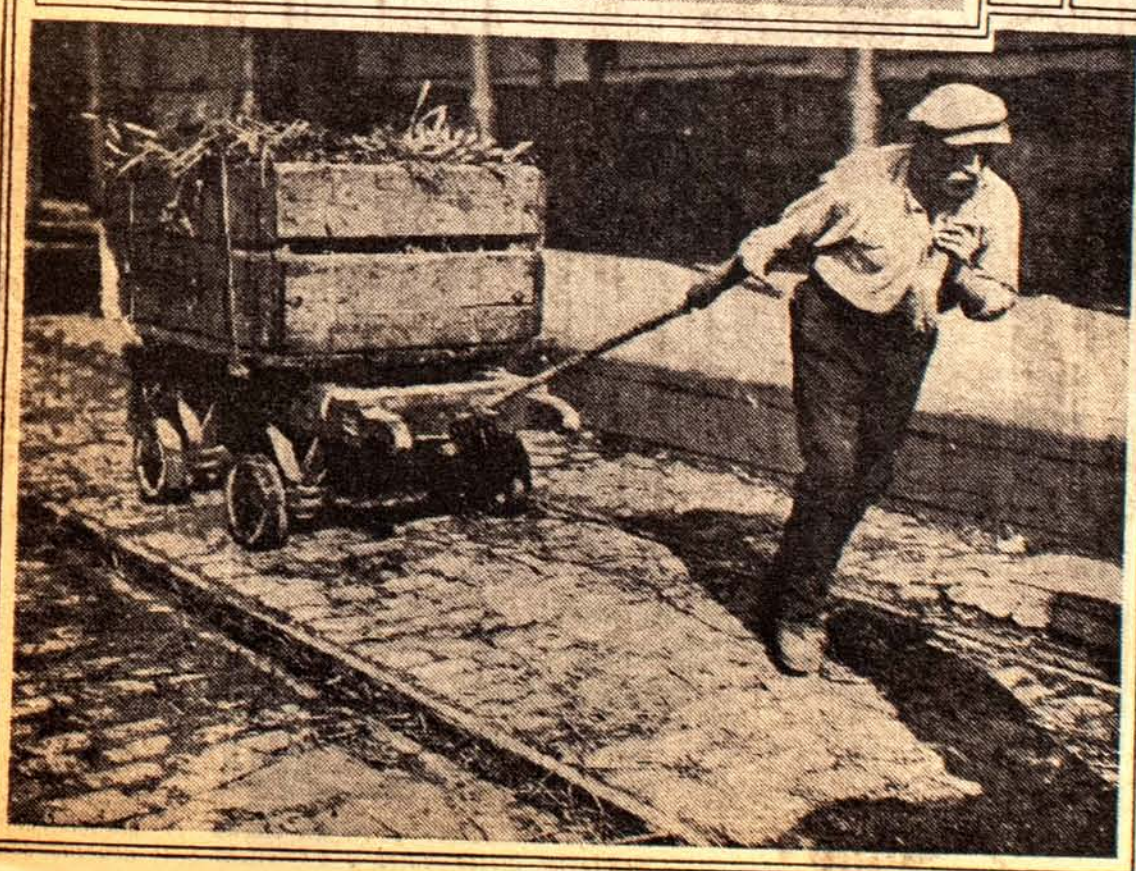
EL
ATRACTIVO
DE
UNA
MUNECA
O
DE
TRES...



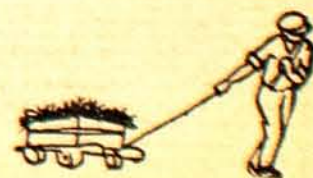
SALTANDO A LA CUERDA



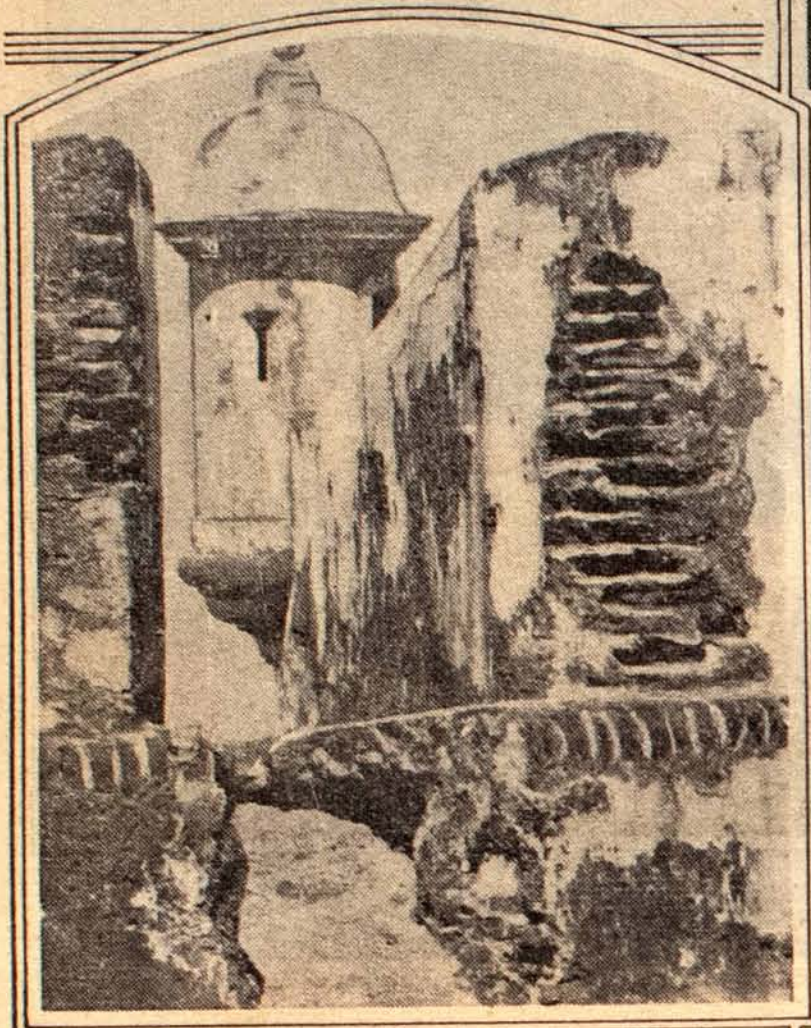
CONSUMIDOR EN PEQUEÑO. INTERESA POCO
AL VENDEDOR



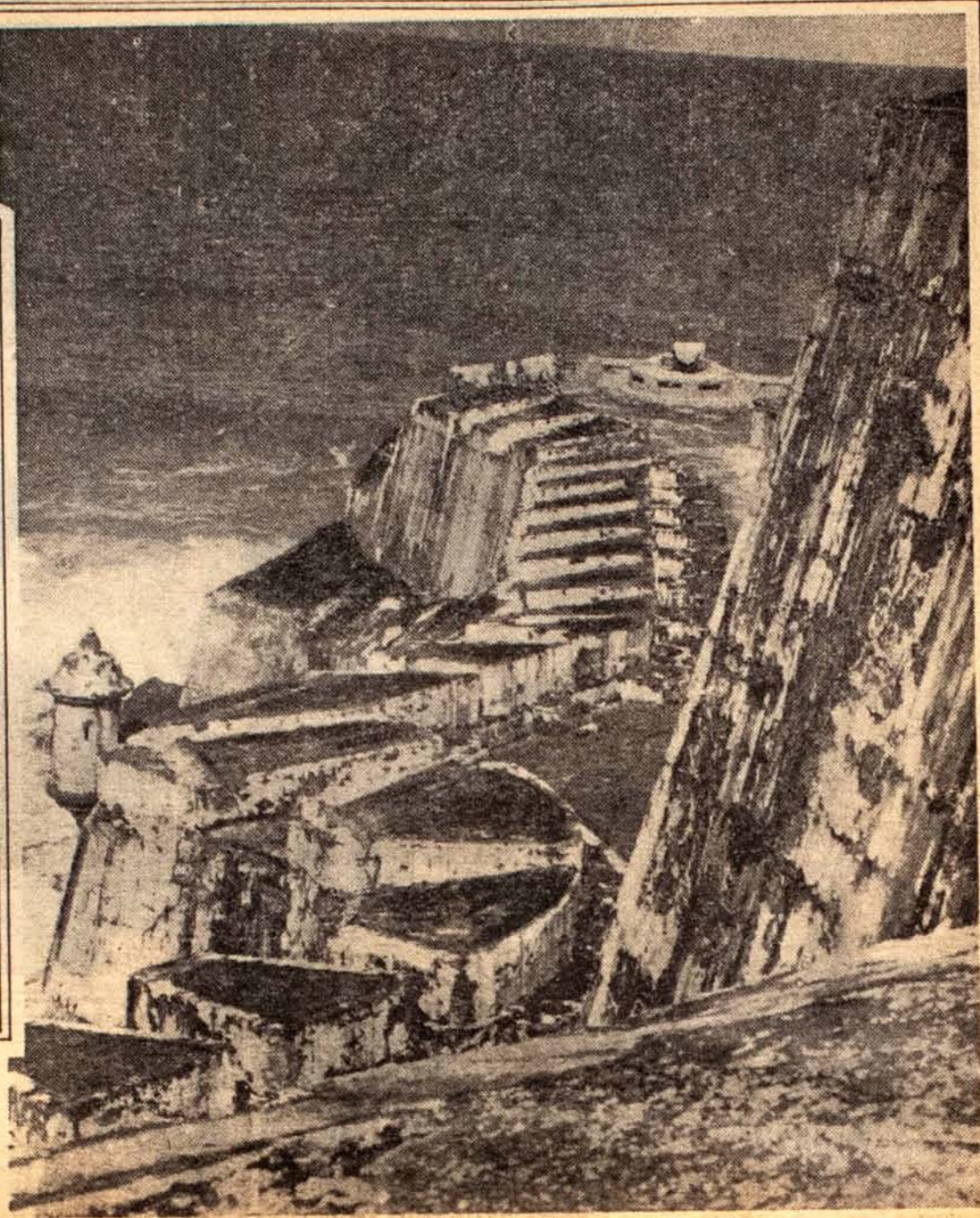
TRABAJADOR DEL PUERTO



Fortaleza de El Morro



El Morro, primera fortificación hispana construida en el año 1600 en San Juan de Puerto Rico, ofrece aspectos notables. Una garita de centinela



Las Canas.....

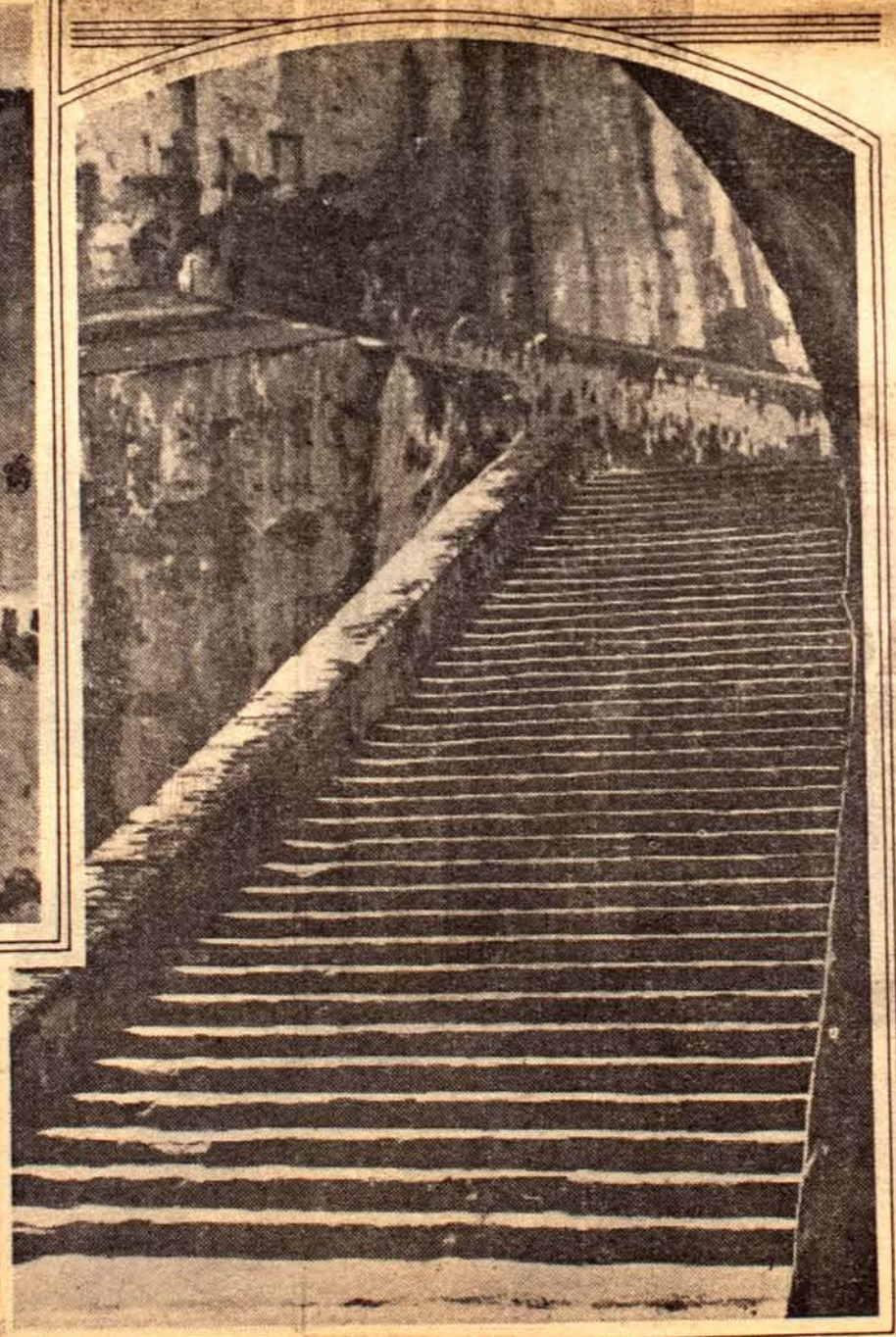
hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el **COLORANTE ALSINA**, pues su preparación eminentemente científica hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando así, al cabello la sensación del color natural.

CAJA \$ 7.- Interior \$ 7.50

Para evitar falsificaciones, exija la caja cerrada

Aplicaciones y venta: MAIPU 843 - U.T. 31 Retiro 0374

La entrada al puerto de San Juan, desde El Morro



Una vista del parapeto principal



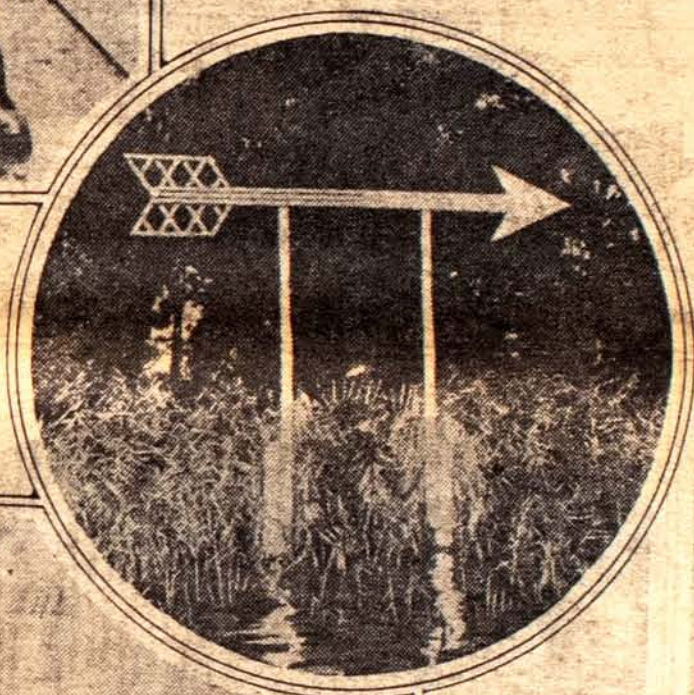
Las escaleras, desgastadas por el paso de los españoles soldados durante trescientos años



Changador francés llevando sobre su cabeza los últimos sombreros que distinguió, diremos así, a los del oficio y que no pueden seguir usando por su elevado costo; 300 francos



Los alumnos de la escuela americana de arte en Fontainebleau efectúan sus estudios al aire libre, en un marco pintoresco



El tráfico en los lagos de Berlín ha preocupado a las autoridades. Esta señal indica la dirección que deben seguir los paseantes en el agua



La agencia de LA NACION, recientemente inaugurada en Biarritz



¡Hollywood lo ha elegido!



"Todas nosotras usamos Jabón Lux de Tocador"

dice la encantadora Lila Lee, C. Colombia

LILA LEE, la hermosa e irresistible estrella de la Colombia, en el cuarto de baño creado para ella en Hollywood. Ella es una de las 442 estrellas de Hollywood que mantienen suave su cutis con el Jabón Lux de Tocador.



BESSIE LOVE, fascinadora estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer dice: "El Jabón Lux de Tocador deja mi cutis tan suave como los jabones más costosos — es un jabón exquisito — yo opino."

"UN CUTIS HERMOSO es el encanto más atrayente que puede poseer una joven" — esta es la experiencia de los directores más afamados de Hollywood. Y nueve de cada diez estrellas conservan este encanto de tanta importancia mediante Jabón Lux de Tocador.

Proporcione a su cutis el mismo cuidado que las estrellas del cine. Usted encontrará que la acatizadora espuma de este fragante jabón blanco suaviza y embellece, dejando una sensación deliciosa. Comience a usarlo desde hoy.



LUX

Jabón de Tocador

El fragante jabón blanco para el cutis más suave

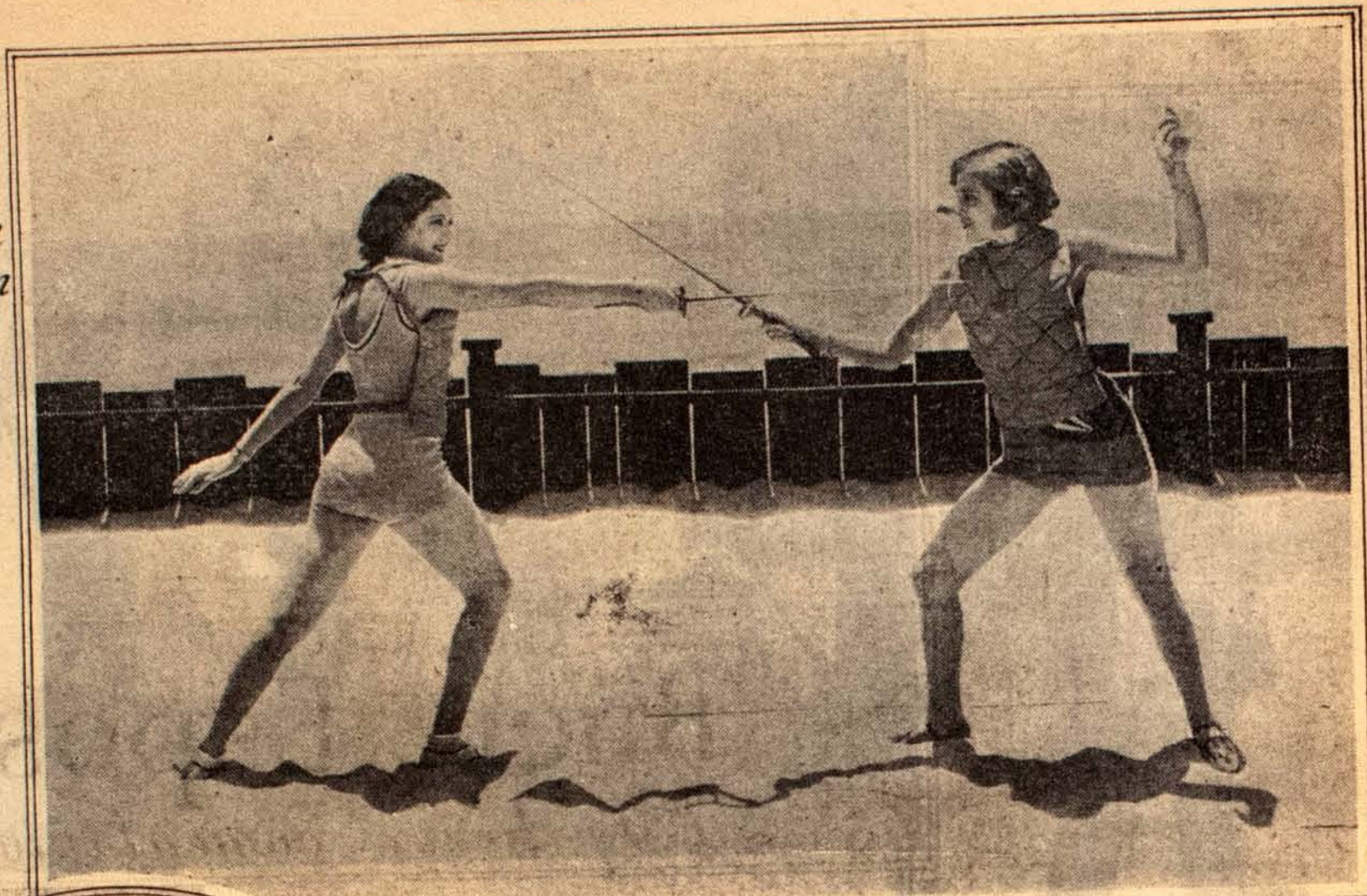
LUX 40022-40

LEVEN HERMANOS LIMITADA BUENOS AIRES

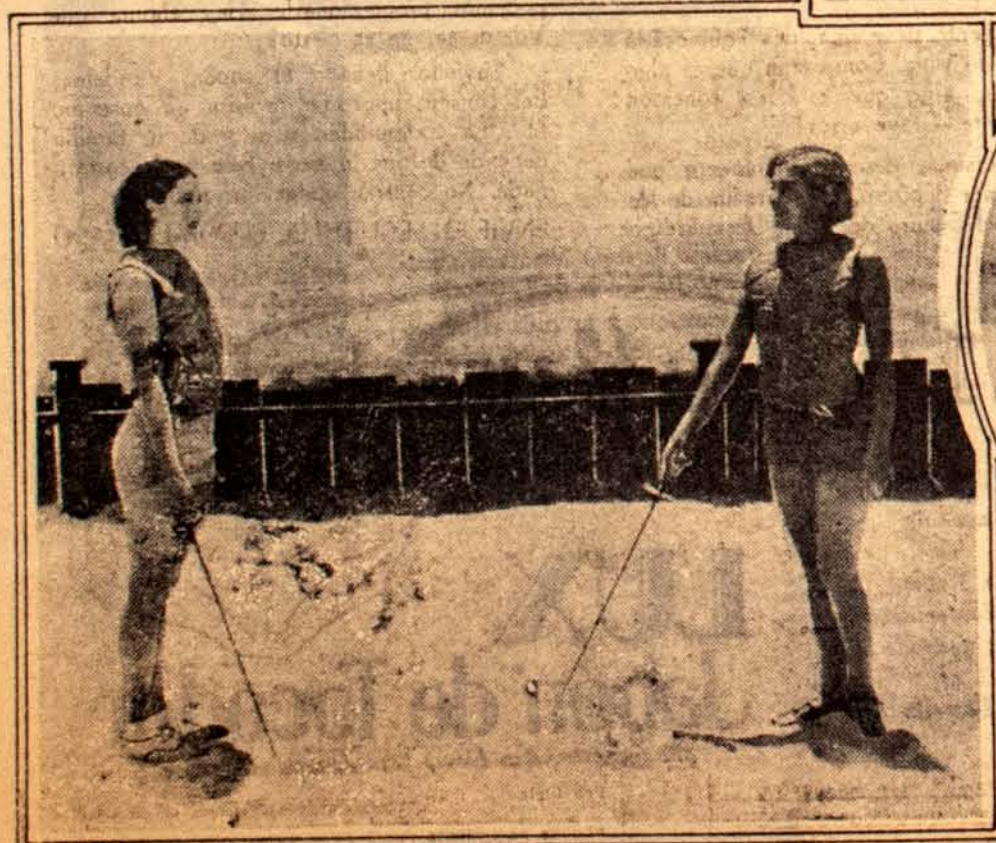
*Las
artistas de
la pantalla
perfeccionan
su silueta*

RAQUEL
TORRES
Y
MARY
DORAN
PRACTICAN
ASIDUAMENTE
LA
ESGRIMA.

¡TOCADA!



EL APRETON DE MANOS FINAL AFIRMA LA ENTE-
REZA DEL ESPIRITU



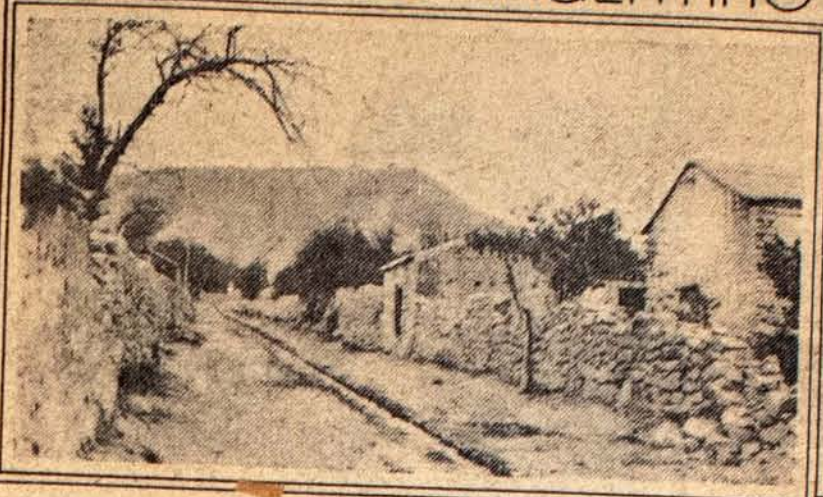
EN
PLENO
COMBATE

¡NO
TODO
HA
DE
SER
CUIDAR
LA
LINEA!

EL
SALUDO
INICIAL



POR EL NORTE ARGENTINO



Alrededores
de
Tilcara,
Jujuy



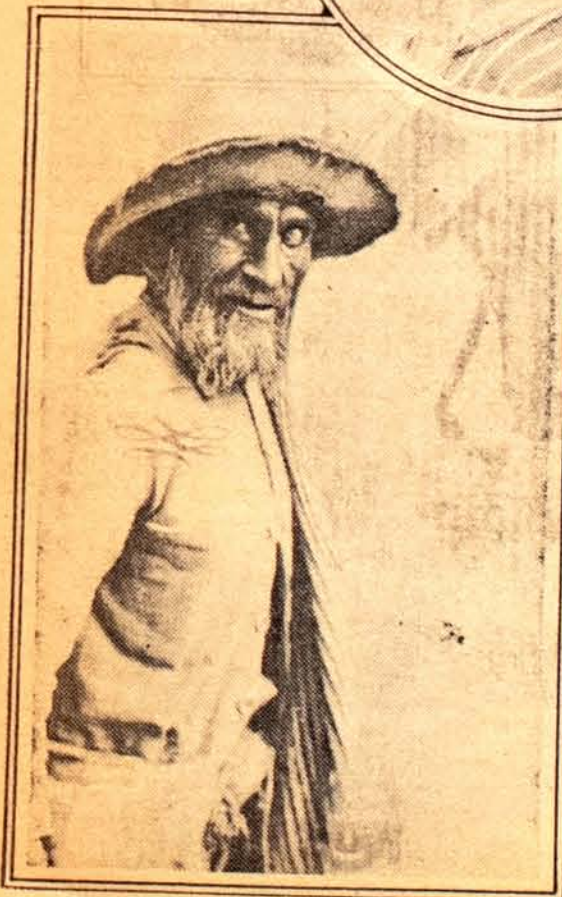
Nativos
de
La
Quiaca



Mujer
de
Turbe,
hilando



Agricultor
de
Maimará



Viejo
de
Humahuaca

Es Ud. un Buen Esposo?

Este breve comentario le dirá

EN el hecho que se refiere a continuación, una señora cuenta cómo la visión de su esposo salvó a su familia de un desastre.

"Mi esposo salió un sábado para su oficina, como de costumbre. De regreso a casa fue atropellado por un auto, falleciendo tres días después a consecuencia de una neumonía".

"Nunca me había detenido en pensar lo que su muerte significaba para mí. No teníamos prácticamente dinero. Casi todos nuestros pesos los gastábamos en la educación de nuestro hijo, a quien le faltaban dos años para recibirse de dentista".

"Además, estábamos terminando de pagar la hipoteca de nuestra casita, pero muy felices en pensar que pronto tendríamos la recompensa de tanto esfuerzo".

UNA CRISIS FAMILIAR

Qué le ocurrió a esta familia? Tuvo el hijo que abandonar su carrera? Hubo necesidad de vender la casa?

NO. Inmediatamente recibió un cheque de "La Continental", Compañía de Seguros. Aquí está lo que esa señora nos escribió:

"Vds. desean saber lo que ese seguro ha significado para mí. Debo decirles que sin él mi situación hubiera sido deplorable. Es indudable que todo el oro del mundo sería insuficiente para compensarme por la pérdida de mi esposo. ¡Pero cuánto se agravaría mi situación en caso de no disponer de algún dinero!"

"Por él pude salvar todas las dificultades materiales, hacer que mi hijo terminara su carrera y continuar pagando mi casa".

"Espero que mi experiencia pueda guiar a otros hombres, previendo como lo hizo mi esposo. Por lo general siempre ocurre lo inesperado".

INVERSION POCO COMPRENDIDA

Mucha gente tiene una idea equivocada del Seguro de Vida. Consideran que es algo desagradable, algo que está en conexión con la muerte. Grave error!

Toda persona, desde el momento que hace el primer depósito, se maravilla de los beneficios del Seguro de Vida. Desaparecen



las dificultades económicas, tiene asegurado su futuro, y la garantía que poseerá las cosas que desea.

El Seguro de Vida es el calor de su hogar, la alegría de sus hijos cuando van al colegio, la tranquilidad y despreocupación obtenida una vez por todas.

COMO CONSEGUIRLO

Lea la lista al pie de varias cosas que podemos proporcionarle. Hay alguna que Vd. desea, no es cierto?

Envíenos llenado el cupón, y además del consejo oportuno recibirá un obsequio útil. La tranquilidad suya y de su familia depende de que lo haga. Esto no le costará nada. No contrae obligación alguna.

ENVIE EN SEGUIDA EL CUPON LLENADO

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

Para conseguir esto

Envíe este cupón

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. FONDOS para pagar la casa hipotecada, ante cualquier eventualidad.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. UN BUEN regalo de bodas.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

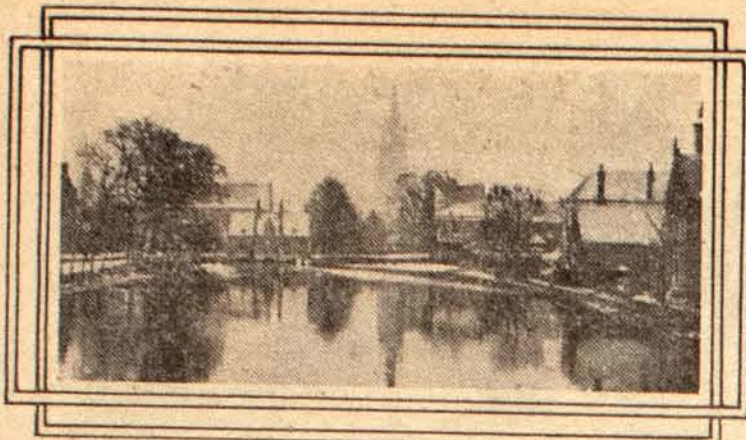
Nombre

Calle

Ciudad

Provincia

Año de nacimiento

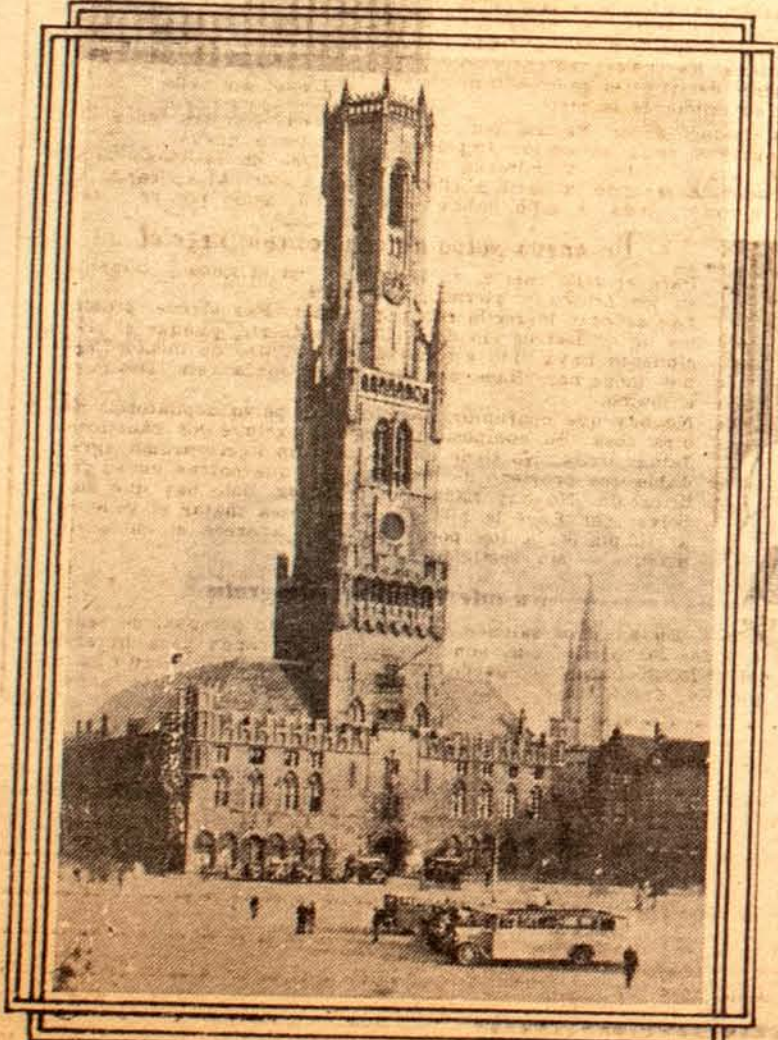


S posible que los habitantes de Brujas se muestren muy orgullosos de los progresos de su ciudad, y también es proba-

ble que la ciudad, en estos últimos años y al favor de los nuevos canales que la ponen en comunicación directa con la costa, haya adquirido un notable incremento comercial y fabril. Pero las fuerzas ideales que obran sobre Brujas son tan poderosas, que ellas vencen con facilidad a todos los elementos que el progreso moderno se obstina en reunir. Por mi parte, yo reconozco que en pocos sitios del mundo me he considerado como aquí tan lejos de la tumultuosa vida moderna y tan separado de los afanes que forman el fondo dinámico de nuestra civilización. Es cierto que hay en España poblaciones tan venerables, tan quietas y silenciosas como Brujas; pero allí el efecto de antigüedad estática y religiosa halla una exacta correspondencia con el paisaje, y cuando escalamos las alturas de Toledo o de Avila, nuestra mirada puede tenderse hasta el infinito sin descubrir otra cosa que soledad, quietud, extensiones muertas. Al contrario, lo singular de Brujas es que apenas ascendemos un poco en el espacio, nuestra mirada descubre el panorama de la Bélgica industrial, acribillada de humeantes chimeneas, rayada de ferrocarriles, sobrepoblada en un grado insuperable.

Este es el contraste que hace tan original y atractiva a Brujas. Y en este sentido resulta Brujas tan propicio campo de actividad ideológica y senti-

BRUJAS: La ingente torre gótica de la Lonja de mercaderes



BELGICA: Un canal en la silenciosa Brujas

mental para un espíritu preocupado. Aquí, parado en la plaza donde moran las Beguinas, o cruzando las calles desiertas al son de las musicales e innumerables campanas, me ha asaltado con mayor impetu que nunca esa continua y probablemente irresoluble polémica que llevamos dentro todos los que estamos formados de una irreconciliable duplicidad de tendencias; todos los que, casi a parte iguales, estamos hechos de nostalgias del pasado y de anhelos del porvenir. Polémica que queda sintetizada en esta interrogación: ¿Debe aspirar el hombre a la vida tal como ella se nos ofrece en la realidad concreta, o debe, por el contrario, perseguir y obedecer al anhelo inefable e íntimo de una vida ideal, dudosa, excepcionalmente alta?

La Edad Media resolvió el conflicto de una manera categórica; para los espíritus superiores de aquel tiempo no había lugar a dudas de ningún género: nuestra vida es un tránsito que conduce a alguna otra parte que no está precisamente en este mundo que atravesamos. Los hombres de aquel tiempo no se detenían en ese punto de la interrogación, sino que saltaban por sobre las últimas dudas y terminaban de modo auténtico, en una forma totalmente material, la categoría del mundo celeste y eterno hacia donde se figuraban que iban marchando. El Dante, por ejemplo, deja dibujado ese mundo espiritual a que aspira en términos de una asombrosa concreción y sin que falle el menor detalle. Lo mismo hacían los pintores. Y es precisamente en Brujas donde se nos ofrecen los más puros y geniales documentos de ese arte exqui-

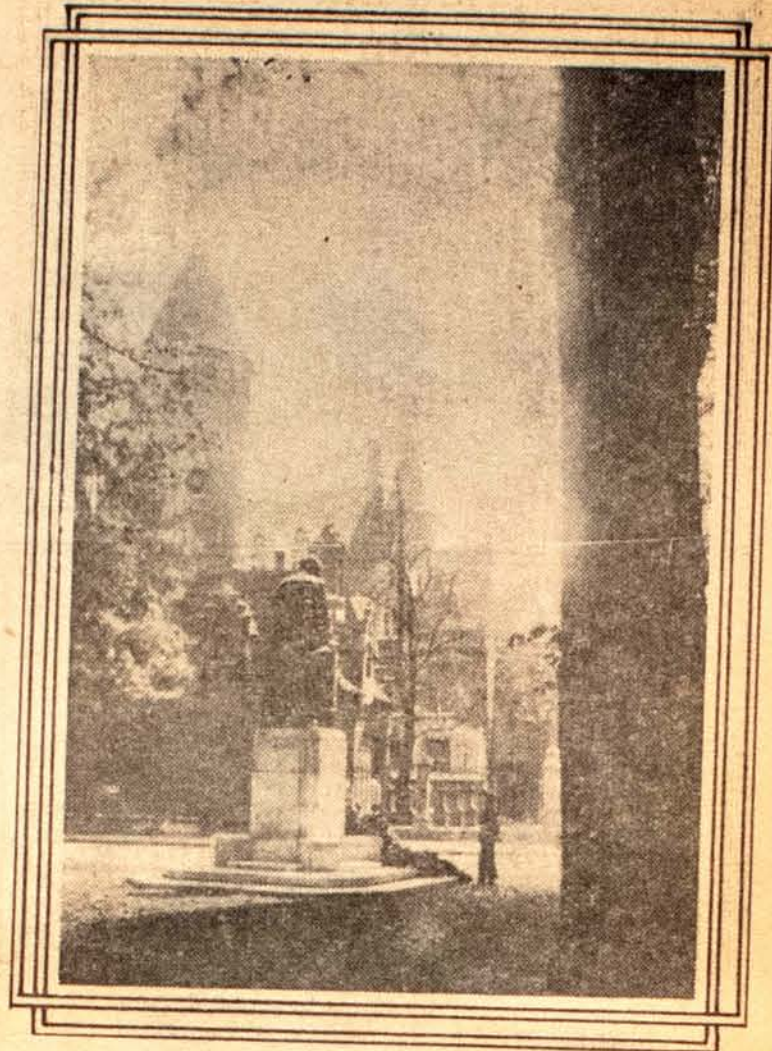
MOMENTO ESPIRITUAL EN BRUJAS

sito, profundo y a la vez encantador de los artistas primitivos. Aquí, en el Hospital de San Juan, reina Memling, con su genio insuperado. Contemplarlo aquí en sus obras maestras equivale a sumirse en una región de fantasía, de ensueño, de fascinador encanto.

Aquí está el hombre de la Edad Media; aquí está el artista manifestándose ante nosotros como el intérprete veraz del sentimiento y la ideología de su época. Vedle con qué tranquila seguridad traduce en el lienzo las creencias y las emociones de sus contemporáneos. Su minucioso pincel no olvida la más pequeña arruga de los vestidos de las Virgenes y de los ángeles, ni tampoco se descuida en colocar todas las hojas, las flores, las aveci-llas o las nubes que componen esos divinos paisajes que sirven de fondo a los místicos cuadros. Los ángeles son personas auténticas, que respiran y se mueven como nosotros mismos bajo una envoltura completamente corporal, y tanto la Virgen como el propio Dios aparecen representados en carne y hueso, en mantos y en sandalias de irreprochable autenticidad. Y en esos paisajes y esos cielos que se divisan desde las ventanas luce la misma luz que a nosotros nos alumbró cotidianamente y no hay forma ni pormenor que no hayan visto con frecuencia nuestros ojos. Para el artista primitivo, el cielo y las personas santas, por estar encima de toda duda, adquieren una ingenua y desconcertante familiaridad. Es lo que precisamente otorga tan delicioso encanto a sus obras. Pero además de ese sabor ingenuo hay algo en el arte de los primitivos que nos conmueve y preocupa: la fe absoluta, la convicción más cerrada, la profunda unión con que están concebidas y trabajadas unas obras que, en su prolija familiaridad y en su inocente y como bonachón culto de los detalles, consiguen alcanzar el término más elevado de la inspiración mística.

De este espíritu medieval está llena ahora mismo la ciudad de Brujas. Prodigio de permanencia, especie de plaza fuerte asediada por los poderosos y multiplicados elementos de la civilización moderna. Brujas se abre al viajero como un singular refugio en el que todavía se puede vagar por las calles solitarias, por las plazuelas silenciosas, escuchando incesantemente la música que bien merece llamarse divina de los carrillones y de las innumerables campanas. En donde es posible aun detenerse a pensar y soñar junto al pretil de un puente, contemplando cómo el agua negra y espesa del canal transcurre con lentitud, mientras a lo lejos y en el aire gris de la atmósfera nebulosa se difumina la figura ojival de una alta y aislada torre. Una impresión inexpresable nos acomete y nos deja meditando cuando sorprendemos el paso tácito de una beguina de cofia alba que sale de la iglesia y se sume en el interior de una casa misteriosa. La plaza yace en un silencio y una soledad de muerte. Todas las casitas del Béguinage están cerradas herméticamente. Todas están rezando. Se "siente" la oración en el mismo aire que nos rodea. La plegaria de que está embargado el ambiente se nos filtra en el ser y llega al fondo de nuestra alma.

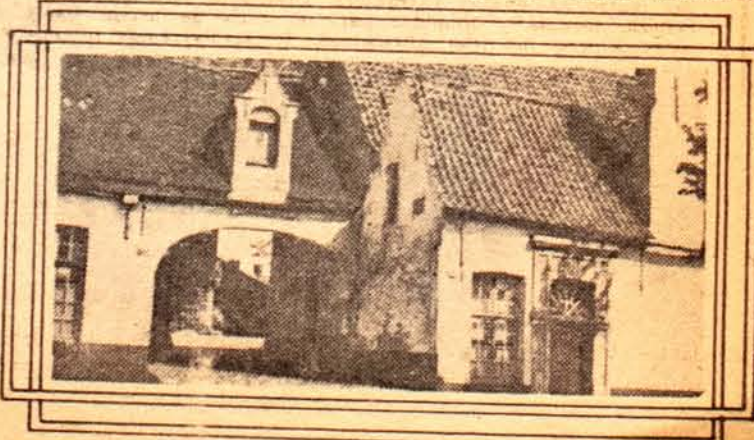
Y en ese instante puede ocurrir que ahí cerca, retumbando con su habitual y grosera despreocupación, cruce uno de esos magníficos autobuses que las agencias de viaje ponen al ser-



vicio de los turistas norteamericanos. El contraste es tan pronunciado, que por mucho tiempo me quedo sumido en la mayor perplejidad, con la mirada fija en el alegre carruaje que se aleja entre estrépito de hierro y clamores de bocina. Son dos concepciones de la vida que han chocado por azar en un mismo sitio. La una mira a lo alto y a lo eterno, la otra a lo bajo y a lo actual. Una es la vida transformada en anhelo; otra es la vida que exige al instante que pasa todo su rendimiento de perfecciones ciertas. ¿Y no habrá existido siempre en el hombre un propósito de placeres ciertos y de alegrías terrenales? Sí; en la misma Edad Media la materia tenía sus exigencias, y la vida real tiraba del hombre con fuerte imperativo en los momentos de más grande exaltación religiosa.

Porque en realidad la historia del hombre no ha sido otra cosa que una batalla entre los dos opuestos conceptos de la vida. Unas veces ha vencido una de las dos interpretaciones; en la alta Edad Media triunfó la interpretación católica del mundo; más tarde en Inglaterra, Cronwell y el puritanismo ganaron la victoria del fanatismo protestante. Después de tantas contingencias en la batalla, derrotado el sensualismo dieciochesco por el romanticismo, implantado éste por la austeridad cientísta y naturalista de la segunda mitad del siglo XIX, triunfante un momento la frivolidad del llamado "fin de siècle", para caer en el ascetismo heroico de la guerra europea, ahora vuelve a vencer el sentido de la vida terrenal, pero con una fuerza que parece incontrastable. En ese

BRUJAS: Puerta de acceso a la plaza del Béguinage



BRUJAS: Un rincón romántico

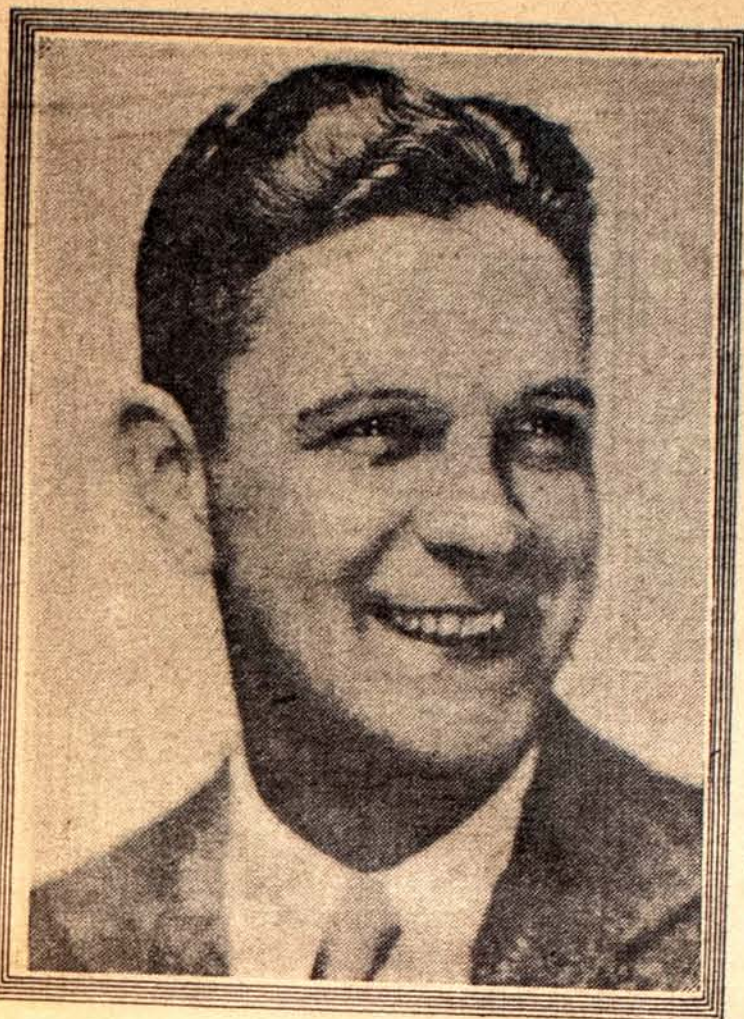
autobús que ha pasado está comprendido todo el espíritu de la época moderna. Máquina y confort. Norteamericano mismo. Higiene y salud. Alegría. La vida por sólo la vida. Es decir, la terminante negación del concepto que tenía del mundo el hombre medieval. La vida no es un "tránsito", como opinaban los primitivos; la vida no es vago episodio y una mera contingencia, sino lo "definitivo". El mundo que pisamos es lo único verdadero, y el hombre tiene el deber de hacer lo más habitable, cómodo y alegre posible ese mundo por intermedio de la única filosofía y política y moral que razonablemente cabe: por intermedio del confort.

Un repentino tañido de campanas me saca de este complicado fondo de reflexiones. Me alejo del puente solitario que da acceso al Béguinage llevando la interrogación sin respuesta. Al alejarme, al tender la mirada hacia el cielo, en un claro entre las nubes descubro el primer de unas estrellas parpadeantes, viva imagen de la más fascinadora profundidad. Y he pensado entonces, al encaramarme en el silencio nocturno con esa cósmica profundidad, que las beguinas que oran ahí al lado pueden muy bien hallarse equivocadas en cuanto a su interpretación de la vida ultraterrena, semejante a la del ingenuo Memling, pero al mismo tiempo pienso que ese abismo del cosmos que se abre sobre mi frente está revelándose, o sugiriéndome, que nuestra vida tiene una dimensión y un sentido mucho más profundos y trascendentes que lo que nos quieren hacer creer esas gentes estandarizadas que han pasado, felices de confort, en el magnífico autobús resonante.

JOSE MARIA SALAVERRIA

(Para LA NACION)

BRUJAS, agosto de 1930.



Por GLEN TRYON



Le hecho de convertirme en actor malogró mi vocación por la carrera de marino. Durante las vacaciones veraniegas solía adiestrarme en las maniobras navales, aprendiendo cuanto podía de la vida del mar, y

todo el vocabulario "salado" que me era posible recopilar en los cuentos de navegación. Pero mi especialidad la constituían, sobre todo, las señales de semáforo.

★ ★ ★

Quizá todo eso haya influido sobre mí, induciéndome a trabajar en una película de am-

MI MAYOR EMOCION ANTE LA CAMARA

biente marino. Lo cierto es que visité el estudio varias veces para pedir un argumento marítimo y, finalmente, me notificaron que debía presentarme en el "set" para los ensayos de una película de esa naturaleza, en la cual se me había asignado un papel de poca importancia.

Una vez logrado mi objeto, me instruí bien en todo lo referente al código de señales. Era ésta una nueva aspiración secreta mía que, sin embargo, me parecía infantil, y me hacía temer ser descubierto. Subimos a bordo de uno de los grandes acorazados del Tío Sam, para tomar una serie de escenas cortas, y con gran júbilo supe que mi trabajo consistía en hacer el papel de cabo señalero. Se pidió a un marinero que me instruyera en ese arte, pero sólo fué necesario un breve ensayo, pues no me había olvidado de nada.

★ ★ ★

Por fin empezó la filmación de las escenas. El director Bill Craft me confesó que estaba dispuesto a hacerme sustituir, en caso necesario, pero el doble no hizo falta. Desempeñé mis funciones de señalero, según creo, a las mil maravillas. Al ver pasar la película, después, esa escena provocó en mí una gran emoción. Por desgracia, esa parte fué suprimida, pero no me importaba, pues había sentido una gran emoción al interpretar mi papel.

EL ALTA MAR

*Perdida en medio del océano,
desgarra mi memoria la bestia familiar de los sentidos;
y en sus fauces repugna el gusto salobre del pecado.
Música, olor, color, sabor, forma vívidos
en el gozoso ejercicio de la carne libérrima y fuerte,
¡qué gota de agua infima son ahora tus vanos recuerdos!*

★

*Lejos estoy de aquella alegre playa y de su luz de confianza,
lejos de la fraternidad de las cosas inmóviles, árboles, montes y murallas,
donde los hombres viven con la visión perpetua de la obra de sus manos,
donde perdura el rastro del amor de los hombres.
(Savia dulce es la sangre,
savia dulce y viciosa de amor propio, es la sangre del hombre arraigado
que sobre tierra firme levanta y difunde el vario follaje de sus gestos).*

★

*Perdida mi fijeza,
voy sobre el cambio constante del océano siempre igual a sí mismo,
imagen de la ira y de la benignidad de Dios impenetrables,
con el furor y con la calma que no tienen comparación:
golpes de ola me abruman,
golpes que van y vienen me sajan y consumen,
veinte días eternos;
mis raíces al aire veinte días voltean entre la mar y el cielo.*

★

*... Ahora, ilustre y rigurosa escuela de soledad,
escuela de hombría verdadera,
tu alumno exangüe y titubundo ama y comprende su inestabilidad en la tierra.*

ANTONIO VALLEJO



Arrugas aparecen cuando los tejidos debajo de la superficie del cutis pierden vitalidad—se debilitan. Usted puede tonificarlos, devolverles la vitalidad perdida. Así desaparecen para siempre las arrugas.

—o le devolvemos el dinero

Este sencillo y garantizado tratamiento es rápido, aunque no instantáneo. Para alisar las arrugas, no es bueno estirar la superficie del cutis, pues de esa manera volverán más pronunciadas. Debajo de la superficie arrugada de la piel existe un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana. Es allí donde usted debe influir—tonificando los tejidos con Crema de Oriente Vindobona. Este maravilloso producto de laboratorio actúa como vaso constructor. Vivifica las células. Afirma las partes débiles, flácidas de la epidermis. Estimula su renovación normal. Introduciendo con la ligera presión de la yema de los dedos todas las noches un poco de Crema de Oriente Vindobona en su cutis, usted notará que día a día adquiere mayor frescura, podría decirse que rejuvenece. Y esto no es un resultado pasajero. Se hace cada vez más notable, a medida que se prolonga el tratamiento. Es admirable la influencia de la Crema de Oriente Vindobona sobre el cutis. No sólo alisa las arrugas, también aclara la piel. Influyendo en la renovación de la epidermis, hace desaparecer las pecas y paños, y refina los poros.

Garantizamos los resultados

Miles de damas de tres continentes conservan la lozanía de su tez gracias a la Crema de Oriente Vindobona. La usan las esposas de médicos. Las actrices del teatro nacional y extranjero. Crema de Oriente Vindobona significa nueva belleza, lozanía y limpieza para el cutis de usted. Úsela. Si no hiciere por usted lo que nosotros afirmamos, le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
Florida 8, piso 10. (Atendida por Señoritas) BUENOS AIRES

También las casas de prestigio venden Crema de Oriente Vindobona:
Franco Inglesa, Sarmiento y Florida; Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales; Casa Arg. Scherrer, Sulpacha 171. Farm. Nelson, Sulpacha 477; Far. Inglesa, Av. de Mayo 900.

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8, piso 10. — Buenos Aires L. N. 046

Sírvase enviarme gratis el librito descriptivo de la Crema de Oriente Vindobona.

NOMBRE

CALLE

CIUDAD

Folleto gratis

Llene y remita el cupón

Pedidos del interior se atienden en el día

EN MONTEVIDEO:

Andes 1338, 2o. piso.

El vello no sólo puede ser eliminado, sino destruido para siempre.

Las señoras detestan el vello. Ahora no sólo puede ser sacado de la superficie de la piel, sino destruido por tiempo indeterminado. Se impide que el vello vuelva. No habrá piel irritada ni poros dilatados.

Superando la suavidad de una crema de tocador

¿Usaría usted un jabón cáustico para lavarse la cara? Entonces, ¿por qué tratar el vello con cáusticos? La "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" no los contiene. Es suave, inofensiva y sin olor. Rápidamente destruye el vello — también debajo de la superficie de la piel.

Es agradable. No produce ardor. Se usa por eso también en el rostro. Saca el vello en tres minutos y cada aplicación impide el crecimiento nuevo. Es blanca, fresca, suave. Usted, al mirarla, verá que tiene en la mano una fina crema de tocador. Acercando la nariz a ella no sentirá olor. Al aplicarla, a los tres o cuatro minutos, todo el vello habrá desaparecido como por encanto.



Axilas sin vello

Un nuevo polvo de composición vegetal

Para el vello fuerte, en las axilas, en la nuca y también en los brazos y piernas, use Racé. Las señoras lo recibieron regocijadas. Resuelve el problema de la destrucción del vello más fuerte, aunque el crecimiento haya sido estimulado por el uso de medios modernos. Racé ataca el vello en la raíz. Destruye el bulbo.

No hay que confundir Racé con un polvo depilatorio. Es otra cosa. Su composición vegetal excluye los cáusticos. Jamás irrita. No tiene olor — sólo un ligero aroma agradable que proviene de los vegetales que entran en su fabricación. No hay nada que preparar. Sólo hay que empolverar con Racé la piel donde se desea matar el vello, y al limpiarla, a los pocos minutos aparece el cutis sin mácula — sin vestigio de vello.

Un interesante librito gratis

En nuestros salones de ventas, experto personal de señoras, le explicará todas las armas que ponemos a su disposición para librarse definitivamente del vello. Si usted no puede venir, un interesante librito irá a decirle todo lo que Vd. desea saber. Pídale, llenando el cupón de este aviso.

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 — piso 10. — Buenos Aires

También venden la "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" y "Racé" las casas de prestigio:

Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.
Gath & Chaves, Casa Central y Sucursales.
Casa Argentina Scherrer, Sulpacha 165.
Farmacia Inglesa, Avenida de Mayo 900.
Farm. Scaupico, Esmeralda y Tucumán.
Farmacia Canning, Santa Fe y Canning.
En Montevideo: Andes 1338, (2o. piso).

LABORATORIOS VINDOBONA N. D. 2

Florida 8 — piso 10. — Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis el librito explicativo sobre la "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" y "Racé".

Nombre

Calle

Ciudad



Modelo de la Maison Tollmann, en crêpe de Chine blanco y negro, con adornos en cristal, bordado formando círculos negros y blancos con efecto de collar. Traje de la Maison Tollmann, en dos tonos de rojo. El plegado de la falda es en forma de abanico

MODAS CHEZ CHÉRUIT

Por EVA A. TINGEY

DICE Wormser, la creadora de Chéruit, "que en los trajes hay que buscar la línea junto con aquel detalle y aquella sutileza que le dan chic y distinción. Distinción es una cualidad inapreciable en un traje. Como regla general, la parisiense es muy chic, y trato de fomentarlo en las creaciones futuras de la moda; esta casa ha sido siempre futurista, porque los modelos que lanza veo que sólo se popularizan dos o tres estaciones más tarde. Soy partidaria constante de la línea joven y adelgazante, pero odio las exageraciones."

"En mi nueva colección, la línea cae ligeramente hasta el suelo. Como el falte se acorta cada día más, las faldas se trabajan el doble."

"En mis trajes de sastre me gusta poner blusas de un tono más obscuro que el traje."

"Me preocupa el hállazgo de nuevas líneas de escote. En los trajes de noche los prefiero bien combinados y de mayor importancia en la espalda que adelante."

"Para estos últimos trajes prefiero los colores en tonos cálidos, como el amarillo, rojo brick y bordeaux."

EN LAS GRANDES REUNIONES

Características de la estación

EN una elegante representación de un concierto dado por la Filarmónica de Berlín en la Ópera, tuve oportunidad de observar a la distinguida concurrencia. La mayoría de

los trajes, en satén, largos hasta el suelo y cuyo color predominante era el blanco. Una verdadera elegante estaba vestida de satén blanco con un saquito corto de armiño; su cabello negro, peinado al medio con un ancho rodete en la nuca, realizaba su interés.

Todas llevaban bonitos collares en strass, o en pequeñas cuentas de colores, arrolladas como cordeles, cuyo tono hacía juego con el cinturón y los zapatos.

Muchos guantes largos hasta debajo de los hombros y la mayoría en cabritilla blanca.

Saquitos cortos ajustados al cuerpo y generalmente en el mismo color y tela del traje.

Sin embargo, muchos son en terciopelo chiffon color granate sobre trajes blancos o negros.

También se ven tapados largos en terciopelo chiffon con grandes cuellos en zorro y en armiño.

En el Bois

El domingo pasado, por la mañana, vi un saco de lluvia precioso, en crêpe de Chine azul marino imprimé, con diseños de tweed rojos. El sombrero, ajustado, era en la misma tela y los guantes hacían juego.

LOS TRAJES Y SUS COLORES

Por PHILIPPE ET GASTON

CONSIDERO interesante señalar los colores de un grupo de trajes que han sido elegidos por las más elegantes de mis clientes para la estación de primavera.

En los trajes sencillos hay uno en un tejido nuevo, que empleo en varios colores, según el gusto de sus dueñas. El color generalmente preferido es un azul vivo, aunque también he hecho varios en amarillo y en una mezcla de blanco y negro. Este traje es sumamente práctico para sport, yate, etc.

Los otros dos son más de vestir; uno de ellos tiene falda negra y blusa blanca. Los colores combinados están ahora muy favorecidos, porque ya nos hemos cansado un poco del tono uniforme, que resultaba monótono. El negro y blanco sigue en

Modelo de Martial et Armand, en mousseline negra. Bordado de strass con efecto de collar. El tapado capa que acompaña este traje es en terciopelo rojo, cuyo único adorno consiste en nervures. Guantes largos.

pleno auge; pero para los trajes claros de verano se requieren todos los colores.

Después exhibo otros dos para la tarde, con una línea especial en las faldas y sin ser exageradamente largas. Las más elegantes de París reservan la falda larga hasta el tobillo para las grandes ocasiones. En estos dos trajes he variado el popular motivo de la capa, haciendo un ancho cuello circular en un color que contrastaba con el de los mismos.

Un detalle de la moda de suma importancia son los cortes que ensanchan las faldas en estos dos trajes, así como el ceñido en las caderas.

Como las capas envolviendo los hombros no sientan a todas, he variado en un modelo de tapado el modo de colocarla. Partiendo de los hombros, se ajusta a la espalda, y sólo al llegar a la altura de las axilas toma el movimiento de capa.

TRAJES DE SASTRE

Por SILVESTRE DORIAN

EN las grandes casas que se especializan en modelos trajes sastre se nota una nueva actividad. Aunque este

clásico vestido nunca se ha dejado por completo, hoy adquiere una importancia de primera línea.

Rasmus, que se dedica exclusivamente a este tipo de modelo, elige telas moteadas para sus innumerables clientes. Se nota predilección por los lunares blancos sobre negro; pero también tienen sus adeptos aquellos sobre fondo azul marino. Se sigue mucho la línea clásica, que hoy consiste en un saquito que llega hasta las caderas y una falda lisa con tablas. También se usa la capa con falda y blusa a veces unidas, y un cinturón que prende con un botón grande, colocado a la altura del tallo. La blusa lavable varía la tela y colorido según la hora y ocasión, y su forma es desde la más severa hasta la más adornada.

El largo en la falda sigue el movimiento de la moda, aunque los trajes de sastre nunca fueron demasiado cortos. Se adornan con recortes y la novedad está en el modo de confeccionar los bolsillos, puños y solapas.

El color predominante en los grandes modistas del traje tailleur es el negro y azul obscuro.

ANOMALIAS DE LA MODA EL NEGRO PARA LA PRIMAVERA

A pesar del gusto en los colores pastel, el negro sigue siendo uno de los colores favoritos, y es sorprendente la fidelidad parisiense con este color, siendo las más jóvenes las más entusiastas.

Hay ideas que solamente las parisienses las conciben y llevan a la práctica. Esta vez se trata del negro para trajes sport y toda elegante incluirá uno o dos trajes negros en su guardarropa para el verano. Es de notar la popularidad del hilo negro. Se hacen con este trajes sencillos compuestos de falda y saquito no más largos que las caderas, con blusas blancas del hilo más fino, trabajadas delicadamente. Un conjunto, con el motivo en ondas de Chanel, tuvo mucho éxito en París. Este traje varía en el motivo del

Tapado de Martial et Armand, en una seda nueva beige-marrón. Cuello de marmota. Tapado de Philippe et Gaston, en crêpe de Chine

blanco y negro. Todo el borde del saquito y el ruedo de la falda es en ondas, y a veces se reemplaza la blusa blanca con una en color azul claro. El motivo azul se repite en la estrecha cinta del sombrero de hilo respuntado.

Para la noche se combina el negro con blanco, y una de las novedades del verano es el organdi blanco con una cinta negra en terciopelo o ciré.

La otra noche, en un elegante restaurante del Bois, pude comprobar esto en un traje en organdi blanco muy largo. En la falda tiene una serie de volados terminados por un ribete muy fino; una capa con efecto de fichú cubre los hombros, y el talle se indica por una cinta en terciopelo negro que se anuda simplemente en un moño a un costado y cuyas puntas llegan hasta el ruedo.

El imprimé en negro y blanco tiene gran aceptación. Otro traje que pude notar esa noche era en lunares de un negro grisáceo sobre fondo blanco. También se ve rosa pálido sobre negro.

Schiaparelli es uno de los más fervientes partidarios de la nota blanca y negra en tweed y otras telas de sport.

Uno de los más interesantes por su novedad es en tweed negro y blanco, donde el uno predomina y el otro aparece en pequeños grupos en la tela.

En Philippe et Gaston vi dos trajes muy bonitos, que llama "Miss 1930", uno en negro y el otro en blanco, cada uno de los cuales tiene accesorios en el color opuesto. El turbante, tejido en lana Angora blanca y negra, era realmente encantador, y con cuello de zorro el uno en negro y el otro en blanco.

Solo o combinado con otros colores, en esta estación el negro es una de las notas de mayor relieve.

La
ELEGANCIA
FEMENINA

DIBUJOS DE
CARLOS DUNCAN



CARTA DE HOLLYWOOD

POR WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, agosto de 1934

CON Broadway formando cola para incorporarse a las huestes del cinematógrafo parlante, es lógico suponer que a su vez las estrellas de la pantalla traten de invadir la escena hablada. Mary Pickford, por ejemplo, ha puesto sus ojos en el horizonte dramático y ha anunciado su intención de volver a probar su suerte en el escenario que la iniciara en la carrera del teatro.

El éxito de Lily Damita, en la opereta "Sons o' Guns" y el de Lillian Gish en "Uncle Yanga" ha llenado de entusiasmo a las viejas estrellas del arte mudo. Y si hemos de basarnos en la cantidad de "managers" que están recurriendo a Hollywood en busca de actores para sus próximas obras teatrales, tendremos que convenir en que la invasión es un hecho.

De fuente fidedigna se ha sabido que Mary Pickford va a ser presentada por el empresario Arch Selwyn en la próxima temporada de invierno al público de Broadway, en una obra titulada "Quality Street". Lya De Putty, la celebrada luminaria alemana, dentro de pocos días hará su debut neoyorquino de figura principal en una revista musical titulada "Madame French". Colleen Moore es otra de las luminarias de la sábana plateada que abandona las luces Kleig por los escenarios del teatro hablado.

Vilma Banky y su esposo Rod La Rocque, se ausentarán en breve para Nueva York, donde a principios de octubre debutarán en una comedia especialmente escrita para la popular pareja por el conocido autor Jim Tully.

La anunciadísima superproducción sincrónica "Hell's Angels", que requirió cuatro años para filmarse y que ha costado a su productor, el joven millonario de Oklahoma Mr. Howard Hughes, nada menos que 4.500.000 dólares, por fin será estrenada con todo el bullicio, disparos de bombas, reflectores y aeroplanos iluminados. "Hell's Angels" ocupará el "screen" del Chinese Theatre.

Sue Carol apenas tuvo tiempo para dar a conocer sus dificultades con la compañía Fox cuando Mr. William Le Baron, el encargado general de producción de la Radio, le ofreció a la simpática Sue un largo contrato, a condición de que inmediatamente fuera en busca de la caja de maquillaje y se presentara en el "set" para actuar en el rol estelar de la revista cinematográfica que dirigirá Marshal Neilan y a titularse, en honor de la actriz, con el nombre de "¡Sue, tú eres mi debilidad!".

Según me dicen, la graciosa Sue se ha hecho muy de su casa; los momentos libres que le deja el "studio" los aprovecha para adquirir el mobiliario y las mil pavaditas que son necesarias en una casa recién construida, que es donde habitará la bonita millonaria chicagense con su esposo griego, el actor Nick Stuart.

La película hablada dará origen a un nuevo género de literatura, declara Mr. Jesse L. Lasky, vicepresidente de la Paramount-Publix.

Todo invento entraña una

Una "posse" artística en "Blackmail", primera película dirigida por Alfred Hitchcock, de la British Internacional

revolución en el campo a que se aplica, y en última instancia en todos los demás. El cinematógrafo, al adquirir la palabra, no solamente cambia la modalidad de las películas; lleva su influencia renovadora a los dominios de la literatura dramática, y acaso no sea aventurado predecir que la extenderá a todos los demás géneros literarios.

Como ocurre siempre, el nuevo instrumento de expresión produce cierto desconcierto, hasta cierta indignación, que en unos casos se minifiesta en la forma elemental de la protesta contra la novedad. De esta manera, para unos la película parlante es algo grotesco que debe rechazarse; para otros, no pasa de ser un teatro defectuoso en el que, en vez de actores, hay sombras que se mueven y hablan en la pantalla.

En realidad, el cinematógrafo parlante es una expresión artística que difiere del teatro y que representa, dentro de los límites de la cinematografía, un progreso indudable. Que no ha de ser moda efímera queda patente con la acogida, cada vez más significativa y creciente, que el "film" hablado tiene, no ya en los Estados Unidos, su país de origen, sino en todos los del mundo.

Parafraseando el título de un ensayo del insigne escritor Ortega y Gasset, cabe decir que la película parlante traerá la "destratización" del arte teatral en lo que respecta al cinematógrafo en su nueva modalidad.

El nuevo laboratorio Fox Film Nature Color en Western Avenue, en los estudios de Hollywood, está casi terminado. Será éste una adición al laboratorio actual y entrará en ac-

EL SEPTIMO ARTE

ción en los primeros días del próximo mes de octubre.

El nuevo laboratorio será el único de su clase que funcionará automáticamente, y el único en el mundo donde no se hace ningún cambio de negativo. Cada pedatito de negativo se trata de la misma manera.

Cuando el nuevo edificio esté terminado, el laboratorio Nature Color tendrá una capacidad de 12.000 pies de negativo por hora y 18.000 pies de positivo.

Tuvo lugar en la histórica misión jesuita de Santa Bárbara, California, el enlace de la actriz cinematográfica mexicana Dolores Del Río, con el director artístico Cedric Gibbons. Dicha ceremonia, fijada para la mañana, tuvo que aplazarse hasta las 17.30 de la tarde, hora en que se recibiera el consentimiento de la diócesis de Los Angeles. El padre rec-

tor de la misión rehusó hacer efectivo el matrimonio religioso de la estrella por haber sido ésta anteriormente casada y divorciada de D. Jaime Del Río, quien hace años falleciera en Berlín.

Janette Mac Donald ha sido contratada por la Compañía Universal para trabajar de protagonista en la próxima película de Harold Murray, titulada "Stolen Thunder", y que tendrá una versión española, con miss Mac Donald tomando parte en la hispana e inglesa. Barry Norton es uno de los posibles candidatos al papel principal.

La popular orquesta de Abe Lyman, que causara furor en el teatro Carthay Circle en Los Angeles, aparece en la película española actualmente en producción y titulada "Por si acaso" y casi todo el programa musical del teatro Playhouse, en donde Elsie Furgeson y Matt Moore trabajarán en "Fata Morgana", estará sincronizado en esta producción. "Y la Princesa se enamoró" es el título de una nueva producción sonora próxima a enfrentar los "mikes" en el "lot" de la compañía Fox en tres idiomas, inglés, francés y español.



¿Qué es lo que toda mujer exige de las medias?

EN PRIMER lugar belleza y perfección de estilo. pero, ¿piensa al mismo tiempo en la cualidad de duración?

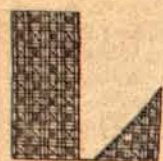
Y, ¿no será precisamente ésta la razón por la que se han impuesto las nuevas medias Holeproof, que duran mucho más de lo que puede esperarse en medias de seda de tan fina calidad?

Las nuevas medias Holeproof están hechas con la más fina seda, tejidas firmemente y reforzadas de un modo especial. (La mayor densidad del tejido requiere mayor cantidad de seda.) Pueden obtenerse, en todas las tiendas elegantes, en 12 estilos y colores distintos, con o sin cucillas y con el talón de última moda.

Medias Holeproof

(pronunciación "holpruf")

Representante: J. FERNÁNDEZ, Alsina 1328, Buenos Aires, Correo 1236. Montevideo: Al por mayor: En B. As. L. RENGOCHEA Rivadavia 1255. En Montevideo: PIZZORNO CASTRO Y CIA., Rincón 134



A importancia realmente considerable de los factores meteorológicos en el éxito y regularidad de la navegación aérea

parece indiscutible mientras la ciencia no encuentre el medio de dar a los aeroplanos y globos dirigibles la defensa necesaria para asegurar su estabilidad durante las perturbaciones de la atmósfera. A la espera de una conquista de esta clase, la meteorología dirige sus vistas a la previsión y advertencia de los fenómenos que puedan ocasionar daños a los aviones, y éste es el momento en que los observatorios del mundo entero se esfuerzan en dotar a sus organismos de los elementos necesarios para proporcionar a los aviadores la mayor suma de elementos con que formarse, en cualquier instante, una idea aproximada de los agentes físicos que pueden actuar sobre los aparatos.

Levantando el andamiaje de un magnífico futuro, el general Delcambres, director del Office National Météorologique de Francia, concibió la idea de destinar una sección de su observatorio exclusivamente a la advertencia de los fenómenos bruscos de la atmósfera, pensando acaso en que bajo el imperio de la telegrafía alámbrica la meteorología no había logrado ultrapasar, de un modo definitivo y útil, el límite de la climatología y que con la telegrafía sin hilos, capaz de concentrar en pocos minutos las observaciones hechas en el mar y en la tierra, el horizonte de la ciencia del aire se amplifica y ve nuevos derroteros para la previsión del tiempo. Gracias a ella, ya no hay que consultar el horóscopo de la vieja meteorología para conocer los factores físicos que van a intervenir en la ruta. Organismos de funcionamiento permanente, dirigidos por un personal experto en la interpretación de la dinámica aérea y que en cualquier momento pueden informar a los aviadores de las condiciones atmosféricas reinantes y de las que van a imperar en las zonas de desplazamiento, son ya una verdad en la que la ciencia puede apoyarse con cierto sentido determinista del porvenir.

Inspirados, pues, en estos ejemplos, fué que al concebir el programa de la primera reunión de directores de los observatorios de la parte austral de América del Sur, a realizarse en el mes de diciembre próximo, incluimos en él, como tema fundamental, la creación de una red meteorológica en la ruta habitual de los aviones que cubren el servicio internacional.

La experiencia ha demostrado, en apoyo de estas concepciones, que raramente puede cumplirse una travesía larga sin encontrar, por lo menos, una perturbación atmosférica importante, o como decían ya en 1928 Wehrli y Viut, refiriéndose al hemisferio norte, "es casi imposible efectuar una travesía completa del Atlántico con buen tiempo".

En las rutas costeras de esta

LA PROTECCION METEOROLOGICA A LA NAVEGACION AEREA

parte de América, el arrojo personal de los pilotos, más que el conocimiento del medio que utilizan, salva muchas vidas; pero no han faltado hechos que ponen en evidencia que el cumplimiento riguroso de itinerarios previamente establecidos por regiones de física atmosférica poco conocida, ha sido la causa de lamentables accidentes. En este sentido, el

cho mayor frecuencia de lo que generalmente se cree y cuyo anuncio la meteorología ha desdichado un tanto hasta ahora, por la costumbre de trazar las cartas isobáricas de dos en dos milímetros, que no acusan la trayectoria de su desplazamiento, están vinculadas a fluctuaciones rápidas de las líneas mencionadas y a las isobaras de Abercromby.

en meteorología general, no pueden sorprender muchos de sus rasgos, pues si bien las bases de la moderna ciencia del aire son más sólidas y científicas que antes y los métodos han cambiado substancialmente, puede decirse de ella, como de la medicina, que no hay en rigor ciencia meteorológica sino buenos y malos meteorólogos, tanto más buenos o malos



LA LINEA GRUESA INDICA LA RUTA HABITUAL DE LOS AVIONES

Los puntos gruesos, en territorio uruguayo, las 18 estaciones meteorológicas de 1.ª clase que se están instalando con el apoyo de la Universidad de Montevideo, de cuyo Observatorio dependen, exceptuando algunas del Observatorio Nacional

"grains", "squalls", y como quiera llamárseles, que, a nuestro modo de ver, tienen aquí mu-

Es tal la importancia de un trazado más nutrido, que si se hubiera dispuesto de cartas de milímetro en milímetro se hubiera evitado la lamentable catástrofe del Late 28 y anunciado con ocho horas de anticipación el "grain" que, en la tarde del 9 de junio pasado, destruyó muchas casas de un barrio de los alrededores de Montevideo.

Estas y otras características del clima rioplatense sólo pueden ser predichas con la experiencia de una larga observación. Los aviadores extranjeros, por versados que estén

cuanto mayor o menor sea su experiencia personal en la atmósfera, cuyos secretos van a desentrañar.

El conocimiento de elementos, al parecer tan sencillos como las nubes, requiere, en efecto, un grado sumo de experiencia. La meteorología austral debe así independizar sus conceptos sobre las sucesiones nubosas de las clasificaciones noruegas y francesas, no porque, en esencia, las nubes sean aquí distintas a las de otras partes, sino porque el orden de su pasaje no parece corresponder a los términos "orageux" y "depressionnaire" con que la última distingue ciertos tipos de tiempo. Baste decir a este respecto que los anticiclones están acompañados en estas latitudes, por lo menos en ciertos sectores, de cuerpos nubosos y ocasionan intensa pluviosidad en su marcha nortoriental hacia el Atlántico y que los alto-cúmulus lenticulares de frente que en Europa constituyen las avanzadas de ciertos sistemas depresionarios descritos por Schereschewsky, no van unidos aquí a las mismas características del tiempo. De esta manera, el análisis rápido de la situación atmosférica que debe hacer un aviador por las imperiosas circunstancias que rodean a las sucesivas situaciones de su desplazamiento, exige un conocimiento local que no pueden poseer quienes no

hayan seguido, viviéndolo, el clima nuestro.

Los aviadores que toman las rutas australes necesitan, pues, más que en otras partes, el apoyo de un servicio de advertencias, científicamente organizado. Los gobiernos de la América del Sur y con especialidad los de la Argentina y Uruguay, deben prestar una atención preferente a este problema, creando puestos de observación a lo largo de las rutas más habituales y resolviendo, sin vacilaciones, lo que se refiere a las comunicaciones rápidas por telegrafía sin hilos en onda corta entre las estaciones de primera clase.

Sin esperar el apoyo material de los gobiernos y con el solo esfuerzo de la Universidad de Montevideo, el observatorio de este instituto organiza en estos momentos la instalación de diez y ocho estaciones meteorológicas cuyo material científico ya ha comenzado a llegar al país y se encuentra, en parte, instalado. Estarán situadas en los liceos departamentales de enseñanza secundaria y a su frente figurarán como encargados los profesores de meteorología y cosmografía de cada establecimiento, lo cual permite esperar, por la preparación básica de esos elementos, la formación de un núcleo brillante de observadores meteorólogos. Preocupados de que esta iniciativa pueda ser de inmediato útil a la navegación aérea, se ha procurado dotar en primer término del material necesario a las estaciones que están en la ruta de los aviones. Los que siguen la costa o marchan cerca de ella encontrarán a su paso puestos meteorológicos en Santa Teresa (proyectada por el Observatorio Nacional), Rocha, Punta del Este (del Observatorio Nacional), Maldonado, Minas (Observatorio Central de la Universidad), San José, Colonia Valdense y Colonia. Por el momento, las estaciones referidas expedirán, por telégrafo, informaciones no sólo de las horas de servicio internacional, sino las que se consideren útiles para la navegación aérea: tipo y altura de nubes, presión atmosférica, estado higrométrico, tendencias barométricas, dirección y fuerza del viento, etc.

Más tarde se dotarán a esas estaciones de aparatos transmisores de telegrafía sin hilos en onda corta, con lo cual se podrán concentrar en pocos minutos las observaciones de toda la ruta.

Concertados los detalles de su funcionamiento, las estaciones uruguayas unidas a las argentinas y brasileñas, constituirán, pues, una excelente red de protección para los aviadores, cuya importancia irá creciendo a medida que el instrumental se vaya completando.

Si, como se espera, esta iniciativa, ya en vías de realización, encuentra el modo de ultimar los detalles, se habrá dado un paso grande y provechoso no solamente en lo que atañe a la navegación aérea de estas regiones, sino también en la predicción del tiempo, fundamentalmente vinculada a la vida agrícola de las nacionalidades platenses.

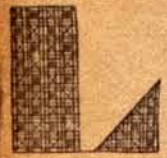
ELZEAR
S.
GIUFFRÀ

(Para LA NACION)
MONTEVIDEO, septiembre de 1930.

MI VIDA

POR

LEON TROTZKI



A revolución es gran devoradora de hombres y caracteres: acaba con los más valerosos y abruma a los débiles; no deja ascender sino a gran precio. Hoy, Blagonravov, miembro de la Gpu y una de las columnas del régimen, debe guardar rencor a la "revolución permanente" de los pasados días de Swiyazhsk.

La situación seguía siendo sumamente seria. No nos quedaba más retirada que por el Volga. El Consejo Revolucionario del ejército declaró que el problema de mi seguridad entorpecía su libertad de acción e insistió en que me instalase en un buque en el Volga. Tenía facultades para pedirme esto. Yo había decidido desde el comienzo que mi presencia en Swiyazhsk no estorbaría en modo alguno la acción de los jefes y me atuve a ello.

Por tanto, accedí a la petición y me fui al Volga, pero no a bordo del vapor de pasajeros que me aguardaba, sino a un torpedero. Por la red de canales de Marlink habíamos llegado allí por el Volga cuatro torpederos y varios vapores fluviales artillados con cañones y ametralladoras. La flotilla que formaban esas embarcaciones proyectaba atacar Kazán aquella noche. Teníamos que pasar frente a poderosas defensas, tras de las cuales se ocultaban las baterías de los Blancos. Más allá, el río describía una curva y se ensanchaba considerablemente. Allí se apostaba la flotilla enemiga. Kazán se extendía en la orilla opuesta.

El plan consistía en pasar inadvertidos frente a las defensas, a favor de la obscuridad, atacar la flotilla enemiga y las baterías de tierra y en seguida la ciudad misma. Zarpó nuestra flotilla en formación de combate, sin luces, deslizándose como ladrón en las tinieblas. Dos viejos pilotos del Volga hallábanse al lado del capitán: habían sido obligados a ello por la fuerza. Nos detestaban cordialmente, maldecían el día en que habían nacido para tener que servirnos, pero lo hacían al mismo tiempo, mortalmente aterrados y temblando como hojas de árbol. El capitán les recordaba de rato en rato que serían fusilados allí mismo si el barco encallaba en un banco.

Mientras navegábamos frente a los fuertes, un tiro de fusil nos llegó de la otra orilla del río como un latigazo. Le siguió el disparo de un cañón desde lo alto de la colina, y respondieron otros a nuestra retaguardia. Varios proyectiles cayeron sobre la coraza que protegía el puente de comando del barco. Nuestra flotilla siguió en silencio. En la semiobscuridad podíamos divisar muy cerca la orilla abrupta.

Contorneamos la curva donde estaban los fuertes y al punto desembocamos en el curso espacioso del río. En la margen opuesta se veían las luces de Kazán. A nuestras espaldas continuaba el tiroteo. A no más de 200 metros de distancia y a nuestra derecha hallábase la flotilla enemiga, protegida por la ribera. Los barcos, apiñados, formaban una masa nebulosa.

Raskolnikov abrió el fuego de los nuestros. Al primer tiro de cañón el casco de metal de nuestro torpedero se desquició y chirrió. Proseguimos el fuego con violencia, mientras nuestro barco parecía gemir dolorido al disparar nuestros cañones. De pronto la obscu-



ridad fué desgarrada por una inmensa llamarada. Una de nuestras granadas había estallado en un tanque de nafta. Y el Volga fué iluminado por una antorcha inesperada e indeseada, pero magnífica.

Entonces dirigimos nuestros tiros a los muelles, sin obtener respuesta, por haber huido, al parecer, los artilleros. A la sazón el río estaba iluminado en toda su anchura y advertimos que no nos seguía ninguno de los demás barcos de nuestra flotilla; nos encontrábamos completamente solos. Al parecer, la artillería enemiga, emplazada en lo alto de la colina, había impedido a aquéllos que nos siguieran. Nuestro torpedero manteníase apegado a la ribera cercana y al vivo resplandor del incendio era tan visible como una mosca en un plato de leche. De un momento a otro podríamos estar bajo el fuego combinado de los muelles y de los fuertes, situación poco tranquilizadora.

Por otra parte, habíamos perdido el comando de nuestro barco. La cadena del timón se había roto, probablemente por un proyectil. Procuramos manejar el timón a mano, pero la cadena rota lo estaba debajo de la caña y no se podía mover aquí. Tuvíamos que parar las máquinas y derivamos lentamente hacia la orilla de Kazán, hasta que el barco se detuvo, al chocar con una vieja barcaza semihundida. El tiroteo cesó; era tan claro como de día, pero tan tranquilo como la noche. Estábamos allí presos en una trampa; nuestra situación parecía desesperada. Lo que no podíamos comprender era por qué el enemigo no nos hacía fuego. Por último, decidimos zafarnos de la barcaza, poniendo en marcha las dos máquinas alternadamente, plan que tuvo feliz cumplimiento. La antorcha de nafta seguía ardiendo y nosotros derivando, sin que nadie nos molestase. De nuevo nos hallamos detrás de la colina y en las tinieblas. Fué preciso sacar del salón de máquinas a un foguista que se había desmayado. La batería de la colina no nos hizo un solo tiro. Evidentemente, nadie nos vigilaba. Quizá no había nadie en los fuertes. Estábamos a salvo.

La frase "a salvo" es fácil de escribir. Los restos de nuestra cañonera improvisada fueron remolcados a tierra. Varios hombres resultaron heridos a bordo de las otras. Sólo entonces descubrimos que el casco de la nuestra tenía un orificio de 75 cms. de ancho. Era ya cerca del alba y todos nos sentíamos como si acabáramos de resucitar.

Un aviador vino hacia mí, trayéndome buenas nuevas. Un destacamento del Segundo Ejército se acercaba a Kazán por el Noroeste, al mando del jefe cosaco Azin. En seguida el aviador se alejó llevando mis órdenes y exhortaciones. Kazán estaba cayendo en nuestras

Smirnov se dedicaba a "cavar pasadizos subterráneos"

garras. Nuestra correría nocturna, como después nos dijeron nuestros ingenieros, quebrantó la resistencia de los Blancos. La flotilla enemiga había quedado casi totalmente destruida y las baterías de tierra reducidas a silencio. La palabra "torpedero" causaba a los Blancos del Volga la misma impresión que la de "tanques" causó, posteriormente, a los jóvenes Rojos de Petrogrado. Los burgueses empezaron a huir aterrorizados de Kazán, y nuestras tropas sintieron imbuídas de un fuerte entusiasmo agresivo.

Aquel mes ocurrieron en Swiyazhsk episodios alarmantes. Cada día teníamos algún incidente y casi cada noche. Tal fué mi primer trato íntimo con la guerra, pequeña guerra, como que en nuestras filas peleaban no más de 25.000 ó 30.000 hombres, pero diferentes de la grande sólo en proporción; era, por decirlo así, como una muestra de ésta. Por esto sentíamos tan hondamente sus fluctuaciones y sorpresas. Esa guerra en pequeño fué una gran escuela.

A la sazón, había cambiado por completo nuestra situación frente a Kazán. Los abigarrados destacamentos habíanse convertido paulatinamente en un ejército y constituían unidades regulares fuertes y seguras de sí mismas. Nuestra artillería estaba evidentemente a la cabeza de nuestras fuerzas. Nuestros aviadores se enseñoreaban en el aire. Yo no dudaba ya de que tomaríamos Kazán.

De improviso, el 10. de septiembre, recibí un telegrama cifrado de Moscú, que decía así: "Venga en seguida; Lenin ha sido herido, no sabemos si de gravedad. Estrictamente confidencial. Sverdlov". Partí inmediatamente. El estado de ánimo de los miembros del partido de Moscú parecía deprimido y sombrío, pero inquebrantable. La mejor expresión de su firme resolución era Sverdlov.

Los médicos vieron que la vida de Lenin no estaba en peligro y anunciaron una pronta convalecencia. Ello me permitía aprovechar la perspectiva de éxito en el frente oriental, así es que regresé sin tardanza a Swiyazhsk. Tomamos Kazán el 10 de septiembre. Al día siguiente, los Blancos evacuaron Simbirsk. Lenin convalecía. La situación mejoraba en toda la línea.

Comandante en jefe del Quinto Ejército era ahora Iván Nikititch Smirnov, cosa de suma importancia, pues Smirnov encarna el tipo más cabal y perfecto del revolucionario. Entró en filas hace treinta años y desde entonces se ha desempeñado eficazmente, sin sentir necesidad de auxilio ni pedirlo. Durante los peores días de la reacción, Smirnov se dedicaba

EN PLENO COMBATE

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

a "cavar pasadizos subterráneos". Cuando lo descubrieron no se desalentaba, sino que reanudaba su tarea.

Iván Nikititch fué y sigue siendo un hombre concienzudo. Esta cualidad es común al revolucionario y al soldado, y por esto el buen revolucionario suele ser excelente soldado. Obedeciendo sólo a su temperamento, Iván Nikititch dió siempre ejemplo de valor y firmeza, sin la crueldad que a menudo se les asocia. Los mejores soldados del Ejército le tomaban por modelo. Y nunca hombre alguno gozó como él de respeto tan universal en las filas.

Larisa Reisner escribió, con respecto al asedio de Kazán:

"Teníamos la impresión de que en el trance más crítico él sería el más fuerte e impávido de todos. Smirnov estaba exento de toda pedantería. Es el más amable, sociable e ingenioso de los hombres. Los soldados acatan de muy buen grado su autoridad, puesto que nada tiene de arbitraria, y él goza por ello de incuestionable autoridad".

Agrupados en torno de Smirnov, los comunistas del Quinto Ejército convirtieron en una familia política "sui generis" que aun hoy, años después de desmovilizado aquel ejército, desempeña papel importante en la vida del país. "Hombre del Quinto Ejército" es calificativo de especial significado en el vocabulario de la revolución: significa revolucionario genuino, cumplidor de su deber y, sobre todo, hombre intachable. Los soldados del Quinto Ejército, junto con Iván Nikititch, convirtieron todo su heroísmo en trabajo económico después de licenciados, y casi todos militan hoy en las filas de la oposición de izquierda. Al principio, Smirnov fué nombrado jefe de las fábricas militares, y después Comisario del Pueblo de Correos y Telégrafos. Actualmente está desterrado en el Cáucaso. No pocos de sus subordinados del Quinto Ejército halláanse encarcelados o en Siberia.

La propia Larisa Reisner, que llamara a Smirnov "la conciencia de Swiyazhsk", desempeñó un papel importante en el Quinto Ejército, como en la Revolución en general. Después de ofuscar a muchos hombres con su espléndida belleza, pasó como ardiente meteoro por el cielo de la Revolución. A la apostura física de una deidad olímpica unía un espíritu fino e irónico y el valor de un guerrero. Cuando Kazán cayó en poder de los Blancos, vistióse de campesina y pasó al campo enemigo en servicio de espionaje; pero su rostro era demasiado bello; la arrestaron y fué examinada por un oficial

japonés. En ocasión en que el centinela que la custodiaba se alejó, ella se deslizó de su prisión y desapareció. En seguida prosiguió sus trabajos de espionaje.

Después se enroló en un buque de guerra y participó de combates navales. Escribió bocetos de inmarcesible frescura y vigor sobre la guerra civil y, con la misma pasión, libros acerca de las industrias de los Urales y de la insurrección de los obreros del Ruhr. Tenía vista perspicaz, a la que nada se escapaba, que todo lo advertía. En pocos años llegó a ser escritora de primera fila.

Después de pasar incólume por el fuego y por el agua, esta Palas de la Revolución murió repentinamente de tifoidea, en la tranquila Moscú, antes de cumplir treinta años.

Un buen obrero se unió con otros buenos obreros; bajo el fuego, unos hombres hallaron pronto a sus iguales, y el Ejército fué así progresando espléndidamente. Quedaba ya lejos la marca más baja de la Revolución: la caída de Kazán. En el curso de los siete meses que siguieron, el Ejército Rojo limpió un territorio de unos 660.000 kms. cuadrados, poblado por 40 millones de habitantes. La Revolución estaba de nuevo en marcha.

Era la primera semana de marzo de 1923. Lenin yacía en cama en su habitación del edificio central de los tribunales de Moscú. El segundo ataque que debía postrarlo fué precedido por varios ataques menos graves. Hacía semanas que también yo estaba en cama aquejado de un ataque de lumbago. Mi habitación formaba parte del edificio que durante el régimen zarista fué cuartel de caballería y la separaba de la que ocupaba Lenin el gran patio del Kremlin. Ni Lenin ni yo podíamos levantarnos siquiera a atender el teléfono; y a Lenin los médicos le habían prohibido terminantemente las conversaciones telefónicas.

Las señoras Fotieva y Glasser, secretarias de Lenin, encargábanse de ponernos en comunicación; y he aquí lo que me dijeron:

—Vladimir Ilyitch (Lenin) está sumamente alarmado por los preparativos de Stalin para el próximo congreso del partido y, sobre todo, por sus intrigas facciosas en Georgia, y dice que va a "bombardear" a Stalin cuando se abra el congreso. (La expresión "bombardear" era de Lenin y no de la señora Fotieva). Vladimir Ilyitch pide a usted que se encargue personalmente de la situación en Georgia y entonces podrá estar tranquilo (frase que me repitió casi al pie de la letra el propio Lenin en una de las notas que me envió posteriormente).

—¿Qué urgencia tiene ese asunto en Georgia?—pregunté.

(Continuad)

EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN EL AÑO 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

El ahorro aleja del vicio y depara para el futuro ventajas y dicha.

AHORRE

para el mañana! Sea previsor. La riqueza es consecuencia de la práctica del ahorro. ¡Abra usted una cuenta! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 o/o de interés anual y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.



O existe todavía un reglamento oficial ni leyes exclusivas para el contrato americano. Sin embargo, los grandes autores de

Norte América, como Lenz Work y otros, están contestes en la necesidad de evitarlas, y bosquejan en sus publicaciones, reglamentos que presentan, por cierto, una señalada unidad de criterio. Son ellos, pues, los que han sentado jurisprudencia, y tanto los clubs como diferentes círculos norteamericanos, acatan precisamente esas ordenanzas. Por todo eso creo oportuno el transcribirlas.

Jugadores

1.—El bridge contrato se juega entre cuatro personas; dos juegan contra las otras dos, constituyendo cada pareja un bando.

Naipes

2.—a) Se usan dos mazos de cartas de color diferente.

b) Un mazo correcto contiene cincuenta y dos cartas, divididas en cuatro palos de trece cartas, una carta de cada denominación en cada palo.

c) Un mazo perfecto no debe tener ninguna carta rota, sucia o marcada, de tal manera que pueda ser identificada por el dorso.

d) Cualquier jugador puede pedir dos nuevos mazos, aunque los anteriores estén en perfectas condiciones, siempre que el pedido sea hecho al terminar una jugada y antes del nuevo corte. Los contrarios del jugador que pide las barajas nuevas tendrán el derecho a la elección de éstas, a menos que el pedido haya sido formulado al comienzo de una partida, en cuyo caso la mano tiene la elección.

Valor de las cartas

3.—Las cartas de un palo tienen el siguiente valor: as (más alto), rey, dama, valet, 10, 9,

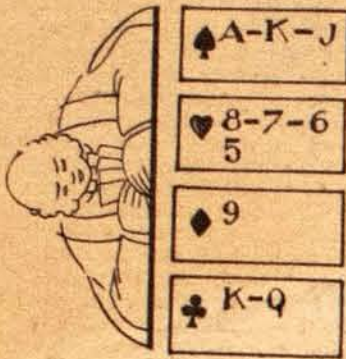
8, 7, 6, 5, 4, 3, 2 (más bajo).

Valor de los palos en el tiraje de cartas

4.—Cuando se tiran las cartas, entre las del mismo valor, los palos valen como sigue: piques (más alto), corazones, diamantes y tréboles (más bajo). El más alto gana.

Tiraje de cartas

5.—Para el tiraje de cartas se extiende sobre la mesa un mazo de cartas bien barajado y con las figuras boca abajo.



Cada jugador levanta una carta del mazo extendido y muestra su cara. Si un jugador muestra más de una carta, ocurre un "misdraw" (falla) y el jugador debe sacar nuevamente.

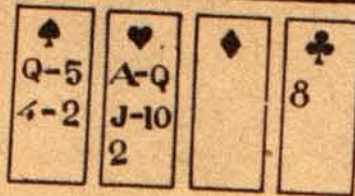
Formación de las mesas

6.—a) Una mesa completa puede constar de seis miembros. Al formar una mesa, los candidatos que no hayan jugado tienen la preferencia en el orden en que hayan entrado a la sala. Los candidatos que hayan jugado, pero que no son miembros de una mesa existente, siguen en el orden. Los candidatos de igual derecho deciden la prioridad sacando cartas; el que saque la más alta, gana.

LA NACION

BRIDGE

LEYES DEL CONTRATO AMERICANO PRELIMINARES DEL JUEGO



sando su deseo antes de empezar la partida. Tales anuncios, en el orden en que hayan sido hechos, dan a los candidatos el derecho a un sitio cuando haya lugar.

Retiro de jugadores de una mesa

7.—Un jugador que se retira de una mesa pierde todos sus derechos en la misma, salvo que salga para completar otra mesa que sin él no pueda formarse y que anuncie al salir

los otros tres, un sustituto para jugar durante su ausencia. Tal designación expira al volver dicho jugador o a la terminación de la partida; en cualquier caso, el sustituto, al quedar libre de su compromiso, recupera todos sus derechos anteriores.

b) Un jugador que al terminar la partida se retira de una mesa de cuatro, deshaciéndola, o que después de utilizar los privilegios del párrafo a), no vuelve antes de terminar la partida, no puede reclamar la entrada en otra mesa con preferencia a los otros tres jugadores de la mesa que ha deshecho.

Tiraje para elegir compañero y para dar cartas

9.—a) Habiéndose formado una mesa, los miembros tiran cada uno una carta. El que saca la más alta tiene toda las preferencias: elección de asientos y de barajas; puede, pues, consultar con su compañero antes de elegir, pero una vez que lo haya hecho no puede modificar su decisión. El que saca la carta que sigue en valor a la anterior es su compañero y se sienta frente a él. El tercero puede elegir entre los dos asientos restantes y el cuarto ocupa el asiento vacante. Los miembros, si los hay, que sacan cartas más bajas que el cuarto jugador, quedan en el mismo carácter en esa mesa, pero no juegan en la partida corriente.

b) Si al concluir una partida una mesa consta de cinco o seis miembros, los que hayan jugado en mayor número de partidas consecutivas son los primeros en perder sus sitios como jugadores, pero no pierden su derecho como miembros. El tiraje de cartas decide entre los jugadores de igual derecho.

c) Al comenzar cada partida, los jugadores tiran cartas nuevamente para la elección de compañeros, asientos y barajas, tratando siempre de que todos los miembros de una mesa hayan formado bandos diferentes entre sí.

su intención de volver cuando su sitio en la nueva mesa haya sido ocupado. En este caso, su lugar en la primera mesa debe ser reservado. Cuando un jugador se retira de una mesa para formar una nueva que sin él no puede constituirse y no reclama su derecho de reservar su sitio en la primera, será el último en salir en la nueva mesa constituida. Cuando, de acuerdo a esta regla, dos jugadores abandonan una mesa con el fin anteriormente anunciado, debe aplicarse la regla a los dos.

Jugadores que abandonan una mesa

8.—a) Un jugador que se retira de una mesa puede nombrar, con el consentimiento de

b) Un candidato puede entrar a formar parte en cualquier mesa incompleta, expresando

LEON CASABAL

COSAS DE MUCHACHOS

(Continuación de la pág. 2)

novio, sino también ese broche con un rubí.

—¿Y es ella quien le ha metido en la cabeza todas esas estupideces?

—Ya que usted me pregunta si miss Pamela Smith me abrió su corazón, a mí, un perfecto extraño—contestó Fruity con dignidad—, le diré que eso fue precisamente lo que sucedió.

—¿Qué frescura! —exclamó miss Beet.

—Permítame que le asegure a usted que...

—¡Basta de tonterías!—le interrumpió miss Dulcie Beet, dirigiéndose a la puerta.

Pero la puerta estaba cerrada con llave. Fruity se quedó atónito. ¿Era posible que miss Pamela Smith...?

La actriz forcejeaba furiosamente en la puerta, al tiempo que gritaba y ponía en actividad puños y pies para indicar sus deseos de salir cuanto antes de la habitación. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles. De repente se volvió hacia Fruity con la cara descompuesta por el furor que la dominaba.

—¡Lo haré meter en la cárcel!—gritó.

—¿A quién? ¿A mí?—preguntó el joven Barstow tartamudeando.

—¡Sí, a usted, pedazo de alcornoque!

—Pero, escúcheme usted...—repuso Fruity—. Ella me dijo claramente que venía de Liverpool, y que...

—Es una ladrona, imbécil—rugió miss Beet—. Estoy segura de que se ha llevado mis perlas. ¿No puede ayudarme a abrir esta puerta, en vez de estar ahí en un rincón como una liebre asustada?

En ese momento, la cabeza de Fruity habría constituido un magnífico ejemplar de estudio para un especialista en enfermedades mentales. Se resignaba, con cierto esfuerzo, a la idea de que miss Pamela Smith pudiera ser una ladrona, pero le aterraba la pers-

pectiva de verse él en la cárcel. Su único deseo era el de poder desaparecer como el humo de aquel maldito departamento.

—¡Trate de abrir la puerta, animal!—le urgió miss Beet.

—¡Bueno, no grite tanto!—contestó Fruity, mientras arrimaba el hombro a la hoja de madera.

Pero aquella situación terminó súbitamente. La puerta estaba cerrada con llave por la parte exterior. La abrió la mucamita, que apareció con los cabellos en desorden y respirando con dificultad.

—Me ató—dijo—, pero logré desatarme.

—¿Se ha escapado?—preguntó miss Beet.

—¡Sí, señora!

La actriz empujó a un lado a la criada y se dirigió apresuradamente a su dormitorio.

—Espero que no se habrá llevado nada—dijo Fruity—, excepto un viejo rubí pasado de moda que le regaló su madre moribunda.

—¿Su madre moribunda?—preguntó la mucamita—. ¡Eso tiene gracia! ¡Su madre moribunda!

—¿Se ha llevado mis perlas!—chilló miss Beet, regresando junto a ellos.

—¡Sí—dijo la criada—, y además el anillo con la esmeralda.

—¿Qué—exclamó la actriz.

—¡Sí—repitió la criada—. Pero la cosa tiene, en cierto modo, su explicación. Antes de escaparse me dijo...

—¡Vamos, suéltalo pronto!—gritó la actriz.

—Estoy exterminada... quiero decir, extenuada... Antes de irse, me dijo algo así como que se llevaba las alhajas en concepto de préstamo.

Y, con gran asombro de Fruity, la criada lo miró picaramente, haciéndole una guiñada significativa.

—¿En concepto de préstamo?—rugió miss Dulcie Beet, lanzando fuego por los ojos.

—Así es—contestó la mucamita.

La actriz asió súbitamente a su

criada por los hombros y la sacudió con violencia.

—¿Quién era esa mujer?—preguntó con tono amenazador.

—¡Eh! ¡Basta, que me descomponen!—gritó la criada, y agregó: —Dejó esta nota para usted. La he leído sin querer, y lo único que puedo decirle, señora, es que usted ha sufrido la suerte que merece.

—Ya te arreglaré más tarde—anunció miss Dulcie, mientras le arrebató el papel de las manos.

Fruity leyó sin dificultad alguna la nota mirando por sobre el hombro de la actriz. Decía:

"Mi querida miss Beet: Mi conducta, un tanto extraña, obedece, en primer lugar, al hecho de que usted es una persona desagradable en extremo. No niego que las perlas y la esmeralda sean tuyas. Las conseguí usted de un muchacho tonto e irresponsable. Desde entonces, me he casado con ese muchacho tonto e irresponsable, y lo quiero mucho. Somos muy pobres, como usted bien sabe, y a causa en gran parte de la codicia de usted y de la necesidad de él. Cuando mi marido, sólo por mí, puso a un lado su orgullo para venir a decirle a usted que se encontraba en una situación financiera difícil, y a suplicarle que le prestara las perlas por un plazo breve, a fin de poder conseguir un préstamo en dinero entregándolas como prenda, usted se rió de él, ¿no es verdad? Pues bien; continúe usted riéndose. Mientras tanto, emplearemos las perlas y la esmeralda como mejor nos parezca, aunque se las devolveremos cuando hayamos resuelto nuestras dificultades. Puede usted, si quiere, recurrir a las autoridades. ¡Qué bien librada saldría usted si se oyera contar su historia en la sala de un tribunal!"

—Es muy razonable — comentó Fruity.

—Sí, señor—asintió la mucamita.

—Muy razonable—repitió el joven Barstow—. ¿Por qué no se presenta a las autoridades, Dulcie?

Miss Beet, después de doblar el papel, miró fijamente a Fruity, y éste a su vez, cambiada por completo la ex-

presión del rostro, miró hacia la puerta.

—¿En cuanto a usted!...—exclamó miss Beet con tono amenazador.

—Permítame que le explique...—murmuró el joven.

—¡Entrometido idiota!—prosiguió la actriz—. ¡Le voy a empastelar a usted la cara!

Y, según me refirió mi primo Pullman, miss Dulcie Beet puso en práctica su amenaza con todo éxito, y así se cumplió el destino de Fruity hasta en sus detalles mínimos.

Pero aquel día no terminó del todo mal para el pobre Barstow. Mientras descendía los escalones, camino de la calle, tapándose el ojo magullado con una mano y maldiciendo de su suerte, sintió de pronto que un brazo frágil le rodeaba el cuello y que alguien le besaba suavemente en una mejilla.

—¡Es usted encantador!—le dijo la falsa miss Pamela Smith.

—Salgo de aquí con un ojo en compota—respondió Fruity en tono quejumbroso.

—¡Tome!—replicó ella, dándole un beso en un ojo.

—No es ese—le advirtió Fruity.

—¡Tome, entonces!—exclamó la joven, besándole en el otro ojo.

—¡Ahora me siento bien!—afirmó el joven Barstow.

—Y a propósito—agregó la joven: —¿No se ha fijado usted en que ya es casi hora de comer?

—¡No se martirice usted!—exclamó el pobre muchacho.

—¿No querría usted comer conmigo y con mi marido?

—¿Que si querría? ¡Ya lo creo que quiero!

—Pero, ¿no le dirá usted que le he besado?—preguntó la joven con cierta ansiedad.

—¿Quién sabe!—contestó Fruity—. No estoy acostumbrado a hablar en público, ni mucho menos, pero sólo puedo decir que un sujeto como yo, con un ojo en compota...

—¡Tome usted!—le interrumpió ella, dándole otro beso.

—¡Ahora me siento mucho mejor!—exclamó Fruity.



N los primeros días de la civilización, en Egipto, Babilonia, Asiria y hasta cierto punto en Grecia, se acostumbraba medir las riquezas de

un hombre de acuerdo con una pautas que ha dejado de utilizarse desde hace mucho tiempo en el mundo civilizado. Esta pauta no la daba el oro ni la plata, como en la actualidad, sino el número de esclavos. La importante división moderna entre capital y trabajo no preocupaba a los economistas de aquellas épocas, pues esos elementos antagonistas constituían una sola cosa. El esclavo formaba parte del capital, como las máquinas actuales, y los gastos que exigía el mantenimiento de esclavos eran precisamente los mismos que los requeridos hoy por las máquinas: conservación, depreciación y reemplazo.

Por esta razón, los problemas financieros resultaban mucho más sencillos que en nuestros tiempos. El establecimiento de una gran empresa industrial dependía de un solo factor, ya que los esclavos eran al mismo tiempo el capital y el trabajo. Su labor empezaba a rendir provecho inmediatamente. Sería innecesario destacar el paralelo existente entre esta sencillísima solución de un problema económico y las modernas teorías socialistas.

Por lo demás, el desenvolvimiento de las antiguas civilizaciones orientales tuvo un carácter marcadamente socialista.

Eran raras las empresas individuales en gran escala. El Estado aparecía como una poderosa organización industrial que tomaba a su cargo todos los trabajos importantes, cualquiera que fuese su fin. En las ciudades fenicias, todas las construcciones navales que constituían su fuente de riqueza y su razón de existir, eran una industria estadual. En la

Parte superior de una piedra grabada que contiene el texto del Código de leyes de Hammurabi. La escena representa al rey en el momento de recibir las leyes de boca de Shamash, el Rey-Sol

misma Atenas, personajes como Nicias, no se parecían tanto a los capitalistas modernos como Catón y Creso en los últimos días de la república romana.

Debe tenerse en cuenta, por lo tanto, que la forma de capitalismo bajo la cual los antiguos imperios alcanzaron su prosperidad no era otra cosa que capitalismo del Estado, lo que equivale a decir socialismo. Sus dificultades eran allanadas por un procedimiento expeditivo que permitía subsanar la falta de recursos. El fundamento de esa economía, en la que descansaba toda la industria, era la guerra, que permitía al Estado renovar su capital agotado, mediante la captura de nuevos esclavos.

Los depósitos bancarios parecen tener su origen muy remoto en la acumulación de las ofrendas en los templos que constituían una valiosa fuente de recursos para el Estado. En Egipto, el tesoro de los templos se hallaba a disposición del Estado, y en Grecia, en una época muy anterior a Pericles, en el año 429 antes de Jesucristo, todo el oro ofrendado a la famosa estatua de Palas Atenea, de Fidias, formaba parte del tesoro del Estado. Las operaciones bancarias particulares no eran desconocidas hace cuatro mil años, según lo evidencian ciertas referencias del Código de Hammurabi, pero como es natural, la falta de moneda acuñada y garantizada, limitaba las operaciones de crédito, y las actividades del banquero particular se veían además restringidas por la competencia del ban-

ORIGENES DE LA ALTA FINANZA

COMO ERAN LAS OPERACIONES BANCARIAS HACE 4.000 AÑOS POR ROY HOPKINS

(Derechos adquiridos por LA NACION)

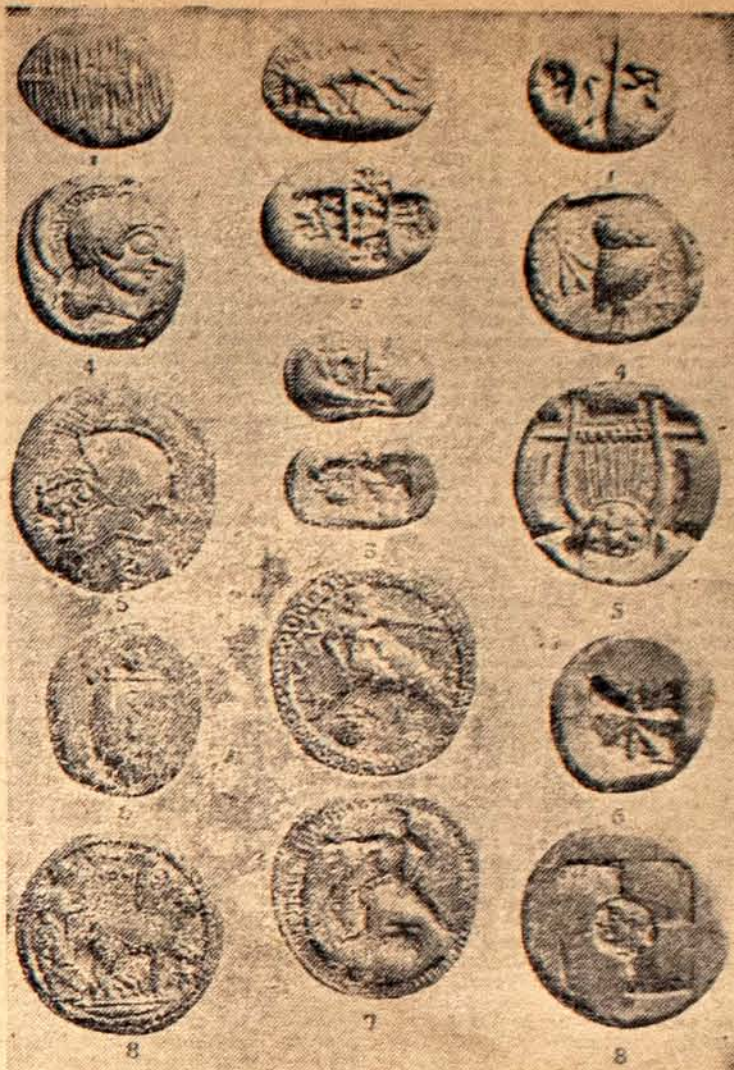
co estadual, constituido por el templo.

De acuerdo con la tradición, el dinero fué acuñado por primera vez en Lidia en el siglo octavo antes de Jesucristo, y se extendió rápidamente a Grecia, donde produjo los ejemplares más perfectos de arte numismático. Pero la pobreza extrema de Grecia en todo lo que no fuera talento, combinada con la peculiar orientación intelectual de su pueblo, impidió todo progreso financiero, y los escritores griegos, que aventajaban notablemente a los modernos en muchas ramas de la especulación filosófica, al abordar asuntos económicos se destacaron por su puerilidad.

En Roma, durante el último siglo de la República, fué donde apareció por primera vez una categoría social de comerciantes ricos y poderosos, una clase media entre la aristocracia, empobrecida por su inadaptabilidad y por la disminución de su influencia, y las masas populares que perdían progresivamente su interés por la política y no ambicionaban otra cosa que la seguridad económica. Así como los grandes personajes romanos del siglo tercero pertenecieron en su mayoría a la nobleza y los personajes del siglo II fueron sobre todo reformadores radicales, en el siglo primero llega a adquirir prominencia la clase media constituida por comerciantes, entre cuyos miembros más famosos figuran el gran Cicerón, el último dirigente del partido de los Optimates durante la República, y su gran amigo y corresponsal Atticus, quien hizo fortuna con sus astutos y no muy escrupulosos procedimientos comerciales.

El Imperio era decididamente plutocrático. La influencia de los quirites había sido por completo abolida, y las masas populares no se interesaban ya en los asuntos políticos, pues absorbían su atención las exhibiciones de gladiadores.

Los capitalistas, cuya libertad de acción estaba restringida solamente por el capricho de los emperadores, eran "novi homines", hombres de origen oscuro, que con frecuencia procedían del extranjero. Estos fueron los hombres que, amasando sus riquezas con los frutos de sus gobiernos provinciales, desarrollaron por primera vez las formas principales de crédito, la negociación de títulos y la acumulación de capital. En el primer



Un lote de antiguas monedas. 1, Jonia; 2, Efeso; 3, Creso; 4, Atenas; 5, Calymna; 6, Egina; 7, Tarento; 8, Siracusa

siglo de nuestra era, la sociedad se asemeja a la actual más que la de cualquiera de los siglos transcurridos desde entonces.

Pero Roma cayó, y en las épocas oscuras que siguieron se volvió a las formas primitivas de comercio. Hasta el siglo XIII, bajo el Sacro Imperio Romano, no empezó el dinero a ser utilizado en lugar de pagos en especie, para la liquidación de las deudas pontificias, de los impuestos reales, de las multas feudales y, sobre todo, en las operaciones internacionales.

Al mismo tiempo, el comercio se vio trabado por la curiosa teoría del "precio justo". El "precio justo" era una creación eclesiástica, y algo completamente ajeno al derecho civil de la época. Pero en su esencia, el origen de la ley se remonta a Aristóteles. El gran filósofo había considerado los intereses del capital como cosa anormal, basándose en que el dinero no se reproduce. Si se presta a un hombre un rebaño de ovejas, es razonable pedir que ese rebaño se devuelva con mayor número de ovejas, en compensación. Pero tratándose de dinero, no sucede lo mismo. Aristóteles había pasado por alto en su brillante argumentación, el hecho de que el dinero no es sino un símbolo, por el cual puede ser representado convenientemente un rebaño de ovejas. Pero la filosofía de Aristóteles fué adoptada por la iglesia medieval. Era aceptada al pie de la letra, y sus infractores, según el Dante, sufrían un castigo muy severo en la vida ultraterrena. Los letrados, encabezados por Tomás de

Aquino, no hicieron tentativa alguna para explicar la razón por la cual los precios debían fijarse a un nivel determinado, pero indicaban, en cambio, de manera bastante precisa, el nivel invariable de los precios. La teoría promulgada en esta forma por los teólogos, fué puesta en práctica por las hermandades. A juicio de Tomás de Aquino, el precio justo debe ser determinado por la opinión pública y por las costumbres establecidas para un servicio determinado.

Pero donde el dogma de Aristóteles se hizo sentir en toda su intensidad fué en la represión de la usura. Si un hombre prestaba dinero, lo hacía porque no lo necesitaba, y por lo tanto, debía conformarse con la simple restitución de la suma prestada. Por esta razón, los judíos, para quienes no regían las leyes de la Madre Iglesia, llegaron a ser los grandes usureros de aquellos tiempos. En la época en que el dinero iniciaba su función de substituir el pago en especie, ellos obtuvieron beneficios considerables adelantando dinero a príncipes que aun recibían sus rentas en especie. Enrique III de Inglaterra, no tenía inconveniente en pagar un interés del 43 por ciento anual, y tan valiosos eran los servicios prestados por los usureros judíos, que a pesar de la repugnancia que inspiraban y de su diferente religión, tenían asegurado el apoyo de los príncipes.

Cuando las persecuciones contra los judíos alcanzaron su apogeo, otra clase de financistas ocuparon su lugar. Pero el desenvolvimiento económico había vencido buena parte de las dificultades que obstaculizaron sus comienzos; se establecieron ya casas bancarias, que podían ser consideradas como la base de las finanzas modernas.

ESCENOGRAFIA

(Continuación de la pág. 7)

Gordon Craig en su viaje a Rusia, en 1909, y ante los espectáculos de Stanislavsky, los reconoce muy bellos, pero los encuentra muy dispares a sus propias ideas. El arte ruso tiene ya un sedimento de muchos años y una personalidad tan acentuada como sus pasiones, para rendirse a la influencia europea. Buscará, también el alma de las obras y les construirá, con sus decorados y sus luces, la atmósfera propicia y sugestiva, como la piden Gordon Craig y todos sus continuadores; pero no renunciará a las

grandes armazones y a su sentido oriental del lujo y del color. Stanislavsky, en un principio suntuosa y abigarradamente realista, con un fuerte poder de evocación y audacia de luces y pintura, pero sin abandonar el cuidado de los contornos reales, evoluciona algo y se espiritualiza mucho al montar "L'oiseau bleu", bien que llevado de la mano por la obra de más alado espíritu que ha producido el teatro contemporáneo. La escenografía rusa se presenta, así, bella, suntuosa, evocadora, pero sin renunciar a sus grandes armazones, sin asimilar la síntesis esquemática que Gordon Craig hace entrar en Alemania, porque ca-

da pueblo tiene sus medidas y el arte oriental no puede encerrarse en la síntesis europea.

Y recién después de un vasto recorrido es posible situar a Tairoff, porque después de toda esta obra, comienza la suya el director del Kamerny. Más joven que todos los nombrados y comenzando su labor varios años después; aprovechando con inteligencia y asimilando a través de su temperamento las enseñanzas de sus predecesores, tiene, por fuerza, que proceder, en su mayor parte de ellos. El niega su similitud con Stanislavsky, tachando lo de realista y sintiendo su espectáculo como más espiritual. Ciertamente, Tairoff tiene detalles, pequeños

hallazgos que le pertenecen. Pero el sentido y los elementos de su escenografía habían sido ya encontrados. Su espectáculo ha sido para nosotros totalmente nuevo y el más grande, en perfección y en proporciones que, en arte dramático, se ha ofrecido en Buenos Aires. Pero en la evolución del teatro y en la conquista de la escenografía, es un continuador, un admirable continuador, con temperamento y gusto propios, de los que, por ley indesviable del tiempo vinieron antes, y le dieron los elementos que él ha sabido aprovechar maravillosamente, consiguiendo, sin ser un innovador, ser un extraordinario director, como un prisma mágico

que, de los colores, tuviera la facultad de sólo filtrar los más bellos.

CRISIS!...

La gran crisis que estamos atravesando nos obliga a hacer economías. No compre vestidos nuevos: límitese a teñir los usados con SUNSET que les da al par que un bonito color de moda la misma apariencia de recién comprados.

Sunset es fácil de usar y de seguros resultados.

ROSITA FORBES EN EL CORAZON DEL DESIERTO



O existe en todo el mundo, desierto comparable al Sahara. Se extiende a lo ancho de todo el continente africano y su área supera la del continente insular de Australia. Es tan enorme, que cabrían en él holgadamente doce países de las dimensiones de Gran Bretaña y permanece en gran parte desconocido e inexplorado. La mayoría de la gente se forma tan sólo una idea del desierto. Lo imaginan como una inmensa planicie de arena amarillenta que arde bajo un sol feroz. Es verdad que el Sahara tiene grandes extensiones de arena, pero su terreno presenta accidentes. Existen, por ejemplo, cadenas montañosas, miles y miles de kilómetros cuadrados, cubiertos de guijarros o formados de roca bruta, grandes salinas resplandecientes como campos de nieve en que se refracta el sol hileras sucesivas de dunas, convertidas en verdaderas colinas de arena por la acción del viento. Y aquí y allí oasis, retazos de tierra fértil bañados por manantiales y lagos de agua dulce en los que crecen palmeras y árboles frutales, y en los que el hombre puede sembrar maíz, centeno, y otros granos que le proveerán de pan.

Algunos de estos oasis son bien conocidos; otros no han sido, se puede decir, visitados por los europeos. El más inaccesible es el de Kufara, que se esconde en el desierto de Libia, casi al sur del golfo de Sidra. El viaje hasta este oasis resulta muy peligroso porque implica atravesar grandes extensiones donde sólo existe agua en pozos alejados de la ruta y difíciles de encontrar. Si el peregrino no consigue encontrar el pozo que busca, es muy probable que tanto él como sus camellos y caballos mueran de sed. No es fácil hallar la ruta en el desierto, pues terribles tormentas asolan la planicie, llenan el ambiente de ennegrecedoras nubes de polvo y hacen desaparecer las huellas de las caravanas. Y no olvidemos al constante espejismo que engaña a los ojos y lleva al viajero por el camino errado. También pululan los asaltantes, bandas de beduinos errantes que caerán sobre cualquier expedición incapaz de protegerse por sí misma, matarán a todos sus componentes y se apoderarán de todos sus bienes.

Pero no son éstas las únicas razones que hacen tan difícil y peligrosa una visita a Kufara. La causa principal se encierra en una palabra, los Senussi. Quienes vivieron durante la gran guerra, recuerdan cuánto se habló entonces de los Senussi, secta fanática de mahometanos que alientan tal odio por los extranjeros, que rehúsan admitirlos en el país que gobiernan.

La secta fué fundada por Sidi Mohammed Ben Ali. Es Senussi nacido en Argelia en 1787. Maestro y profeta de vida ascética, pretendía que se practicara la religión del Islam de acuerdo a la prédica original de Mahoma, depurada de todas las adiciones modernas. Se podría llamar a los Senussi los puritanos de la fe mahometana. Su fundador se oponía a toda forma del lujo y prohibía toda relación con judíos, cristianos e infieles. Fundó "zavias" o colegios que prudentemente emplazó en los puntos terminales de las caravanas. Logró triunfar, y al morir en 1859, su hijo mayor prosiguió su obra. Hoy día los Senussi se extienden por todo el norte de África y han provocado el cierre de ciertas rutas en el desierto, por el que viajaban, en otros tiempos, los mercaderes. Los Senussi no sólo detienen a los extranjeros: también los matan y es imposible para un europeo poner los pies en el desierto de Libia sin permiso del emir o de sus allegados.

En 1920, una dama inglesa bien conocida bajo el nombre de Rosita Forbes, habiéndose decidido a visitar Kufara, arribó a territorio italiano, al puerto de Benghazí, capital de la Cirenaica. Benghazí es una ciudad pequeña y humilde sobre la costa y tiene un solo edificio bello: la casa del gobierno italiano. En la época de la visita de Rosita Forbes ocurrían allí grandes acontecimientos, pues

el jefe de los Senussi era huésped del gobernador italiano. Iba de paso para Italia a visitar al rey de este país. El nombre de este caudillo cuyo poder se extiende sobre gran parte del desierto es Es Sayed Mohammed ben Es Sayed, El Mahdi Es Sinussi, y al contrario de sus antepasados, se trata de un hombre cumplido y simpático.

Rosita Forbes lo conoció en un banquete ofrecido en su honor. A pesar de que su árabe era vacilante, la escuchaba con encantadora cortesía, y al saber el objeto de su viaje le dijo:

—¡Quiera Allah que su deseo se cumpla!

Comieron cordero condimentado con arroz, uvas y almendras, extrañas golosinas y cuajadas sazonadas con cinamomo. Después de la comida se sirvió un café delicioso. El emir comió poco. Rosita Forbes se sentaba a su lado y al terminar el ágape, el emir se dirigió a sus secueles, invitándolos a saludar a la dama.

Todos se inclinaron en una reverencia morisca. Pero el emir hizo más aun. Escribió una carta que le serviría de pasaporte y que luego demostraría su inmenso valor para la expedición.

El piloto de la expedición fué Hassanein Bey. Sin él el viaje hubiera resultado imposible. Conocía la lengua, religión y costumbres de los árabes, cosas que ningún inglés podía esperar conocer. Mrs. Forbes escribe sobre él:

"Fué mi "chaperon" cuando algún viejo "sheik" solicitaba mi mano en matrimonio, un fanático del tipo más recalcitrante cuando era menester impresionar al espíritu local, mi Imán cuando orábamos en público".

Su única debilidad era su equipaje excesivo, sus valijas de cuero, amplias y numerosas, que atormentaron a Rosita Forbes en el momento de partir de Benghazí.

"Son todas necesarias, le aseguré mientras un árabe dejaba caer una de ellas que se abrió, permitiendo ver una gran botella de sales para baño, paquetes de almendras saladas, un par de zapatos de cuero y una espléndida chaqueta.

Realizaron la primera parte del viaje en unos caballos menudos, pero resistentes. Llegaron a un campamento de doce carpas y se detuvieron a ver si alguien les podía servir té. Al principio, los árabes rehúsaron, pero al percatarse de que Hassanein Bey era musulmán, se tornaron muy amistosos. Luego llegó un hombre de facciones duras que los miró agresivamente, pensando evidentemente que ambos eran los odiados "nasrani", cristianos. Cuando le dijeron que conocían a Sayed Idris, se burló de ellos. Entonces Hassanein Bey mostró la carta de Sayed Idris y la atmósfera cambió por completo. Uno a uno, los árabes besaron la carta y la apretaron contra la frente. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por las personas que poseían una carta de su adorado caudillo.

Así llegaron los viajeros, sanos y salvos a Jedabia, donde fueron recibidos de la mejor manera por Sayed Rida El Mahdi Es Senussi, hermano menor de Sayed, amable como su hermano pero mucho más humano. Al momento les ofreció casa, alimentos y sirvientes y los invitó a su mesa. La comida constó de once platos y duró tres horas, desde las siete y media hasta las diez y media.

Terminó con copas de delicioso té aromado con menta.

Todo esto era muy agradable, pero los viajeros se dieron cuenta de que de nada les servía para su viaje a Kufara. Hacía cuarenta años que ningún europeo trataba de llegar a ese oasis desconocido.

En 1879 los alemanes enviaron una expedición de cuatro hombres de ciencia encabezados por Rohlf. Iban respaldados por todo el poder de Turquía, cargados de obsequios del kaiser y tuvieron que dejar en rehenes en Benghazí mientras se dirigían al sur con un centenar de camellos y fuerza montada.

Ya en la vecindad del oasis los expedicionarios fueron detenidos por los Senussi que le negaron llanamente permiso para entrar a su país. Crecido número de árabes discutían fuera del campamento si debían matar a los odiados extranjeros. Los expedicionarios estuvieron presos

POR

T. C. BRIDGES

Y

H. H. TILTMAN

durante un mes, en trance diario de muerte, hasta que al fin, un "sheyk" amistoso les facilitó la fuga, en el momento oportuno, pues esa misma noche los Senussi atacaban y saqueaban el campamento. Destruyeron todos los instrumentos científicos y las libretas de observaciones, de tal manera que el malhadado Rohlf no pudiera mostrar ninguna descripción o mapa de su viaje.

Mrs. Forbes conocía toda la historia de esta expedición, de manera que ella y su compañero tenían conciencia de las tremendas dificultades que afrontaban. Fué la amistad entre Italia y Sayed Idris lo que la ayudó a llegar tan fácilmente hasta Jedabia, pero de allí en adelante sabía que sólo podía confiar en sus propios medios. No se atrevía a informar a su galante anfitrión acerca de sus planes, pues



Rosita Forbes con el traje de las mujeres turcas

no ignoraba el horror que le produciría la idea de que una joven inglesa se aventurase en lo desconocido. Y lo peor de todo era que Jedabia estaba lleno de espías. Toda clase de gentes, fingiendo amistad la visitaban y le hacían preguntas acerca de sus proyectos.

Recién llegados a Jedabia, pensaron alquilar unos pocos camellos, contratar un guía e internarse calladamente en el desierto.

Pero al cuarto día se enteraron de que no había camellos para alquilar. La cosecha había sido buera y los beduinos eran bastante ricos para no trabajar. Y si conseguían camellos, sus dueños querían saber adonde los llevaban, y eso, por supuesto, debía ocultarse, pues la simple mención de Kufara hubiese frustrado sus proyectos. Como casi todos los sirvientes eran espías, los planes tenían que ser discutidos en secreto y esto no facilitaba las cosas. Cualquier otra persona se hubiera amilanado, pero Mrs. Forbes es tan decidida como obstinada. Trató de captarse amistades, se vistió a la manera árabe y empezó a vagar por los campos, recitando versículos del Koran. Pronto conquistó la simpatía de las mujeres que murmuraban:

—Es musulmana y odia las cosas europeas.

Para abreviar, diremos que un viejo Ekhwan (sacerdote o maestro) llamado Haji Fetater le prometió acompañarla hasta Kufara si besaba la Gubba sagrada y se convertía al islamismo. Le aseguró que enviaría una expedición propia a Kufara en busca de algunos objetos de su posesión y que Rosita Forbes y Hassanein Bey podrían formar parte de ella. Aun entonces, cuando todo parecía arreglado hubo interminables retrasos.

Debían partir poco después de anochecer, pero no lo hicieron hasta las dos menos cuarto de la madrugada. Uno piensa en el calor ardiente del desierto, pero en esa noche de diciembre el frío era intenso. Una característica peculiar del

Sahara es el frío que allí reina cuando sopla viento sur. Montados en camellos, se adentraron en la obscuridad traicionera, azotados por un viento helado. Yusuf, el guía, erró el camino y una hora antes de salir el sol tuvieron que acampar en medio del desierto. El frío era tan intenso que resultaba imposible tratar de dormir y al despuntar el alba todavía divisaron el caserío de Jedabia. Montaron de nuevo y prosiguieron el viaje, sufriendo Rosita Forbes de un pie lesionado y Hassanein de reumatismo. Tres horas después Jedabia desaparecía del horizonte, lo que les permitía descansar un poco y tomar alimentos.

Integraban la expedición Mrs. Forbes y Hassanein, dos árabes, el guía Yusuf y Mohammed, y dos soldados sudaneses negros como el carbón.

Los últimos no llevaban comestibles, y como las provisiones eran tan sólo las que precisaban dos personas en una semana, el porvenir se presentaba problemático. La única salvación era viajar todo lo rápidamente posible. Mas cuando Mrs. Forbes sugirió partir, los dos negros se rebelaron.

—No somos esclavos —gruñeron—; no queremos agotarnos.

Al final fueron persuadidos; ensillaron los camellos y prosiguieron el viaje hasta las dos y media en que acamparon de nuevo. Esa noche se levantó un terrible ventarrón, pero los excursionistas durmieron cómodamente sobre los sacos, que servían de almohadas. Al llegar al pozo de Wadi Farig, Mrs. Forbes se alarmó por la escasez de viveres. Los negros estaban hambrientos y pretendían devorar todas las provisiones en un solo día. Si la caravana que esperaba llegar a Jedabia no aparecía, temía morir de hambre. El agua del pozo estaba tan salada que era casi imposible beberla, y Mrs. Forbes se encontró con el cutis reseco y pasado, las uñas rotas y los cabellos quebradizos.

Al día siguiente sopló el "gibli", que es un viento del sur acompañado de tormenta de tierra. Esta se introducía en las valijas, en las cajas, en todas partes. Ensuciaba el pelo, los ojos, la piel. Tenían los viajeros que permanecer todo el día en la carpa, pero a la noche apareció la esperanza bajo forma de una pequeña caravana procedente de Jedabia. Es costumbre del desierto que cuando se encuentran dos caravanas, la que está acampada convida a la que llega. Mrs. Forbes no estaba en condiciones de hacerlo, de manera que ofreció sus disculpas a los árabes. Un poco más tarde, mientras ella y Hassanein estaban comiendo un mezquino potaje de arroz y carne, llegó un mensajero con dos recipientes repletos de un cocido de cebada con azúcar y manteca. Nunca fué manjar alguno mejor recibido. Al día siguiente los amables árabes enviaron más comida a Mrs. Forbes y ésta les mostró entonces la carta de Sidi Idris. Parecieron encantados. Llegaron otros árabes y los viajeros se unieron a una caravana encabezada por un mercader llamado She-ib, que se dirigía a Kufara.

Como en todos los países incultos, en el Sahara las noticias se expanden misteriosamente. Los árabes estaban enterados de la fuga nocturna de Mrs. Forbes de Jedabia y se habían convencido de que llevaba una misión política. No era para ellos una extranjera alentada por el loco deseo de escudriñar los misterios de los Senussi, sino un mensajero misterioso, portador de un mensaje sagrado de Sidi Idris. Los hombres de la caravana se mostraban sumamente cariñosos y cuando ella quería ayudarles a instalar el campamento le decían:

—No se fatigue usted, Sitt Khadija.

Tal era el nombre bajo el cual viajaba Mrs. Forbes.

Desde Wadi Farig, que significa "valle vacío", ascendieron lentamente hasta una altiplanicie desolada, con ciertas irregularidades del terreno y aquí y allí algún montículo de arena. Más lejos grandes rocas se destacaban en el desierto y al fin encontró la caravana una

planicie de piedra caliza detrás de la cual se hallaban espléndidos arenales donde se levantaban grupos de palmeras y crecían arbustos de hojas aromáticas. La leña que éstos les proporcionaron les permitió cocer un poco de pan, pues las provisiones escaseaban. Los negros eran holgazanes y engorrosos, y Mrs. Forbes desconfiaba de Yusuf, de ojos esquivos, pero Mohammed le parecía un buen hombre, fiel y servicial. Durante todo este tiempo los dos excursionistas hacían lo posible por escribir sus impresiones y trazar sus mapas, pero tenían que proceder con exquisito cuidado. Si cualquier beduino, por amigo que fuera, les hubiera visto tomando fotografías o notas de cualquier clase, esto hubiera significado una catástrofe. Algunos de los objetos de Mrs. Forbes intrigaban a los árabes. Ciertamente al detenerse a descansar un momento, ofreció ella a She-ib una taza de té.

—¿Cómo me ofrece té —preguntó él — si no tenemos fuego?

El termo, del cual procedía el té caliente, les pareció un misterio que tuvo que ser explicado apresuradamente. De otro modo su poseedora sería fusilada por bruja.

Más allá de Wadi Farig había una faja de profunda arena blanca, zona peligrosa, infestada de bandas de ladrones. De repente una partida de ocho hombres, seis negros y dos árabes, apareció entre las ondulaciones de la arena. No tenían camellos, lo cual era una mala señal, pues generalmente los ladrones carecen de ellos.

—Vamos a ser atacados—dijo She-ib calmadamente, y cada cual se aprestó a la defensa y preparó sus rifles. Este despliegue de fuerza atemorizó a los ladrones, que se dispersaron y huyeron.

Continuaron los viajeros en dirección a un oasis denominado Aujela. Debido al descuido de los negros, los pellejos de agua estaban casi vacíos. Soplaban un fuerte viento sur que enneguecía a los camellos y les obstaculizaba la marcha. La última parte del viaje fué una lucha desesperada contra el frío, la sed y el hambre. Acamparon en el límite de la aldea de Aujela, y no consiguieron comprar alimentos. Tuvieron que esperar hasta que los árabes les trajeran, a la mañana siguiente, los obsequios habituales: pollos, huevos y unas tajadas de carne llamada "hubz". Poco después llegaba lo mejor, la caravana de Jedabia, tanto tiempo esperada, con doce camellos y doce hombres dirigidos por Abdullah, guía famoso.

El 9 de diciembre emprendieron de nuevo la marcha, dirigiéndose al oasis de Jalo. Allí fueron recibidos de nuevo como huéspedes de honor. Les ofrecieron dátiles, leche de cabra, una clase especial de manteca y otros comestibles, además de huevos, té y azúcar. Mrs. Forbes tenía un poco de café traído desde Londres. Lo preparó sobre cenizas, y los jefes lo apreciaron grandemente. Se conversó mucho, de manera que Mrs. Forbes pudo informarse sobre la situación de cada pozo y la clase de agua que contenía. Le dijeron que en invierno un camello puede marchar durante quince días sin beber.

Se aprestaron a partir de nuevo. Ante ellos había cuatrocientos kilómetros de desierto y siete días de travesía por comarcas sin agua. Tenían diez y ocho camellos, pero algunos eran pequeños y débiles. A las cuatro de la mañana ya estaban afanados en los preparativos, pero no partieron hasta las once y media, y aun no habían desaparecido del horizonte las murallas de Jalo cuando se desató el peor de los "gibli", y todo fué envuelto por sus torbellinos de arena. Apilaron los equipajes para oponer una valla al viento, y se echaron a descansar bajo cobijas, la boca tapada con pañuelos. Al atardecer cesó el viento, pero ya era demasiado tarde para proseguir la marcha, de manera que pasaron allí la noche. Al día siguiente llegaron hasta Buttaful, donde no encontraron el menor vestigio de vegetación. El pozo estaba lleno de arena, y tuvieron que cavarlo. El agua resultó buena, y em-



Es conveniente que ponga en claro el extremo concreto de que no voy a escribir acerca de las mujeres aventureras. Desde que

Eva comió la manzana, ha habido muchas aventureras en el mundo. Pero, si no me equivoco, la penetración en el campo de las exploraciones científicas por parte de las mujeres no se ha producido hasta la época moderna. Actualmente se encuentran exploradoras en todas partes del mundo, incluso en los puntos más inaccesibles.

Podemos citar el ejemplo de Mrs. Herbert Spencer Dickey, quien ahora marcha hacia la Cruz del Sur en la América Meridional, donde, en compañía de su esposo y de un grupo de hombres, buscará las fuentes del río Orinoco. Mrs. Dickey no es en modo alguno una "gregada" a esa expedición, que se realiza bajo los auspicios de la Heye American Indian Foundation. Se la reconoce como miembro activo de aquélla, con sus deberes y responsabilidades individuales. Una de sus cualidades más importantes es la de ser una persona muy encantadora. El doctor Dickey cree que los indios salvajes que habitan el territorio que tienen el propósito de explorar, encontrarán a su esposa tan atrayente que no harán ningún daño a los miembros de la expedición. Lo cual habla muy en favor de la habilidad de Mrs. Dickey para encantar, por lo menos a su marido. Pero, dejando aparte todo esto, puede asegurarse que Mrs. Dickey posee probablemente tantos conocimientos científicos acerca de la región que va a explorar como cualquiera de los hombres que la acompañan.

Parece que los maridos logran con mucha frecuencia interesar a sus esposas en las exploraciones que realizan. Se puede citar como ejemplo el caso de las dos señoras Akeley, la primera y la segunda esposa de Carl Akeley, uno de los más conocidos exploradores del África. El Dr. Akeley, que murió allí en 1926, mientras viajaba con su segunda esposa, y fué enterrado en aquel Continente, dejó a sus dos esposas como continuadoras de su obra entusiasta.

La señora Delia Akeley, primera esposa del explorador, forma ahora parte de una ex-



Mrs. Delia J. Akeley



Mrs. Herbert Spencer Dickey



Mrs. Mary L. Jobe Akeley

LAS MUJERES EXPLORADORAS

pedición enviada por el Museo Brooklyn de Historia Natural.

Es difícil acostumbrarse a la idea de que esa mujer albina y de modales tan suaves sea capaz de cazar elefantes y de ponerse en contacto con los salvajes del África. Sin embargo, sabe tanto de eso como cualquier ama de casa del precio de los artículos de primera necesidad. Se encuentra ahora en compañía de los pigmeos del Congo Belga, donde trata de recoger toda clase de datos e informaciones acerca de aquella raza humana que desaparece con tanta rapidez. Lo cierto es que, a pesar de las dificultades matrimoniales de Mrs. Akeley con su difunto marido, éste supo infundirle todo su entusiasmo apasionado por el "continente negro".

La segunda esposa del doctor Akeley, Mrs. Mary Jobe Akeley, forma actualmente parte del personal del Museo Americano de Historia Natural de la ciudad de Nueva York, donde ultima los proyectos de su difunto marido, de crear en aquél una sección africana. Cuando termine ese trabajo volverá al "África de Carl Akeley", que describe en un libro de que es autora. Como comprenderán todos los que hayan leído esta obra, el interés de Mrs. Mary Akeley por el África es tan legítimo como el que siente cualquier profesor por que su nombre vaya seguido de una larga serie de títulos.

Entre otras mujeres exploradoras que auxiliaron a sus maridos en expediciones científicas figura Mrs. Ethlyn Nelson,

quien acompañó a Mr. Nelson en una a la China central, bajo los auspicios del Museo Americano de Historia Natural. Mrs. Nelson tomó parte activa en los trabajos de los expedicionarios.

También Mrs. Roy W. Miner acompañó a su marido el año pasado a las Bahamas, y ha vuelto allí con él este año. Durante bastante tiempo Mrs. Miner fué empleada del Museo Americano.

Pero hay algunas mujeres que, imitando a los hombres, inician expediciones "por su propia cuenta", sin el patrocinio de museo u organización científica alguna. En ese caso se encuentra Caroline Mytinger, una hermosa y joven pintora de cuadros de cazadores de cabezas de las islas del Mar del Sur. La Srta. Mytinger regresó recientemente de una expedición particular que duró cuatro años. Trajo consigo los primeros cuadros de una raza que está desapareciendo rápidamente. Sus obras resultaron tan interesantes que fueron ex-

hibidas en el Museo de Historia Natural. Miss Mytinger no contó con la ayuda de museos ni acompañó a hombre de ciencia alguno. Salió únicamente en compañía de una amiga, con ochocientos dólares por todo capital.

Lo mismo que el Dr. Dickey, Caroline Mytinger cree que el encanto personal tiene más eficacia que los fusiles cuando hay que tratar con tribus salvajes. Quizá esa sea la razón principal del éxito que ella logró, porque esta mujer exploradora es hermosa y joven, de cabellos largos y rubios y de sonrisa irresistible.

Cuando se le preguntó por qué había realizado el viaje, dijo:

"Siempre me ha fascinado la antropología, y creí que alguien debía encargarse de pintar a los aborígenes antes de que desaparecieran."

Con el fin de reunir el dinero necesario para su viaje hizo algunos retratos de personajes californianos en Palm Springs. Cuando se vió en posesión de ochocientos dólares, partió con su amiga, miss Warner, para Hawaii. Como es natural, el capital que llevaba no podía durar cuatro años, y tuvo que pintar otros retratos durante el viaje. Por otra parte, la vida es muy barata en las islas del Mar del Sur, sobre todo para una joven encantadora, que sabe tocar el ukelele. Además, gracias a ese instrumento las dos jóvenes no tardaron en conquistar las simpatías de los cazadores de cabezas.

Podemos también citar el ca-

so de otras dos jóvenes exploradoras, Viola Irene Cooper y Jean Schoen, quienes recientemente regresaron de un viaje a Fidji, a bordo de un viejo velero, el Bougainville. Algunas personas calificarán a estas dos jóvenes de aventureras más bien que de exploradoras. Lo cierto es que los versos del libro de miss Cooper, titulados "En un velero a Fidji", indican que fué la atracción del mar lo que indujo a las dos jóvenes a realizar exploraciones. Su relato sirve para enseñarnos cosas nuevas acerca del mar y de Fidji. El capitán francés del velero a bordo del cual hicieron el viaje describe a las dos jóvenes en la forma siguiente: "Cierta día, dos muchachas jóvenes subieron a bordo del Bougainville, barcó de tres mástiles que tenía yo el encargo de conducir al Sur del Pacífico."

"Con toda sencillez, y sin titubear, me pidieron que las inscribiera como grumetes en la tripulación. Me quedé asombrado, pero mi sorpresa no duró más que unos instantes. ¿No me encontraba, acaso, en el puerto de San Francisco, y no eran norteamericanas las dos jóvenes?"

"Éché una mirada escrutadora a las solicitantes y descubrí que una de ellas era esbelta, más bien delicada, de grandes ojos azules e infantiles, cuyas pupilas agrandaban unos lentes de carey, de barbilla recta y mandíbula fuerte, que daban a su fisonomía una expresión extraña, mezcla de suavidad de serafín y de voluntad enérgica. La otra era una morena fuerte, de ojos grandes, cabello enortijado y hoyuelos en las mejillas. Me pareció que estaban resueltas a partir a toda costa. ¡Bravas muchachas!"

"Con todo el entusiasmo de su juventud y la sinceridad de sus corazones nobles, no vacilaron un solo minuto en arriesgarse a viajar en compañía de rudos marineros. Esta confianza significaba un gran honor para un viejo capitán como yo, y jamás podré agradecerse como merecen. Hasta el fin de mi larga y accidentada carrera de marino, será para mí siempre un placer recordar que fui el capitán de las dos simpáticas jóvenes."

"El que busque una historia fantástica en el libro que publicaron quedará desilusionado. Sus páginas contienen únicamente una relación fiel de lo que vieron las dos jóvenes en sus exploraciones."



JOSEPHINE CROWDER

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, agosto de 1930.

plearon el día siguiente, víspera de Navidad, en lavar la ropa.

Al día siguiente un camello cayó enfermo y parecía agonizar. Fué un día terrible, que terminó con el milagro del rápido restablecimiento del animal. El veintiséis emprendieron el viaje con los pellejos desbordantes de agua. La víspera de Año Nuevo fué necesario disminuir la ración de agua. El dos de enero debían haber llegado a Taiserbo, un oasis al norte de Kufara, pero se levantó la niebla, que hacía imposible la visión, por lo cual marchaban silenciosamente, conscientes de que en el término de dos días les esperaba la muerte si no encontraban agua. La niebla se esfumó al fin, dejando ver una enorme llanura cubierta de arena sin la menor señal de pasto. El sol brillaba magnífico, fingiendo ante sus ojos ansiosos espejismos de colinas y praderas. Los hombres hablaban en voz baja del destino que a tantos esperaba en el desierto, del hombre que había caído muerto a quince pasos del agua que no consiguieron encontrar, del otro que había matado a su camello para chuparle la sangre. Mrs. Forbes entregó a los hombres su última provisión de dátiles. A las tres de esa tarde espantosa se divisaron dos dunas en el remoto horizonte sudoeste. Todos quisieron apresurarse, pero los camellos estaban exhaustos, pues durante nueve días no habían bebido. Una vez en las dunas, todos se abalanzaron con la boca reseca y los ojos inyectados de sangre en busca de agua. Fué

en vano. Sólo encontraron unas matas, que los camellos se disputaron encarnizadamente. Los hombres ascendieron el montículo, pero Mrs. Forbes y Hassanein cayeron desfallecidos contemplando anhelantes a sus compañeros.

Mrs. Forbes dijo:

—Es inútil; estarían bailando de alegría si fuera el oasis.

No obstante, haciendo un esfuerzo supremo, ascendió lentamente la colina con su compañero, sin la menor esperanza de encontrar otra cosa que el desierto. Por el contrario, hallaron un terreno completamente distinto, con ondulaciones y accidentes cortados por un caminito que llevaba a un grupo de árboles, asombrándose de ver a los árabes echados en el suelo con expresión desesperada.

—Seguramente aquí habrá agua—exclamó Mrs. Forbes.

Uno de los hombres negó con la cabeza, diciendo que ese lugar era El Atash (La Sed), en el cual sólo había un pozo con agua descompuesta, que produciría la muerte a quien la bebiera.

Pasó mucho tiempo antes de que Mrs. Forbes se diera cuenta de su error, pues el pozo repleto de arena guardaba agua fresca y dulce. A las dos y media de la tarde vieron palmeras, y los hombres se pusieron a cavar afanosamente la arena hasta que al fin dieron con agua, agua espesa, barrosa, pero, a pesar de todo, potable. Mrs. Forbes pasó la tarde acostada en su catre de campaña, bebiendo a cada rato y delei-

tándose en escuchar el delicioso ruido del agua en la botella.

Al día siguiente cruzaron un desierto de piedras negras, en dirección a una línea de montículos lejanos, y el 4 de enero llegaron a Buseima, pequeña aldea sobre un lago, rodeado de florida vegetación.

En la mañana del 8 de enero, cuando se aprestaban a salvar la última etapa del viaje, llegó un espía diciendo que la familia Bazama había vuelto de Jedabia y les había informado que unos extranjeros se acercaban al país.

—No podemos creer que El Sayed haya dado permiso a ningún extranjero para visitar Kufara.

Este hombre se informó sobre la fuerza de la expedición y de que los hombres de Mrs. Forbes estaban quejosos. Forjó además una historia según la cual Sidi Idris había vendido el país a los cristianos y éstos habían enviado a los excursionistas para tomar datos antes de ocuparla. Mrs. Forbes sabía que si la patraña se difundía por el país, sus vidas estarían condenadas. Sólo se podía hacer una cosa, apresurarse y adelantarse al espía.

Era muy fácil hablar de apresurarse, pero tenían que ascender en su camino montañas de dos mil pies. Anduvieron 35 kilómetros y acamparon por la noche, que fué helada. Hasta el 11 no llegaron a Hawari, que forma parte en realidad del gran oasis de Kufara. Allí acamparon en las afueras de la ciudad y aguardaron. Los habitantes de Hawari eran

"zouias" de rostros afilados y ojos pardos. Les enviaron comestibles, pero a la mañana siguiente, al salir de la carpa, se vieron rodeados por una multitud de árabes armados y furiosos.

—¡No saldréis hasta que recibamos órdenes de Jof!—gritaban—. No os cuidaremos. Aquí los extranjeros mueren pronto.

Hassanein les habló duramente:

—Es esta la manera de tratar a los huéspedes de Sayed?—preguntó.

Se entabló una discusión violenta. Los "zouias", que estaban furiosos porque no venía el mensajero de Jof, dijeron que Sidi Abdullah se fué la noche anterior prometiendo enviarles noticias.

—Le dijimos que no seguiría viaje hasta que llegara el permiso—declararon.

Entonces Mrs. Forbes comprendió lo que había pasado. Abdullah había traicionado a la gente a cuyo servicio estaba y hecho circular rumores infundados en Kufara. Las cosas no se arreglaron al momento. Mrs. Forbes tenía listo su revólver bajo los pliegues de la capa, pero Hassanein salvó la situación.

—Esperáis órdenes de Jof cuando vuestro Sayed nos ha enviado hasta aquí? ¿Por qué insultáis a quien confió en que acogerías amablemente a sus huéspedes?

Y siguió discutiendo con tal habilidad que los otros cejaron y hasta los convidaron con ali-

mentos. Pero a pesar de esto no los dejaron moverse, de manera que el 13 de enero, día en que debían haber llegado a Kufara, todavía se encontraban prisioneros en Hawari.

Mientras tanto, el traidor Abdullah estaba en Jof ocupado en decir que dos cristianos disfrazados de musulmanes tomaban informes del país, para conquistarlo después.

—Ponen relojes a los camellos en las patas y llevan un extraño instrumento para matarnos cuando nos acercamos.

El extraño instrumento mortífero resultó ser un barómetro.

El "kaimakan" o jefe de Jof se impresionó mucho y encomendó a Abdullah que no llevara la orden de retornar en seguida. Abdullah se alarmó, pues no quería volver al campamento. Tuvo que hacerlo, sin embargo, y una vez de vuelta dijo a Mrs. Forbes que no podía seguir hasta que se preparase habitación para ella en Jof.

Mohammed acudió en su ayuda, afirmando que se informaría de la verdad. Partió para Jof, se enteró de la historia de la traición de Abdullah, vió al "kaimakan", le relató lo cierto y volvió esa misma noche portador de una carta del "kaimakan" dando la bienvenida a los huéspedes de los Sayed e invitándolos a ir a la ciudad por la mañana para honrarla con su presencia.

Y así, venciendo todas las dificultades, los osados excursionistas que tanto sufrieron alcanzaron la meta de su viaje.

DEL MOMENTO AGRICOLA PREPARACION DEL TRIGO PARA LA VENTA



UESTROS agricultores acos-
tumbran en-
carrar en una
significativa
frase, el con-
junto de alter-
nativas del cul-
tivo del trigo, indicándose que
nada puede afirmarse sobre los
resultados posibles de una se-
mentera, hasta que "el grano
no está en la bolsa".

Las condiciones atmosféricas
ejercen una influencia decisiva
en los resultados de estas se-
menteras, ya que a último mo-
mento y aun cuando la recolec-
ción esté casi a punto de in-
iciarse, es suficiente "un golpe
de sol" para producir el arre-
bato del trigo, dando lugar a
granos chuzos que significan el
desastre o poco menos del es-
fuerzo realizado en todo el año
por el agricultor.

Pocos días antes de iniciarse
la última cosecha, abundaron,
por cierto, los arrebatos, y re-
cordarán nuestros lectores que
a consecuencia de la sequía la
evolución de las plantas se re-
trasó considerablemente para
algunas variedades, y por lo
tanto, la madurez se produjo
fuera de su época normal, sien-
do los riesgos en consecuencia
mayores.

Por la razón antedicha, mu-
chos trigales a los cuales podía
admitirse un rendimiento
más o menos bueno — a pesar
de la insuficiencia de las lluvias
— en pocas horas la tempera-
tura excesivamente calurosa y
un "sol de fuego", especialmen-
te en los días 24 y 25 de di-
ciembre, determinó el achuza-
miento del grano, disminuyen-
do, por consiguiente, su valor
comercial.

El panorama agrícola ha si-
do bastante sombrío por cierto,
y si añadimos a las consecuen-
cias de la mala cosecha, su re-
percusión en la economía, no ya
de una zona determinada, sino
del país entero, puede apreciarse
su significado, que se ha tra-
ducido en una crisis bastante
pronunciada.

Precios bajos en general pa-
ra el trigo y cotizaciones ridí-
culas para la avena, cuyo va-
lor llegó a límites tan excesiva-
mente bajos, que muchos agri-
cultores resolvieron darla a los
animales antes de vender per-
diendo dinero.

El único grano que por su co-
tización logra compensar la la-
bor del agricultor, es hoy por
hoy el lino, pero si considera-
mos que su zona es limitada,
los beneficios sólo llegan a una
cantidad mínima de agriculto-
res y aun ello dentro de cier-
tos límites, pues esas zonas
son por lo general maiceras
también.

La obligada rotación, maíz-
lino, permite mantener el lími-
te de rendimiento de esta olea-
gínea dentro de una cantidad
discreta; pero, sin embargo, la
utilidad que deja el lino en un
año como el actual, sólo sirve
para cubrir el déficit de la ven-
ta del maíz.

El repunte de las cotizacio-
nes de este cereal, determinado
por las desfavorables perspec-
tivas de la cosecha en los Es-
tados Unidos de Norte América,
debido a los efectos de la se-
quia, se produce en momentos
en que muchos colonos han de-
bido vender con premura su
maíz para pagar las deudas
más apremiantes y, aparte de
ello, la excesiva humedad en el
grano y en muchos casos el ele-
vado por ciento de picado, le
significan descuentos tales, que
aun con precios altos es insufi-
ciente la utilidad que determi-
na el cultivo.

Los problemas que afectan a
nuestra agricultura no son ob-
jeto de una atención intelligen-
te por parte del Estado, y así
observamos que el maíz comen-
zó a mejorar en su cotización
cuando los diarios dieron a co-
nocer las alarmantes noticias
de la sequía en los Estados
Unidos, pero sin que oficial-
mente y en forma periódica se
informe al agricultor de las
perspectivas que ofrecen las
sementeras en otros países y

sus cálculos de cosechas en
relación a las necesidades del
consumo mundial, con lo cual
podrían facilitarse las trans-
acciones y evitar las ventas
apresuradas.

No es suficiente la acción en-
tusiasta de los órganos oficiales
o de entidades privadas, ferro-
carriles, etc., ya que a los al-
tos rendimientos, mejoras en la
calidad y costos de producción
mínimos a que tiende la labor
del profesional, es menester la
acción de gobierno radicada en
la solución de la faz comercial
para la colocación de la cose-
cha en condiciones remunerado-
ras para los agricultores.

Pasaron ya los tiempos aque-
llos, en que con un par de ras-
tras y arados, cualquier perso-
na "se hacía" chacarero y con
un poco de suerte levantaba dos
o tres buenas cosechas que le
permitían darle color al deseo
de tener campo propio.

En los momentos actuales,
de poco vale la tesonera volun-
tad para el trabajo, si no se dis-
pone de cierto capital y al de-
cir capital, se entiende en can-
tidad suficiente, pues siendo po-
co es posible que no logre sa-
lir de apuros en cuanto se pre-
sente una mala cosecha, y lo
más probable es que quede su-
peditado al dueño del campo o
comerciante local en la espe-
ranza de salvar su dinero.

Producir al menor costo po-
sible, es precisamente el medio
más lógico para lograr benefi-
cios de los cultivos si los pro-
ductos tienen precios bajos, pe-
ro para ello es menester ma-
quinaria moderna — costosa
por lo general — ya que para
realizar las labores que traen
aparejada la seguridad en los
altos rendimientos y con los
menores gastos posibles, es ne-
cesario utilizar esa moderna
maquinaria que reemplaza a
muchos de los elementos que
están en uso en la chacra y,
cuando ello se ha logrado, exis-
ten muchas posibilidades de que
el precio de arrendamiento se
coloque a tono, no precisamen-
te para permitir al colono una
utilidad discreta, sino más bien
para volverlo a su anterior si-
tuación.

Resulta así un problema sin
solución práctica, pues los
arrendamientos de campos han
seguido una trayectoria ascen-
dente y en una mayor propor-
ción que las utilidades represen-
tadas por cosechas más eleva-
das en razón al empleo de se-
millas de "pedigree" y de mé-
todos de cultivos más racionales.

Por esta razón, es que sólo
los agricultores propietarios se
encuentran en condiciones de
"cuerpear" las malas cotizacio-
nes, pues los que son arrenda-
tarios, pocas o ningunas pro-
babilidades tienen de hacerlo.
Cabe entonces dentro de

Las modernas máquinas tri-
lladoras con su sistema de do-
ble limpieza permiten obten-
er trigos de pesos específicos
más elevados. Trillando en la
zona del F. C. C. G. B. A.
(Fotografía del autor)

nuestro medio agrícola, la adop-
ción de tipos de arrendamien-
tos más en consonancia con la
indole de explotación del sue-
lo, repartiendo utilidades y pér-
didas en proporciones más equi-
tativas, y ello sólo podrá lo-
grarse con leyes que fijen nor-
mas, no ya para establecer la
suma de obligaciones o dere-
chos de los propietarios y
arrendatarios, sino más bien a
los resultados de las semente-
ras, que son al final las que
dan la pauta del precio que
puede abonarse en concepto de
arrendamiento.

Ya hemos tenido oportunidad
de señalar un nuevo tipo de
contrato en un artículo publi-
cado en estas mismas páginas
de LA NACION, y espero dentro
de poco indicar otro, que tiene
por base permitir la estabilidad
del colono, el mejoramiento del
suelo que cultiva y darle los
medios para hacerse propietario.

El simple análisis de la for-
ma como se comercian nues-
tros productos, señala fallas de
tal magnitud, que llaman la
atención y son objeto del co-
mentario poco grato de los en-
tendidos que visitan nuestro
país, ya que la comercializa-
ción de los granos está orga-
nizada de tal manera, que es
difícil substraer al colono a
las múltiples maniobras espe-
culativas, cuyas alzas y bajas
guardan una íntima relación
con la cantidad de cereal en
manos del productor, vale de-
cir, que las perspectivas de uti-
lidades se producen casi mate-
máticamente en momentos en
que el agricultor ha debido
desprenderse de su cereal para
solventar sus compromisos.

En oportunidad de los ren-
dimientos bajos de la última co-
secha y de la pérdida total so-
portada en varias regiones, se
señalaron infinitos recursos pa-
ra procurar una solución, pero
siempre se llega al mismo fin:
el agricultor trabaja desorien-
tado, sin recursos pecuniarios
en su mayoría, sin medios pa-
ra manipular su cereal y supe-
ditado a las personas que en
un momento dado le pueden
facilitar el dinero suficiente pa-
ra levantar su cosecha o salir
de un apuro.

Veamos ahora un solo punto

PEDRO
DEL
CARRIL



cereales y a su preparación co-
mercial está por hacerse, y ello
que no pretendemos llegar al
máximo de adelanto para esas
zonas que, sin duda alguna, lo
constituyen los elevadores gra-
neros.

Así como una secadora al di-
minuir el grado de humedad
del maíz permite obtener me-
jores precios, de igual modo
una máquina limpiadora y des-
puntadora presenta una apre-
ciable ventaja, ya que con un
gasto de poca consideración y
una merma de importancia bien
relativa, se eleva el peso espe-
cífico notablemente.

He tenido oportunidad de
verlas trabajar y al conversar
con sus propietarios y hacer
números, resaltan las ventajas
de las mismas, ya que un au-
mento específico de 6 kilogra-
mos en el peso específico se lo-
gra con un gasto por bolsa in-
ferior a \$ 0,20 y una merma
que no llega al 3 o/o.

Compárense estos gastos con
la diferencia entre la cotización
de un trigo de 74 y otro de 80
y se verá de inmediato el mar-
gen de utilidades que queda.

Claro está, que muchas veces
el agricultor — el que no siem-
pre hace bien sus cálculos —
no se preocupa mayormente de
la trilla de su cereal, olvidando
que esas "pajitas", casullo, ave-
na, granos vestidos, etc., que
quedan con el trigo son, preci-
samente, los que disminuyen el
peso específico, pues ocupan es-
pacio y en cambio no tienen
mayor peso.

Hay entonces que cuidar la
trilla, pagando algo más si es
necesario, pero exigiendo una
prolija limpieza del cereal pa-
ra evitar descuentos, ya que
unos pocos centavos por quin-
tal representan muchos pesos
sobre la totalidad de lo cose-
chado.

Esas máquinas a que nos re-
ferimos en el párrafo anterior,
tienden precisamente a la pre-
paración del cereal para la ven-
ta, eliminando cuerpos extraños
en la proporción necesaria, gra-
nos carbonizados, exceso de se-
millas de yuyos y asimismo la
tierra que lleva adherida el gra-
no en gran cantidad, aunque
esto último a simple vista no
se note mayormente.

Puede observarse entonces la
importancia de la faz comercial
en la preparación del cereal,
labor que escapa a las activi-
dades del agricultor por falta
de elementos para hacer en-
tregas de acuerdo a tipos determi-
nados, lo cual evita descuentos
y permiten encarar con crí-
terio racial la venta.

¿Quién podría dar a la agri-
cultura nacional esa organiza-
ción comercial que necesita-
mos?

Es francamente aventurado
emitir opinión, ya que el asun-
to está íntimamente ligado a
los factores que deciden la
cooperación y como una conse-
cuencia de ello la construcción
de elevadores.

Si juzgamos por el entusias-
mo que despertara en Leones
(provincia de Córdoba), la
inauguración del primer eleva-
dor cooperativo, podría admi-
tirse que el problema lo resol-
verán los propios agricultores,
pero si se observa la indiferen-
cia por estos asuntos en otras
zonas, cabría aceptar la inter-
vención del Estado y en este
caso...

Lo exacto, a nuestro juicio,
es que la solución de cualquier
de los problemas; ya sea el
de los arrendamientos, cons-
trucción de elevadores o la co-
mercialización más racional de
nuestra cosecha traería apare-
jada la solución de todos los
otros. Lo difícil es resolver si-
quiera uno, ya que si ello se
lograra, como lógica consecuen-
cia los demás resultarían sen-
cillos en cierto modo.

Entretanto, puede observarse
que la evolución del país en
sus múltiples aspectos es evi-
dente, pero no así la de los
agricultores, quienes sólo han
logrado mejorar su "standard"
de vida en el cambio del sulky
por el Ford y de la vela por la
lámpara a kerosene.

SABIA LO QUE QUERIA

Por SAMUEL SPEWACK



SERGEI permanecía sentado en la cervetería cerca del río de Moscú, y contemplaba el enjambre de moscas que volaban alrededor de un

plato destapado que contenía queso. Era aquél un estudio fascinador, especialmente para un hombre melancólico.

Debía ser, sin duda, el gitano más feliz de toda Rusia. Tenía un empleo permanente en el cabaret del Pequeño Yar, y los nuevos ricos eran tan generosos en su conducta calculadora como lo habían sido los príncipes, con sus gestos de prodigalidad y derroche. Y la semana anterior había realizado, con la ayuda del canalla de Ivan Borosovitch, un negocio de ganancias pingües, que desde hacía tiempo le preocupaba.

Sergei se abismó en sus reflexiones, mientras su mirada soñolienta se fijaba sobre una mosca grande, posada en el ángulo sudeste del trozo de queso. Arribó a la conclusión de que tenía dinero y salud. Y, además, era dueño de una guitarra. Al recordar su guitarra, Sergei se irguió, ordenando que le sirvieran otra cerveza. Ya había tomado dos vasos, pero cualquier gitano de la colectividad hubiera brindado por la guitarra de Sergei, no con cerveza, sino con champaña.

En otros tiempos le habían ofrecido quinientos rublos de oro por esa guitarra, pero Sergei, que entonces era pobre, no solamente rechazó la oferta, sino que se rió en las barbas del que le hiciera tal propuesta, el más famoso criador de caballos de Kiev.

Mientras Sergei bebía la cerveza, con los ojos cerrados, tuvo una visión de su hermosa guitarra, negra y brillante, con las cintas de colores vivos: verde, rojo y azul, que colgaban de su ástil. Ahora dormía dentro de su funda de paño, sobre la mesa derrengada del cuarto que compartía con el ladronzuelo de Ivan Borosovitch, y a su regreso lo saludaría con su voz melodiosa, invitándole a soñar.

Y ella? Al acordarse de ella Sergei lanzó un profundo suspiro. Evocaba ahora el rostro de una mujer, de ojos tan negros como la guitarra, y mejillas tan rojas como sus cintas. Era un rostro triste, que expresaba reproche y se parecía mucho al de Douna Palatova. La alegría que embargaba a

Sergei desapareció súbitamente. Trató de renovar la visión de su guitarra, pero le fué imposible desterrar de su imaginación el rostro de Douna Palatova.

Sergei pidió a gritos otro vaso de cerveza.

Aquella noche no tenía trabajo. Era una fiesta comunista, y la noche, según uso de los comunistas, debía dedicarse a los discursos para denunciar al infeliz mundo capitalista. Pidió un nuevo vaso de cerveza al hombre de barba negra que le servía y encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no te lavas la cara?—preguntó al camarero.

—Tengo la barba negra—contestó el hombre, quien deseaba evitar discusiones.

—Si quisiera, podría levantarte con una mano y arrojarte al río.

—Eso no es posible—contestó pacíficamente el camarero de la barba negra.

—¡Bah! Tráeme la cuenta.

Sergei sintió vivas tentaciones de lanzar el plato con queso a la cara barbuda del hombre, pero recordó a tiempo que su último impulso atlético le había costado una noche de encierro, y al cruzar el puente hizo detener a tres cocheros, quienes se disputaron el cliente con amenazas e insultos, al mismo tiempo que rivalizaban en tratarlo con toda clase de cortesías.

Un cuarto coché se acercó rápidamente. Su caballo estaba cubierto por una manta a listas rojas, verdes y azules. Sergei lo tomó. Mientras sus miradas se fijaban en la manta, cuyos colores le recordaban las cintas que pendían del ástil de su guitarra, apartaría de su mente la visión de aquel rostro triste y elocuente.

—¡A Balavaya!—ordenó.

—Está a dos horas de aquí—le recordó el conductor con una sonrisa servil.

—No seas necio. ¿Acaso no lo sé?—repuso Sergei animándose ante la perspectiva de una pelea.

—Está bien—se limitó a contestar el conductor.

Sergei, lleno de tristeza, se reclinó contra el respaldo de cuero, y casi simultáneamente cayó en un estado de semiinconsciencia. Durante una hora permaneció así, reaccionando luego, al disipar un tanto los vapores de la cerveza. Se cubrió la cara con las manos y dirigió un breve discurso al rostro de Douna Palatova:

—¿Cómo podía saber yo que

te amaba, Douna Milinka? Durante cinco años vivimos el uno al lado del otro, pero nunca se me ocurrió que te amaba. Y ahora, Douna Milinka, ahora que te has ido a América y que no te volveré a ver, sé que te amo...

El rostro de la mujer desapareció súbitamente, como si esta declaración la hubiera satisfecho, pero Sergei continuó sus lamentaciones. ¿Qué tonto había sido! En vez de dirigirse expresiones amables durante los intervalos en el cabaret, donde cantaba acompañada por su guitarra, la había aburrido con refranes originales suyos, tales como el siguiente: "No desdén un buen caballo por una mujer; el caballo da ceces, pero nunca muere".

Su "isvochtik" llegó hasta las chozas bajas donde viven los gitanos, no en estado de cooperativismo, sino en común.

Sergei arrojó a los sujetos que le salieron al paso un puñado de billetes, con un gesto que, al parecer, quería significar:

—Id a comprar lo que queráis, pero no me molestéis dándome las gracias.

El carruaje siguió avanzando, y Sergei se volvió para mirar fijamente a los ojos de Gebranova, la soprano, si es posible mirar fijamente a unos ojos bizcos.

—¡Maldita sea esta mujer! ¡La encuentro en todas partes!—murmuró, mientras la miraba sonriente.

Ahora tus sonrisas, Sergei Fodorovitch—le aconsejó insolentemente la soprano—, porque las necesitarás muy pronto.

—¿Dónde están los demás?—interrumpió Sergei, quien no tenía el menor deseo de conversar con la soprano bizca.

—Se han ido todos. Un tonto de la Embajada los invitó a su banquete.

—¿Ivan Borosovitch también?

Sergei recibió por única respuesta una sonrisa enigmática, y entró en seguida en su habitación. Quería ver a Ivan Borosovitch, porque el canalla le debía dinero y porque, con su acostumbrada generosidad, había regalado al cochero todo el que le quedaba en los bolsillos.

—¡Praklati!—exclamó. Es esta una expresión que en ruso quiere decir algo así como "¡Demonios!", aunque es más significativa.

El juramento se escapó de sus labios cuando advirtió la

confusión que reinaba en el cuarto.

Lo único que continuaba en su sitio, colgado en la pared, era el cepillo de dientes que le había regalado un extranjero. Todo lo demás aparecía revuelto: su cama, la única silla, los dos cajones; su pantalón nuevo tenía los bolsillos vueltos hacia afuera, y hasta la almohada de la cama estaba rasgada.

Sergei, como un autómatas, colocó la mesa sobre sus patas endebles, y buscó, distraído, su guitarra para ponerla encima de ella. Pero no la encontró. Salíó afuera gritando:

—¡Maldición! ¡Ha desaparecido mi guitarra! ¡Alguien me ha robado mi guitarra!

Encontró al pie de los escalones de madera a la soprano bizca, en cuyo semblante se dibujaba una sonrisa feroz.

—¡No grites!—le ordenó despectivamente—. Podría habértelo dicho antes. Ivan Borosovitch es quien te robó la guitarra...

—¿Ivan Borosovitch!—repitió Sergei estupefacto.

—Sí, y lo peor del caso es que se ha ido a América.

—¿Con mi guitarra?

—¿Con tu guitarra? ¡Ya puedes buscarla!...

Con paso vacilante, Sergei entró nuevamente en su cuarto. Agitó febrilmente la frazada de la cama, que parecía una bandera que flameaba al viento. Súbitamente la tiró, y cayó de rodillas. A cuatro pies, recorrió el cuarto, como un animal, escudriñando todos los rincones. Pero su guitarra había desaparecido. Ivan Borosovitch la había robado para llevársela a América. Sergei levantó los brazos y prorrumió en terribles juramentos.

De repente, se dirigió a un rincón del cuarto y arrancó un listón de madera del piso. Sin detenerse a contar los rublos de oro que contenía una bolsa oculta allí, Sergei sintió deseos de vengarse del canalla de Ivan, quien, al no encontrar el oro, había huido con la guitarra.

Bien pudo llevarse el oro y dejarme la guitarra—suspiró. Luego, se guardó la bolsa en el pecho y salió corriendo.

—¿Adónde vas?—le gritó la soprano bizca.

—¡A América!—contestó Sergei.

—Pero tardarás varios meses. Ivan Borosovitch tenía su pasaporte visado hace tiempo.

—¡Déjate de tonterías!

Sergei sabía que, para salir de Rusia con destino a cualquier país extranjero, necesitaba una visación o un sello en su pasaporte. Douna Palatova había tenido que esperar tres meses para cumplir ese requisito. Y aquel engendro del demonio, Ivan Borosovitch, había pedido la visación unas seis o siete semanas antes.

¡No! No era posible esperar tres meses para que estamparan un sello en su pasaporte, pues el ladrón ya estaba en viaje a América con su guitarra. Se vería obligado a arriesgarlo todo y a cruzar la frontera como un contrabandista, aunque, según le habían dicho, los soldados rojos, en esos casos, tenían órdenes de tirar primero y hacer preguntas después...

En un comercio a orillas del camino compró cebollas, pan, embutidos y dos botellas de cerveza. Lo envolvió todo cuidadosamente, colocándolo en una bolsa, y se dirigió a la estación del ferrocarril. Si partía algún tren, lo tomaría, y si no, podría esperar. Pero Sergei no tuvo necesidad de esperar.

Los ángeles necesitan un buen tocador de guitarra", se dijo el gitano, mientras ocupaba un coche de cuarta clase y trataba de instalarse cómodamente en un compartimiento pequeño, ocupado por otras ocho personas. El viaje continuó durante cuatro días y tres noches.

Cuando iba a empezar la cuarta noche, el tren se detuvo a unos treinta kilómetros de la frontera de Letonia para ser sometido a algunas reparaciones. Sergei descendió con los demás hombres a fin de estirar las piernas, pero se hizo el distraído y no volvió a su compartimiento. Escondido detrás de la sala de espera de la estación, aguardó el momento de la partida del convoy. Después de cuatro días y tres noches de viajar encerrado en un tren nadie tiene grandes deseos de volver a él. Ninguna razón sentimental movió a Sergei a ofrecer una despedida al tren, mirándolo partir. Con su silbato, el tren despierta siempre a los policías y a los soldados.

Media hora después Sergei trasponía un camino y entraba en un bosque.

A la salida del sol se desayunó con una cebolla, un embutido, un pedazo de pan y tres tragos de cerveza, y continuó andando. A mediodía se encontró con un campesino que estaba furioso contra el Gobierno, porque le exigía el pago de impuestos. El sujeto, a cambio de dos monedas de oro acuñadas durante el régimen zarista, consintió en indicarle una senda apartada que conducía a la frontera letona. Para demostrarle su agradecimiento, Sergei cantó al campesino una canción picaresca, la cual hizo reír tanto al hombre durante la media hora siguiente, que se olvidó de azotar a su mujer al regresar a su casa, como se había propuesto.

Era noche cuando Sergei llegó a la línea divisoria. Allí estaban apostados centenares de soldados rojos para impedir que salieran de Rusia, y centenares de soldados letones para no permitirle la entrada en Letonia. Todos los soldados saben que los hombres honrados cruzan la frontera en tren, con pasaportes legales. Unicamente los conspiradores, contrabandistas y bandoleros trataban de pasarla a pie. Y en consecuencia, antes de hacer preguntas, disparaban sus armas.

Guiándose únicamente por su instinto, Sergei avanzó, cantando en voz baja.

De repente oyó una voz que gritaba:

—¡Alto!

Y sus pies quedaron clavados en el suelo. A través del follaje vió relucir una bayoneta. Sergei dejó de respirar un momento. El que sostenía la bayoneta avanzó. Súbitamente, Sergei empezó a correr. Silbaron las balas. Creyó que las detonaciones pasaban de mil, y que caía sobre él una verdadera lluvia de plomo. A derecha e izquierda, sobre su cabeza y a sus pies, pasaban silbando las balas. Siguió corriendo, tropezando con ramas de árboles, que le lastimaban. Tenía las manos ensangrentadas, estaba ofuscado, y las ramas lo pinchaban malignamente en los costados. Las balas seguían lloviendo, y él continuaba su carrera.

Al amanecer, la guardia roja

había pedido refuerzos, porque los disparos se multiplicaban. De repente, Sergei se vio fuera del bosque. Ante él corría un arroyuelo de aguas sucias, un hilo de agua que constituía la línea divisoria entre dos mundos. La cruzó apresuradamente, y prosiguió su carrera, mojado y cubierto de barro.

Recruedó el tiroteó, pero esta vez de parte de los soldados letones. Sergei siguió corriendo. Respiraba fatigosamente, y el corazón le latía con violencia.

Cruzó el descampado con toda la velocidad de que era capaz, hacia un grupo de árboles que formaban el primer macizo de los bosques de Letonia, siempre acosado por la lluvia de proyectiles. Por último, cesó el tiroteó. Cayó al suelo extenuado, pero lleno de júbilo.

Una hora más tarde reanudaba la marcha, cantando alegremente.

Aquella noche no le sucedió nada extraordinario, aunque en cierto momento se le acercó un lobo suelto, y después de olerlo, se alejó. Sergei se sintió seguro de que le protegía un ángel guardián. Se alojó en la choza de un campesino donde durmió junto al fuego, y a la mañana siguiente se ocupó en divertir al dueño de la casa y a su familia, formada por once miembros, con una selección de sus mejores canciones. El campesino le ofreció una guitarra, un instrumento muy pobre, pero Sergei se negó a tocar. Había jurado no tocar alguna guitarra hasta recuperar la suya.

La tarea que se le presentaba ahora era fácil. Debía viajar en los trenes de carga durante cinco días, hasta Libau, evitando los encuentros con los agentes de policía, que podrían exigirle el pasaporte. En el puerto de Libau encontraría algún barco que se dispusiera a salir con destino a los Estados Unidos. Y una vez en Nueva York, abandonaría el barco, para emprender la busca de su guitarra.

Tenía un amigo en Nueva York. Según recordaba, vivía en la calle de East Houston, y podría darle noticias de Iván Borosovitch, y además, de Douna Palatova. Quizá lograría persuadir a Douna de que regresara con él. En esa forma, sus aventuras tendrían un desenlace feliz. "Ya veremos, ya veremos...", se dijo. Y luego, sintiéndose muy alegre, empezó a cantar: "Nació para la horca..."

Entró al puerto medieval cuando estaba ya casi agotado su tesoro de monedas de oro. Se instaló en una habitación de una posada, y después de colgar su cepillo de dientes en la pared, se sintió como en su casa. Durante todo aquel día conversó con marineros y contramaestres, y al día siguiente hizo lo mismo. Finalmente consiguió una audiencia con un decadente barón del Báltico, que tenía un solo ojo y que se disponía a entrar en el negocio del contrabando de bebidas alcohólicas. El hombre escuchó de mala gana el cuento que in-

ventó Sergei, de que era un marinero sin trabajo, y lo contrató. Inmediatamente Sergei compró una gruesa camiseta de segunda mano, un impermeable y un sombrero de marino demasiado chico para él, y subió a bordo a la mañana siguiente, dispuesto a iniciar su tarea.

Partieron al otro día.

El barón del Báltico tenía la costumbre excéntrica de beber durante el almuerzo, una buena cantidad de vodka, e insultar después al primer ser humano que se encontraba cerca. El primer oficial refunfuñaba sus órdenes de tal forma que nadie las entendía. El segundo oficial era un borracho tan consumado como el capitán y con el mismo carácter agrio. En cierta ocasión, uno de los marineros sacó a relucir un cuchillo para poner fin a una discusión. El barco era sacudido violentamente por el oleaje. Tenían que navegar cuatro semanas hasta encontrarse en el límite de las doce millas de las aguas de jurisdicción de los Estados Unidos.

Al llegar, fueron alcanzados por una goleta que llevaba las luces apagadas. El barón del Báltico miró a los piratas del alcohol, a los espíritus perniciosos del negocio del contrabando, y cayó desmayado. Una adivina le había pronosticado que le ocurriría algo malo.

Surgieron por todas partes hombres ágiles, armados de pistolas. Los oficiales fueron maniatados y encerrados en sus camarotes. Los marineros amontonados en la proa. El jefe de los invasores les echó una ojeada cuidadosa, y al cabo de un rato, eligió a Sergei, para facilitar el traslado de la mercancía. Sergei no entendió una sola de las palabras que le dirigían, pero comprendió, por los gestos, que debía mostrar a los invasores el sitio donde se encontraba el cargamento de ricos vinos letones y franceses. Lo hizo de muy buen agrado, aunque se sentía bastante confuso ante aquel procedimiento. Antes de que fuera transbordado el último barril, Sergei se deslizó de la lancha a motor a la goleta, y se escondió entre los barriles. La goleta de los invasores se alejó. Horas más tarde detuvo la marcha. Sergei oyó pasos a proa. Todavía era de noche. Empezaron a sacados los barriles para colocarlos en la lancha a motor. Sergei esperó un rato, y luego avanzó a gatas. Apenas halló espacio suficiente entre dos barriles, para poder pasar. Súbitamente apareció una cabeza ante él, unos ojos salvajes le miraron fijamente. Sergei se apoderó de aquella cabeza, la golpeó contra el borde superior de un barril, y el individuo cayó sin sentido. El gitano cambió su camiseta por la del marinero, y bajó tranquilamente a la lancha, donde contestó con movimientos de cabeza a las órdenes que se le daban, sin cumplirlas, por lo cual el jefe de los bandoleros lo insultó, llamándole necio y borracho, y jurando que se le libraría de él en

la primera ocasión que se le presentara.

Pero Sergei se libró solo. Antes de que pasaran las trepidaciones del motor, saltó a la arena de la playa, y echó a correr. Corrió con tanta rapidez que antes de que los piratas salieran de su asombro, había desaparecido de su vista. Luego detuvo su carrera y empezó a caminar. Le parecía que se encontraba en las afueras de una gran ciudad por que por todas partes veía casas, magníficas casas de madera con grandes jardines. Pensó que únicamente los miembros de la nobleza podrían vivir en esas casas. Después vio un hombre de uniforme azul — supuso que era un agente de policía —, y se acercó atrevidamente a él.

—¿Nueva York? — le dijo.

—¿Eh? — inquirió el hombre del uniforme azul.

—Da, da — contestó Sergei. El agente de policía frunció el entrecejo, y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

Sergei maldijo su mala suerte. ¡Si pudiera tener consigo su guitarra! Pero no importaba. Le bastaría la voz para fascinar a la bestia del uniforme azul.

—"Nació para la horca..." — empezó a cantar.

—¿Ruso! — exclamó el policía, que era de la nueva generación, y un artista a su modo — ¿Russki?

—Da, da, russki — contestó Sergei, lanzando un suspiro de alivio.

—Bueno — dijo el agente —. Mi hermana es la encargada del guardarropa en uno de esos establecimientos. Acompañeme.

La bestia del uniforme azul lo condujo a una estación ferroviaria.

—¿Tiene dinero? — le preguntó, al tiempo que frotaba el pulgar con el índice, con ademán significativo.

—¡Ah! — exclamó Sergei, enseñándole una moneda de oro. El agente, después de examinarla, se la guardó, entregándole a cambio dos dólares en papel. Luego escribió algo en una hoja, y tomando a Sergei de un brazo, lo llevó hasta el coche de fumar del tren de las 9 y 10, que acababa de entrar en la estación.

Al cabo de unos cuarenta minutos, Sergei salió del tren, y se encontró en un verdadero palacio. Quedó admirado. Era evidente que la bestia del uniforme azul lo había recomendado a algún personaje pudiente, porque las magníficas paredes de mármol que veía no podían ser las de una estación ferroviaria. Pero qué hacía allí toda esa gente? ¿Y los equipajes? ¿Y tantos mandaderos? ¿No había duda de que se trataba de una estación? Le habían descripto a América como la tierra del oro. Pero qué riqueza! ¿Qué país maravilloso! ¿Qué mejor hogar podía desear que aquel palacio? Podría vivir allí; no necesitaba siquiera una cama; el piso de mármol era bastante cómodo para un rey.

Un hombre de rostro negro — sin duda un salvaje — vestido como todo el mundo, a excep-

ción de un rojo gorro puesto en la cabeza, se le acercó. El salvaje ese miró fijamente a Sergei, y éste le mostró el papel escrito por la bestia del uniforme azul. El salvaje tomó a Sergei de un brazo y le llevó por entre la multitud que llenaba el palacio de mármol, hasta una calle extraña, profusamente iluminada. El salvaje lo colocó luego dentro de un espléndido automóvil de color amarillo. Sergei se resistía, porque detestaba los automóviles. El negro tomó uno de sus billetes de un dólar, y le dio a cambio tres monedas de plata.

Durante cinco minutos, Sergei temió morir a cada momento. El automóvil enfiló contra otros coches, tranvías y grupos de gente. Pero no hubo accidentes. Súbitamente el coche se detuvo, y Sergei alcanzó a ver un letrero en ruso, con la figura de un oso. Lleno de júbilo, entregó el billete verde y una de las monedas de plata al conductor, quien lo miró sorprendido. Después, hizo un nudo en un extremo de su pañuelo a fin de no olvidarse de contar el caso a su mujer.

Sergei subió unos escalones y se encontró con un ruso, y luego con otros. Los conocía y ellos le conocían también. Se dieron besos ruidosos en las mejillas. Fue conducido a un rincón, y le sirvieron rebanadas de pan negro. Alguien sacó un frasco de vodka. Cuando terminó de referir su historia, el vodka se había acabado; el samovar volvió a llenarse, y sus camaradas llegaron a la conclusión de que era mucho más embustero que cualquiera de ellos. Lo extraño del suceso era que no hubiera demostrado esta habilidad cuando lo conocieron en Rusia.

—¿Dónde está Iván Borosovitch? — preguntó Sergei, después de volcar en vano el frasco de vodka.

—Iván Borosovitch — le contestó un amigo — está en Chicago.

Sergei reprimió algo como un sollozo.

—¿Y dónde está Chick-ah-gu? — inquirió.

—No muy lejos; sólo a dos días de tren.

—¿Es que tiene mi guitarra? Sus amigos se echaron a reír.

—¿Tiene una guitarra? — inquirió uno de ellos. — ¡No señor! — agregó. — ¡La vendió!

—¿Vendió mi guitarra? — preguntó Sergei, quien se resistía a creer lo que le decían. — ¡Vendió mi guitarra!

—No sabemos si era tuya o no, pero lo cierto es que era un hermoso instrumento.

—¡Mia! ¡Mia! — gritó el gitano. — ¿A quién vendió mi guitarra?

—A Douna Palatova.

—¿Douna Palatova? ¿Está ella aquí?

—No. Regresó a Rusia, la semana pasada.

Sergei se puso de pie, mientras sus ojos brillaban en una forma extraña.

—Ha vuelto, entonces, a Rusia? — preguntó.

—Sí; es una tonta, — dijo uno de los del grupo —. Estaba ganando mucho dinero, y vivía

en una linda casa, en una habitación para ella sola. Después compró la guitarra y anunció que regresaba a Rusia, pero no nos quiso decir por qué.

Una sonrisa iluminó el semblante de Sergei.

—Escuchad, amigos, — dijo —. Douna Palatova me ama. En el agua, cerca de esta ciudad, hay un barco, al cual se llega por medio de un tren, y hay además un policía cuya hermana es aquí la encargada del guardarropa. Volveré a Rusia en ese barco.

Fueron en busca de la joven del guardarropa y ella escribió en un papel la dirección que debía seguir Sergei. El gitano fue llevado a la estación del ferrocarril, y después ante el agente de policía, a quien presentó la nota de su hermana. Y la bestia del uniforme azul lo guió hasta el lugar donde se encontraba la lancha a motor, que partió poco más tarde para llegar al costado del barco del barón del Báltico. El barco salía aquella noche, con sus oficiales y tripulantes ebrios de melancolía, y del contenido de unas cuantas botellas que habían quedado a bordo. Al principio, el barón se negó a admitir al desertor, pero luego, en un arrebato de ira, lo alzó en sus brazos y lo arrojó sobre la cubierta. Sergei buscó un escondite en la proa, evitando llamar la atención de los tripulantes.

Al cabo de cuatro semanas de navegación en un mar tempestuoso y de sufrir toda clase de tratos violentos, llegó a Libau. Luego Sergei viajó cuatro días en el más lento de los trenes de pasajeros, y se encontró nuevamente en el bosque. Esta vez los guardias letones le dispararon unos veinte proyectiles nada más, y los rusos otros tantos. No encontró lobos. Después de andar un día, desde la frontera, tomó un tren. Referimos todo esto brevemente, porque ello fué de importancia relativa para Sergei.

Nuestro héroe se vió de nuevo en Moscú. En la estación del ferrocarril provocó las iras de los cocheros al rechazar los vehículos uno tras otro, hasta que encontró a uno, el caballo del cual llevaba una manta a rayas de colores vivos. Lo tomó, y ubicándose cómodamente en él, cerró los ojos. Al cabo de dos horas, el coche se detuvo. La soprano bizca salió corriendo a su encuentro.

—¿Sabes que Douna Palatova ha vuelto? — le preguntó.

—¿Y por qué no había de volver? — repuso Sergei. — ¿Acaso no es libre? ¿No tiene alma?

Subió los escalones que conducían al cuarto de Douna Palatova. La gitana estaba cantando. Después de llamar, entró.

—¿Douna Palatova — dijo —, tú tienes mi guitarra! ¡Douna Palatova, te amo!

Aquella noche, Sergei, sentado en el umbral, pulsaba las cuerdas de su mágica guitarra. Douna Palatova, sentada a su lado, lo contemplaba embelesada.

Sergei empezó a cantar.

Se sentía feliz.

EPISTOLA SOBRE VIRGINIA WOOLF

(Continuación de la pág. 11)

son vastos y elevados los techos; sobre la puerta de calle está esculpida en la madera una rosa o un cráneo de carnero. El siglo XVIII tiene su distinción. Aun las paredes, pintadas de color de frambuesa, tienen su distinción... Y el lector sigue con interés el embrollo de la vida de Jacob: la Opera, los bailes y las reuniones, largas conversaciones sobre todos los temas del universo con su amigo Bonamy, Florinda, la muñeca que se ríe del amor; Clara, la esencia misma de la muchacha de antes de la guerra; su madre, Betty Flanders; sus amigos y relaciones, el flujo y el reflujo de la humanidad que se encuentra y se mezcla, formando la tela de fondo de los pensamientos y los soliloquios de Jacob, hasta que se despiden de nosotros, después de un viaje de estudio a Grecia y al Egeo, arrastrado por la avasalladora ola de la juventud hacia la línea de combate que se formó un día de otoño, hace diez y

seis años. Esto es todo; pero el libro refleja gran parte de la futilidad, de la gracia nerviosa, del encanto y de las inconsistencias de la juventud, especialmente de esa juventud privilegiada y lisonjeada de antes de la guerra. Así como en "Mrs. Dalloway" nos enteramos suspendidos y absortos de todo lo profundo y lo superficial de un alma encantadora de mujer, en "Jacob's Room" la autora nos muestra con un gracioso ademán a un joven, en carne y espíritu, limitándose a exhibirlo ante nosotros y dejándonos hacer de él lo que nos plazca. Para mí, el resultado ha sido eminentemente satisfactorio: me agrada Jacob.

En "Orlando", publicado, como sabes, hace dos años — ¡y qué sensación causó la aparición de este libro en el mundo literario de Londres! — Virginia Woolf ha desafiado con una carcajada todas las convenciones. Ha escrito solamente para darse gusto a ella misma, y admitirás que el resultado es un maravilloso conjunto de descripciones, brillantes visiones y agudas burlas, que sólo se repiten de vez en cuando, y en menor escala, en "A Room of

one's Own", publicado el año pasado. Leer "Orlando" es algo parecido a estar patas arriba y a contemplar el mundo desde este punto de vista bastante vertiginoso pero hilarante, desde el cual todo parece posible. En este libro Virginia Woolf ha jugado en forma delirante con el tiempo y la mujer y todas las galas de la ficción ordinaria. ¿Qué hacer con un personaje que comienza siendo un joven elegante de la época de la reina Isabel, que es enviado como embajador a Constantinopla en el siglo XVIII, o sea unos doscientos años más tarde, y se despierta un buen día convertido súbitamente en mujer? Extraña y maravillosa condición para un ser mundano como Orlando, que ha considerado siempre a la mujer como una presa atrayente y legítima y que a su vez es agasajado, mimado y finalmente conquistado. La autora y el personaje capean con éxito el temporal y el lector sigue con alegría y, hasta cierto punto, maravillado, a ese Orlando que recorre los siglos hasta nuestros días, cada vez más sabio y más maduro, pero sin perder nunca su vivacidad chistosa ni el sentido de

la comicidad de su ambigua situación. ¿Quién y qué es Orlando? ¿Quién es ese Orlando representado en media docena de fotografías que casualmente tienen cierto parecido con Victoria Sacville-West, autora de libros en prosa, fluidos y hábiles, y poetisa de notable valor? El problema ha intrigado a muchos y seguirá siendo un enigma, pues cada lector le dará su propia solución y explicará a su modo el asunto. Y, en verdad, poco importa que se halle una solución conveniente y convincente. El libro está lleno de tesoros de prosa brillante y resplandeciente. Nada más fascinador que la descripción de la gran helada en el reinado del rey Jaime, cuando se encendieron fuegos en medio del Támesis y hubo fiestas carnavalescas durante interminables días y noches y Orlando encuentra a la deliciosa y hechicera princesa moscovita, o las páginas relativas a Londres en la época de Jorge IV, cuando Orlando, vestido ya de mujer y provisto de mentalidad femenina, se hace rodear de escritores y ensayistas y trata de entretenerse con su charla y sus celos profesionales. El libro está lleno de pá-

ginas que causan alegría, alegría por la forma magistral en que Virginia Woolf trata su asunto con una delicadeza de toques que haría avergonzar a todos los chapuceros del imperio de las letras.

No tengo tiempo en esta carta, ya harto larga y fastidiosa, para hablar de "A Room of One's Own", sutil ensayo sobre las mujeres. No tengo tiempo de discutir sus diversas sentencias provocativas, rudas y, a este respecto, quizá desagradables para los reaccionarios, si bien son un estímulo para los que creen que la mujer y sus anhelos tienen un porvenir definido, dadas las condiciones de la vida. En otra carta — cuando te hayas repuesto suficientemente de los efectos de la presente — me propongo arrastrarte a una discusión sobre este fecundo tema: la mujer y su lugar en el mundo de las artes creadoras. Porque de esto, precisamente, se ocupa Virginia Woolf en su ensayo más reciente e interesante. Entretanto, como en el siglo XVIII, hacia el cual dirigimos tú, yo y Virginia Woolf algo más que una mirada furtiva, te digo hasta la vista, con el mayor cariño... — Tu amiga H.



REGALO DE SISEBUTA

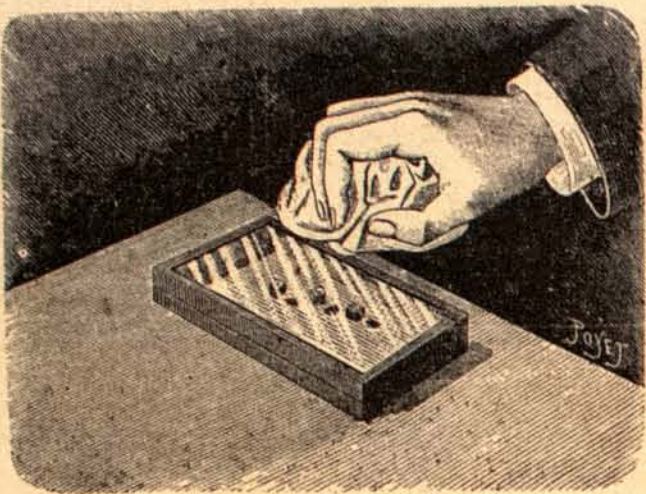
Dibujos de GEO McMANUS



ELECTRICIDAD - LOS TRES DADOS

Coloque sobre una mesa dos libros gruesos, poniéndolos a una cierta distancia uno del otro. Sobre estos dos libros se colocará luego un vidrio a manera de puente. Corte unos pedacitos de papel, corcho, paja o pluma y colóquelos debajo del vidrio, entre los dos libros.

Si frotamos fuertemente este vidrio con un pedazo de lana al que se habrá calentado delante del fuego, como para poder electrizar el vidrio, veremos que estos objetos co-



mienzan a saltar de la mesa al vidrio, cayendo luego y volviendo a saltar, en una palabra, entregados a un baile muy animado.

Reemplazando estos pedacitos de papel o corcho por muñequitos hechos con pajitas, de fácil ejecución, obtendrás el aspecto de un verdadero baile, experimento conocido en electricidad como "el baile de los muñecos".

Se pueden también fabricar, ya sea con paja o con papel, tres pequeños cubos de dimensiones iguales, a los que marcaréis con tinta, unos puntos negros, a fin de que parezcan dados. Frotando luego el vidrio como lo hemos indicado os será posible hacer con vuestros amigos una partida de dados.

Otra prueba consiste en hacer sumar los puntos marcados por los dados y distraer la atención del que lo ha hecho durante un instante, mostrándole luego que se ha equivocado en la cuenta, pues seguramente en ese intervalo varía la posición de los dados.

LA VIEJITA MENDIGA

DOS o tres días seguidos, al dar una vuelta por su quinta, Agustín comprobó que le habían robado verduras y frutas. Los ladrones no encontraban para hacerlo mayor dificultad, pues la quinta estaba en lugar apartado y lejos de toda vigilancia.

Agustín resolvió hacerse justicia, y cargando su fusil, esperó oculto, detrás de unos arbustos. No esperó mucho tiempo, pues apenas empezaba a oscurecer vio que del lado de sus grosellas, se acercaba una sombra. Sonó un tiro, y nuestro hombre vio que la sombra caía a tierra sin proferir siquiera un grito.

Agustín corrió hacia su casa, diciendo a su mujer:

—¡Pronto, Pepa! ¡Pronto! ¡Creo que he hecho una muerte!

Examinaron el cuerpo a la luz de una linterna y vieron con espanto que se trataba de una viejita mendiga que tenía reputación de no contentarse con limosnas.

—¿Qué hacer? — decía aterrado nuestro hombre—. Me llevarán a la cárcel y tú morirás de hambre y de vergüenza.

—Escucha — respondió la mujer —. Nadie nos ha visto; pongamos a la vieja dentro de una bolsa y llevémosla a casa del señor cura. El se las compondrá mejor que nosotros.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, sacaron el cadáver de la bolsa, y como ya empezaba a ponerse rígido, lo pararon contra la puerta. Entonces Pepa se puso a gritar, imitando la voz de la anciana:

—¡Señor cura! ¡Abrame! Pronto, que estoy muy enferma y creo que voy a morir. Quisiera confesarme para ganar el cielo. ¡Abra pronto, señor cura, que me muero!

Cuando sintieron el ruido de pasos dentro de la casa, los quinteros se alejaron, y, al abrir la puerta, el cadáver cayó en brazos del señor cura.

A los gritos del sacerdote acudieron Micaela, su hermana, y Juanita, la sirvienta, que quedaron aterradas al ver el cadáver de la mendiga. Por más inocentes que fueran, la cosa no dejó de atemorizarlos. ¿Qué

vergüenza tener que comparecer ante los jueces!

—Oye — dijo Micaela a su hermano —. La marea sube en este momento. ¿No te parecería mejor llevar a esta desgraciada mendiga a la playa, y dejar que Dios se encargue de su entierro? Así nos veríamos libres de todas las incomodidades que nos esperan.

Micaela tenía gran influencia sobre su hermano, que no tardó en ceder, y llamando a Juan, su quintero, le ordenó que llevara el cadáver y lo depositara en la playa. Al día siguiente no tardarían en verlo y creerían que la mendiga se había ahogado.

Iba Juan caminando con su pesada carga cuando encontró a otro hombre que llevaba igualmente una bolsa sobre sus hombros.

—¿Qué es lo que llevas, tan pesado, a estas horas de la noche? — preguntó el quintero, pensando que no podía ser más que un ladrón.

—Llevo un chanco, o, mejor dicho, la mitad de uno, pues entero resultaba demasiado pesado. Ahora lamento no haberlo traído todo, pues sólo me faltan unos minutos para llegar a mi casa y desearía tenerlo entero.

—Pues yo también llevo un chanco, pero me ocurre lo contrario. Lo metí entero dentro de la bolsa y ya me encuentro muy cansado, faltándome aún mucho tiempo para llegar a mi casa. Si quieres, podríamos arreglar este asunto. Toma el chanco entero, y yo llevaré la mitad que tú tienes.

—¡Es fresco y gordo el tuyo? — ¡Ya lo creo! No hace dos horas que lo mataron... ¡Y es de gordo!...

El hombre, que era efectivamente un ladrón, tomó el peso de la bolsa, y viendo que ganaba con el cambio, dió la suya a Juan y tomó la otra, alejándose.

Juan corrió a casa del señor cura y contó lo que había pasado. El chanco era realmente espléndido, y Micaela se dedicó a prepararlo, a pesar de que su hermano le aseguraba que él no lo probaría.

Mientras tanto, el ladrón llegó a su casa y dió a su mujer:

—¡Te traigo con qué comer durante un año entero!



LECTURA INFANTIL

Es de imaginarse la sorpresa de los dos al abrir la bolsa y encontrarse con su contenido.

—¡Me han fumado como si fuera un chiquilín! — gritaba el ladrón, desesperado. ¡Y pensar que no recuerdo la cara de ese gran sinvergüenza! ¡Cómo había de hacerlo, si apenas veíamos las manos!... Con la fama que tengo, la justicia decretará que yo he muerto a la vieja... ¿Qué hacer?...

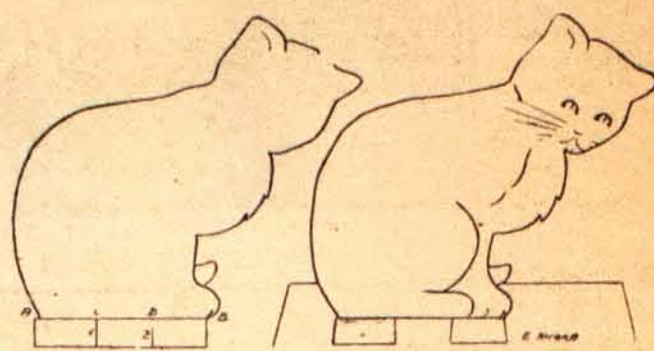
Como siempre, fué su mujer la que encontró la solución del conflicto.

—Oye — dijo —. Ataremos esta vieja al caballo ciego que trajiste ayer. La pondremos de manera que parezca viva. Llevaremos el caballo al camino real y él seguirá, seguramente, a los otros que pasen por ahí, pues mañana hay feria y no tardarán en dirigirse allí.

Un cuarto de hora más tarde el caballo se encontraba en la ruta, colocándose solo en la fila de animales de carga que se dirigía a la ciudad. Como apenas había luz, nadie observó nada, pues la mendiga parecía realmente viva sentada sobre el animal, entre unas bolsas de verduras y con la cabeza medio oculta bajo un gran capuchón.

Todo anduvo muy bien hasta llegar a la feria, donde el animal, ciego y sin que nadie lo dirigiera, caminaba en todas direcciones, atropellando a la gente. Al pasar cerca de un puesto de alfarería llevó por delante una pila de cacharros, que cayeron al suelo hechos añicos. El dueño del puesto se levantó indignado, gritando:

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



UN GATITO Se dibuja la silueta de la fig. 1 sobre cartulina blanca; se recorta y se colorea. Cortando luego por las líneas 1 y 2 y doblando AC y DB hacia atrás y CD hacia adelante, el gatito quedará perfectamente parado, al colocarlo sobre una superficie lisa.

—¡Eh! ¡Vieja! ¿Qué haces?

Como el caballo seguía adelantando, el hombre, fuera de sí, tomó un garrote y le dió un fuerte golpe. El cuerpo perdió el equilibrio con el sacudón y cayó al suelo. Se aglomeró un gran gentío y, levantando el capuchón que cubría el rostro de la anciana, se comprobó que estaba muerta.

Llamaron entonces a la policía, que se encargó de tomar preso al supuesto asesino. Un médico examinó entonces a la anciana, declarando que ésta había muerto, no a causa de un garrotazo, sino por una descarga de fusil en pleno pecho.

Además, la muerte se había producido, según el facultativo, hacía ya varias horas. Tuvieron que poner en libertad al puestero, no sin recomendarle antes que tratara en adelante de dominar su mal carácter. Como indemnización le regalaron el caballo ciego, ya que no aparecía su dueño.

La justicia trató de averi-

guar lo que había pasado, pero no llegó nunca a descubrir al asesino. Nadie siguió el proceso con mayor interés, pues la desgraciada mendiga no tenía ningún amigo.

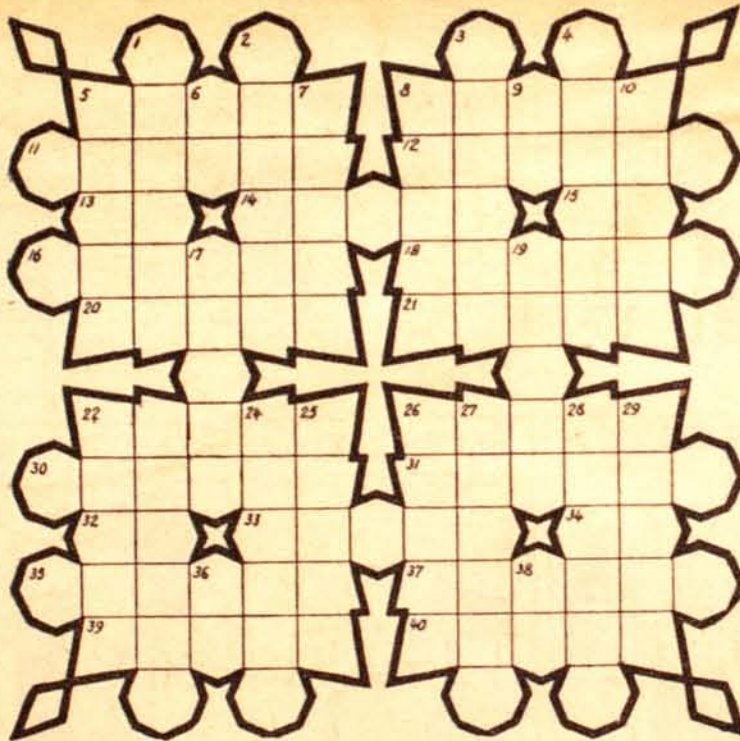
Y así terminó la historia...

LA INCUBADORA MAS GRANDE DEL MUNDO

LOS norteamericanos están acostumbrados a tener siempre las cosas más extraordinarias, batiendo todos los "records" del mundo. Sin embargo, la incubadora más grande que existe se encuentra en Corstphine, Edinburgo.

Esta enorme incubadora tiene capacidad para 170.000 huevos y además se criarán en ella los pollos, hasta la edad de seis semanas. Esta incubadora requiere grandes calderas de vapor, alimentadas por medio de electricidad, para proporcionar un calor uniforme a esa numerosísima familia.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

5. Parte de los costados del buque, donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.
8. Losa de mármol sobre cuya superficie, bien nivelada, se trazaba una rosa de los vientos.
11. Recurrid a uno o valeos de él.
12. Causa o razón que mueve para una cosa.
13. Pronombre personal.
14. Delgado, delicado, tenue.
15. Nota musical.
16. Moneda griega de plata, que tuvo también uso entre los romanos, casi equivalente al denario, pues valía cuatro sestercios.
18. Rubi de color morado.
20. Hacer que el viento dé en una cosa, refrescándola.
21. Conjunto de partículas des- agregadas de las rocas, so-

bre todo si son silíceas y acumuladas, ya en las orillas del mar o de los ríos, ya en capas de los terrenos de acarreo.

22. Grito de las bacantes para aclamar o invocar a Baco.
26. Dicese del azúcar que por medio de repetidas clarificaciones y por una evaporación lenta y tranquila queda reducida a cristales transparentes.
30. Momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes.
31. Tratándose del viento, afloja, pierde su fuerza.
32. Nota musical.
33. Cada uno de los lugares en que ordinariamente hace noche la tropa cuando marcha.
34. Artículo.
35. Nombre genérico que comprende toda especie de aves, aunque más especialmente se suele entender por las pequeñas.

37. Antigua provincia de Francia.
39. Conjunto de ropas y alhajas que lleva una mujer cuando se casa.
40. Partícula de pequeñez extrema.

Verticales

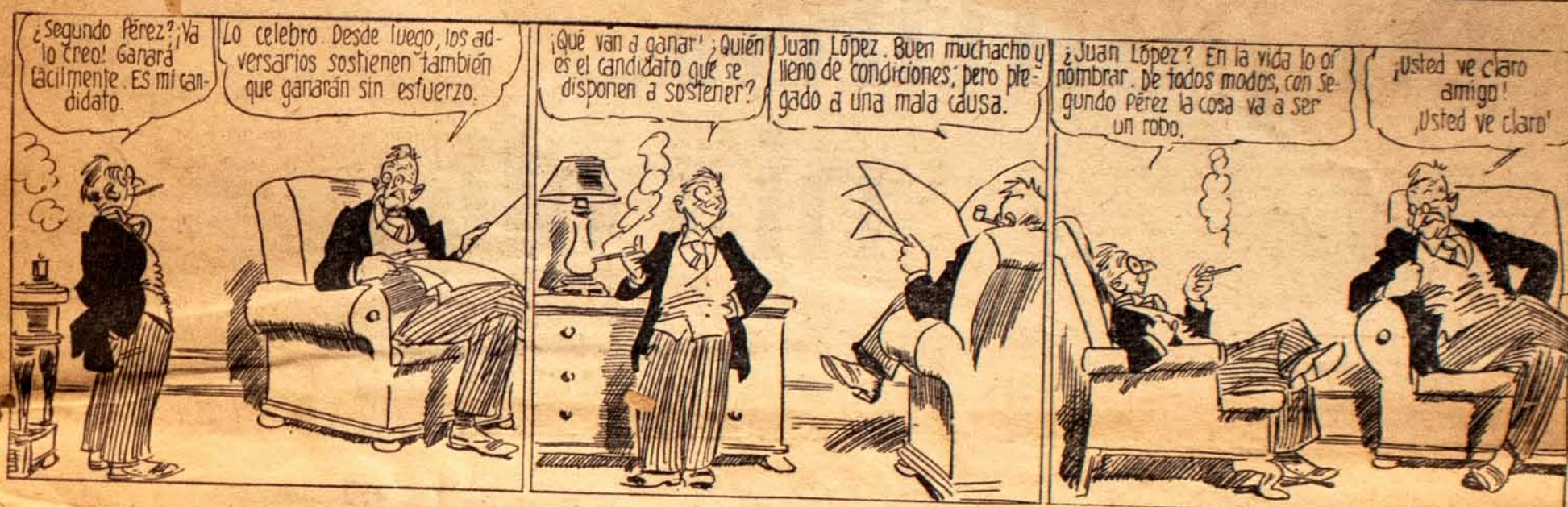
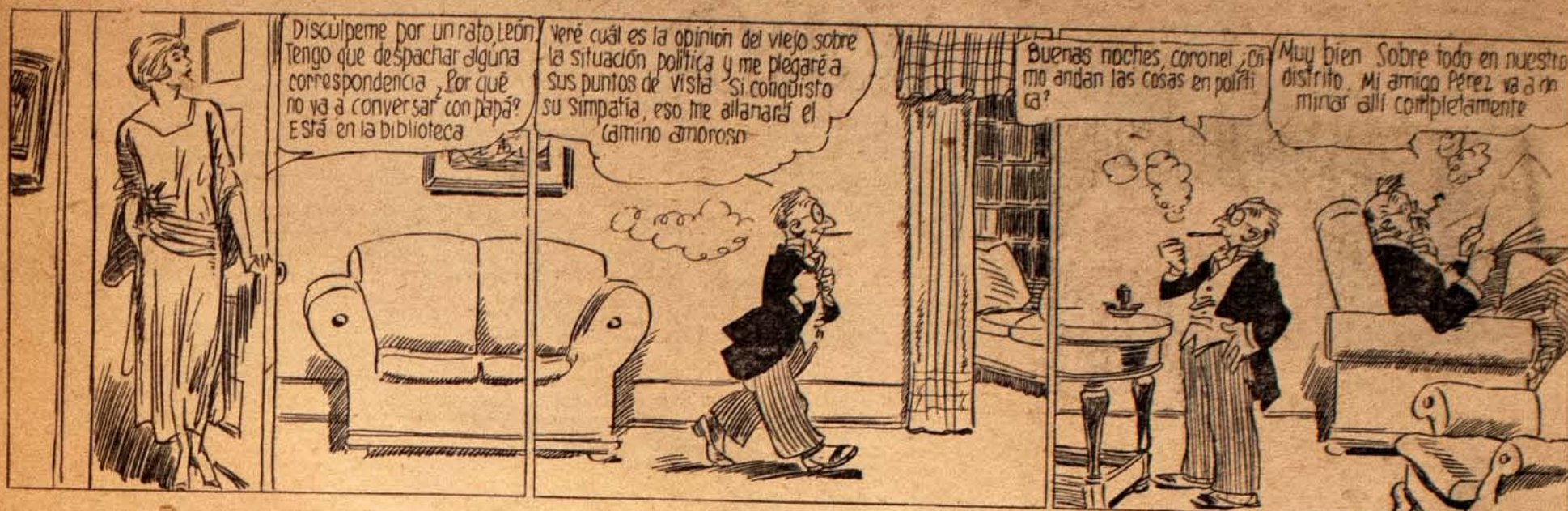
1. Ser estéril.
2. Aceite y bálsamo mezclados que consagran los obispos el Jueves Santo para ungir a los que se bautizan y confirman.
3. Fastidiar, molestar con pertinacia.
4. Agarrarán.
5. Producto siderúrgico, combinación de hierro y de carbono.
6. Abreviatura usual de una voz de tratamiento cortesano y familiar.
7. Pequeña población de beduinos, formada de tiendas, chozas o cabañas.
8. Protozoario microscópico, provisto de seudópodos que le sirven para moverse.
9. Antiguo nombre de la nota musical do.
10. Hembra del carnero.
17. Sospecha, inquietud y recelo de que la persona amada haya mudado o mude su cariño poniéndolo en otra.
19. Instrumento del cual usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y respuntar.
22. Císcio hecho con el hueso de la aceituna después de prensada en el molino.
23. Antiguos o del tiempo pasado.
24. Rompan o abran las carnes del animal con un arma u otro instrumento.
25. Pronombre demostrativo.
26. Tratándose de aguas minerales, recoge convenientemente las de un manantial.
27. Sabio, entre los antiguos peruanos.
28. Argumento que presenta al adversario una alternativa de dos proposiciones tales que resulte confundido cualquiera que sea la suposición que escoja.
29. Dicese de lo que es diminuto en su especie.
36. Interjección de dolor.
38. Voz de que se usa, repetida, para arrullar a los niños.

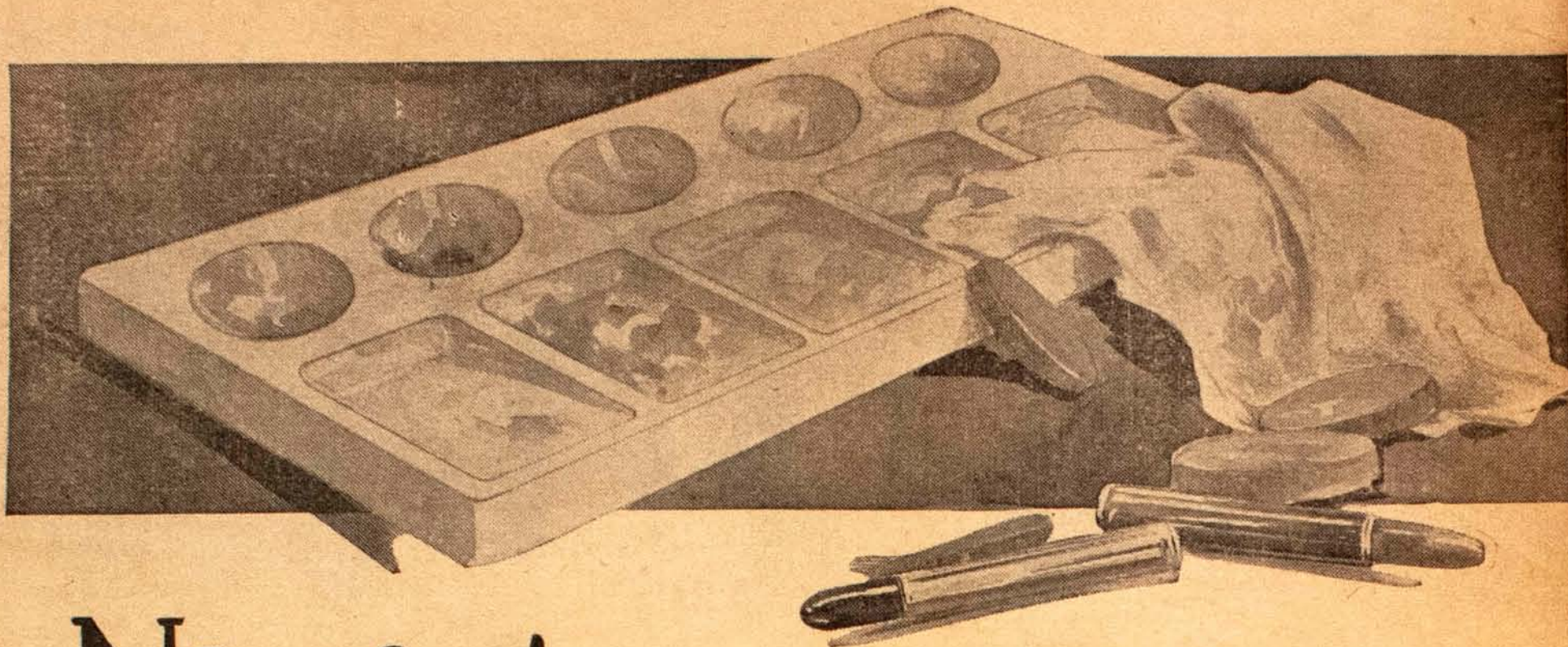
BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

EN EL TERRENO DE LA POLITICA





Ni pinturas, ni coloretes...

Los hombres deben usar,
después de afeitarse, el
polvo Le Sancy MOROCHO.

Los distintos tonos transparentes del polvo LE SANCY, ni pintan, ni colorean, sólo fijan por el término deseable y en la forma más natural, el tono que conviene a cada cutis.

En ningún caso afectan la piel, pues estos matices son obtenidos por procedimientos exclusivos y muy bien experimentados.

Aun abusando del tono rosado puro o del ocre subido, al aplicarlo jamás dejan huellas de manchas.

Combinando los distintos tonos entre sí, se obtiene una escala cromática tan completa, que se puede obtener, para cada circunstancia, el que sienta mejor.

Esta es la razón de nuestro acierto en la creación de la caja patentada TRICOLOR.

Caja Grande \$ 1.90

Caja Media \$ 0.70



Perfumeria
Dubarry

FUNDADA EN 1903

En Cajas: Piel Natural, Rachel, Rosado, Ocre, Morocho (muy indicado para los hombres) y en la caja patentada TRICOLOR.